AGATHA CHRISTIE

EL TREN DE LAS 4.50

Selecciones de Biblioteca Oro





Mientras viaja de Londres a St. Mary Mead en el tren de las 4.50, la señora MacGillicuddy presencia un asesinato que se está cometiendo en otro tren que circula paralelo al suyo. Intenta denunciar el hecho, pero sólo su amiga miss Marple da crédito a su historia y, al comprobar que el cadáver no aparece, decide tomar cartas en el asunto.



Agatha Christie

El tren de las 4.50

Miss Marple - 08

ePub r1.4

Titivillus 06.11.2022

Título original: *4:50 from Paddington*
Agatha Christie, 1957
Traducción: Guillermo de Boladeres Ibern

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: madejuan, Breogana
ePub base r2.1



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BACON: inspector de policía.

CORNISH, Frank: sargento de policía de St. Mary Mead.

CRACKENTHORPE, lady Alice: esposa de Harold Crackenthorpe.

CRACKENTHORPE, Alfred: soltero, bala perdida y poco fiable en los negocios.

CRACKENTHORPE, Cedric: soltero, pintor exótico y bohemio.

CRACKENTHORPE, Emma: bondadosa joven, hermana de los anteriores.

CRACKENTHORPE, Harold: hombre de negocios residente en Londres, hermano de los citados.

CRACKENTHORPE, Luther: hombre rico, avaro, propietario de Rutherford Hall, jefe de la familia y padre de Cedric, Harold, Emma y Alfred.

CRACKENTHORPE, Martine: viuda de Edmund Crackenthorpe, asesinada, difunto hermano de los anteriores.

CRADDOCK, Dermot: detective inspector de Scotland Yard.

DESSIN, Armand: inspector de policía de la Súreté.

EASTLEY, Alexander: nieto de Luther Crackenthorpe e hijo de Bryan.

EASTLEY, Bryan: viudo de Edith Crackenthorpe, hija de Luther.

ELLIS: elegante muchacha, secretaria de Harold.

EYELESBARROW, Lucy: joven de 32 años, amiga de miss Marple y doméstica de los Crackenthorpe.

GRISELDA: madre de Leonard.

HART: asistenta de los Crackenthorpe.

HAYDOCK: médico de miss Marple.

HILL, Florence: antigua doncella de miss Marple.

HILLMAN: viejo jardinero de los Crackenthorpe.

JOHNSTONE: médico forense.

JOILET: bailarina francesa, directora del Ballet Maritski.

KIDDER: asistenta de los Crackenthorpe.

LEONARD: coleccionista de mapas y gran cartógrafo.

McGILLICUDDY, Elspeth: íntima amiga de miss Marple.

MARPLE, Jane: vieja solterona de aficiones detectivescas.

MORRIS: antiguo médico de los Crackenthorpe.

QUIMPER: actual médico de los Crackenthorpe.

SANDERS: policía.

STODDART-WEST, James: amigo íntimo y compañero de estudios de Alexander Eastley.

STRAVINSKA, Anna: bailarina del Ballet Maritski.

WEST, David: sobrino de la anciana Marple, empleado en los ferrocarriles.

WETHERALL, Bob: sargento de policía.

WIMBORNE: abogado de la familia Crackenthorpe.

Capítulo I

Mrs. McGillicuddy corría jadeando por el andén en la estela del mozo que le llevaba la maleta. La dama era baja y gruesa, y el mozo alto y de pasos largos. Además, Mrs. McGillicuddy iba cargada con gran cantidad de paquetes, resultado de un día de compras de Navidad. Por lo tanto, la carrera resultaba desigual y el mozo dobló la esquina al final del andén cuando a Mrs. McGillicuddy le faltaba aún un buen trecho para alcanzarlo.

El andén número 1 no estaba en aquel momento excesivamente concurrido, porque acababa de salir un tren, pero en los otros andenes la muchedumbre se movía en todas direcciones, subiendo y bajando a la estación del Metro, entrando y saliendo de la consigna de equipajes, de los salones de té, de las oficinas de información, y cruzando las puertas de entrada y salida por las que la estación de Paddington comunicaba con el exterior.

Mrs. McGillicuddy y sus paquetes fueron zarandeados de un lado a otro, pero llegó por fin a la entrada del andén número 3, donde dejó un paquete en el suelo para buscar en el bolso el billete que le permitiría pasar al otro lado del severo guardián de aquel acceso.

En ese momento, una voz estridente pero refinada, empezó a hablar por encima de su cabeza.

—Estacionado en la vía 3 el tren que tiene su salida a las 4.50 con destino a Chadmouth y paradas en Brackhampton, Milchester, Waverton, Carvil Junction y Roxeter. Pasajeros con destino a Brackhampton y Milchester sitúense en el vagón de cola. Los pasajeros que se dirijan a Vanequay deberán hacer transbordo en Roxeter.

La voz se interrumpió con un chasquido, y luego reanudó la información anunciando la llegada del tren de las 4.35 procedente de Birmingham y Wolverhampton en el andén 9.

Mrs. McGillicuddy encontró por fin su billete. El revisor lo

taladró, murmurando:

—A la derecha, parte de atrás.

Mrs. McGillicuddy siguió por el andén y encontró a su mozo con expresión aburrida y mirando al vacío frente a la puerta de un vagón de tercera clase.

—Por aquí, señora.

—Yo viajo en primera clase —observó Mrs. McGillicuddy.

—No lo dijo —gruñó el hombre que miró con desprecio el abrigo a cuadros de mezclilla y corte masculino.

Mrs. McGillicuddy, que sí lo había dicho, no quiso discutir. Todavía le faltaba el aliento.

El mozo recogió la maleta y la llevó al vagón inmediato, donde Mrs. McGillicuddy quedó instalada en una esplendorosa soledad. El tren de las 4.50 iba casi vacío. Los viajeros de primera clase preferían el expreso de la mañana, o el de las 6.40 que llevaba vagón restaurante. Mrs. McGillicuddy entregó al mozo una propina que éste recibió con disgusto, al considerarla más propia de tercera clase que de primera. Aunque Mrs. McGillicuddy estaba dispuesta a gastarse el dinero en un cómodo viaje de regreso, después de una noche de viaje desde el norte y un febril día de compras, no era dada a excederse en las propinas.

Se instaló confortablemente en el mullido asiento con un suspiro y abrió una revista. Al cabo de cinco minutos sonaron los silbatos y el tren arrancó. La revista resbaló de las manos de Mrs. McGillicuddy, su cabeza se ladeó y tres minutos más tarde ya estaba dormida. Se despertó después de un reparador sueño de treinta y cinco minutos. Se colocó bien el sombrero, que se le había torcido, se enderezó en el asiento y observó por la ventanilla lo que podía verse del fugaz paisaje. Ya era casi de noche en un día gris y nebuloso de fines de diciembre, pues sólo faltaban cinco días para Navidad. Londres resultaba un lugar triste y oscuro, y el campo no lo estaba menos, aunque aquí y allá lo alegraban algunos grupos de luces, al pasar el tren por las distintas poblaciones y estaciones.

—Van a servir el último té —anunció un camarero, abriendo la puerta como un geniecillo oriental.

Mrs. McGillicuddy ya había tomado el té en unos grandes almacenes y, de momento, se sentía satisfecha. El camarero continuó por el corredor con su monótona llamada. Mrs.

McGillicuddy miró con expresión satisfecha el portaequipaje donde estaban sus paquetes colocados. Las toallas le habían salido a buen precio y eran exactamente como las que quería Margaret; la pistola espacial para Robby y el conejo para Jean gustarían a los niños, y la casaquilla de noche era justo lo que ella necesitaba, abrigada pero elegante. También el jersey para Héctor. Asintió complacida por el acierto de sus compras.

Su mirada satisfecha volvió a la ventanilla: un tren que corría en la dirección contraria pasó con un estridente ruido que hizo temblar los cristales y la sobrecogió por un momento. Llegó luego el repiqueteo de su propio tren al pasar por el cambio de agujas de una estación.

De repente, el tren empezó a aminorar la marcha, obedeciendo quizás a alguna señal. Durante algunos minutos se arrastró lentamente, se detuvo y, por fin, reanudó la marcha. Pasó por su lado otro tren que iba en dirección contraria, aunque a menor velocidad que el primero. El tren empezó a coger velocidad otra vez. En aquel momento, otro tren se desvió repentinamente hacia su misma dirección, dando la sensación por un instante de que iban a chocar. Durante un rato, los dos trenes corrieron paralelos, adelantándose apenas el uno al otro, alternativamente. Desde su ventanilla, Mrs. McGillicuddy miró las ventanillas de los vagones paralelos al suyo. La mayor parte de las cortinillas estaban echadas, pero de vez en cuando podía ver a sus ocupantes. El otro tren tampoco estaba muy concurrido y algunos de los vagones iban casi vacíos.

En un momento en que los dos trenes producían la ilusión de hallarse inmóviles, se alzó una cortinilla de uno de los compartimientos del otro tren y Mrs. McGillicuddy vio el interior iluminado del compartimiento de primera clase que tenía tan sólo a unos cuantos pies de distancia.

Inmediatamente sintió que se le cortaba la respiración y casi saltó de su asiento.

De espaldas a la ventanilla, vio a un hombre con las manos incrustadas alrededor del cuello de una mujer que se hallaba de cara a él y, de forma lenta y despiadada, la estaba estrangulando. Los ojos de la mujer se salían de sus órbitas y su rostro estaba púrpura y congestionado.

Mientras Mrs. McGillicuddy observaba fascinada, llegó el final: el cuerpo quedó inerte entre las manos del hombre.

En aquel mismo instante, el tren de Mrs. McGillicuddy volvió a aminorar la marcha y el otro aceleró. Avanzó rápidamente y, un momento después, se perdió en la oscuridad de la noche.

La mano de Mrs. McGillicuddy se dirigió automáticamente hacia la alarma. Luego se detuvo indecisa. Después de todo, ¿de qué serviría dar la alarma en el tren en que ella viajaba? El horror de lo que había visto tan de cerca y las desusadas circunstancias la dejaron paralizada. Era necesario emprender alguna acción inmediata, pero ¿cuál?

Se abrió la puerta del compartimiento. Era el revisor.

—Billetes, por favor.

Mrs. McGillicuddy se volvió hacia él con vehemencia.

—Una mujer ha sido estrangulada en ese tren que acaba de pasar. Lo he visto.

El revisor la miró con cierta incredulidad.

—¿Decía usted, señora?

—¡Que un hombre ha estrangulado a una mujer! En ese tren. ¡Lo he visto por aquí! —exclamó, señalando la ventanilla.

La expresión incrédula del revisor se agudizó.

—¿Estrangulado? —preguntó en un tono de profunda duda.

—¡Sí, estrangulado! Le repito que lo he visto. ¡Debe usted hacer algo inmediatamente!

El revisor carraspeó como queriendo disculparse.

—¿No cree usted, madam, que tal vez haya echado una cabezadita y al despertar…? —se interrumpió con prudencia.

—He dormido un poco, pero si cree usted que se trata de un sueño, está equivocado por completo. Le digo que lo he visto.

La mirada del revisor se fijó en la revista abierta en el asiento. En la página visible aparecía una muchacha a la que estaban estrangulando, mientras un hombre amenazaba con un revólver a la pareja desde una puerta abierta.

—Vamos, madam —sugirió entonces el revisor, con voz persuasiva—, ¿no le parece que, después de leer una historia emocionante, ha dado una cabezada y ha despertado un poco confusa?

Mrs. McGillicuddy le interrumpió.

—¡Lo he visto! Estaba tan despierta como lo está usted ahora. Miré a través de esta ventanilla y vi la del otro tren que circulaba paralelo al nuestro, y un hombre estaba estrangulando a una mujer. Y lo que quiero saber es ¿qué piensa hacer al respecto?

—Bueno… madam…

—Porque hará usted algo, supongo.

El revisor suspiró reacio y miró su reloj.

—Estaremos en Brackhampton dentro de siete minutos. Comunicaré lo que me ha dicho. ¿En qué dirección corría el tren al que se refiere usted?

—En esta misma dirección, naturalmente. ¿No imaginará usted que pudiera haberlo visto en un tren que pasara a gran velocidad en dirección contraria?

Por la expresión del revisor resultaba obvio que consideraba que Mrs. McGillicuddy era muy capaz de ver cualquier cosa que le sugiriera su imaginación. Pero mantuvo una actitud cortés.

—No se preocupe, madam. Comunicaré lo que me ha dicho. Quizá podría usted darme su nombre y dirección, sólo para el caso de que…

Mrs. McGillicuddy le dio la dirección del lugar donde se instalaría los días inmediatos y la de su residencia permanente en Escocia. El revisor tomó nota y se retiró con el aire de quien ha cumplido con su deber y ha tratado exitosamente con un fastidioso viajero.

Mrs. McGillicuddy se sentía algo recelosa. ¿Comunicaría el revisor su declaración? ¿O sólo había tratado de calmarla? Suponía vagamente que había mujeres mayores, viajando por el mundo, convencidas de que habían desenmascarado complots comunistas, que se hallaban en peligro de ser asesinadas, de que habían visto platillos volantes y secretas naves espaciales, o de que habían presenciado asesinatos que nunca tuvieron lugar. ¿Y si aquel hombre se había desentendido pensando que era una de ésas?

El tren redujo velocidad para cruzar algunos cambios de agujas y pasaron entre el brillante alumbrado de una importante población.

Mrs. McGillicuddy abrió el bolso, sacó una vieja factura, que fue el único papel que pudo encontrar, y escribió en el dorso una nota rápida con su bolígrafo, la metió en un sobre que por fortuna

llevaba, lo cerró y le puso las señas.

El tren se detuvo en una población cuyo andén se hallaba atestado. La misma voz anunciaba:

—Entrada en vía 1 del tren semidirecto de las 5.38, con destino Chadmouth. Para en las estaciones de Milchester, Waverton y Roxeter. Los pasajeros con destino a Market Basing deben dirigirse a la vía 3. Entra en vía 1 el tren con destino Carbury.

Mrs. McGillicuddy observó ansiosa a un extremo y al otro del andén. ¡Tantos viajeros y tan pocos mozos! ¡Ah, allí había uno! Lo llamó con voz autoritaria.

—¡Mozo! Por favor, lleve esto inmediatamente a la oficina del jefe de estación.

Le entregó el sobre y un chelín.

Luego, con un suspiro, se reclinó en su asiento. Había hecho lo que había podido. Por un momento se quedó lamentando el chelín. En realidad, hubieran bastado seis peniques.

Su mente volvió a la escena que había presenciado. Horrible, horrible de verdad. Ella era una mujer de temple firme, pero se estremeció. ¡Qué cosa tan extraña y fantástica acababa de ocurrirle a ella! Si la cortinilla de aquel compartimiento no se hubiera levantado casualmente… Pero esto era, por supuesto, providencial.

La Providencia había querido que ella, Elspeth McGillicuddy, fuese testigo de un crimen. Sus labios se apretaron con torva expresión.

Se oyeron gritos, silbatos, portazos. El tren de las 5.38 dejó lentamente la estación de Brackhampton. Una hora y cinco minutos más tarde se detenía en Milchester.

Mrs. McGillicuddy recogió los paquetes y la maleta y se apeó. Su mirada recorrió el andén de arriba abajo, y volvió a reafirmarse en su opinión: no había bastantes mozos. Los que había estaban ocupados con las sacas de correo y los carros de equipaje. En estos tiempos parecía darse por supuesto que cada pasajero cargaría con sus propios bultos. Ella no podía cargar con la maleta, el paraguas y todos los paquetes. Tendría que esperar. Finalmente consiguió los servicios de un mozo.

—¿Taxi?

—No, espero que habrán venido a recogerme.

Fuera de la estación de Milchester se le acercó un taxista que

había estado observando la salida.

—¿Es usted Mrs. McGillicuddy? —le preguntó con voz suave y acento local—. ¿Va a St. Mary Mead?

Mrs. McGillicuddy respondió que sí y recompensó al mozo adecuada, pero no espléndidamente. El coche, con Mrs. McGillicuddy, la maleta y los paquetes, se alejó en la oscuridad. Era un trayecto de nueve millas. Tiesa en su asiento, Mrs. McGillicuddy fue incapaz de relajarse. Sus sentimientos esperaban con ansia el momento de poder manifestarse. Por fin, el taxi entró en una calle conocida y llegó a su destino. La dama se apeó y siguió el camino enladrillado que conducía a la puerta. Una doncella de edad madura abrió la puerta y el taxista depositó los bultos en el interior. Mrs. McGillicuddy cruzó el vestíbulo hasta la sala de estar, donde la esperaba la dueña de la casa: una dama de avanzada edad y delicado aspecto.

—¡Elspeth!

—¡Jane!

Las dos mujeres se besaron y, sin preámbulos ni circunloquios, Mrs. McGillicuddy chilló:

—¡Oh, Jane! ¡Acabo de ver un asesinato!

Capítulo II

Fiel a los preceptos, transmitidos por su madre y su abuela, de que una verdadera dama no debe mostrarse nunca escandalizada ni sorprendida, miss Marple se limitó a enarcar las cejas y a asentir mientras respondía:

—Muy penoso para ti, Elspeth, querida. Y sin duda muy insólito. Creo que será mejor que me lo cuentes en seguida.

Esto era exactamente lo que Mrs. McGillicuddy deseaba hacer. Dejó que su amiga la acercase más al fuego, se sentó, se quitó los guantes y se enfrascó en una vívida narración.

Miss Marple la escuchó con gran atención. Cuando, por fin, Mrs. McGillicuddy se detuvo para tomar aliento, su amiga habló con decisión.

—Creo que lo mejor que puedes hacer ahora, querida, es ir arriba, quitarte el sombrero y lavarte. Luego, cenaremos y, durante la cena, no hablaremos del asunto en absoluto. Después de cenar, lo trataremos a fondo y discutiremos todos los detalles.

Mrs. McGillicuddy aceptó la sugerencia. Las dos damas cenaron y, mientras lo hacían, hablaron de varios aspectos de la vida en St. Mary Mead. Miss Marple comentó la desconfianza general que inspiraba el nuevo organista, contó el reciente escándalo sobre la esposa del farmacéutico e hizo alusión a la hostilidad entre la maestra de la escuela y el instituto del pueblo. Luego discutieron acerca de sus respectivos jardines.

—Las peonías —comentó miss Marple al levantarse de la mesa— son imprevisibles. Pero si arraigan, te acompañan durante toda la vida. Hay infinidad de variedades que son muy hermosas.

De nuevo se instalaron ante el fuego y miss Marple sacó de un armario del rincón dos antiguas copas, y de otro armario una botella.

—Esta noche nada de café, Elspeth. Estás ya sobreexcitada (¡y

con razón!) y es probable que no duermas. Te receto un vaso de mi vino de prímula y, más tarde, quizás una taza de manzanilla.

A Mrs. McGillicuddy le pareció bien y miss Marple sirvió el vino.

—Jane —dijo Mrs. McGillicuddy después de beber un sorbo—, tú no crees que lo he soñado, ¿verdad?

—No, ciertamente —contestó afablemente miss Marple.

Mrs. McGillicuddy lanzó un suspiro de alivio.

—El revisor lo creyó así. Se mostró muy cortés, pero, de todos modos…

—Creo, Elspeth, que, dadas las circunstancias, era muy natural. Parece, y en realidad lo es, una historia inverosímil. Además, tú eras una desconocida para él. No, yo no tengo la menor duda de que viste lo que me has contado. Es un caso extraordinario, pero en modo alguno imposible. Yo también he sentido siempre interés por ver lo que sucedía en los trenes que corren paralelos al mío, por la vívida e íntima imagen que se te ofrece de lo que está pasando en uno o dos compartimientos. Recuerdo que una vez vi a una niña pequeña que jugaba con un osito de peluche, y de pronto lo tiró deliberadamente contra un hombre gordo que dormía en un rincón, y cómo éste dio un salto indignado, mientras los otros pasajeros parecían muy divertidos. Lo percibí todo de un modo tan real, que luego hubiera podido decir con exactitud qué aspecto tenían o qué ropa llevaban.

Mrs. McGillicuddy asintió agradecida.

—Eso mismo me ha ocurrido a mí.

—Me has dicho que el hombre estaba de espaldas, o sea que no viste su cara.

—No.

—Y la mujer, ¿podrías describirla? ¿Joven? ¿Vieja?

—Más bien joven. Entre treinta y treinta y cinco años, me parece. No podría precisar más.

—¿Bien parecida?

—Tampoco esto podría asegurarlo. Como comprenderás, su cara estaba contraída y…

—Sí, sí. Lo comprendo muy bien —señaló miss Marple con presteza—. ¿Cómo iba vestida?

—Llevaba un abrigo de piel, de una piel clara. Sin sombrero. Su cabello era rubio.

—¿Y no tenía el hombre algún rasgo distintivo que puedas recordar?

Mrs. McGillicuddy se tomó su tiempo para pensar a fondo antes de contestar.

—Alto y moreno, creo. Llevaba un abrigo grueso, de modo que nada puedo decir en concreto sobre su constitución física. —Y añadió con desaliento—: En realidad, no es gran cosa.

—Algo es algo —comentó miss Marple—. ¿Estás completamente segura de que la muchacha estaba muerta?

—Estaba muerta. De eso sí estoy segura. Tenía la lengua fuera y… bueno, prefiero no hablar de ello.

—Claro que no. Claro que no —se apresuró a decir miss Marple —. Supongo que sabremos algo más por la mañana.

—¿Por la mañana?

—Me figuro que saldrá en los periódicos de la mañana. Después de atacarla y matarla, ese hombre se encontrará con un cadáver en las manos. ¿Qué habrá hecho? Es de suponer que habrá bajado del tren en la primera estación. A propósito, ¿puedes recordar si era un vagón con pasillo?

—No, no lo era.

—Eso parece indicar que el tren no era de largo recorrido. Es casi seguro que se detuvo en Brackhampton. Supongamos que el asesino se apeara en Brackhampton y hubiera dejado el cadáver sentado en un rincón, con la cara escondida en el cuello del abrigo para retrasar su descubrimiento. Sí, creo que seguramente eso es lo que haría. Pero, naturalmente, la descubrirán antes de que pase mucho tiempo, y es de esperar que la noticia de una mujer asesinada y descubierta en un tren aparecerá con toda certeza en los periódicos de la mañana. Ya veremos.

Pero no apareció en la prensa de la mañana.

Después de asegurarse de esto, ambas amigas terminaron su desayuno en silencio. Las dos reflexionaban.

Después de desayunar, dieron un paseo por el jardín. Pero este absorbente pasatiempo resultó un paseo deslucido. Miss Marple llamó la atención de su amiga sobre alguna especie nueva y rara que había adquirido para su jardín de rocas, pero lo hizo casi distraída. Y Mrs. McGillicuddy no contraatacó, como era su costumbre, con una lista de sus propias y recientes adquisiciones.

—El jardín no tiene el aspecto que debiera —afirmó miss Marple siempre distraída—. El doctor Haydock me ha prohibido que me incline y que me arrodille y, la verdad, ¿qué puedes hacer sin inclinarte ni arrodillarte? Tenemos al viejo Edwards, por supuesto, ¡pero es tan terco! Y esta faena le ha hecho adquirir malas costumbres: muchas tazas de té, muchos descansos y nada que signifique verdadero trabajo.

—¡Oh, tienes razón! —contestó Mrs. McGillicuddy—. Claro que no es que a mí me prohiban inclinarme, pero la verdad es que después de las comidas y habiendo aumentado de peso —bajó la vista sobre sus amplias proporciones—, me viene acidez de estómago.

Hubo un silencio y Mrs. McGillicuddy se detuvo en seco y se volvió hacia su amiga.

—¿Y bien?

Era una pregunta insignificante, pero el tono de Mrs. McGillicuddy era harto elocuente, y miss Marple comprendió su significado perfectamente.

—No lo sé.

Las dos se miraron.

—Creo —sugirió miss Marple— que podríamos acercarnos a la comisaría para hablar con el sargento Cornish. Es un hombre inteligente y dotado de una gran paciencia. Nos conocemos muy bien. Creo que nos escuchará y comunicará la información donde corresponda.

En consecuencia, unos tres cuartos de hora más tarde, miss Marple y Mrs. McGillicuddy estaban hablando con un hombre que andaría por la treintena, grave, robusto, que las escuchaba con suma atención.

El sargento Frank Cornish recibió a miss Marple con cordialidad y deferencia. Dispuso sendas sillas para las dos damas.

—Veamos, ¿en qué puedo servirla, miss Marple?

—Desearía que escuchase lo que tiene que comunicarle mi amiga, Mrs. McGillicuddy.

Cornish la escuchó atentamente y, cuando finalizó el relato, guardó silencio durante unos segundos.

—Es un relato extraordinario —opinó.

Disimuladamente había estado calibrando a la narradora.

En conjunto, su impresión fue favorable. Era una mujer inteligente que sabía expresarse con claridad. No era, dentro de lo que él podía juzgar, una mujer de imaginación desbordada ni una histérica. Además, miss Marple parecía creer en la exactitud del relato de su amiga, y él la conocía bastante. Todo el mundo en St. Mary Mead la conocía: menuda y tímida en apariencia, pero en el fondo tan viva y astuta como el que más.

—Por supuesto —añadió después de un leve carraspeo—, quizá esté usted en un error: fíjese bien, no digo que se haya equivocado, pero sería una posibilidad. Hay gente aficionada a las bromas pesadas, y el incidente podría no haber sido serio o fatal.

—Yo sé lo que he visto —insistió Mrs. McGillicuddy con severidad.

«Y no cambiará un ápice su veredicto —pensó Cornish—. Creo que me guste o no, quizá tenga razón».

—Ha informado usted a los funcionarios del ferrocarril y a mí —comentó en voz alta—. Ha actuado correctamente, y puede estar segura de que me ocuparé de que se lleven a cabo las indagaciones necesarias.

Se detuvo. Miss Marple asintió satisfecha. Mrs. McGillicuddy no lo estaba tanto, pero no dijo nada. El sargento Cornish se dirigió a miss Marple, no tanto porque deseara conocer sus ideas, sino porque quería oír su opinión.

—Si aceptamos los hechos tal como han sido expuestos, ¿qué cree usted que habrá ocurrido con el cadáver?

—Sólo parece haber dos posibilidades —apuntó miss Marple sin vacilar—. La más probable es, por supuesto, que el cadáver fuera abandonado en el tren, pero eso parece ahora poco probable porque hubiera sido encontrado por otro pasajero o por el personal del ferrocarril al final del trayecto.

Frank Cornish asintió.

—La otra posibilidad que le quedaba al asesino era echar el cadáver a la vía. Supongo que debe estar en algún recóndito lugar del trayecto, aunque tampoco esto parece probable. Pero no acierto a ver de qué otro modo hubiera podido resolver el problema.

—En los periódicos hablan de cadáveres metidos en baúles —señaló Mrs. McGillicuddy—, pero ahora nadie viaja con baúles, sólo se llevan maletas. Y no puede meterse un cadáver en una maleta.

—Sí —aceptó Cornish—, estoy de acuerdo con ustedes. El cadáver, si lo hay, tendría que haber sido descubierto a estas horas, o lo será muy pronto. Las tendré al corriente de cualquier novedad, aunque me figuro que se enterarán por los periódicos. Desde luego, está la posibilidad de que la mujer, aunque atacada de una manera salvaje, no esté muerta y que se apeara del tren por su propio pie.

—Difícilmente hubiera podido hacerlo sin ayuda —señaló miss Marple—, y en ese caso alguien hubiera advertido a un hombre que sostenía a una mujer diciendo que está enferma.

—Sí, tiene razón —convino Cornish—. Si encontraron a una mujer sin conocimiento o enferma en un compartimiento y la llevaron al hospital, aparecería en los informes. Tengan la certeza de que en breve conseguiremos algo.

Pero pasó aquel día y el siguiente. Esa noche miss Marple recibió una nota del sargento Cornish que decía así:

> *Respecto al asunto que me consultó, se ha llevado a cabo una investigación exhaustiva sin resultado. No se ha encontrado ningún cadáver. Ningún hospital ha prestado asistencia a mujer alguna como la que me describió, y no ha sido observado ningún caso de una mujer inconsciente o enferma que dejase la estación sostenida por un hombre. Puede estar segura de que la investigación se ha hecho a fondo. Debo suponer que, aun habiendo presenciado su amiga una escena tal como la que describió, el resultado de la misma fue mucho menos grave de lo que ella ha supuesto.*

Capítulo III

—¿Menos grave? ¡Qué disparate! —exclamó Mrs. McGillicuddy—. ¡Fue un asesinato!

Miró con aire desafiante a miss Marple, y su amiga le devolvió la mirada.

—Vamos, Jane. ¡Di que me he equivocado! ¡Di que lo he imaginado todo! ¿Es eso lo que crees?

—Todo el mundo puede equivocarse —insinuó miss Marple con dulzura—. Todo el mundo, Elspeth, incluso tú. Creo que debemos tenerlo en cuenta. Pero sigo creyendo que es poco probable que tú precisamente te hayas equivocado. Usas gafas para leer, pero a distancia tienes muy buena vista. Y lo que viste te impresionó muchísimo. Cuando llegaste aquí sufrías las consecuencias del choque.

—Es una cosa que no olvidaré nunca —afirmó Mrs. McGillicuddy, estremeciéndose—. ¡El problema está en que no sé qué puedo hacer!

—Me parece —observó miss Marple con aire pensativo— que tú no puedes hacer nada más. —Si Mrs. McGillicuddy hubiese prestado más atención al tono de la voz de su amiga, hubiese advertido que había puesto un ligero acento en la palabra *tú*—. Has comunicado lo que viste al personal del ferrocarril y a la policía. No, no hay nada más que puedas hacer tú.

—Eso me tranquiliza en cierto modo porque, como sabes, me voy a Ceilán después de Navidad, para estar con Roderick, y no quiero aplazar esta visita que tanto he deseado hacer. Aunque, claro está, la aplazaría si creyese que mi deber así lo exige.

—Bien sé que lo harías, Elspeth, pero considero que has hecho cuanto estaba en tu mano.

—Ahora es asunto de la policía —confirmó Mrs. McGillicuddy—. Pero si la policía se empeña en ser tan estúpida…

—¡Oh, no! La policía no es estúpida, y eso es lo que lo hace más interesante, ¿no crees?

Mrs. McGillicuddy la miró sin comprender y miss Marple se reafirmó en la opinión de que su amiga era una mujer de sólidos principios e incapaz de dejarse llevar por fantasías.

—Una desea saber qué es lo que realmente sucedió —añadió miss Marple.

—La mujer fue asesinada.

—Sí, pero ¿quién la mató y por qué? ¿Y qué ha ocurrido con el cadáver? ¿Dónde está ahora?

—A la policía le corresponde averiguar eso.

—Exactamente, y no lo han encontrado. Lo cual significa que el hombre ha sido listo, muy listo, ¿no es cierto? —dijo miss Marple, frunciendo el entrecejo—. No logro imaginar cómo ha podido deshacerse del cadáver. Supongamos que la mató en un arrebato de pasión. Porque desde luego no creo de ninguna manera que fuera un crimen premeditado, no tendría sentido, y menos aún si tenemos en cuenta que estaban tan sólo a unos minutos de una estación importante. No, debió de ser una disputa, celos, o algo por el estilo. La estranguló y se encontró con un cadáver en las manos y a punto de entrar en una estación. ¿Qué puede hacer con él, salvo como dije al principio dejarlo apoyado en un rincón como si durmiese, ocultando la cara, y largarse lo más pronto posible? No veo ninguna otra posibilidad y, no obstante, tiene que haberla.

Miss Marple se perdió en sus pensamientos.

Mrs. McGillicuddy tuvo que llamarla dos veces antes de que le contestase.

—Estás volviéndote sorda, Jane.

—Un poquito quizá. No me parece que la gente pronuncie las palabras con tanta claridad como acostumbraba. Pero no es que no te haya oído, me temo que no estaba atenta a lo que decías.

—Te preguntaba por los trenes que salen mañana para Londres. ¿Me irá bien el de primera hora de la tarde? Voy a ver a Margaret, y ella no me espera antes de la hora del té.

—Estoy pensando, Elspeth, si no te importaría tomar el de las 12.15. Podríamos almorzar un poco más temprano.

—Por supuesto, y…

—Y también pensaba —continuó miss Marple, ahogando las

palabras de su amiga— que quizás a Margaret no le importaría que no llegases a la hora del té, que llegases hacia las siete, por ejemplo.

Mrs. McGillicuddy miró a su amiga con curiosidad.

—¿Qué te propones, Jane?

—Lo que querría, Elspeth, es poder ir a Londres contigo, y volver a Brackhampton en el mismo tren que tomaste el otro día para venir. Luego regresarías a Londres desde Brackhampton y yo continuaría hasta aquí como tú hiciste. Naturalmente, yo abonaría los billetes. —Miss Marple recalcó este importante detalle con firmeza.

Mrs. McGillicuddy no hizo caso del aspecto financiero.

—¿Qué esperas encontrar, Jane? ¿Otro asesinato?

—De ningún modo —contestó miss Marple escandalizada—. Pero te confieso que me gustaría ver con mis propios ojos el… es difícil encontrar la palabra adecuada… el escenario del crimen.

En consecuencia, al día siguiente, miss Marple y Mrs. McGillicuddy se hallaban una frente a la otra, en un compartimiento de primera clase correspondiente al tren que había salido de Paddington a las 4.50. La estación estaba aquel día más concurrida aún que en el viernes precedente, porque sólo faltaban dos días para Navidad, pero los vagones de cola estaban relativamente tranquilos.

En esta ocasión no hubo ningún tren que circulase en su misma dirección y a la misma velocidad. A intervalos se cruzaban con los que se dirigían a Londres. En dos ocasiones pasaron trenes que les adelantaban corriendo a gran velocidad. Mrs. McGillicuddy consultaba su reloj de vez en cuando con expresión dubitativa.

—Es difícil decir exactamente cuándo. Hemos pasado por una estación que conozco. —Pero continuamente pasaban por estaciones.

—Llegaremos a Brackhampton dentro de cinco minutos —anunció miss Marple.

Un revisor apareció en la puerta. Miss Marple alzó la mirada con expresión inquisitiva, pero Mrs. McGillicuddy meneó la cabeza. No era el mismo del otro día. El revisor taladró los billetes y continuó su camino tambaleándose ligeramente al describir el tren una larga curva, moderando un poco su marcha.

—Supongo que vamos a entrar en Brackhampton —dijo Mrs.

McGillicuddy.

—Me parece que estamos ya en los arrabales —respondió miss Marple.

Por la ventana pasaban fugaces el resplandor de las luces, edificios, calles, tranvías. El tren aminoró aún más la marcha. Empezaron a cruzar los cambios de agujas.

—Ya llegamos —observó Mrs. McGillicuddy—. No veo qué utilidad puede haber tenido este viaje. ¿Te ha sugerido alguna idea, Jane?

—Me temo que no —contestó miss Marple con voz indecisa.

—Un dinero malgastado inútilmente —afirmó Mrs. McGillicuddy, aunque con menor tristeza que si el viaje hubiera sido a su cargo. Miss Marple se había mostrado inflexible en ese punto.

—De todos modos, siempre es bueno ver con tus propios ojos el lugar de los hechos. Este tren lleva un retraso de algunos minutos, me parece. ¿Fue puntual el tuyo el viernes?

—Creo que sí. En realidad, no lo comprobé.

El tren entró lentamente en la concurrida estación de Brackhampton. Del altavoz salió un ronco anuncio, se abrieron y cerraron puertas y la gente entró y salió por ellas. Era una escena de incesante movimiento.

«A un asesino —pensó miss Marple— le sería fácil mezclarse entre la muchedumbre y salir de la estación en medio de la multitud apretujada, o bien elegir otro vagón y continuar el viaje en el mismo tren. Fácil, para un hombre entre muchos. Pero no le sería tan fácil deshacerse de un cadáver. Tiene que estar en alguna parte».

Mrs. McGillicuddy se había apeado y le hablaba desde el andén a través de la ventanilla abierta.

—Y ahora, cuídate bien, Jane. No cojas un resfriado. Esta época del año es muy traicionera, y tú ya no eres tan joven.

—Ya lo sé.

—Y no nos inquietemos más por todo este asunto. Hemos hecho lo que hemos podido.

Miss Marple asintió y la apremió:

—No te quedes ahí con este frío, Elspeth, o de lo contrario serás tú la que coja el resfriado. Ve a tomar una buena taza de té caliente

en el bar. Tienes tiempo, faltan todavía doce minutos para la salida del tren que vuelve a la ciudad.

—Sí, es lo que haré. Adiós, Jane.

—Adiós, Elspeth. Feliz Navidad. Espero que encuentres bien a Margaret. Diviértete en Ceilán y dale mis afectuosos saludos al querido Roderick, si es que se acuerda de mí, cosa que dudo.

—Claro que se acuerda de ti. Tú le ayudaste de algún modo cuando estaba en el colegio. Algo sobre un dinero que desaparecía de una taquilla. Nunca lo ha olvidado.

—¡Oh! ¡Aquello! —dijo miss Marple.

Mrs. McGillicuddy se apartó, sonó un silbato y el tren empezó a moverse. Miss Marple observó cómo iba disminuyendo el cuerpo macizo y robusto de su amiga. Elspeth podía irse a Ceilán con la conciencia tranquila: había cumplido con su deber y quedaba libre de toda obligación.

Miss Marple no se recostó en su asiento mientras el tren aceleraba. Permaneció erguida y se entregó por completo a sus pensamientos. Aunque al expresarse fuera algo vaga y confusa, pensaba siempre con claridad y precisión. Tenía un problema que resolver, el problema de su propia conducta futura y lo más extraño era que se ofrecía a su conciencia como se había ofrecido a la de Mrs. McGillicuddy: como un deber que cumplir.

Mrs. McGillicuddy había dicho que las dos habían hecho cuanto les era posible hacer. Esto era verdad respecto a su amiga, pero respecto a sí misma, miss Marple no se sentía tan convencida.

A veces, era cuestión de utilizar sus dones especiales. Pero quizá fuese esto presunción. Después de todo, ¿qué podía hacer ella? Volvieron a su memoria las palabras de su amiga: «Ya no eres tan joven».

De un modo metódico, como un general que traza un plan de campaña o un consultor que considera la viabilidad de un negocio, miss Marple sopesó en su mente los pros y los contras en su determinación de emprender alguna acción sobre el grave caso de que tenía conocimiento. En su favor contaba con los siguientes puntos:

1. Mi larga experiencia de la vida y de la naturaleza humana.
2. Sir Henry Clithering y su ahijado (actualmente, según creo, en Scotland Yard), que tan amable se mostró en el caso de

Little Paddocks.
3. David, el segundo hijo de mi sobrino Raymond, que estoy casi segura se halla empleado en el ferrocarril.
4. El chico de Griselda, Leonard, que tanto entiende de mapas.

Miss Marple consideró estos puntos y los encontró por completo satisfactorios. Necesitaría de todos ellos para compensar los aspectos negativos, en particular, su propia debilidad física.

«No estoy —pensó— como para ir de acá para allá, haciendo averiguaciones».

Sí, era el principal obstáculo: la edad y la debilidad física que la acompañaba. Aunque para su edad conservase una buena salud, el caso es que era vieja. Si el doctor Haydock le había prohibido de forma tajante el ejercicio práctico de la jardinería, difícilmente la autorizaría a salir a la caza de un asesino. Porque esto era, en efecto, lo que se proponía hacer, y aquí estaba el dilema. Si hasta aquel momento, el asunto del asesinato había venido a ella por así decirlo, ahora sería ella la que saldría deliberadamente a buscarlo. No estaba segura de querer hacerlo en realidad. Era vieja. Era vieja y estaba cansada. En aquel momento, al final de un día agitado, se sentía un tanto reacia a emprender ninguna empresa. Sólo deseaba llegar a casa y sentarse junto al fuego, con la bandeja de su cena, e irse a la cama, y al día siguiente, vagar por el jardín recortando algunas plantas, arreglándolo muy ligeramente, sin inclinarse, sin hacer esfuerzo alguno.

«Soy demasiado vieja para ningún otro género de aventuras», se dijo, mirando distraída por la ventanilla la línea curva de un terraplén.

—Una curva…

Algo se agitó en su conciencia. Un momento después de haber taladrado el revisor su billete…

Una idea. Sólo una idea. Una idea por completo diferente. Un ligero rubor apareció en el rostro de miss Marple. De repente se sintió libre de toda fatiga.

«Mañana por la mañana escribiré a David —se dijo. En ese momento, otro nombre de gran valor cruzó por su memoria—: ¡Por supuesto, mi fiel Florence!».

Miss Marple consideró ordenadamente su plan de campaña, sin olvidar ni por un momento que la temporada de Navidad sería un

factor dilatorio.

Escribió a su sobrino nieto David West, combinando la felicitación de Navidad con el apremiante ruego de que le proporcionase información.

Por fortuna, como en otros años, había sido invitada a la cena de Navidad en la vicaría, y allí tuvo ocasión de hablar sobre los mapas con Leonard, que pasaba allí las Fiestas.

Leonard era un apasionado de toda clase de mapas. La razón que pudiera tener aquella vieja dama para buscar un mapa a gran escala de una determinada región no despertó su curiosidad. Habló de los mapas en general con entusiasmo, y le indicó cuál era el que más se adecuaba a sus necesidades. Es más, recordó que ese mapa figuraba en su colección y se lo prestó. Miss Marple le prometió que lo trataría con el mayor cuidado y se lo devolvería pronto.

—Mapas —dijo Griselda, su madre, que, a pesar de tener un hijo ya mayor, se veía curiosamente joven y vivaz como para habitar en la vieja y destartalada vicaría—. ¿Qué tendrá ella que hacer con esos mapas? ¿Para qué los querrá?

—No lo sé —contestó Leonard—. No recuerdo que lo mencionara.

—Todo esto —dijo Griselda— me resulta sospechoso. A su edad, tendría que haberse despedido de ese tipo de cosas.

Leonard quiso saber a qué tipo de cosas se refería.

—Oh, a eso de andar husmeando por ahí —respondió su madre vagamente—. ¿Por qué mapas?

Oportunamente, miss Marple recibió una carta del hijo de su sobrino nieto David West, que le decía afectuosamente:

> *Querida tía Jane:*
>
> *¿En qué andas metida? Tengo la información que deseabas. Sólo hay dos trenes que puedan corresponder a tu petición: el de las 4.33 y el de las 5. El primero es un tren lechero que se detiene en Haling Broadway, Barwell Heath, Brackhampton y otras estaciones hasta Market Basing. El de las 5.00 es el expreso de Gales, que va a Cardiff, Newport y Swansea. Es posible que el primero coincida alguna vez con el de las 4.50, aunque en teoría tiene que llegar a Brackhampton cinco minutos antes; el otro adelanta al tren de las 4.50 justo antes de llegar a*

Brackhampton.

¿Me equivoco si me huelo que detrás de todo esto se esconde algún picante escándalo pueblerino? Al volver de tus compras en la ciudad, ¿viste tal vez en el otro tren, desde tu tren de las 4.50, cómo el inspector de Sanidad abrazaba a la esposa del alcalde? Pero ¿qué importa el tren en que esto ocurrió? ¿Un fin de semana, quizás, en Porthcawl? Gracias por el jersey. Es precisamente lo que estaba buscando.

¿Cómo va el jardín? Supongo que no muy florido en esta época del año.

Con todo su afecto,

DAVID

Miss Marple esbozó una ligera sonrisa, luego estudió la información recibida. Elspeth había declarado de un modo definitivo que el vagón no tenía pasillo. Por lo tanto, no era el expreso de Swansea. Quedaba sólo el tren de las 4.33.

Parecía inevitable efectuar otro viaje. Miss Marple suspiró e hizo sus planes.

Se fue a Londres como antes en el tren de las 12.15, pero esta vez no volvió con el de las 4.50, sino con el de las 4.33 hasta Brackhampton. El viaje transcurrió sin incidentes, pero ella tomó nota de ciertos detalles. El tren no estaba concurrido (salía antes de la hora punta). En los compartimientos de primera clase sólo había un pasajero, un caballero muy anciano que leía el New Statesman. Miss Marple viajó en un compartimiento vacío y, en las dos paradas, Haling Broadway y Barwell Heath, se asomó a la ventanilla para observar a los viajeros que subían y bajaban del tren. En la primera comprobó que subió un pequeño grupo de pasajeros de tercera clase. En la segunda se apearon varios pasajeros de tercera clase también. Nadie subió o bajó de los compartimientos de primera clase, salvo el anciano del New Statesman.

Al acercarse el tren a Brackhampton, siguiendo la curva que describía la vía, miss Marple se puso en pie e hizo el experimento de colocarse de espaldas a la ventanilla, con la cortinilla bajada.

Sí, pensó, el impulso debido a la repentina curva y al cambio de velocidad bastaban para hacer perder el equilibrio a una persona,

lanzándola contra la ventanilla y, en consecuencia, era muy fácil que la cortinilla se levantara.

Miró al exterior. Estaba menos oscuro que la tarde en que hizo su viaje Mrs. McGillicuddy, pero aún así, poco podía verse. Si quería ver algo, debería hacer el viaje de día.

A la mañana siguiente salió en tren muy temprano, compró cuatro fundas de almohada (¡quejándose del precio!) a fin de combinar la investigación con la necesaria compra de artículos domésticos y volvió con un tren que salía de la estación de Paddington a las 12.15. También en esta ocasión se encontró sola en un compartimiento de primera clase.

«Es por culpa de estos impuestos —pensó miss Marple—, eso es. Nadie puede permitirse viajar en primera clase en horas punta, excepto los hombres de negocios. Supongo que lo cargan a la cuenta de gastos».

Alrededor de un cuarto de hora antes de la llegada del tren a Brackhampton, miss Marple sacó el mapa de Leonard y observó el campo. Había hecho de antemano un cuidadoso estudio del mapa y, después de fijarse en el nombre de la estación por la que acababan de pasar, no tardó en identificar el punto en que se encontraba en el momento en que el tren aminoró la marcha para tomar una curva muy cerrada. Con la nariz pegada a la ventanilla, miss Marple estudió con gran atención el terreno que tenía debajo (el tren corría ahora sobre un terraplén bastante elevado). Continuó dividiendo su atención entre el terreno que veía y el mapa, hasta que el tren entró por fin en Brackhampton.

Aquella noche escribió y echó al correo una carta dirigida a miss Florence Hill, 4 Madison Road, Brackhampton. A la mañana siguiente se fue a la biblioteca del condado, en la que consultó cuidadosamente una guía de la zona, y leyó algunas cosas sobre la historia del condado.

Nada, hasta entonces, había venido a desmentir la vaga y fragmentaria idea que se le había ocurrido. Lo que había imaginado era posible. No pasaría de aquí.

Porque el paso siguiente suponía mucha acción, un tipo de acción para el que ella se sentía físicamente incapacitada. Para que su hipótesis pudiese definitivamente quedar probada o desmentida, necesitaba desde aquel momento la ayuda de alguna otra persona.

El problema era: ¿quién? Miss Marple pasó revista a varios posibles nombres, descartándolos todos con un impaciente movimiento de cabeza. Las personas inteligentes en cuya capacidad hubiera podido confiar estaban todas demasiado atareadas. No sólo tenían empleos de variada importancia, sino que sus horas de ocio solían estar comprometidas con mucha antelación. Y miss Marple decidió que las personas poco inteligentes, que tenían tiempo de sobra, sencillamente no le servían.

Siguió pensando con impaciencia e indecisión crecientes.

Luego, de repente, su frente se despejó y en voz alta pronunció un nombre.

—¡Por supuesto! ¡Lucy Eyelesbarrow!

Capítulo IV

El nombre de Lucy Eyelesbarrow era ya muy conocido en ciertas esferas. Tenía treinta y dos años. Había quedado la primera de su promoción en Oxford, en la licenciatura de matemáticas, se la consideraba una mujer de inteligencia preclara y todos le auguraban una brillante carrera académica.

Pero, además de su notable erudición, Lucy Eyelesbarrow gozaba de un envidiable sentido común. Tenía muy claro que en una vida de distinción académica la retribución económica era singularmente escasa. No sentía el menor deseo de enseñar y se complacía en el trato con inteligencias mucho menos brillantes que la suya. En una palabra, le gustaba la gente, toda clase de gentes, y que no fuesen siempre las mismas. Y, para ser francos, le gustaba el dinero. Y para ganar dinero es preciso aprovechar la escasez de oferta.

Lucy Eyelesbarrow dio inmediatamente con una escasez muy seria: la falta de mano de obra doméstica bien cualificada. Y para gran sorpresa de amigos y compañeros de estudios, Lucy entró en el mercado del servicio doméstico.

Su éxito fue inmediato. Ahora, al cabo de algunos años, era bien conocida a todo lo largo y ancho de las islas Británicas. Era ya una costumbre para las esposas decir a sus maridos: «No habrá ningún problema. Puedo ir contigo a Estados Unidos. Tengo a Lucy Eyelesbarrow». Lucy tenía la extraña virtud de conseguir que, cuando entraba en una casa, desaparecían de allí todas las penas, inquietudes y trabajos. Lucy Eyelesbarrow lo hacía todo, se cuidaba de todo, lo arreglaba todo. Era competente hasta lo indecible, en todos los terrenos. Se encargaba de los parientes ancianos, aceptaba el cuidado de los niños de corta edad, cuidaba de los enfermos, guisaba divinamente, se adaptaba bien a los viejos y anticuados servidores que pudiera haber (generalmente los había), demostraba

gran tacto con las personas difíciles, calmaba a los borrachos habituales y amaba a los perros. Más admirable aún resultaba comprobar el nulo reparo que ponía en hacer cualquier tipo de trabajo: fregaba los suelos, cultivaba el jardín, limpiaba la suciedad de los perros y cargaba con el carbón.

Una de sus reglas consistía en no aceptar nunca colocaciones por largo plazo. Una quincena era el período acostumbrado: un mes a lo sumo, bajo circunstancias excepcionales. ¡Y por una quincena había que pagarle el oro y el moro! Pero durante esa quincena vivía uno en el cielo. Era posible despreocuparse por completo, irse al extranjero, quedarse en casa, hacer lo que uno quisiera, con la seguridad de que todo estaría bien en las hábiles manos de Lucy Eyelesbarrow.

Naturalmente, la demanda por sus servicios era enorme. Si hubiese querido aceptar, tenía ofertas para unos tres años por adelantado. Se le habían ofrecido sumas cuantiosas por un servicio permanente. Pero no tenía intención de trabajar permanentemente en ningún sitio, ni tenía comprometidos nunca más que los seis meses siguientes.

Y, dentro de este plazo, sin que sus desesperados clientes lo supieran, siempre se reservaba algunos períodos libres que le permitían tomarse unas vacaciones cortas pero lujosas (puesto que no gastaba nada y le pagaban y mantenían con generosidad) o aceptar cualquier otra colocación momentánea que acertase a responder a su capricho o que le fuese ofrecida por personas que a ella «le gustasen». Ahora que estaba en libertad de elegir entre los que reclamaban sus servicios, se regía por su gusto personal. La riqueza no bastaba para conseguir los servicios de Lucy Eyelesbarrow. Podía escoger y así lo hacía. Disfrutaba mucho de su vida, y su trabajo era un manantial continuo de satisfacciones.

Lucy Eyelesbarrow leyó y releyó la carta de miss Marple. La había conocido dos años antes, cuando fue contratada por el novelista Raymond West para que atendiese a su anciana tía, que estaba restableciéndose de una pulmonía. Lucy había aceptado el trabajo y se había dirigido a St. Mary Mead. Allí había simpatizado mucho con miss Marple. En cuanto a la convaleciente, tan pronto como vio desde la ventana de su dormitorio que hacía a la perfección los surcos para los guisantes, se recostó en los

almohadones con un suspiro de alivio, comió los tentadores platos que Lucy le preparaba y escuchó gratamente sorprendida las historias que le contaba su vieja e irascible doncella, tales como «he enseñado a esta miss Eyelesbarrow una muestra de ganchillo de la que nunca había oído hablar, y no me lo ha agradecido poco». Y sorprendió a su médico con la rapidez de su restablecimiento.

Miss Marple quería saber si Lucy Eyelesbarrow podía encargarse de una determinada tarea, algo un tanto inusual. Quizá podían concertar un encuentro y discutir el asunto.

Lucy frunció el entrecejo por un par de segundos mientras consideraba aquella proposición. En realidad, tenía todo su tiempo comprometido. Pero la palabra «inusual» y el recuerdo de la personalidad de miss Marple la decidieron. De inmediato telefoneó a miss Marple explicándole que le era imposible ir a St. Mary Mead, porque estaba trabajando, pero que la tarde siguiente estaría libre de dos a cuatro y podrían reunirse en cualquier lugar de Londres. Le propuso su propio club, un establecimiento que tenía la ventaja de poseer varias salas que solían estar desocupadas.

Miss Marple aceptó la proposición y al día siguiente tuvo lugar la entrevista.

Intercambiados los saludos de rigor, Lucy Eyelesbarrow condujo a su invitada a la más sombría de las salas.

—En estos momentos estoy ocupada, pero sí me gustaría saber cuál es la misión que desea confiarme.

—Verdaderamente es muy sencilla. Poco común, pero sencilla. Necesito que encuentre usted un cadáver.

Por un momento, por la mente de Lucy cruzó la sospecha de que miss Marple estuviera loca, pero rechazó la idea. Miss Marple era de una preclara sensatez. Quería decir exactamente lo que había dicho.

—¿Qué clase de cadáver? —preguntó Lucy, con admirable compostura.

—El cadáver de una mujer. El cuerpo de una mujer que fue asesinada en un tren. Estrangulada, para ser más precisa.

Las cejas de Lucy se enarcaron ligeramente.

—Bien, la verdad es que esto no es muy corriente. Cuéntemelo usted.

Miss Marple se lo contó. Lucy Eyelesbarrow la escuchó con atención y sin interrumpirla. Al final señaló:

—Todo depende de lo que su amiga vio, ¿o creyó ver?

Dejó la pregunta suspendida en el aire.

—Elspeth McGillicuddy no imagina cosas —dijo miss Marple—. Sus palabras gozan para mí del mayor crédito. Si se tratase de Dorothy Cartwright, sería distinto. Dorothy siempre tiene a punto una buena historia y a veces hasta ella misma se la cree. Por lo general, tienen algún punto de verdad, pero nada más. En cambio Elspeth pertenece a esa clase de mujeres a las que tanto les cuesta creer que pueda suceder algo anormal o fuera de lo común. No se deja sugestionar por nada.

—Ya veo —dijo Lucy con aire pensativo—. Está bien, supongamos que es cierto. ¿Cómo se supone que intervengo yo en esto?

—Me impresionó usted mucho con su trabajo, y ya lo ve, no tengo ahora las fuerzas necesarias para ir por ahí y hacer las cosas yo misma.

—¿Desea usted que haga indagaciones? ¿Qué clase de indagaciones? Pero ¿no habrá hecho ya todo esto la policía? ¿O es que le parece que han sido negligentes?

—¡Oh, no! No han sido negligentes. Es que yo tengo una idea sobre el lugar donde podría estar el cadáver. Tiene que estar en alguna parte. No ha sido encontrado en el tren y, por lo tanto, es seguro que lo tiraron, pero no ha sido descubierto en ningún lugar de la vía. Por esta razón, he hecho personalmente el viaje por el mismo trayecto para ver si había algún punto donde hubiera podido ser arrojado el cuerpo sin que quedase sobre la vía, y este punto existe. Antes de llegar a Brackhampton, la vía férrea describe una gran curva por el borde de un elevado terraplén. Si por allí se echa un cuerpo, aprovechando la inclinación del terreno, creo que caería directamente al pie del terraplén.

—Pero aun allí habrían de encontrarlo.

—Oh, sí. Es obvio que el asesino lo retiró en cuanto pudo. Pero hablaremos de eso más adelante. Aquí está el lugar, en este mapa.

Lucy se inclinó para estudiarlo siguiendo las indicaciones del dedo de miss Marple.

—Está en los arrabales de Brackhampton, en un lugar que antiguamente fue una finca con parques y jardines. El lugar continúa intacto, aunque rodeado a cierta distancia por grandes

urbanizaciones y pequeñas viviendas suburbanas. Se llama Rutherford Hall. Fue construida por un tal Crackenthorpe, un rico fabricante, en 1884. El hijo de este primer Crackenthorpe es un anciano que vive aún allí, creo que con una hija. La vía férrea rodea la mitad de esta propiedad.

—Y ahora lo que usted desea que yo haga es… es…

—Deseo que se coloque allí —contestó miss Marple con presteza —. Todo el mundo se desvive por poder disponer de un servicio doméstico apto. No creo que haya de serle difícil.

—No, no creo que resulte difícil.

—Parece que Mr. Crackenthorpe tiene cierta fama de avaro. Si acepta un salario bajo, yo la compensaré con la cantidad que considere usted apropiada y que, supongo, será un poco más elevada de lo normal.

—¿A causa de la dificultad?

—No tanto a causa de la dificultad como a causa del peligro. La misión pudiera resultar peligrosa. Creo que es mi obligación advertírselo.

—No soy persona a la que amedrente la idea del peligro —dijo Lucy con aire pensativo.

—Ni se me hubiera ocurrido pensar semejante cosa.

—Juraría que ya sabía que su propuesta me atraería, ¿verdad? He encontrado muy pocos peligros en mi vida. Pero ¿cree usted realmente que esto pueda resultar peligroso?

—Alguien ha cometido un crimen con mucha fortuna. Nadie ha levantado la liebre y no hay motivos de sospecha. Dos damas maduras han contado una historia inverosímil, la policía ha investigado y no ha encontrado nada. Así que todo está tranquilo y en orden. No creo que ese individuo, quienquiera que sea, tenga deseos de que se hable del asunto, especialmente si tiene usted éxito.

—¿Qué es lo que debo buscar exactamente?

—Cualquier señal en el terraplén, un trozo de vestido, alguna rama rota, este tipo de cosas.

—¿Y después?

—Yo estaré muy cerca. Vive en Brackhampton una antigua doncella mía, mi fiel Florence. Durante unos años cuidó de sus ancianos padres. Los dos murieron y ahora hospeda en su casa a

gente respetable. Me ha preparado habitación. Me atenderá muy bien, y yo deseo estar cerca. Usted podría decir que tiene una tía ya mayor en las cercanías y que busca una colocación que le permita visitarla con frecuencia. En todo caso, necesitará un tiempo libre y razonable para poder hacerlo.

Lucy se mostró conforme.

—Me marchaba a Taormina pasado mañana, pero estas vacaciones pueden aplazarse. Sólo puedo prometerle tres semanas. Después, tengo un compromiso.

—Tres semanas serán más que suficientes. Si no podemos descubrir nada en tres semanas, vale más que lo dejemos correr.

Miss Marple se marchó y Lucy telefoneó a la directora de una agencia de colocaciones en Brackhampton. Le explicó su deseo de obtener un empleo en los alrededores a fin de poder estar cerca de su «tía». Después de rechazar con poca dificultad y mucho ingenio varias colocaciones más deseables, le fue mencionado Rutherford Hall.

—Creo que es exactamente lo que necesito —dijo Lucy con firmeza.

La agencia telefoneó a miss Crackenthorpe. Miss Crackenthorpe telefoneó a Lucy.

Dos días más tarde, Lucy salió de Londres con destino a Rutherford Hall.

Al volante de su pequeño coche, Lucy Eyelesbarrow cruzó una imponente verja de hierro. Al otro lado había una caseta en estado ruinoso, aunque resultaba difícil saber si se debía a daños recibidos durante la guerra o sencillamente por abandono. Un largo y tortuoso camino bordeado de rododendros conducía hasta la casa. Lucy se quedó muda de asombro cuando apareció ante sus ojos una especie de miniatura del castillo de Windsor. Los peldaños de piedra delante de la puerta principal se veían descuidados, y la grava del camino quedaba casi oculta por la maleza.

Tiró de una anticuada campana de hierro forjado y oyó el tañido que se repetía en el interior. Una mujer de aspecto desaliñado le abrió la puerta y le dirigió una mirada desconfiada secándose las manos en el delantal.

—La esperan, ¿no? Es miss No-sé-cuántos-Barrow, me han dicho.

—Así es.

El interior de la casa era desesperadamente frío. Su guía la condujo por un vestíbulo oscuro y abrió una puerta a la derecha. No sin cierta sorpresa, Lucy se encontró en una sala de estar muy agradable, con libros y sillas tapizadas.

—Voy a llamarla —anunció la mujer. Y salió, cerrando la puerta, después de dirigir a Lucy una mirada de profunda desaprobación.

Al cabo de pocos minutos, la puerta se abrió de nuevo. Desde el primer momento, Lucy decidió que Emma Crackenthorpe le caía bien.

Era una mujer de mediana edad, sin ninguna característica sobresaliente, ni guapa ni fea, con un traje de tweed y jersey, cabello oscuro recogido, ojos castaños de mirada firme y voz muy agradable.

—¿Miss Eyelesbarrow? —preguntó tendiéndole la mano.

Luego la miró con expresión de duda.

—No sé si esta colocación es lo que usted buscaba. No necesito un ama de llaves que lo supervise todo, necesito alguien que haga el trabajo.

Lucy dijo que eso era lo que necesitaban la mayoría de las personas.

—Ya sabe usted que muchas personas parecen creer que con quitar un poco el polvo ya está todo hecho, pero para eso me basto sola —añadió en tono de excusa Emma Crackenthorpe.

—Comprendo perfectamente. Usted quiere que guise, que lave la ropa, que haga todo el trabajo de la casa y cargue la caldera. Muy bien, eso es lo que yo hago. El trabajo no me asusta.

—Me temo que va a encontrar la casa demasiado grande y con unas cuantas pegas. Por supuesto, sólo ocupamos una parte de ella, mi padre y yo, me refiero. Mi padre es casi un inválido. Llevamos una vida muy apacible. Tengo varios hermanos, pero no vienen mucho por aquí. Vienen dos asistentas: Mrs. Kinder, por la mañana, y Mrs. Hart tres días por semana para limpiar los metales y cosas parecidas. ¿Tiene usted coche?

—Sí, y puede quedarse al aire libre si no hay donde meterlo. Está acostumbrado.

—Oh, hay muchos establos vacíos. No habrá ningún problema por ese lado. —Frunció el entrecejo por un momento—. Eyelesbarrow es un apellido poco frecuente. Unos amigos míos me

hablaron de una tal Lucy Eyelesbarrow, ¿los Kennedy?

—Sí. Estuve con ellos en North Devon cuando Mrs. Kennedy tuvo un bebé.

Emma Crackenthorpe sonrió.

—Dijeron que nunca se habían encontrado tan a gusto como cuando usted se cuidaba de todo. Pero yo tenía entendido que sus servicios eran terriblemente caros. El salario que yo mencioné…

—Lo encuentro perfectamente adecuado. Lo que deseo es estar cerca de Brackhampton. Tengo una tía de avanzada edad y muy delicada de salud, y deseo poder estar lo más cerca posible de ella. Como usted comprenderá, en estas circunstancias, el salario queda en un segundo término. No puedo permitirme estar cruzada de brazos. Si pudiera estar segura de disponer de algún tiempo libre la mayor parte de los días…

—Oh, por supuesto. Todas las tardes, hasta las seis, si le parece bien.

—Me parece perfecto.

Miss Crackenthorpe vaciló un momento.

—Mi padre es anciano y a veces un poco difícil de tratar. Es muy riguroso con los gastos y, en algunas ocasiones, dice cosas que molestan a la gente. Yo no quisiera que…

Lucy la interrumpió con presteza.

—Estoy acostumbrada a tratar con toda clase de ancianos, y siempre me arreglo para llevarme bien con ellos.

Emma Crackenthorpe pareció aliviada.

«¡Disgustos con papá! —diagnosticó Lucy para sí misma—. Apostaría a que es un viejo dictador».

Se le asignó un espacioso y lóbrego dormitorio en el que una pequeña estufa eléctrica hacía lo que podía por calentar, y luego recorrió la casa: una mansión inmensa e incómoda. Al pasar por delante de una puerta del vestíbulo, una voz gritó:

—¿Eres tú, Emma? ¿Está ahí la chica nueva? Tráela aquí. Quiero verla.

Emma se sonrojó y dirigió a Lucy una mirada de disculpa.

Las dos mujeres entraron en la habitación. Estaba ricamente tapizada en terciopelo oscuro. Las estrechas ventanas dejaban entrar poca luz y se hallaba llena de muebles de caoba, de la época victoriana.

El anciano Crackenthorpe estaba tendido en una silla de ruedas y tenía a su lado un bastón con puño de plata.

Era un hombre alto y flaco, con cara de bulldog, barbilla prominente, pelo oscuro salpicado de gris y ojos pequeños de mirada suspicaz.

—Déjeme que la vea, señorita.

Lucy se adelantó sonriendo y con compostura.

—Hay una cosa que es mejor que tenga bien entendida desde el principio. El hecho de que vivamos en una casa grande no significa que seamos ricos. No somos ricos. Vivimos modestamente, ¿me ha oído? ¡Modestamente! De nada sirve venir aquí con un montón de ideas pomposas. El bacalao es tan bueno como el rodaballo. Y no lo olvide: yo no malgasto el dinero. Vivo aquí porque mi padre edificó la casa y a mí me gusta. Cuando yo me haya muerto, pueden venderla si quieren, y bien me figuro que querrán. Ya no hay ese orgullo de pertenecer a una estirpe, de conservar la propia identidad. Esta casa está bien construida, es sólida, y tenemos nuestras tierras. Esto nos mantiene apartados. Podría conseguir mucho dinero si vendiese los terrenos para edificar, pero jamás permitiré semejante cosa mientras viva. No me sacarán de aquí, como no sea con los pies por delante.

Dirigió a Lucy una mirada furiosa.

—Su casa es su castillo —dijo ella.

—¿Se burla de mí?

—Claro que no. Pienso que es muy bonito vivir en una verdadera residencia de campo, en medio de una ciudad.

—Exactamente. No verá usted ninguna otra casa desde aquí. Campos con vacas, y eso que estamos en el centro de Brackhampton. Se oye un poco el tráfico cuando el viento viene de aquel lado, pero, por lo demás, sigue siendo el campo.

Sin detenerse ni cambiar de tono, añadió, dirigiéndose a su hija:

—Telefonea a ese condenado estúpido de médico. Dile que su última medicina es una porquería que no sirve para nada.

Lucy y Emma se retiraron. Él gritó tras de ellas:

—¡Y no dejes que esa condenada mujer que siempre anda a la caza del polvo entre aquí! Ha desordenado todos mis libros.

—¿Hace mucho tiempo que está impedido Mr. Crackenthorpe? —preguntó Lucy.

—Oh, hace ya algunos años. Ésta es la cocina —contestó Emma de un modo un tanto evasivo.

La cocina era enorme. Había una inmensa cocina económica y con evidentes señales de abandono. A su lado había una cocina de gas.

Lucy preguntó por las horas de las comidas e inspeccionó la despensa. Luego le dijo animadamente a Emma Crackenthorpe:

—Bien, ya sé cuanto necesito saber. No se preocupe. Puede dejarlo todo en mis manos.

Aquella noche, al subir a acostarse, Emma dejó escapar un suspiro de alivio y pensó: «Los Kennedy tenían mucha razón. Es admirable».

A la mañana siguiente, Lucy se levantó a las seis. Arregló la casa, arregló las verduras, preparó y sirvió el desayuno. Hizo las camas con Mrs. Kidder y a las once se sentaron las dos en la cocina para tomar un té bien cargado y galletas. Ablandada por el hecho de que Lucy «no se daba grandes aires» y también por la fuerza y la dulzura del té, Mrs. Kidder se entregó al cotilleo. Era una mujer menuda y delgada, de mirada viva y labios fruncidos.

—Es un avaro de siete suelas. ¡Lo que ella tiene que aguantar! De todos modos, yo no diría que sea una mujer acobardada. Sabe ponerle firmes si es necesario. Cuando vienen los señores, ella cuida de que tengan una comida decente.

—¿Los señores?

—Sí. Es una familia numerosa. El mayor, Mr. Edmund, murió en la guerra. Después está Mr. Cedric que vive en alguna parte, en el extranjero. No está casado. Pinta cuadros en lugares lejanos. Mr. Harold trabaja en la City, y vive en Londres. Su mujer es la hija de un conde. Luego está Mr. Alfred. Es un hombre agradable y un poco la oveja negra. Se ha metido en apuros una o dos veces, y está el marido de miss Edith, Mr. Bryan, siempre tan buena persona. Ella murió hace algunos años pero él ha continuado unido a la familia. Y está Alexander, el niño de miss Edith. Está ahora en el colegio, pero siempre viene a pasar aquí parte de sus vacaciones. Miss Emma lo tiene muy mimado.

Lucy digirió toda esta información mientras servía a su informadora más tazas de té. Por fin, Mrs. Kidder se puso en pie de mala gana.

—Parece que hemos hecho muchas cosas esta mañana —exclamó admirada—. ¿Quiere que la ayude con las patatas, querida?

—Ya están cocidas.

—Bueno. ¡Tiene usted las manos ligeras para despachar el trabajo! Creo que me marcharé porque parece que no queda nada más por hacer.

Mrs. Kidder se marchó, y Lucy, que tenía tiempo de sobras, se puso a fregar la mesa de la cocina, cosa que deseaba hacer, pero que no había hecho antes, porque no deseaba ofender a Mrs. Kidder, a quien correspondía esta tarea. Luego limpió la plata hasta dejarla deslumbrante. Preparó el almuerzo, recogió la mesa, limpió el servicio y, a las dos y media, quedó libre para empezar la exploración. Había dejado el servicio del té preparado en una bandeja, con sandwiches, pan y mantequilla, todo cubierto con una servilleta húmeda, para que no se resecase.

Primero dio un paseo por el huerto y el jardín. En el huerto sólo había unas cuantas verduras. Los invernaderos se hallaban en ruinas. Todos los senderos estaban cubiertos de maleza. Un único lindero, junto a la casa, aparecía libre de malas hierbas, y Lucy pensó que era obra de Emma. El jardinero era un hombre muy viejo y algo sordo, que hacía ver que trabajaba. Lucy charló amablemente con él. Vivía en una casita adyacente.

De los establos partía un camino vallado que atravesaba el parque y continuaba por debajo del puente del ferrocarril hasta otro pequeño camino trasero.

Cada pocos minutos pasaba un tren por el puente con ruido atronador. Lucy observó que reducían la marcha al tomar la pronunciada curva que rodeaba la propiedad de los Crackenthorpe. Pasó por debajo del puente y salió al sendero. Parecía poco transitado. A un lado estaba el terraplén del ferrocarril, al otro, una elevada pared que cerraba los terrenos ocupados por varias fábricas. Lucy siguió el sendero hasta salir a una calle de casas bajas. Oyó el rumor del tráfico en la carretera principal. Miró su reloj. De una casa cercana salió una mujer y Lucy la detuvo.

—Perdone, ¿podría decirme si hay algún teléfono público por aquí?

—En la oficina de correos, en la misma esquina de la carretera.

Lucy le dio las gracias y continuó su camino hasta llegar a la oficina, que era también una tienda. A un lado había una cabina telefónica. Lucy pidió hablar con miss Marple. Le contestó la voz de una mujer que hablaba con un agudo ladrido.

—Está descansando. ¡Y no voy a molestarla! Necesita descansar, es una señora anciana. ¿Quién debo decir que ha llamado?

—Miss Eyelesbarrow. No es necesario que la moleste. Dígale únicamente que he llegado, y que todo va bien y que me pondré en contacto con ella cuando haya alguna novedad.

Tras colgar el teléfono, emprendió el regreso a Rutherford Hall.

Capítulo V

—¿Le molestará si practico algunos golpes de golf en el parque? —preguntó Lucy.

—Claro que no. ¿Es usted aficionada al golf?

—No soy una gran jugadora, pero me gusta practicar. Es una forma de ejercicio más agradable que la de salir sencillamente de paseo.

—No hay donde pasear, fuera de esta finca —gruñó Mr. Crackenthorpe—. Nada más que pavimento y grupos de casas que parecen cajones. Les gustaría apoderarse de mi tierra para edificar más. Pero no lo conseguirán hasta que esté muerto. Y no voy a morirme para dar satisfacción a nadie. Eso se lo aseguro. ¡A nadie!

—Ya está bien, padre —dijo Emma con suavidad.

—Ya sé lo que piensan y lo que están esperando. Todos ellos, Cedric y Harold, ese zorro astuto de cara relamida. En cuanto a Alfred, creo que no le faltan ganas de quitarme de en medio. No estoy seguro de que no lo intentara en las vacaciones de Navidad. Tuve una indisposición extraña. El viejo doctor Quimper estaba desconcertado y me hizo un sinfín de preguntas discretas.

—Todo el mundo tiene trastornos digestivos de vez en cuando, padre.

—Muy bien, muy bien. ¡Diga bien claro que comí demasiado! Eso es lo que quiere decir. ¿Y por qué comí demasiado? Porque había demasiada comida en la mesa, mucha más de la necesaria. Un despilfarro exorbitante. Esto me recuerda que usted, jovencita, ha puesto para el almuerzo cinco patatas, y además grandes. Dos son suficientes para todo el mundo. No ponga más de cuatro en lo sucesivo. Esta patata de más ha sido hoy malgastada.

—Malgastada no, Mr. Crackenthorpe. He pensado utilizarla esta noche para hacer tortilla a la española.

—¡Brrr! —le oyó exclamar Lucy al salir de la habitación con la

bandeja del café—. Vaya una moza lista, siempre tiene una contestación a punto. Pero guisa bien y tiene un buen tipo.

Lucy Eyelesbarrow tomó un hierro corto de la bolsa que había tenido la precaución de traer consigo, y salió al parque saltando la valla.

Empezó a practicar una serie de golpes. Al cabo de unos cinco minutos, una pelota siguió una trayectoria curvada hacia la derecha y fue a parar al terraplén de la vía. Lucy se dirigió hacia allí y empezó a buscarla. Miró hacia casa. Estaba lejos, y nadie parecía interesado en lo que ella hacía. Continuó buscando la pelota. De vez en cuando jugaba un golpe corto desde el terraplén a la hierba. Durante la tarde tuvo tiempo de examinar una tercera parte del terraplén. Nada. Regresó a la casa, practicando nuevos golpes.

Al día siguiente tropezó con algo. Un arbusto espinoso, aproximadamente a la mitad del terraplén, tenía las ramas quebradas. Lucy examinó la planta. Enganchado en una de aquellas espinas había un trocito de piel. Era casi del mismo color de la madera, un tono castaño muy claro. Lucy lo miró un momento y luego sacó unas tijeras, lo cortó cuidadosamente por la mitad y lo guardó en un sobre. Bajó la empinada cuesta intentando descubrir alguna otra cosa. Observó atentamente la hierba y le pareció distinguir el rastro de unas pisadas, pero no tan claras como las huellas que ella dejaba. Tal vez hacía tiempo que estaban allí, y era demasiado vago para que pudiese estar segura de que no era sólo fruto de su imaginación.

Empezó a buscar cuidadosamente entre la hierba al pie del terraplén, en la misma línea del arbusto roto. Esta vez, su búsqueda se vio recompensada. Encontró una pequeña polvera esmaltada de mala calidad. La envolvió en su pañuelo y se la guardó en el bolsillo. Continuó buscando, pero no encontró más.

La tarde siguiente cogió el coche y se fue a visitar a su tía inválida.

—No se apresure —le dijo Emma Crackenthorpe amablemente —. No la necesitaremos hasta la hora de cenar.

—Gracias. Pero estaré de regreso a las seis, lo más tarde.

El número 4 de Madison Road era una pequeña casa gris en una calle gris. En las ventanas se veían unas impecables cortinas de encaje de Nottingham, un umbral blanco brillante y, en la puerta,

un tirador perfectamente pulido. Le abrió una mujer alta, de severo aspecto, vestida de negro y el pelo gris ceniza recogido en un moño.

Miró a Lucy con suspicacia y la llevó a presencia de miss Marple.

Ésta estaba en una sala posterior que daba a un pequeño jardín bien cuidado. Era una estancia escrupulosamente limpia, llena de esteras y tapetes, muchos adornos de porcelana, mobiliario de estilo jacobino, y dos helechos en sus macetas. Miss Marple, sentada cerca del fuego, estaba muy atareada haciendo ganchillo.

Lucy cerró la puerta y ocupó el otro sillón frente a miss Marple.

—Bueno, parece que tiene usted razón.

Sacó sus hallazgos y explicó detalladamente cómo los había encontrado.

En las mejillas de miss Marple asomó un tenue rubor de triunfo.

—Quizá no está bien presumir, pero es muy satisfactorio haber formulado una hipótesis y tener la prueba que la confirma —dijo mientras acariciaba el trocito de piel—. Elspeth dijo que la mujer llevaba un abrigo de piel clara. Supongo que la polvera estaba en el bolsillo del abrigo y cayó al rodar el cuerpo por la pendiente. No tiene ningún detalle distintivo, pero puede ser útil. ¿Recogió todo el trozo?

—No, dejé la mitad en el espino.

Miss Marple asintió complacida.

—Muy bien. Es usted muy inteligente, querida. La policía querrá hacer una comprobación exacta.

—¿Piensa acudir a la policía sólo con estas cosas?

—Todavía no. —Miss Marple reflexionó un momento—. Creo que sería mejor encontrar primero el cadáver. ¿No le parece a usted así?

—Sí. Pero ¿no es ésa una pretensión imposible? Es decir, admitiendo que su suposición sea acertada. El asesino tiró el cadáver desde el tren, luego es probable que se apease en Brackhampton y que aquella misma noche volviera para llevárselo. Pero ¿qué pasó luego? Pudo haberlo llevado a cualquier parte.

—A cualquier parte no —replicó miss Marple—. No creo que haya usted llegado a la conclusión más lógica, mi querida miss Eyelesbarrow.

—Le ruego que me llame Lucy. ¿Por qué no a cualquier parte?

—Porque en ese caso le hubiera sido mucho más fácil matar a la muchacha en algún lugar solitario y llevarse el cuerpo desde allí. No ha tenido usted en cuenta…

—¿Está usted diciendo… —Lucy la interrumpió—… quiere usted decir que ha sido un crimen premeditado?

—No lo creí así al principio. No parecía lógico. Daba la sensación de que había sido una disputa: un hombre que pierde el control, estrangula a una muchacha y se encuentra luego con el problema de deshacerse del cadáver, un problema que tiene que resolver en un plazo de pocos minutos. Pero, realmente, son demasiadas coincidencias que matase a la muchacha en un arrebato de ira y que luego, al mirar por la ventanilla, descubriese que el tren describía una curva exactamente en un lugar en que podía echarla fuera, y estar seguro de encontrarla más tarde para llevarse el cuerpo. Si la hubiese arrojado allí por pura casualidad, no hubiera hecho nada más, y el cadáver se hubiera encontrado en seguida.

Se detuvo. Lucy se quedó mirándola.

—Ya lo ve —continuó miss Marple con aire pensativo—. Es, en verdad, un modo hábil de planear un crimen, y yo creo que éste fue cuidadosamente planeado. Los trenes tienen algo eminentemente anónimo. Si la hubiese matado en el lugar en que vivía, alguien podía haberlo visto llegar o marcharse. O, si se la hubiese llevado al campo en un coche, alguien hubiera podido fijarse en la matrícula y la marca del coche. Pero un tren está lleno de gente desconocida que va y viene. En un compartimiento de un vagón sin pasillo, sólo con ella, era muy fácil, en especial si tenemos en cuenta que sabía muy bien lo que tenía que hacer después. Sin duda alguna, había de conocer al detalle la situación privilegiada de Rutherford Hall, su posición geográfica, quiero decir su extraño aislamiento: una isla rodeada de vías férreas.

—Así es —confirmó Lucy—. Es un anacronismo. La agitación de la vida urbana lo rodea, pero no lo toca. Los repartidores pasan por la mañana y nada más.

—Así podemos dar por seguro, como usted ha dicho, que el asesino llegó a Rutherford Hall aquella noche. Ya estaba oscuro cuando tiró el cadáver y no era probable que nadie lo descubriera hasta el día siguiente.

—Sí, es cierto.

—El asesino fue hasta allí. ¿Cómo? ¿En un coche? ¿Qué camino escogería?

Lucy reflexionó.

—Hay un camino de tierra junto al muro de una fábrica. Probablemente llegó por allí, pasó por debajo del puente de la vía férrea y siguió por el camino posterior. Luego pudo saltar la valla, continuar hasta el pie del terraplén recoger el cadáver y llevarlo al coche.

—Entonces —señaló miss Marple—, se lo llevó a algún lugar que había elegido de antemano. Todo esto tenía que estar planeado, ya lo ve. Y no creo que se lo llevase muy lejos. Lo más lógico es pensar que lo enterró en alguna parte, ¿no le parece?

Le dirigió a Lucy una mirada interrogante.

—Parece lo más lógico —contestó la joven—. Pero no es tan fácil como puede parecer a simple vista.

Miss Marple convino en ello.

—No podía enterrarla en el parque. Hubiera sido un trabajo demasiado duro y se exponía a ser descubierto. Quizás en algún sitio en que la tierra estuviese ya revuelta.

—Quizás en el huerto, pero está muy cerca de la casa del jardinero. Es viejo y está sordo, aunque no deja de ser arriesgado.

—¿Hay algún perro?

—No.

—¿Entonces, en un cobertizo o en una dependencia?

—Eso hubiera sido más sencillo y más rápido. Hay un buen número de viejas construcciones desocupadas: pocilgas en ruinas, guardarneses, talleres a los que nadie se acerca. O podría quizás haberla echado en la espesura de los rododendros, o entre los arbustos.

Miss Marple asintió.

—Sí, creo que eso es mucho más probable.

Se oyó un golpe en la puerta y entró la sombría Florence con una bandeja.

—Es una satisfacción para mí que tenga usted una visita —le dijo a miss Marple—. He hecho los bollos que tanto le gustan.

—Florence prepara los bollos más deliciosos del mundo —le informó miss Marple a Lucy.

Muy contenta, Florence mostró una sonrisa totalmente inesperada y salió de la habitación.

—Creo, querida —añadió miss Marple—, que no hablaremos del crimen durante el té. ¡Es un tema tan desagradable!

Lucy se levantó cuando acabaron de tomar el té.

—Me voy. Como ya le he dicho, actualmente en Rutherford Hall no vive nadie que pudiera ser el hombre a quien buscamos. No hay más que un anciano, una mujer de mediana edad y un jardinero viejo y sordo.

—No he dicho que viviese allí —observó miss Marple—. Todo lo que he querido decir es que se trata de alguien que conoce muy bien Rutherford Hall. Pero podremos ocuparnos de esto cuando usted haya encontrado el cadáver.

—Parece usted dar por supuesto que lo encontraré. Por mi parte, no me siento tan optimista.

—Estoy segura de que lo conseguirá, mi querida Lucy. Es usted una persona tan eficiente.

—Para algunas cosas, pero no tengo ninguna experiencia en la búsqueda de cadáveres.

—Estoy segura de que todo lo que necesita es un poco de sentido común —dijo miss Marple en tono alentador.

Lucy la miró y luego se echó a reír. Miss Marple le contestó con una sonrisa.

Lucy se puso manos a la obra a la tarde siguiente.

Registró las dependencias, buscó entre los hierbajos que cubrían las antiguas pocilgas y miró el interior del cuarto de la caldera situado debajo del invernadero, cuando oyó una tos seca. Al volverse, vio al viejo Hillman, el jardinero, que le dirigía una mirada de desaprobación.

—Mejor es que se vaya con cuidado, no sea que tenga una mala caída, señorita. Los peldaños no están seguros y, hace un momento, la vi andar por el desván, y el suelo allí tampoco es seguro.

Lucy tuvo el cuidado de no dar muestras de preocupación.

—Supongo que se figura usted que soy muy curiosa —comentó alegremente—. Estaba pensando si no se podría sacar provecho de este lugar: criar champiñones para el mercado o una cosa así. Parece todo muy dejado.

—El amo es quien tiene la culpa. No quiere gastar ni un

penique. Yo necesitaría tener aquí dos hombres y un chico para poder tener el jardín presentable, pero no quiere ni oír hablar de eso. Lo más que pude conseguir fue que comprase una segadora mecánica. Quería que yo cortara a mano toda la hierba de la parte delantera.

—Pero este lugar podría ser rentable con algunas reparaciones.

—No se puede obtener rentabilidad de un lugar como éste. Lleva demasiado tiempo abandonado. En todo caso al amo no le interesa. Lo único que le importa es ahorrar. Sabe de sobra lo que pasará cuando se haya ido: los jóvenes venderán tan de prisa como puedan. Solamente esperan que desaparezca, nada más. He oído decir que van a recibir una bonita suma cuando se muera.

—Supongo que es un hombre muy rico —dijo Lucy.

—El viejo, su padre, fue el que empezó. Un hombre muy listo. Hizo su fortuna y levantó esta residencia. Duro como el hierro, según dicen, y nunca olvidaba una ofensa. Pero, a pesar de todo, era generoso. No tenía nada de avaro. Según se cuenta, sus hijos no le dieron más que desengaños. Los educó para que fuesen verdaderos caballeros. Incluso fueron a Oxford. Pero eran demasiado caballeros para meterse en negocios. El joven se casó con una actriz y se mató en un accidente de coche estando borracho. El mayor, el que vive aquí, nunca le cayó bien a su padre. Se pasó mucho tiempo en el extranjero, compró una colección de estatuas paganas y las hizo enviar aquí. No escatimaba tanto el dinero cuando era joven. Se hizo más avaro con la edad. No, nunca estuvieron muy de acuerdo él y su padre, según he oído decir.

Lucy escuchó al jardinero con el mayor interés y cortesía. El viejo se apoyó contra la pared, dispuesto a continuar su narración. Le gustaba mucho más hablar que trabajar.

—El viejo amo murió antes de la guerra. Tenía un genio terrible. Y no hacía falta motivos para que rabiara.

—¿Y el actual Mr. Crackenthorpe vino a vivir aquí después de morir el padre?

—Vino él y su familia, sí. Ya empezaban a ser todos mayores por aquellas fechas.

—Pero seguramente… Oh, ya lo veo, se refiere usted a la guerra de 1914.

—No, no es eso. Murió en 1928, esto es lo que quería decir.

Lucy pensó que efectivamente 1928 era una fecha «anterior a la guerra», aunque no era ésa la manera en que ella la hubiera designado.

—Bien, me figuro que está usted deseando continuar su trabajo. No debe permitirme que lo entretenga.

—Oh —contestó el viejo Hillman—. No hay mucho que hacer a esta hora del día. Hay poca luz.

Lucy volvió a casa deteniéndose para explorar un bosquecillo de abedules y azaleas.

Encontró a Emma Crackenthorpe en el vestíbulo, leyendo una carta que acababa de llegar con el correo de la tarde.

—Mañana llega mi sobrino con un compañero de colegio. La habitación de Alexander es la que está situada sobre el porche. La inmediata la ocupará James Stoddart-West. Usarán el cuarto de baño de enfrente.

—Sí, miss Crackenthorpe. Cuidaré de que las habitaciones estén listas.

—Llegarán por la mañana, antes del almuerzo. —Y añadió, tras un momento de vacilación—: Supongo que llegarán hambrientos.

—Seguro que sí. ¿Rosbif le parece bien? ¿Y una tarta?

—A Alexander le gustan mucho las tartas.

Los dos muchachos llegaron a la mañana siguiente. Ambos iban muy bien peinados, con caras sospechosamente angelicales y modales perfectos. Alexander Eastley tenía el pelo rubio y los ojos azules. Stoddart-West era moreno y usaba gafas.

Durante el almuerzo conversaron con gravedad sobre los acontecimientos del mundo deportivo, con referencias sueltas a las últimas novelas de ciencia ficción. Sus maneras eran las de un par de viejos profesores discutiendo artefactos paleolíticos. En comparación con ellos, Lucy se sentía muy joven.

El solomillo desapareció en un momento y no quedó una miga de la tarta.

—A este paso tendré que vender la casa para daros de comer —gruñó Crackenthorpe.

Alexander le dirigió una mirada de reproche.

—Comeremos pan y queso si no puedes comprar carne, abuelo.

—¿Si no puedo? Sí puedo. Pero no me gusta el desperdicio.

—No hemos desperdiciado nada, señor —observó Stoddart-West,

mirando su plato, que era buena prueba de ello.

—Vosotros, muchachos, coméis el doble de lo que yo como.

—Estamos en la edad del crecimiento —explicó Alexander—. Necesitamos tomar muchas proteínas.

Cuando los dos muchachos dejaron la mesa, Lucy oyó que Alexander decía a su amigo, a modo de excusa:

—No tienes que hacerle caso a mi abuelo. Está a régimen, o algo así, y eso le vuelve algo raro. Además es terriblemente tacaño. Creo que debe tener un complejo de algún tipo.

—Yo tenía una tía que siempre estaba pensando que iba a arruinarse —comentó James con expresión comprensiva—. En realidad tenía dinero a carretadas. Decía el médico que era patológico. ¿Tienes una pelota de fútbol, Alex?

Lucy salió después de recoger la mesa y lavar la vajilla. Oía a los muchachos llamándose a lo lejos. Por su parte, siguió la dirección opuesta por el camino de entrada y desde allí se encaminó directamente hacia las grandes masas de rododendros. Empezó a buscar cuidadosamente apartando las hojas. Pasaba de una mata a otra y, con el palo de golf, tanteaba entre las ramas cuando la sobresaltó la voz de Alexander Eastley.

—¿Está buscando algo, miss Eyelesbarrow?

—Una pelota de golf —contestó Lucy prestamente—. Mejor dicho, varias pelotas. He estado practicando casi todas las tardes y he perdido unas cuantas. Ya es hora de que intente recuperar alguna.

—Nosotros la ayudaremos —se ofreció Alexander.

—Muy amable de tu parte. Creía que estabais jugando al fútbol.

—No se puede estar siempre dándole al balón —explicó James —. Se suda demasiado. ¿Juega mucho al golf?

—Me gusta mucho, pero no tengo muchas oportunidades de jugar.

—Ya me lo figuro. Usted cocina aquí, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Guisó la comida de hoy?

—Sí. ¿Estaba buena?

—Sencillamente maravillosa —afirmó Alexander—. En el colegio nos dan una carne detestable, demasiado hecha. A mí me gusta la carne de ternera rosada y jugosa por dentro. Y la tarta

estaba riquísima.

—Debes decirme qué platos prefieres.

—¿Podría hacernos un día merengue de manzana? Es mi postre favorito.

—Naturalmente.

Alexander lanzó un suspiro de satisfacción.

—Hay un golf en miniatura debajo de la escalera. Podríamos colocarlo en el campo y practicar un poco con el *putter*. ¿Qué te parece, Stoddart?

—¡Bien! —gritó James, con un deje australiano.

—En realidad, no es australiano —explicó Alexander cortésmente—. Pero intenta hablar como ellos, porque su familia se lo llevará a ver el Test Match [1] el año que viene.

Animados por Lucy, salieron en busca del juego de golf. Más tarde, cuando Lucy volvía a la casa, los encontró instalándolo en el jardín y discutiendo sobre la posición de los números.

—No lo queremos como un reloj —le explicó James—. Eso es cosa de niños. Queremos tener unos tiros largos y cortos. Es una lástima que los números estén tan enmohecidos. Apenas se ven.

—Necesitan un toque de pintura blanca —dijo Lucy—. Podríais traerla y pintarlos.

—Buena idea —respondió Alexander entusiasmado—. Creo que hay algunas latas de pintura en el granero grande. Las dejaron los pintores en las últimas vacaciones. Vamos a ver si las encontramos.

—¿El granero grande? —preguntó Lucy.

Alexander señaló un gran edificio de piedra situado a cierta distancia de la casa, cerca del camino posterior.

—Es muy antiguo. El abuelo dice que es de la época isabelina, pero eso es pura fanfarronería. Pertenecía a la granja original. Mi bisabuelo la derribó y en su lugar levantó esta horrible casa. Gran parte de la colección de mi abuelo está en el granero. Cosas que trajo del extranjero cuando era joven. La mayor parte de ellas son cosas bastante horrorosas. El granero se utiliza a veces también para las subastas y tómbolas. Venga a verlo. Es interesante.

Lucy los acompañó con agrado.

El granero tenía una gruesa puerta de roble claveteada.

Alexander cogió la llave de un clavo oculto por la hiedra a la derecha de la puerta. Le dio la vuelta en la cerradura, empujó la

puerta y entraron.

Lucy tuvo la sensación de encontrarse en un museo del mal gusto. Las cabezas de dos emperadores romanos de mármol la miraban con ojos saltones. Había un sarcófago del último período grecorromano, una Venus de sonrisa boba que se sujetaba la túnica a punto de caerse. Además de estas obras de arte, había un par de mesas plegables, algunas sillas amontonadas y otros objetos diversos, tales como una segadora oxidada, dos cubos, un par de asientos de coche apolillados y un banco de jardín verde que había perdido una pata.

—Creo que la pintura estaba por aquí —dijo Alexander vagamente. Fue hasta un rincón, donde apartó una andrajosa cortina que lo tapaba.

Encontraron un par de latas de pintura y unos pinceles resecos.

—Necesitaréis también un poco de aguarrás —indicó Lucy.

No encontraron ni una sola lata de aguarrás. Los muchachos propusieron ir en sus bicicletas a la droguería y Lucy se mostró de acuerdo, pensando que los mantendría entretenidos por algún tiempo.

—Convendría hacer aquí una buena limpieza —comentó cuando los muchachos ya salían.

—Yo no me molestaría —señaló Alexander—. Lo limpian cuando hay que utilizarlo para algo, pero prácticamente no se usa nunca en esta época del año.

—¿Dejo la llave en el clavo? —preguntó Lucy—. ¿Es allí donde se guarda?

—Sí. Aquí no hay nada que robar. Nadie querría estos horribles trastos de mármol y, además, pesan una tonelada.

Lucy asintió. Era imposible sentir admiración por la sensibilidad artística de Mr. Crackenthorpe. Parecía tener un instinto infalible para elegir lo peor de cada período.

Echó una ojeada al granero. Su mirada se detuvo en un sarcófago.

Aquel sarcófago.

En el interior del granero el aire olía a rancio, como si no se hubiese ventilado desde hacía mucho tiempo. Se acercó al sarcófago. Su tapa era pesada y ajustaba bien. Lucy lo miró reflexionando.

Salió del granero, fue a la cocina y volvió con una gruesa palanca.

No era un trabajo fácil, pero Lucy no se rindió.

La tapa empezó a levantarse despacio, movida por la palanca.

Se levantó lo suficiente para que Lucy viese lo que contenía el interior.

Capítulo VI

Pocos minutos después, Lucy, algo pálida, salió del granero, cerró la puerta y dejó la llave en su sitio. Fue rápidamente a los establos, sacó el coche y salió de la finca por el camino trasero. Se detuvo en la oficina de correos, entró en la cabina telefónica, echó una moneda y marcó un número.

—Deseo hablar con miss Marple.

—Está descansando, señorita. Hablo con miss Eyelesbarrow, ¿verdad?

—Sí.

—No voy a molestarla, señorita. Es una anciana y necesita descanso.

—Pues debe hacerlo. Es urgente.

—No pienso hacerlo.

—Haga lo que le digo inmediatamente.

Cuando quería, su voz era tan dura como el acero. Y Florence sabía cuando debía someterse a la autoridad.

Miss Marple no tardó en atender la llamada:

—Diga, Lucy.

Lucy inspiró con fuerza.

—Tenía usted toda la razón. Lo he encontrado.

—¿El cuerpo de una mujer?

—Sí. Una mujer con un abrigo de piel. Está en un sarcófago de piedra, en un granero que es como un museo, cerca de la casa. ¿Qué quiere usted que haga? Tendría que informar a la policía.

—Sí. Debe informar a la policía. En seguida.

—¿Y que les digo? ¿Qué pasa con usted? Lo primero que querrán saber es por qué he levantado una tapa que pesa toneladas sin ninguna razón aparente. ¿Quiere que invente una excusa? Puedo hacerlo.

—No es necesario. Lo único que debe hacer es decir la verdad —

contestó miss Marple con su voz seria y amable.

—¿Acerca de usted?

—Acerca de todo.

En el blanco rostro de Lucy apareció una sonrisa.

—Eso será fácil. ¡Pero imagino que les costará un poco creerlo!

Colgó el teléfono, esperó un momento y llamó a la comisaría de policía.

—Acabo de descubrir un cadáver en un sarcófago, en el granero de Rutherford Hall.

—¿Cómo dice?

Lucy repitió su declaración y, anticipándose a la siguiente pregunta, dio su nombre.

Regresó a la finca, guardó el coche y entró en la casa.

En el vestíbulo se detuvo un momento para pensar.

Luego asintió bruscamente y entró en la biblioteca, donde miss Crackenthorpe ayudaba a su padre a resolver el crucigrama del The Times.

—¿Puedo hablar un momento con usted, miss Crackenthorpe?

Emma alzó la mirada y al ver una sombra de aprensión en el rostro que Lucy, lo atribuyó a cuestiones de orden doméstico. Era la fórmula habitual del personal de servicio para anunciar su inmediata partida.

—Bien, hable, muchacha, hable —intervino el viejo Crackenthorpe, con irritación.

—Preferiría que hablásemos en privado —insistió Lucy sin hacer caso del viejo.

—Tonterías —protestó Crackenthorpe—. Diga de una vez lo que tenga que decir.

—Un momento nada más, padre. —Emma se levantó y fue hacia la puerta.

—Qué tontería. Seguro que no corre prisa —insistió el viejo, enojado.

—Me temo que sí —replicó Lucy.

—¡Qué impertinencia! —exclamó Crackenthorpe.

Emma salió al vestíbulo. Lucy la siguió sin olvidarse de cerrar la puerta tras ellas.

—¿Sí? —empezó Emma—. ¿De qué se trata? Si cree que con la visita de esos muchachos hay demasiado trabajo, yo puedo ayudarla

y…

—No se trata de eso. No he querido hablar delante de su padre porque he considerado que en su estado podría sufrir un fuerte sobresalto. Acabo de descubrir el cuerpo de una mujer asesinada en ese gran sarcófago del granero.

Emma Crackenthorpe la miró atónita.

—¿En el sarcófago? ¿Una mujer asesinada? ¡Es imposible!

—Me temo que es enteramente cierto. He llamado a la policía. Llegarán aquí de un momento a otro.

Las mejillas de Emma enrojecieron ligeramente.

—Debía habérmelo dicho primero a mí, antes de avisar a la policía.

—Lo siento.

—No la he oído llamarlos —y la mirada de Emma se dirigió al teléfono colocado sobre la mesa del vestíbulo.

—He llamado desde la oficina de correos, al final de la calle.

—¡Vaya! ¿Por qué no desde aquí?

Lucy musitó una excusa.

—No quería que los muchachos me oyeran.

—Ya veo. Sí, ya veo. ¿Va a venir entonces la policía?

—Ya están aquí —contestó Lucy mientras en el exterior sonaba el chirrido de los frenos de un coche, seguido inmediatamente por el sonido del timbre.

—Siento, siento mucho haber tenido que pedirle esto —se disculpó el inspector Bacon.

Sujetando a Emma Crackenthorpe por el brazo, la condujo fuera del granero. Emma estaba muy pálida y parecía a punto de vomitar, pero caminaba muy erguida.

—Estoy segura de no haber visto a esa mujer en toda mi vida.

—Le estamos muy agradecidos, miss Crackenthorpe. Es todo lo que necesitaba saber. ¿Quizá preferirá usted echarse?

—Tengo que cuidar de mi padre. Llamé al doctor Quimper en cuanto me enteré de esto, y está con él ahora.

El doctor Quimper salió de la biblioteca cuando cruzaban el vestíbulo. Era un hombre alto, de expresión jovial y con una actitud informal y un tanto cínica que sus pacientes encontraban muy estimulante.

Cambió una inclinación de cabeza con el inspector.

—Miss Crackenthorpe acaba de afrontar una tarea poco grata con gran entereza —comentó Bacon.

—Bravo, Emma —dijo, dándole una palmadita en el hombro—. Usted sabe mantenerse firme. Siempre lo he dicho. Su padre está perfectamente. Entre un momento a decirle algo, luego vaya al comedor y tómese una copa de brandy. Por prescripción facultativa.

Emma le dirigió una sonrisa de gratitud y entró en la biblioteca.

—Esta mujer es la sal de la tierra —afirmó el doctor, siguiéndola con la mirada—. Es una lástima que nunca se haya casado. Es el castigo por ser la única mujer en una familia de hombres. La otra hermana se fue a tiempo y se casó a los diecisiete años, según creo. Emma es una mujer muy guapa. Hubiera sido un éxito como esposa y madre.

—Demasiado apegada a su padre —opinó el inspector Bacon.

—No, en realidad no es así, pero tiene ese instinto que impulsa a muchas mujeres a desvivirse por hacer felices a sus parientes masculinos. Ve que a su padre le gusta ser un inválido y, en consecuencia, le deja ser un inválido. Lo mismo hace con sus hermanos: Cedric siente que es un pintor. El otro, ¿cómo se llama…? Harold sabe cuánto se fía ella de su buen juicio, y permite que Alfred la asombre con los relatos de sus hábiles negocios. Oh, sí, es una mujer lista. Bien, ¿me necesita para algo? ¿Quiere que eche una ojeada al cadáver ahora que Johnstone ha terminado su trabajo? —Johnstone era el forense de la policía—. A lo mejor al final resulta que es otra víctima de mis grandes dotes como médico.

—Sí, me gustaría que la viera usted, doctor. Es importante que podamos identificarla. Pero imagino que no sería muy prudente exponer a Mr. Crackenthorpe a un mal trago como ése, ¿no?

—¿Que no sería prudente? Bobadas. Nunca nos lo perdonaría si no le dejáramos echarle un vistazo. Está muriéndose de curiosidad. Es la cosa más emocionante que le ha ocurrido en quince años, año más, año menos. ¡Y además no le costará ni un penique!

—¿No está muy enfermo, entonces?

—Tiene setenta y dos años. Ésa es toda su enfermedad. Tiene dolores reumáticos, pero ¿quién no los tiene? Y él lo llama artritis. Sufre palpitaciones después de las comidas, lo que es muy natural, y él dice que es el corazón. ¡Pero puede hacer todo lo que quiere! Tengo un montón de pacientes como él. Los que verdaderamente

están enfermos suelen insistir desesperadamente en que se encuentran muy bien. Venga, vamos a ver ese cadáver. Es muy desagradable, me figuro.

—Johnstone cree que han transcurrido de dos a tres semanas desde su muerte.

—Muy desagradable.

El doctor permaneció junto al sarcófago y miró con franca curiosidad, profesionalmente impasible ante lo que él llamaba «desagradable».

—Nunca la había visto. No es ninguna de mis pacientes. No recuerdo haberla encontrado nunca en Brackhampton. Debió de ser muy bien parecida en otros tiempos.

De nuevo salieron al aire libre. El doctor Quimper alzó la mirada para observar el edificio.

—Encontrada en el granero. ¡En un sarcófago! ¡Fantástico! ¿Quién la encontró?

—Miss Eyelesbarrow.

—¡Oh! ¿La nueva sirvienta? ¿Y qué hacía ella urgando en ese sarcófago?

—Eso —respondió el inspector Bacon con severidad— es precisamente lo que voy a preguntarle. Y, a propósito de Mr. Crackenthorpe, ¿quiere usted…?

—Voy a buscarlo.

Crackenthorpe se presentó con paso ligero a su lado envuelto en bufandas y acompañado del médico.

—Ignominioso. ¡Absolutamente ignominioso! Traje este sarcófago de Florencia en… déjeme recordar… debió ser en 1908 ¿o fue en 1909?

—Tranquilo —le previno el doctor—. Esto no va a ser una cosa agradable.

—Por muy enfermo que esté, tengo que cumplir con mi deber.

Sin embargo, con una breve visita al interior del granero hubo suficiente. Crackenthorpe se apresuró a salir con notable celeridad.

—¡No la había visto nunca! ¿Qué significa esto? Absolutamente ignominioso. No fue en Florencia, ahora lo recuerdo, fue en Nápoles. Un bellísimo ejemplar. ¡Y alguna estúpida mujer ha venido para que la asesinen en él!

Se llevó las manos al pecho y se agarró la solapa del lado

izquierdo.

—Es demasiado para mí. El corazón. ¿Dónde está Emma, doctor?

El doctor Quimper lo cogió por el brazo.

—No le pasa nada. Le prescribo un pequeño estimulante: brandy.

Caminaron juntos hacia la casa.

—Señor. Perdone, señor.

El inspector Bacon se volvió. Dos muchachos sudorosos acababan de llegar en bicicleta. Sus rostros expresaban una súplica ansiosa.

—Por favor, señor. ¿Podemos ver el cadáver?

—No, no podéis —contestó el inspector Bacon.

—Señor, por favor. Nunca se sabe, quizá la conozcamos. Venga, señor, no sea así. Eso no está bien. Un asesinato en nuestro granero. Es una oportunidad que puede no volver a presentarse nunca.

—¿Quiénes sois?

—Yo soy Alexander Eastley, y éste es mi amigo James Stoddart-West.

—¿Habéis visto alguna vez por aquí a una mujer rubia, con un abrigo de ardilla teñido en tono claro?

—Bueno, no puedo recordarlo exactamente —contestó Alexander con astucia—. Si la viese un momento…

—Llévelos allí, Sanders —dijo el inspector Bacon al policía de guardia junto a la puerta del granero—. ¡No se es joven más que una vez!

—¡Muchas gracias, señor! —exclamaron los dos muchachos con alborozo—. Es usted muy amable, señor.

Bacon se alejó en dirección a la casa.

«Y ahora —se dijo a sí mismo con determinación—, a por miss Lucy Eyelesbarrow».

Después de acompañar a los policías al granero y dar una breve relación de sus acciones, Lucy se había retirado prudentemente, si bien tenía muy presente que la policía no había terminado con ella.

Acababa de preparar las patatas para la cena, cuando le trajeron el recado de que el inspector Bacon requería su presencia. Dejó a un lado el bol con agua fría y sal en el que reposaban las patatas cortadas y siguió al policía. Se sentó y esperó las preguntas del

inspector.

Dio su nombre y su dirección en Londres y añadió por propia iniciativa:

—Le daré a usted algunos nombres y direcciones de referencia, por si desea saber más de mí.

Los nombres eran muy buenos: un almirante, el director de un colegio de Oxford y una dama del Imperio Británico. El inspector Bacon no pudo por menos de quedar impresionado.

—Vamos a ver, miss Eyelesbarrow. Usted fue al granero buscando un bote de pintura, ¿no es así? Después de encontrar la pintura, cogió una palanca, levantó la tapa del sarcófago y encontró el cadáver. ¿Qué era lo que buscaba usted en el sarcófago?

—Buscaba un cadáver.

—Buscaba usted un cadáver ¡y lo encontró! ¿No le parece una historia extraordinaria?

—Sí, es una historia extraordinaria. ¿Me permite usted que se la cuente?

—Creo que será lo mejor.

Lucy le hizo ahora un relato preciso de los acontecimientos que la habían conducido a su sensacional descubrimiento.

El inspector lo resumió con acento ofendido:

—¿Que fue usted inducida por una dama anciana a que obtuviese aquí una colocación con objeto de buscar un cadáver en la casa o en sus alrededores? ¿Es eso lo que me está diciendo?

—Sí.

—¿Y quién es esa anciana dama?

—Miss Jane Marple. Se aloja ahora en el número 4 de Madison Road.

El inspector tomó nota de estos datos.

—¿Y se figura usted que voy a creerme esta historia?

—No —contestó Lucy con suavidad—, al menos no hasta que se haya entrevistado con miss Marple y obtenga su confirmación.

—No dejaré de entrevistarme con ella. Debe de estar loca.

Lucy se abstuvo de indicar que el hecho de comprobar que uno tenía razón demostraba todo lo contrario a la incapacidad mental. En lugar de eso, dijo:

—¿Qué se propone usted comunicarle a miss Crackenthorpe? Acerca de mí, quiero decir.

—¿Por qué lo pregunta?

—En lo que se refiere a miss Marple, yo he cumplido mi trabajo: he encontrado un cadáver que ella quería encontrar. Pero continúo al servicio de miss Crackenthorpe y hay en la casa dos muchachos hambrientos. Además, es probable que vengan algunas personas de la familia después de todo este trastorno. Necesita ayuda doméstica. Si va usted y le dice que he tomado esta colocación sólo para buscar cadáveres, es probable que me despida. Si no es así, podré continuar mi trabajo y ser útil.

El inspector la miró con dureza.

—No voy a decir nada por el momento. No he comprobado aún su declaración. Teniendo en cuenta lo que yo sé, puede usted haberlo inventado todo.

Lucy se levantó.

—Gracias. Entonces, volveré a la cocina a continuar mi tarea.

Capítulo VII

—Será mejor que pongamos el caso en manos de Scotland Yard, ¿no lo cree usted así, Bacon? El jefe de policía miraba inquisitivamente al corpulento inspector Bacon, quien, a juzgar por su expresión, era una persona muy disgustada con la humanidad.

—La mujer no era de la localidad, señor. Hay algunas razones para creer, por su ropa interior, que quizá sea extranjera. Por supuesto —se apresuró a añadir el inspector Bacon—, no diré nada sobre esto por el momento. Lo guardaremos en secreto hasta después de la encuesta preliminar.

El jefe asintió.

—¿Supongo que la encuesta será una cuestión de trámite?

—Sí, señor. He hablado con el coronel.

—¿Y para cuándo está fijada?

—Para mañana. Creo que estarán aquí los otros miembros de la familia Crackenthorpe. Tal vez alguno de ellos pueda identificarla. Estarán todos. —Consultó una lista que tenía en la mano—. Harold Crackenthorpe es alguien en la City, un personaje importante. De Alfred ignoro por completo a qué se dedica. Cedric es el que vive en el extranjero. ¡Es pintor!

El inspector dio a la palabra un tono siniestro que hizo sonreír al jefe.

—¿Hay alguna razón para creer que la familia Crackenthorpe pueda estar relacionada con el crimen?

—Ninguna, aparte el hecho de haber sido encontrado el cadáver en su propiedad —dijo el inspector Bacon—. Desde luego, que el artista miembro de la familia sea capaz de identificarla no es más que una posibilidad. Lo que no puedo comprender es este extraordinario galimatías del tren.

—Ah, sí. ¿Ha ido usted a ver a esta señora… cómo se llama? —Echó una mirada a las notas que tenía sobre la mesa—. ¿A miss

Marple?

—Sí, señor. Está completamente convencida de lo que dice. Si está o no está chiflada, no lo sé, pero ella se atiene a su historia sobre lo que vio su amiga y todo lo demás. Tal como están las cosas, me atrevo a decir que esto no puede ser más que una invención. Ya sabe usted como son las viejas. Cuando no ven platillos volantes en el jardín ven agentes rusos en las bibliotecas. Lo que sí parece claro es que contrató a esa joven, la sirvienta, y le encargó que buscase un cadáver, y que la chica lo buscó.

—Y lo encontró —observó el jefe—. Bien, he aquí una historia muy notable. Marple, miss Jane Marple. Ese nombre me resulta familiar. Como quiera que sea, voy a ponerme en comunicación con el Yard. Creo que tiene usted razón y que no se trata de un caso local, aunque de momento no diremos nada. Hemos de procurar que a la prensa se filtren los menos datos posibles.

La encuesta judicial fue un mero trámite. Nadie compareció para identificar a la mujer muerta. Lucy fue llamada a declarar sobre el hallazgo del cadáver, y se escuchó el dictamen facultativo sobre la causa de la muerte: estrangulación. Las diligencias quedaron entonces aplazadas.

El tiempo era frío y ventoso cuando la familia Crackenthorpe salió del local donde había tenido lugar la encuesta. Entre todos eran cinco: Emma, Cedric, Harold, Alfred y Bryan Eastley, el viudo de Edith, la hija fallecida. Estaba también allí Mr. Wimborne, titular del bufete de abogados que se encargaba de los asuntos legales de los Crackenthorpe. Había venido de Londres especialmente para asistir a la encuesta. Todos se quedaron un momento en la acera, temblando de frío. Se había reunido allí una muchedumbre. La prensa local y la de Londres habían informado ampliamente del «cadáver en el sarcófago».

Corrió un murmullo: «Son ellos».

—Vámonos de aquí —dijo Emma con acritud.

El gran Daimler de alquiler se acercó al bordillo. Emma subió al coche y llamó a Lucy. Wimborne, Cedric y Harold las siguieron.

—Llevaré a Alfred en mi pequeño coche —dijo Brian Eastley.

El chófer cerró la puerta y el Daimler se dispuso a arrancar.

—¡Oh, espere! —exclamó Emma—. ¡Ahí están los muchachos!

A pesar de sus ofendidas protestas, los chicos habían tenido que

quedarse en Rutherford Hall, pero aquí estaban con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hemos venido en bicicleta —explicó Stoddart-West—. El agente ha sido muy amable y nos ha dejado ponernos al fondo de la sala. Confío en que no se molestará, miss Crackenthorpe.

—No se molesta —contestó Cedric, hablando por su hermana—. No se es joven más que una vez. Supongo que es vuestra primera encuesta.

—Nos ha desilusionado un poco —declaró Alexander—. Todo ha terminado tan pronto.

—No podemos quedarnos hablando aquí —señaló Harold con impaciencia—. Hay mucha gente. Y todos esos reporteros con cámaras fotográficas.

Hizo una seña al chófer, que puso el coche en marcha. Los muchachos los despidieron alegremente.

—¡Que todo ha terminado tan pronto! —comentó Cedric—. ¡Eso es lo que creen, pobres ingenuos! Sólo acaba de empezar.

—Es una gran contrariedad —señaló Harold—. Una gran contrariedad. Yo supongo que…

Miró a Wimborne, que apretaba sus delgados labios y meneaba la cabeza con gesto de disgusto.

—Confío en que todo este asunto pueda quedar solucionado satisfactoriamente —sentenció—. La policía es muy diligente. No obstante, como dice Harold, ha sido una gran contrariedad.

Mientras hablaba, había dirigido a Lucy una mirada de clara desaprobación, que parecía decir: «A no ser por esta joven que se ha metido en lo que no le importaba, nada de esto hubiera ocurrido».

Esta misma opinión, o una que se le parecía mucho, fue expresada en voz alta por Harold Crackenthorpe:

—A propósito, miss… ejem… Eyelesbarrow, ¿qué fue en realidad lo que la impulsó a mirar en el interior del sarcófago?

Lucy se había estado preguntando cuándo se le ocurriría preguntar eso a alguien de la familia. Sabía que sería lo primero que la policía le preguntaría. Lo que le sorprendía es que no se le hubiese ocurrido a nadie más hasta aquel momento.

Cedric, Emma, Harold y Wimborne la miraban.

La respuesta la tenía ya bien pensada.

—En realidad —respondió con voz vacilante—, apenas lo sé. Me

pareció que el lugar necesitaba una limpieza a fondo y que se tiraran las cosas inservibles. Además —añadió titubeando—, había un olor muy particular y desagradable.

Muy acertadamente, había contado con que evitarían de inmediato un tema tan poco grato.

—Sí, por supuesto —murmuró Wimborne—, unas tres semanas, según dice el forense. Creo sinceramente que no debemos dejarnos afectar por este desagradable suceso. —Sonrió con aire tranquilizador a Emma, que había palidecido mucho—. Al fin y al cabo, esa desdichada joven no tenía nada que ver con ninguno de nosotros.

—Ah, pero no se puede estar seguro de eso, ¿verdad? —observó Cedric.

Lucy Eyelesbarrow lo miró con cierto interés. Le intrigaban ya las sorprendentes diferencias entre los tres hermanos. Cedric era un hombre corpulento, de rostro curtido, pelo oscuro alborotado y actitud jovial. Había llegado del aeropuerto sin afeitar y, aunque se afeitó para asistir a la encuesta, llevaba aún las mismas ropas, que parecían ser las únicas que poseía: un viejo pantalón de franela y una chaqueta demasiado grande y raída. La estampa de un bohemio.

Su hermano Harold, por el contrario, era el caballero de la City por excelencia, y dirigía importantes compañías. Era alto, de porte erguido, tenía el pelo oscuro y algo escaso en las sienes, usaba un bigotito negro e iba impecablemente vestido con un traje oscuro y una corbata gris perla. Parecía lo que era: un astuto y próspero hombre de negocios.

—Realmente, Cedric —comentó con sequedad—, esa observación estaba completamente fuera lugar.

—No veo por qué. Después de todo, estaba en nuestro granero. ¿Qué había venido a hacer allí?

Wimborne carraspeó.

—Posiblemente alguna cita. Tengo entendido que todo el mundo sabía que la llave estaba fuera, colgada de un clavo.

Su tono indicaba que le ofendía el descuido que suponía esta costumbre. Y resultó tan obvio que Emma sintió la necesidad de disculparse.

—Es una costumbre que comenzó durante la guerra. Los

vigilantes de la Defensa Antiaérea iban al granero a prepararse un chocolate caliente. Y luego, como no se guardaba nada de valor, continuamos dejando la llave fuera. Era cómodo para el personal del Instituto de la Mujer. Si la hubiésemos guardado en casa, hubiera sido muy molesto que alguna vez necesitaran utilizar el granero y se encontraran con que no había nadie en la casa, sólo una asistenta y nadie de servicio permanente…

No acabó la frase. Había hablado automáticamente dando una larga explicación sin interés, como si su atención hubiera estado en otra parte.

Cedric le dirigió una rápida mirada.

—¿Estás inquieta, hermanita? ¿Qué pasa?

—De verdad, Cedric, ¿no te parece que es obvio? —replicó Harold con exasperación.

—No. De acuerdo que una joven desconocida ha sido asesinada en el granero de Rutherford Hall (parece un melodrama Victoriano), y comprendo que le haya causado a Emma una fuerte impresión en el primer momento, pero Emma siempre ha sido una muchacha muy sensata, y no veo por qué continúa preocupándose por esto. ¡Qué demonio! Uno se acostumbra a todo.

—A algunas personas puede costarles un poco más que a ti acostumbrarse a un asesinato —señaló Harold agriamente—. Me atrevería a decir que los asesinatos son el pan nuestro de cada día en Mallorca.

—Ibiza, no Mallorca.

—Es lo mismo.

—En absoluto. Son islas diferentes.

—Lo que quiero decir —Harold continuó hablando— es que aunque para ti los asesinatos sean la cosa más corriente del mundo, viviendo entre latinos de sangre caliente, aquí, en Inglaterra, estas cuestiones nos las tomamos muy en serio. —Cada vez más irritado, añadió—: Y francamente, Cedric, presentarse en una encuesta judicial con esas ropas.

—¿Qué le pasa a mis ropas? Son cómodas.

—Son impropias.

—Bueno, en todo caso, son las únicas que tengo. No me he entretenido en preparar mi maleta porque tenía que venir corriendo para poder estar con la familia. Soy pintor y a los pintores nos gusta

vestir cómodos.

—¿No me digas que aún estás intentando pintar?

—Oye, Harold, cuando dices «intentando pintar»…

Wimborne carraspeó de forma autoritaria.

—Esta discusión es inútil —manifestó en tono de reproche—. Espero, mi querida Emma, que me diga si puedo hacer algo más por usted antes de regresar a Londres.

El reproche produjo su efecto. Emma Crackenthorpe se apresuró a responder:

—Ha sido muy amable de su parte el venir aquí.

—Nada de eso. Era conveniente que alguien estuviese presente para hacerse cargo de estas diligencias por la familia. Tengo una entrevista con el inspector en la casa. No dudo que, por muy doloroso que sea todo esto, la situación pronto quedará aclarada. En mi opinión no hay duda sobre lo que ocurrió. Tal como ha dicho Emma, todo el mundo sabía por aquí que la llave del granero estaba colgada junto a la puerta. De modo que probablemente las parejas de la localidad lo utilizaban como lugar de cita en los meses de invierno. Seguramente, hubo una disputa y el muchacho perdió el dominio de sí mismo. Horrorizado por lo que había hecho, vio el sarcófago y se dio cuenta de que sería un excelente escondrijo.

«Sí —pensó Lucy—, eso parece muy verosímil. Supongo que podría ser».

—¿Dice usted una pareja de la localidad? —observó Cedric—. Pero nadie de los alrededores ha podido identificar a la muchacha.

—Es demasiado pronto para afirmarlo. Sin duda, tendremos una identificación antes de que pase mucho tiempo. Y hay que tener también en cuenta que aunque el hombre resida en las cercanías, bien pudiera ser que la mujer proceda de algún otro lugar, o incluso de otra zona del mismo Brackhampton. Piensen que es casi una ciudad. Ha crecido mucho en los últimos veinte años.

—Si yo fuese una muchacha y viniese a reunirme con mi novio, no aceptaría que me llevase a un granero húmedo y frío situado a varias millas de distancia —objetó Cedric—. Preferiría que me abrazase en un cine. ¿No piensa usted lo mismo, miss Eyelesbarrow?

—¿Es necesario discutir sobre todo esto? —preguntó Harold quejumbrosamente.

Y mientras formulaba esta pregunta, llegó el coche ante la puerta de Rutherford Hall y todos se apearon.

Capítulo VIII

Al entrar en la biblioteca, Mr. Wimborne parpadeó un poco mientras su mirada resabiada y astuta pasaba del inspector Bacon, a quien ya conocía, a un joven rubio y bien parecido que se encontraba más atrás.

El inspector Bacon hizo las presentaciones oportunas.

—Le presento al detective inspector Craddock, de New Scotland Yard.

—New Scotland Yard. —Mr. Wimborne enarcó las cejas.

Dermot Craddock cuyas maneras eran agradables, tomó la palabra.

—Ha sido solicitada nuestra intervención en este caso, Mr. Wimborne. Y como usted representa a la familia Crackenthorpe, me ha parecido justo adelantarle cierta información confidencial.

Nadie mejor que el inspector Craddock sabía comunicar una pequeña parte de la verdad y dar a entender que era la verdad entera.

—Espero que el inspector Bacon esté conforme —añadió, dirigiendo una mirada a su colega.

El inspector Bacon se mostró conforme con la solemnidad del caso, como si la escena no hubiera sido preparada de antemano.

—El caso es éste —continuó Craddock—: Por la información que ha llegado a nuestro poder, tenemos razones para creer que la mujer muerta no es de los alrededores sino que vino aquí desde Londres y que había llegado hace poco del extranjero. Probablemente, aunque esto no es seguro, de Francia.

Wimborne arqueó de nuevo las cejas.

—¿De veras?

—Y siendo así —explicó el inspector Bacon—, el jefe de policía consideró que sería más apropiado que Scotland Yard investigara el caso.

—Yo sólo puedo desear —señaló Mr. Wimborne— que se resuelva pronto. Como sin duda comprenderán ustedes, todo este asunto ha resultado muy penoso para la familia. Aunque no les afecte personalmente, están…

Se detuvo sólo un segundo, pero el inspector Craddock se apresuró a intervenir.

—¿Se refiere a que no es agradable encontrar una mujer muerta en la propia casa? Estoy absolutamente de acuerdo. Desearía ahora tener una breve entrevista con los diversos miembros de la familia.

—Realmente, no acierto a ver…

—¿Qué es lo que pueden decirme? Probablemente, nada de interés, pero nunca se sabe. Y me atrevería incluso a decir que buena parte de la información que necesito podría dármela usted mismo. Información sobre la casa y la familia.

—¿Y qué tienen que ver la casa o la familia con una joven desconocida recién llegada del extranjero y a la que han asesinado aquí?

—Ahí está el quid de la cuestión —señaló Craddock—. ¿Por qué vino aquí? ¿Había tenido en otro tiempo alguna relación con esta casa? ¿Había sido, por ejemplo, criada o doncella de la señora? ¿O había venido a reunirse con algún habitante anterior de Rutherford Hall?

Con expresión glacial, Wimborne manifestó que Rutherford Hall había sido habitado por los Crackenthorpe desde que Josiah Crackenthorpe lo edificó en 1884.

—Eso es muy interesante —dijo Craddock—. Si pudiera hacerme usted un breve resumen de la historia de la familia.

Wimborne se encogió de hombros.

—Hay muy poco que contar. Josiah Crackenthorpe era un fabricante de galletas, dulces, conservas y similares. Acumuló una fortuna considerable. Edificó esta casa. Luther Crackenthorpe, su hijo mayor, es quien vive aquí ahora.

—¿Algún otro hijo?

—Uno, Henry, que murió en un accidente de automóvil, en 1911.

—¿Y el actual Mr. Crackenthorpe no ha pensado en vender la casa?

—No puede hacerlo. Así está estipulado en el testamento de su

padre —contestó secamente el abogado.

—Quizá querrá usted explicarme esa cláusula.

—¿Por qué habría de hacerlo?

El inspector Craddock sonrió.

—Porque puedo leer el testamento en Somerset House si lo deseo.

Contra su voluntad, Mr. Wimborne esbozó una sonrisa avinagrada.

—Ciertamente, inspector. Sólo me limitaba a señalar que la información que pide es irrelevante. En cuanto al testamento de Josiah Crackenthorpe, no hay misterio alguno. Deja su cuantiosa fortuna en usufructo a su hijo Luther, que cobrará las rentas mientras viva y, después de Luther, el capital debe ser dividido en partes iguales entre los hijos de éste: Edmund, Cedric, Harold, Alfred, Emma y Edith. Edmund murió en la guerra y Edith murió hace cuatro años, así que, a la muerte de Luther Crackenthorpe, el dinero será dividido entre Cedric, Harold, Alfred, Emma y el hijo de Edith, Alexander Eastley.

—¿Y la casa?

—Pasará al hijo mayor de Luther que le sobreviva o el descendiente que aquél deje.

—¿Se había casado Edmund Crackenthorpe?

—No.

—¿Así que la propiedad iría actualmente a…?

—Al que sigue, Cedric.

—Mr. Luther Crackenthorpe, ¿no puede disponer de ella?

—No.

—¿Y no tiene control sobre el capital?

—No.

—¿No es algo inusual? —dijo el inspector Craddock astutamente —. Supongo que no le era muy simpático a su padre.

—Su suposición es acertada —contestó Mr. Wimborne—. Al viejo Josiah le había desilusionado su hijo mayor por su falta de interés en el negocio de la familia o, en realidad, en ninguna clase de negocio. Luther se pasaba el tiempo viajando por el extranjero y coleccionando *objects d'art*. El viejo Josiah no veía estas aficiones con muy buenos ojos. Y, en consecuencia, dejó su dinero en usufructo para que lo disfrutase la generación siguiente.

—Pero, entretanto, la generación siguiente no tiene otros ingresos que los que se procure por sí misma o los que su padre tenga a bien concederles, y el padre tiene una renta considerable pero no puede disponer del capital.

—Exacto. Lo que todo esto tenga que ver con el asesinato de una mujer desconocida, de origen extranjero, ¡no puedo imaginarlo!

—No parece que tenga nada que ver —convino el inspector Craddock—. Yo quería únicamente comprobar todos los hechos.

Mr. Wimborne le dirigió una viva mirada y, luego, satisfecho al parecer con el resultado de su observación, se puso en pie.

—Desearía regresar ahora a Londres. A no ser que desee usted preguntar algo más.

Miró a los dos hombres, uno tras otro.

—No, gracias.

En el vestíbulo sonó un batintín con gran estrépito.

—¡Dios nos asista! —exclamó Wimborne—. Debe de estar tocándolo uno de los muchachos.

El inspector Craddock levantó la voz para ser oído en medio de aquel estruendo.

—Dejaremos que la familia coma en paz, pero al inspector Bacon y a mí nos gustaría volver después, pongamos, a las dos y cuarto, y tener una breve entrevista con cada uno de ellos.

—¿Cree usted que esto es necesario?

—Bueno —contestó Craddock, encogiéndose de hombros—, es una posibilidad. Tal vez alguno de ellos recuerde algo que nos dé una pista para llegar a la identidad de la mujer.

—Lo dudo, inspector. Lo dudo mucho. Pero le deseo buena suerte. Como le he dicho antes, cuanto antes quede este asunto aclarado, tanto mejor para todo el mundo.

El viejo abogado salió de la habitación meneando la cabeza.

Lucy se había ido directamente a la cocina al regresar de la encuesta, y se ocupaba de la preparación del almuerzo, cuando la cabeza de Bryan Eastley asomó por la puerta.

—¿Quiere que le eche una mano? —preguntó—. Se me dan bien las cosas de la casa.

Lucy le dirigió una mirada rápida y ligeramente inquieta. Bryan había llegado a la encuesta en su coche deportivo y no había tenido mucho tiempo para calibrar su personalidad.

Lo que vio resultaba muy agradable. Eastley era un joven de treinta y pico de años, pelo castaño, ojos azules algo lastimeros y un enorme bigote rubio.

—Los chicos no han vuelto aún —comentó sentándose en el extremo de la mesa de la cocina—. Tardarán otros veinte minutos con sus bicicletas.

Lucy sonrió.

—La verdad es que estaban decididos a no perderse nada.

—No los censuro por ello. Quiero decir que es la primera encuesta en sus jóvenes vidas y precisamente en la familia.

—¿Le importaría apartarse de la mesa, Mr. Eastley? Tengo que poner ahí la bandeja de hornear.

Bryan obedeció.

—Oiga, esta manteca está ardiendo. ¿Qué va usted a echar en ella?

—Pudding de Yorkshire.

—Pudding de Yorkshire y el rosbif de la vieja Inglaterra. ¿Es ése el menú de hoy?

—Sí.

—En realidad, un rosbif funerario. Huele bien. —Olisqueó complacido—. Espero que no le moleste que esté aquí parloteando.

—Si ha venido para ayudar, preferiría que me ayudase. —Sacó otra fuente del horno—: Vamos, gire las patatas para que se doren por el otro lado.

Bryan obedeció con presteza.

—¿Las patatas han estado en el horno mientras nosotros declarábamos? ¿Y si se hubieran quemado?

—Es poco probable. Hay un termostato regulador en el horno.

—Una especie de cerebro electrónico, ¿eh?

Lucy le lanzó una rápida mirada.

—Exacto. Ahora ponga la fuente en el horno. En el segundo estante. Necesito el de arriba para el pudding.

Bryan obedeció, aunque no sin lanzar un agudo chillido.

—¿Se ha quemado?

—Un poquito nada más. No tiene importancia. ¡Vaya juego peligroso el de guisar!

—Me figuro que usted nunca cocina.

—Pues sí, lo hago, y con bastante frecuencia. Pero no estas

cosas. Sé hervir un huevo, si no me olvido de mirar el reloj. Preparo huevos con bacon. Sé hacer un filete a la plancha o abrir una lata de sopa. Tengo en mi piso uno de esos pequeños trastos eléctricos.

—¿Vive usted en Londres?

—Si se llama a eso vivir, sí.

Su tono era desalentador. Observó cómo Lucy metía en el horno el molde con la pasta del pudding.

—Todo esto es muy divertido —dijo con un suspiro.

Una vez despachadas sus tareas más inmediatas, Lucy lo miró con más atención.

—¿Qué es lo divertido? ¿Esta cocina?

—Sí. Me recuerda la cocina de nuestra casa cuando yo era un niño.

Lucy notó que había algo terriblemente triste en la expresión de Bryan Eastley. Al observarlo más de cerca, vio que era mayor de lo que le había parecido al principio. Debía estar cerca de los cuarenta. Le resultaba difícil imaginar que aquel hombre pudiera ser el padre de Alexander. Le recordaba a los innumerables pilotos jóvenes que había conocido durante la guerra, cuando tenía la impresionable edad de catorce años. Ella creció en el mundo de la posguerra, pero tenía la sensación de que Bryan se había quedado atrás mientras pasaban los años. Las palabras que pronunció a continuación le confirmaron esta sensación. Bryan había vuelto a la mesa.

—Qué mundo tan complicado, ¿no es cierto? Quiero decir que es difícil orientarse. No le entrenan a uno para eso.

Lucy recordó lo que había sabido por Emma.

—Usted era piloto de combate. Y le concedieron la Cruz al Mérito de la aviación.

—En realidad eso no hace más que perjudicarte. Te dan una medalla y todo el mundo se empeña en facilitarte la vida. Te consiguen un empleo y esas cosas. Es muy amable por su parte, la verdad. Pero siempre son empleos administrativos, y yo no sirvo para eso. Pasarse el día sentado a una mesa y enredándote con los números. No, no es lo mío. Yo tenía mis propias ideas, y he probado una o dos cosillas. Pero no es fácil encontrar el apoyo necesario. No se puede obligar a los amigos a que aporten dinero. Si yo hubiese tenido algo de capital…

Se quedó un momento pensativo. Luego continuó:

—Usted no conoció a Edith, ¿verdad? Mi esposa. No, claro. Era muy diferente de toda esta cuadrilla. Era más joven, desde luego, y estuvo en el Cuerpo Femenino Auxiliar. Siempre dijo que el viejo estaba chiflado. Y lo está, de eso no cabe duda. Es tacaño como él solo. Y no sé por qué, la verdad, porque al fin y al cabo el dinero no podrá llevárselo cuando muera. Se repartirá entre sus hijos. La parte de Edith irá a Alexander, naturalmente, aunque no podrá tocar el capital hasta que cumpla veintiún años.

—Lo siento. Pero ¿quiere volver a apartarse de la mesa? Tengo que poner la fuente y hacer la salsa.

En aquel momento llegaron Alexander y James, sudorosos y sin aliento.

—Hola, Bryan —Alexander saludó a su padre con un tono bondadoso—. De modo que aquí era donde estabas. ¡Qué estupendo trozo de carne! ¿Hay pudding de Yorkshire?

—Sí.

—En el colegio nos daban un pudding de Yorkshire horrible, todo húmedo y blando.

—Quítese de aquí que tengo que hacer la salsa —dijo Lucy.

—Haga mucha salsa. ¿Podemos tener dos salseras llenas?

—Sí.

—¡Bien! —exclamó Stoddart-West, pronunciando la palabra otra vez con acento australiano.

—No me gusta clara —señaló Alexander ansiosamente.

—No será clara.

—Es una cocinera estupenda —comentó ahora a su padre.

Por un instante Lucy sintió como si los papeles estuvieran invertidos. Alexander hablaba como un padre bondadoso hablaría a su hijo.

—¿Podemos ayudarla, miss Eyelesbarrow? —preguntó Stoddart-West cortésmente.

—Sí, pueden ayudarme. James, ve a tocar el batintín. Alexander, ¿quieres llevar al comedor esta bandeja? ¿Y quiere usted llevar la carne, Mr. Eastley? Yo llevaré las patatas y el pudding.

—Hay aquí un hombre de Scotland Yard —dijo Alexander—. ¿Cree que comerá con nosotros?

—Eso depende de lo que disponga tu tía.

—No creo que le importe a tía Emma. Es muy hospitalaria. Pero me figuro que a tío Harold no le gustará. Está muy sensible con todo esto del asesinato. —Se encaminó a la puerta con la bandeja, añadiendo por encima del hombro—: Mr. Wimborne está ahora en la biblioteca con el hombre de Scotland Yard. Pero él no se queda a almorzar. Dijo que tenía que regresar a Londres. Vamos, Stoddart. ¡Oh, se ha ido a tocar el batintín!

El batintín empezó a sonar en aquel momento. Stoddart-West era un artista. Hizo su trabajo a conciencia y la conversación no pudo ya continuar.

Bryan llevó la carne. Lucy lo siguió con las verduras y volvió a la cocina a recoger las dos salseras llenas hasta los bordes.

Mr. Wimborne estaba en el vestíbulo, poniéndose los guantes, cuando Emma bajó apresuradamente la escalera.

—¿Está usted seguro de que no puede quedarse a comer, Mr. Wimborne? Todo está preparado.

—No. Tengo una cita importante en Londres. Hay un vagón restaurante en el tren.

—Ha sido muy amable por su parte haber venido —afirmó Emma agradecida.

Los dos inspectores salieron de la biblioteca.

Mr. Wimborne tomó la mano de Emma.

—No hay motivo alguno para inquietarse, querida —exclamó—. Éste es el detective inspector Craddock, de New Scotland Yard, que ha venido para encargarse del caso. Volverá a las dos y cuarto para preguntarles si saben algo que pueda ayudarlo a llevar adelante su investigación. Pero, como le digo, no hay razón alguna para inquietarse. —Miró a Craddock y le dijo—: ¿Puedo repetir lo que me ha dicho a miss Crackenthorpe?

—Sí, señor.

—El inspector Craddock acaba de decirme que es casi seguro que no se trata de un crimen local. Se cree que la mujer asesinada vino de Londres y que probablemente era extranjera.

—¿Extranjera? ¿Era francesa? —manifestó Emma con inquietud.

Mr. Wimborne, que había hecho aquella declaración con la idea manifiesta de que sería un consuelo, pareció ligeramente desconcertado. La mirada de Dermot Craddock se fijó rápidamente en el rostro de Emma.

¿Por qué habría llegado a la conclusión de que la mujer asesinada podía ser francesa y por qué esta idea la había perturbado tanto?

Capítulo IX

Las únicas personas que hicieron justicia al excelente almuerzo preparado por Lucy fueron los dos muchachos y Cedric Crackenthorpe, que parecía no sentirse afectado en absoluto por las circunstancias que habían motivado su viaje a Londres. En realidad parecía considerar toda aquella historia como una broma macabra.

Lucy advirtió que esta actitud resultaba muy molesta para su hermano Harold. Éste parecía tomar el asesinato como un insulto personal a la familia Crackenthorpe, y tan ofendido se sentía que apenas probó bocado. Emma se veía inquieta y apenada, y tampoco comió gran cosa. Alfred, por su parte, parecía perdido en sus pensamientos y habló muy poco. Era un hombre de buena apariencia, de rostro moreno y delgado, y ojos quizás algo demasiado cercanos entre sí.

Después del almuerzo, regresaron los inspectores y preguntaron cortésmente si podían hablar un momento con Mr. Cedric Crackenthorpe.

El inspector Craddock se mostró muy amable.

—Siéntese, Mr. Crackenthorpe. Tengo entendido que acaba usted de llegar de las Baleares. ¿Vive allí?

—Desde hace seis años. En Ibiza. Va más con mi carácter que este horrible país.

—Supongo que tiene mucho más sol que nosotros —dijo el inspector Craddock amablemente—. Creo que no hace mucho tiempo que estuvo aquí. Por Navidad, para ser más exactos. ¿Cómo es que ha vuelto tan pronto?

Cedric sonrió.

—Recibí un telegrama de Emma, mi hermana. Nunca habíamos tenido un asesinato en casa. No quise perderme nada y vine en seguida.

—¿Le interesa a usted la criminología?

—¡Oh, no hay por qué decirlo con palabras tan rimbombantes! Me interesan, sencillamente, los asesinatos, las novelas policiacas y todo eso. Y tener un asesinato en la propia casa es una oportunidad única. Además, me pareció que la pobre Emma necesitaría un poquito de ayuda, teniendo que atender al viejo, a la policía y a los demás.

—Ya veo. Apeló a sus sentimientos deportivos y a los familiares. No dudo de que su hermana le estará muy agradecida, aunque también han venido a socorrerla sus otros hermanos.

—Pero no para animarla y consolarla —contestó Cedric—. Harold está terriblemente trastornado. A un magnate de la City no le conviene verse relacionado con el asesinato de una mujer de dudoso carácter.

Las cejas de Craddock se enarcaron ligeramente.

—¿Era una mujer de carácter dudoso?

—Usted es la autoridad en la materia. Pero, a juzgar por los hechos, parece probable.

—Creí que quizá tenía usted alguna idea sobre su identidad.

—Escuche, inspector, usted ya sabe, o si no sus colegas se lo dirán, que no pude identificarla.

—He dicho una idea, Mr. Crackenthorpe. Usted puede no haber visto nunca a esa mujer y, sin embargo, tener motivos para imaginar quién era.

Cedric meneó la cabeza.

—Va usted desencaminado. No tengo ni la más remota idea. Está usted sugiriendo que vino al granero para tener una cita con alguno de nosotros. Pero ninguno de nosotros vive aquí. Las únicas personas que había en la casa eran una mujer y un anciano. ¿No imaginará usted que tuviera una cita con mi venerable padre?

—Nuestra idea es, y el inspector Bacon está de acuerdo conmigo, que la mujer pudo haber tenido en otro tiempo alguna relación con esta casa. Tal vez mucho tiempo atrás. Haga usted memoria, Mr. Crackenthorpe.

Cedric pensó por espacio de uno o dos segundos y luego meneó la cabeza.

—De vez en cuando tuvimos asistentas extranjeras, como en todas las casas, pero no se me ocurre nada. Pregunte a los demás, tal vez ellos recuerden algo.

—No dejaremos de hacerlo, por supuesto. —Craddock se reclinó en su silla—. Como ya habrá escuchado usted en la encuesta, el forense no pudo fijar el día de la muerte con mucha precisión. Más de dos semanas y menos de cuatro, lo que nos lleva a los alrededores de las fiestas navideñas. Usted me ha dicho que vino a casa por Navidad. ¿Cuándo llegó a Inglaterra y cuándo se marchó?

Cedric reflexionó.

—Déjeme pensar. Vine en avión. Llegué aquí el sábado anterior a Navidad, y eso era el veintiuno.

—¿Vino directamente desde Mallorca?

—Sí. Salí a las cinco de la mañana y llegué aquí al mediodía.

—¿Y se marchó…?

—Regresé el viernes siguiente, el día veintisiete.

—Gracias.

Cedric sonrió.

—Esto me deja bien dentro del límite por desgracia. Pero, verdaderamente, inspector, mi diversión favorita por Navidad no es estrangular mujeres jóvenes.

—Así lo espero, Mr. Crackenthorpe.

El inspector Bacon lo miró con expresión de disgusto.

—Una acción semejante —le dijo Cedric— demostraría una considerable falta de buena voluntad y de paz entre los hombres, ¿no le parece?

El inspector Bacon se limitó a gruñir, y su colega Craddock dijo con cortesía:

—Bien. Gracias, Mr. Crackenthorpe. Es todo por el momento.

—¿Qué piensa de él? —preguntó Craddock, cuando Cedric se marchó.

Bacon lanzó otro gruñido.

—Que es lo bastante descarado para hacer cualquier cosa. No me gusta ese tipo. Estos artistas son todos unos desaprensivos, y siempre andan mezclándose con mujeres de mala vida.

Craddock sonrió.

—Tampoco me gusta su manera de vestir —continuó Bacon—. Presentarse en la encuesta judicial de ese modo, ¡vaya falta de respeto! Llevaba los pantalones más sucios que he visto en mi vida. ¿Y se fijó en su corbata? Parecía un cordón teñido. Si quiere que le diga la verdad, a mí me parece la clase de hombre que podría

estrangular a una mujer sin pestañear siquiera.

—A ésta no, si es verdad que no salió de Mallorca hasta el día veintiuno. Y eso es algo que podemos comprobar fácilmente.

Bacon le miró con viveza.

—Veo que no dice nada sobre la verdadera fecha en que se cometió el crimen.

—No, lo mantendremos en secreto por ahora. Me gusta guardar un as en la manga durante las primeras etapas.

Bacon inclinó la cabeza en señal de perfecta conformidad.

—Ya lo soltará cuando llegue el momento. Es lo mejor.

—Y ahora —dijo Craddock— vamos a ver qué tiene que decir sobre esto nuestro impecable caballero de la City.

Harold Crackenthorpe, con sus finos labios, tenía muy poco que decir sobre aquello. Era un incidente sumamente desagradable, sumamente desafortunado. Temía que los periódicos… tenía entendido que los periodistas… habían ya solicitado entrevistas, todas esas cosas. Lamentable.

Aquella retahíla de frases entrecortadas acabó. Harold se recostó en su silla con la expresión de un hombre que tiene que soportar un olor nauseabundo.

Los sondeos del inspector no obtuvieron resultado. No tenía idea de quién podía ser la mujer. Sí, había estado en Rutherford Hall por Navidad. Le había sido imposible venir hasta la víspera de Nochebuena, pero se había quedado hasta el fin de semana siguiente.

—Conforme, entonces —manifestó el inspector Craddock, sin insistir más en sus preguntas.

Ya contaba con que Harold Crackenthorpe no iba a serle de gran utilidad.

El siguiente fue Alfred, que entró en la habitación con un aire indiferente que parecía un poquito exagerado.

Al mirarlo, Craddock tuvo la ligera sensación de que lo conocía. Seguramente lo había visto en alguna parte. ¿O tal vez era que había visto una foto en la prensa? El recuerdo venía unido a algo que era poco honroso. Le preguntó a Alfred qué profesión tenía, y la contestación fue vaga.

—En este momento me dedico a los seguros. Hasta hace poco tiempo me he dedicado a poner en el mercado un nuevo modelo de

magnetófono. Enteramente revolucionario. El caso es que no ha ido nada mal.

El inspector Craddock adoptó una expresión amistosa. Nadie hubiera podido sospechar que su escrutadora mirada valoraba la superficial elegancia del traje de Alfred, y que en ese instante calculaba con bastante certeza el bajo precio que había costado. La ropa de Cedric tenía un aspecto lastimoso, casi raída, pero era de buen corte, una tela de excelente material. Aquí, en cambio todo era apariencia y contaba su propia historia. Craddock formuló las preguntas de rutina. Alfred pareció interesado, y aun ligeramente divertido.

—Es una idea curiosa la de que esta mujer haya servido alguna vez aquí. Como doncella seguro que no. Dudo de que mi hermana haya tenido ninguna. Ni creo que las tenga nadie en estos tiempos. Pero, por supuesto, hay muchas sirvientas extranjeras que andan por ahí. Hemos tenido polacas, y una o dos alemanas muy temperamentales. Dado que Emma niega rotundamente haber visto nunca a esa mujer, creo que debería descartar esa posibilidad, inspector. Emma es muy buena fisonomista. No, si la mujer vino de Londres… y a propósito, ¿qué le hace pensar que vino de Londres?

Formuló la pregunta de un modo enteramente natural, pero su mirada era viva e interesada.

El inspector Craddock sonrió y meneó la cabeza.

Alfred lo miró con atención.

—Se lo calla, ¿verdad? Un billete de vuelta en el bolsillo, quizás. ¿Es eso?

—Podría ser, Mr. Crackenthorpe.

—Bien, suponiendo que viniese de Londres, tal vez el joven con quien había de encontrarse tuvo la idea de que el granero sería un lugar muy apropiado para un asesinato discreto. Y es evidente que conocía la zona. Yo lo buscaría a él, si estuviese en su lugar, inspector.

—Estamos en ello —contestó el inspector Craddock y cuidó de que el tono de aquellas palabras expresara calma y confianza.

Después de dar las gracias a Alfred, lo despidió.

—¿Sabe? —le comentó a Bacon—. Estoy seguro de haber visto a ese tipo en alguna parte.

—Un tipo agudo. Tan agudo que se corta a sí mismo algunas

veces.

—No sé si querrá usted hablar también conmigo, inspector —comentó Bryan Eastley, vacilando en la puerta antes de penetrar en la habitación—. No pertenezco exactamente a la familia.

—Veamos, ¿es usted Mr. Bryan Eastley, esposo de Edith Crackenthorpe, que murió hace cinco años?

—Así es.

—Es usted muy amable, Mr. Eastley, especialmente si sabe algo que cree pueda ayudarnos de algún modo.

—El caso es que no sé nada. Quisiera saber algo. Todo este asunto parece tan condenadamente extraño, ¿no es verdad? Venir a encontrarse con un amigo en este viejo y frío granero, en pleno invierno.

—Ciertamente, es muy confuso —convino el inspector Craddock.

—¿Es verdad que era extranjera? Corre por ahí ese rumor.

—¿Le sugiere a usted alguna idea esta posibilidad?

El inspector lo observó con atención, pero Bryan parecía no saber nada.

—Pues no, la verdad.

—Quizás era francesa —señaló el inspector Bacon.

Bryan se animó ligeramente. En sus ojos azules apareció un destello de interés y se atusó sus rubios bigotes.

—¿De veras? ¿Del alegre París? —Meneó la cabeza y prosiguió—: Porque si es verdad lo que me dice, aún parece más descabellado todo este asunto, ¿no lo cree usted así? Me refiero a eso de que se citaran en el granero. ¿Han tenido ustedes otros asesinatos con sarcófago? ¿Alguno de esos tipos con un impulso homicida o un complejo? ¿Alguien que se figura que es Calígula o algo por el estilo?

El inspector Craddock ni siquiera se molestó en rechazar esta teoría. En lugar de ello, preguntó despreocupadamente:

—¿Nadie en la familia tiene conocidos o se relaciona con franceses que usted sepa?

Bryan dijo que los Crackenthorpe no eran gente muy alegre.

—Harold está respetablemente casado. Una mujer con cara de besugo, hija de un par venido a menos. No creo que a Alfred le interesen gran cosa las mujeres. Se pasa la vida metido en negocios oscuros que generalmente acaban mal. Me atrevería a decir que

Cedric ha encontrado en Ibiza algunas muchachas españolas que se mueren por él. A las mujeres suele gustarles Cedric. No siempre se afeita y aparece como si no se bañase nunca. No sé por qué lo encuentran atractivo, pero, al parecer, así es. Dígame, todo esto que le cuento no es muy útil, ¿verdad?

Le obsequió con una sonrisa.

—Mejor que llamen al joven Alexander —dijo—. Él y James Stoddart-West están buscando pistas por todas partes. Apostaría a que acabarán por encontrar algo.

El inspector Craddock dijo que así lo esperaba. Le dio las gracias a Bryan Eastley y manifestó que le gustaría hablar con miss Emma Crackenthorpe.

El inspector Craddock miró a Emma Crackenthorpe con mayor atención que al principio. Aún estaba intrigado por la expresión que había sorprendido en su rostro antes del almuerzo.

Era una mujer tranquila que, sin ser estúpida, tampoco era brillante. Una de esas mujeres de trato agradable que los hombres se sienten inclinados a aceptar del modo más natural y que tienen el arte de convertir la casa en un hogar, dándole una atmósfera de reposo y armonía. Tal fue la imagen que se formó de Emma Crackenthorpe.

Con frecuencia esta clase de mujeres son minusvaloradas. Bajo su aparente calma poseen un fuerte carácter y es conveniente tenerlas siempre en consideración. Craddock estaba pensando que, quizá, la pista del misterio de la mujer muerta en el sarcófago se hallaba en algún rincón de la mente de Emma.

Mientras cruzaban estos pensamientos por su cabeza, Craddock le preguntó sobre algunos detalles de poca importancia.

—Ya ha hablado usted con el inspector Bacon. De modo que no será necesario que la entretenga mucho rato con mis preguntas.

—Puede preguntarme cuanto desee.

—Como ya le dijo Mr. Wimborne, hemos llegado a la conclusión de que la mujer muerta no era de por aquí. Para usted, esto puede representar un motivo de alivio, y así parece creerlo Mr. Wimborne, pero para nosotros es un problema más. Será más difícil identificarla.

—¿No llevaba nada? ¿Un bolso? ¿Papeles?

Craddock meneó la cabeza.

—No hay bolso ni tenía nada en los bolsillos.

—¿No tiene usted idea de su nombre, de dónde venía, de nada en absoluto?

Craddock se dijo a sí mismo: «Quiere saber, tiene gran interés en saber quién era la mujer asesinada. ¿Lo habrá tenido siempre? No es ésta la impresión que tuvo Bacon, y es un hombre astuto».

—No sabemos nada de ella y por eso confiábamos en que alguno de ustedes podría ayudarnos. ¿Está segura de que no sabe nada? Aun sin reconocerla, ¿tiene idea de quién pudiera ser?

Percibió —aunque quizá fue sólo producto de su imaginación— una brevísima vacilación antes de que ella le respondiera:

—No tengo la menor idea, en absoluto.

Imperceptiblemente, la actitud del inspector Craddock cambió. Apenas podía advertirse a no ser por un ligero endurecimiento de la voz.

—Cuando Mr. Wimborne le dijo a usted que la mujer era extranjera, ¿por qué supuso que era francesa?

Emma no se alteró en lo más mínimo, se limitó a enarcar ligeramente las cejas.

—¿Supuse eso? Sí, creo que sí. En realidad, no sé porqué, como no sea porque una se inclina siempre a pensar que todos los extranjeros son franceses, hasta que se descubre cuál es su verdadera nacionalidad. La mayoría de los extranjeros que viven aquí son franceses, ¿no es verdad?

—Yo no diría eso, miss Crackenthorpe. No en la actualidad. Tenemos aquí muchas nacionalidades: italianos, alemanes, austríacos, escandinavos.

—Sí, supongo que tiene razón.

—¿Tenía algún motivo especial para creer que esta mujer fuera francesa?

Emma no se apresuró a negarlo. Pensó sólo un momento y luego meneó la cabeza casi con disgusto.

—No. La verdad es que no.

Lo miró plácidamente, sin pestañear. Craddock miró a su colega. El inspector Bacon se inclinó hacia delante y presentó una pequeña polvera esmaltada.

—¿Reconoce esto, miss Crackenthorpe?

Ella la tomó y la examinó.

—No. Ciertamente, no es mía.

—¿No tiene idea de a quién podía pertenecer?

—No.

—Entonces, no creo que haya necesidad de molestarla más por ahora.

—Gracias.

Emma se levantó y, dirigiéndoles una breve sonrisa, salió de la habitación. Una vez más, pudo ser sólo producto de su imaginación, pero Craddock pensó que se movía con cierta urgencia, como si la impulsara un súbito alivio.

—¿Cree usted que sabe algo? —preguntó Bacon.

—En una cierta etapa —contestó el inspector Craddock con acento deprimido—, se siente uno inclinado a pensar que todo el mundo sabe más de lo que está dispuesto a decir.

—Y así es efectivamente —observó Bacon, guiándose por su profunda experiencia—. Sólo que, muchas veces, lo que se calla no tiene nada que ver con el caso que uno lleva entre manos. Suele tratarse de algún pecadillo de la familia, o de algún turbio asunto que no quieren que salga a la luz.

—Sí, lo sé. Bien, por lo menos…

Pero lo que quiera que fuese que el inspector Craddock estaba a punto de decir, no llegó a ser dicho, porque la puerta se abrió de golpe y apareció en ella el viejo Crackenthorpe, que entró arrastrando los pies y dominado por una violenta indignación.

—Bonito comportamiento. ¡Que vengan aquí los de Scotland Yard y no tengan ni la cortesía de dirigirse antes que nadie al cabeza de familia! ¿Quién manda aquí, me lo puede usted decir? ¿Quién es el dueño de esta casa?

—Usted, por supuesto, Mr. Crackenthorpe —respondió Craddock con acento apaciguador, levantándose mientras hablaba—. Pero teníamos entendido que usted había ya dicho al inspector Bacon todo lo que sabía y que, no siendo muy bueno su estado de salud, no debíamos exigirle un esfuerzo excesivo. El doctor Quimper dijo…

—Ya me imagino lo que dijo. No soy un hombre fuerte, pero el doctor Quimper es una vieja; un médico muy bueno, que entiende mi caso, pero que tiene la manía de querer conservarme entre algodones. Maniático cuando se trata de la alimentación. Vino a

verme por Navidad porque me sentí un poco indispuesto. Me preguntó qué había comido. ¿Cuándo? ¿Quién lo había guisado? ¿Quién lo había servido? ¡Me armó un escándalo! Pero, aunque pueda estar algo débil, me encuentro lo suficientemente bien para darles a ustedes mi apoyo más incondicional. ¡Un asesinato en mi casa, o mejor dicho, en mi propio granero! Es una construcción interesante, Isabelina. El arquitecto local dice que no, pero el hombre no entiende una palabra. Es del 1580. Pero no era de esto de lo que estábamos hablando. ¿Qué es lo que quiere usted saber? ¿Cuál es su hipótesis actual?

—Es un poco pronto para formular una hipótesis, Mr. Crackenthorpe. Estamos aún intentando descubrir quién era la mujer asesinada.

—¿Dicen ustedes que era extranjera?

—Eso creemos.

—¿Agente del enemigo?

—No es probable.

—¡No es probable! ¡No es probable! Esa gente está por todas partes. ¡Se infiltran! No comprendo cómo los deja entrar el ministerio del Interior. Me figuro que vienen a espiar nuestros secretos industriales. Eso es lo que hacen.

—¿En Brackhampton?

—Hay fábricas en todas partes. Hay una junto a la puerta trasera.

Craddock dirigió una mirada dubitativa a Bacon que respondió:

—Cajas de metal.

—¿Cómo sabe usted lo que realmente hacen allí? No puede uno tragarse todo lo que le cuentan esos individuos. Muy bien, pero si no era una espía, ¿qué cree usted que era? ¿Cree que estaba liada con uno de mis preciosos hijos? En ese caso debe de ser Alfred. Harold no, es demasiado precavido. Y Cedric no se digna vivir en este país. Muy bien, entonces era una amiga de Alfred. Y algún tipo de carácter violento la siguió hasta aquí, pensando que venía a verlo y la despachó. ¿Qué me dice?

El inspector Craddock contestó con diplomacia que aquélla era una hipótesis. Pero que Alfred Crackenthorpe no la había reconocido.

—¡Bah! ¡Ha tenido miedo! Alfred siempre ha sido un cobarde y

un embustero. Ninguno de mis hijos vale nada. Son una bandada de buitres que esperan mi muerte. Ésa es su verdadera ocupación en la vida. —Se rió entre dientes—. Pero pueden esperar. ¡No voy a morirme para darles gusto! Bueno, no puedo hacer nada más por ustedes. Estoy cansado. Tengo que descansar.

Salió arrastrando los pies.

—¿Una amiga de Alfred? —preguntó Bacon—. Para mí que el viejo lo ha inventado todo. —Se detuvo, vacilando—. Personalmente, creo que Alfred es un buen muchacho, quizás un poco pasmado, pero no lo que andamos buscando en este momento. En cambio, ese tipo de las Fuerzas Aéreas…

—¿Bryan Eastley?

—Sí. He tropezado antes con uno o dos tipos como él. Van a la deriva. Se encontraron con el riesgo, la muerte y la aventura demasiado pronto en la vida. Y ahora todo les resulta demasiado monótono y poco satisfactorio. Supongo que en cierto modo hemos sido injustos con ellos, aunque no sé qué podríamos hacer para ayudarles. Pero ahí están, añorando su pasado y sin ningún porvenir. Son hombres a los que el riesgo no les asusta. La gente normal se anda con cuidado por instinto, más por prudencia que porque tengan algún sentido de la moralidad. Pero éstos no tienen miedo. Jugar a la segura no está en su vocabulario. Si Eastley se hubiese enredado con una mujer y hubiera querido matarla… —Se detuvo y levantó las manos en un gesto de indefensión—. Pero ¿por qué había de querer matarla? Y si mata uno a una mujer, ¿por qué meterla en el sarcófago de su suegro? No, si he de serle sincero, creo que nadie de la familia ha tenido nada que ver con el asesinato. Si no, no se hubieran tomado el trabajo de plantar el cadáver en sus propias dependencias.

Craddock convino en que aquello difícilmente hubiera tenido sentido.

—¿Hay algo más que quiera usted hacer aquí?

Craddock respondió que no.

Bacon propuso que volviesen a Brackhampton para tomar una taza de té, pero el inspector Craddock le dijo que iría a ver a una antigua conocida.

Capítulo X

Miss Marple, sentada muy erguida contra un fondo de perros de porcelana y regalos de Hargate, sonrió con gesto de aprobación al inspector Craddock.

—Me alegro tanto de que le hayan confiado este caso. Yo confiaba en que fuera usted.

—Al recibir su carta —comentó Craddock—, la llevé directamente a mi jefe. Justamente acababa de recibir la comunicación de Brackhampton solicitando nuestra intervención. Parecían creer que no se trataba de un crimen local. A mi jefe le interesó mucho lo que yo tuviera que decirle sobre usted. Por lo visto ya conocía su nombre, por las referencias que debió de darle mi padrino, supongo.

—Mi querido sir Henry… —murmuró miss Marple con afecto.

—Quiso que le contase todo lo referente al asunto de Little Paddocks. ¿Y quiere saber lo que dijo?

—Sí, por favor, si no es confidencial.

—Dijo: «Bien, como éste parece ser un asunto completamente disparatado, que se ha basado en la declaración de un par de damas ancianas que, contra todo pronóstico, han demostrado tener razón y, puesto que usted conoce ya a una de ellas, voy a encargarle el caso». ¡Y aquí me tiene! Y ahora, mi querida miss Marple, ¿adónde vamos a partir de aquí? Como puede ver, ésta no es una visita oficial. No he traído a ninguno de mis hombres. He pensado que antes podríamos cambiar impresiones.

Miss Marple le sonrió.

—Estoy segura de que nadie que lo conozca en su faceta oficial llegaría a adivinar que usted pueda ser tan humano, y más guapo que nunca, no se sonroje. Bien, ¿qué es exactamente lo que le han contado?

—Creo tener todos los datos: la declaración de su amiga, Mrs.

McGillicuddy, a la policía de St. Mary Mead, la confirmación de su informe al revisor del tren y, también, la nota dirigida al jefe de estación de Brackhampton. Puedo decir que se efectuaron todas las investigaciones pertinentes por parte de los funcionarios correspondientes: el personal del ferrocarril y la policía. Pero no hay duda de que usted los supero a todos ellos gracias al más fantástico proceso de adivinación.

—Nada de adivinanzas —replicó miss Marple—. Yo tenía una gran ventaja. Yo conocía a Elspeth McGillicuddy. Nadie más la conocía. Faltaba una confirmación evidente de su versión y, si no había noticia de ninguna mujer desaparecida, era muy natural que creyesen que todo eran fantasías de una señora mayor, como suele ocurrir con las señoras de edad, pero no Elspeth McGillicuddy.

—No Elspeth McGillicuddy —convino el inspector—. Me gustaría mucho poder entrevistarme con ella. Quisiera que no se hubiese ido a Ceilán. De todas formas hemos enviado aviso para que se entrevisten con ella allí.

—Admito que mi razonamiento no es original —manifestó miss Marple—. Está tomado de Mark Twain. El muchacho que encontró el caballo. Se limitó a imaginarse adonde iría si fuese un caballo. Fue allí y lo encontró.

—¿Y usted imaginó qué haría si fuese un cruel asesino de sangre fría? —dijo Craddock, mirando pensativo a aquella anciana frágil y sonrosada—. Realmente tiene usted una mente…

—Como una cloaca, eso acostumbraba a decir mi sobrino Raymond —afirmó miss Marple asintiendo con energía—. Pero, como siempre le digo, las cloacas son una parte imprescindible del equipamiento doméstico y, en realidad, muy higiénicas.

—En ese caso, quizá pueda ir usted un poco más lejos, ponerse en el lugar del asesino, y decirme dónde está ahora exactamente.

Miss Marple suspiró.

—Quisiera poder hacerlo. Pero no tengo idea, no tengo la menor idea. Sin embargo, tiene que ser alguien que ha vivido allí o conoce muy bien Rutherford Hall.

—Conforme. Pero esto abre un campo muy extenso. Allí ha trabajado toda una larga serie de asistentas. Hay un Instituto para la Mujer, y antes estuvieron la gente de la Defensa Antiaérea. Todos conocían el granero, el sarcófago y el sitio en que se colgaba la

llave. Todo el mundo conoce el lugar en los alrededores. Cualquiera que viva por aquí ha podido pensar que era el sitio adecuado para sus propósitos.

—Sí. Comprendo muy bien sus dificultades.

—No conseguiremos nada mientras no hayamos identificado el cadáver.

—¿También tienen dificultades por ese lado?

—Al final lo descubriremos. Estamos comprobando todas las denuncias de desapariciones de mujeres que tengan una edad y un aspecto físico semejante. Ninguna responde a los datos que poseemos. El médico forense le atribuye unos treinta y cinco años de edad, sana, probablemente casada y madre por lo menos de un hijo. El abrigo de piel es barato y fue comprado en una tienda de Londres. En el último trimestre se han vendido centenares de abrigos semejantes y alrededor de un sesenta por ciento de ellos a mujeres rubias. Ninguna vendedora reconoció la fotografía de la mujer muerta, y es lógico si la compra fue hecha en vísperas de Navidad. Su ropa parece ser de confección extranjera y, en su mayor parte, comprada en París. No aparecen marcas de lavandería inglesas. Hemos comunicado con París y están haciendo las oportunas comprobaciones. Por supuesto, tarde o temprano aparecerá alguien que tiene un pariente o inquilino desaparecido. Es sólo cuestión de tiempo.

—¿Ha sido de alguna utilidad la polvera?

—Desgraciadamente, no. Es un modelo barato que se vende a centenares en la rue de Rivoli, Y a propósito, usted o miss Eyelesbarrow debería haberla llevado a la policía inmediatamente.

Miss Marple meneó la cabeza.

—En aquel momento no se trataba en modo alguno de que se hubiese cometido un crimen —le señaló—. Si una señorita, practicando el golf, recoge de entre la hierba una polvera vieja y sin valor, seguramente no ha de apresurarse a llevársela a la policía. —Y añadió con firmeza—: Pensé que sería mucho más prudente encontrar antes el cadáver.

El inspector Craddock se sintió picado.

—Usted parece no haber dudado nunca de que se encontraría.

—Estaba segura de ello. Lucy Eyelesbarrow es una persona muy inteligente y eficiente.

—¡Vaya si lo es! ¡Me ha dejado completamente anonadado! Es tremendamente eficaz. Ningún hombre se atrevería a casarse con esa muchacha.

—Yo no diría tanto. Aunque desde luego, tendrá que ser un hombre muy especial. —Miss Marple consideró esta idea por un momento—. ¿Cómo se está desenvolviendo en Rutherford Hall?

—Por lo que yo sé, dependen por completo de ella. Comen de su mano, casi diría que literalmente. A propósito, no saben nada de su relación con usted. He preferido mantenerlo en secreto por el momento.

—Ahora ya no tiene relación conmigo. Ha hecho lo que le pedí que hiciese.

—Entonces, ¿podría despedirse y marcharse, si lo deseara?

—Sí.

—Pero continúa allí. ¿Por qué?

—No me ha mencionado sus razones. Es una muchacha muy inteligente. Sospecho que se siente interesada.

—¿En el problema o en la familia?

—Es difícil separarlos.

Craddock la miró con fijeza.

—¿Tiene usted alguna idea en particular?

—Oh, no. Oh, Dios mío, no.

—Yo creo que sí.

Miss Marple meneó la cabeza.

—Entonces —dijo Dermot Craddock suspirando—, lo único que puedo hacer es seguir indagando. ¡La vida del policía es tan monótona!

—Estoy segura de que obtendrá resultados.

—¿Tiene alguna otra idea que darme? ¿Alguna otra conjetura inspirada?

—Estaba pensando en algo así como las compañías teatrales —contestó miss Marple con cierta vaguedad—. De gira de un lado a otro y pocos lazos familiares. Seguramente nadie echaría de menos a una joven así.

—Sí. Quizá podamos encontrar algo por ese lado. Creo que debemos dar especial atención a esa posibilidad. —Y añadió—: ¿Por qué está sonriendo?

—¡Pensaba en la cara que pondrá Elspeth McGillicuddy cuando

sepa que hemos encontrado el cadáver!
—¡Bien! —exclamó Mrs. McGillicuddy—. ¡Bien!

Le faltaban las palabras. Miró al joven agradable y bien hablado que se había presentado a ella con sus credenciales, y luego la fotografía que le había entregado.

—Es ella, sin la menor duda. Sí, es ella. La infeliz. Bueno, debo decir que me alegro de que hayan encontrado el cadáver. ¡Nadie creía una palabra de lo que yo decía! Ni la policía, ni el personal del ferrocarril, nadie. Es muy amargo que no te crean. En todo caso, que no se diga que no hice cuanto pude.

El amable joven emitió algunos sonidos de asentimiento.

—¿Dónde dice que hallaron el cadáver?

—En un granero perteneciente a una casa llamada Rutherford Hall, en las afueras de Brackhampton.

—Nunca lo había oído nombrar. ¿Y cómo fue a parar allí?

El joven no contestó.

—Supongo que lo encontró Jane Marple. Siempre se puede confiar en ella.

—El cadáver —dijo el joven, refiriéndose a algunas notas que tenía a la vista— fue hallado por una señorita llamada Lucy Eyelesbarrow.

—Tampoco la había oído nombrar nunca —afirmó Mrs. McGillicuddy—. Y sigo creyendo que Jane ha intervenido en este asunto.

—Como quiera que sea, Mrs. McGillicuddy, ¿reconoce usted esta foto como la de la mujer a quien vio en el tren?

—Una mujer a la que estaban estrangulando. Sí, es ella.

—Y que me dice del hombre ¿podría usted describirlo?

—Era alto.

—¿Qué más?

—Moreno.

—¿Qué más?

—Es todo lo que puedo decirle. Estaba de espaldas a mí. No lo vi.

—¿Lo reconocería usted si lo viese?

—¡Claro que no! Me daba la espalda. No llegué a ver su cara.

—¿Tiene idea de la edad que podría tener?

Mrs. McGillicuddy reflexionó.

—No, no, de veras. Quiero decir que no lo sé. Estoy casi segura de que no era muy joven. Sus hombros parecían asentados, no sé si me entiende. —El joven asintió—. De treinta para arriba, no puedo precisar más. En realidad, no estaba mirándolo a él. Era a ella a quien miraba con aquellas manos que atenazaban su cuello y la cara azul. Todavía ahora sueño a veces con ella.

—Debió ser un espectáculo muy angustioso —dijo el joven con expresión comprensiva. Cerró su cuaderno de notas y añadió—: ¿Cuándo regresa usted a Inglaterra?

—Dentro de tres semanas. A menos que lo considere usted necesario.

Él la tranquilizó en seguida.

—Oh, no. No podría usted hacer nada por ahora. Naturalmente, si hacemos una detención…

El correo trajo una carta de miss Marple. Estaba escrita con una letra puntiaguda de patas de araña y con muchos subrayados. Gracias a su larga práctica, Mrs. McGillicuddy la descifró fácilmente. Miss Marple le enviaba un relato muy completo a su amiga, que lo devoró palabra por palabra, con gran satisfacción.

¡Ella y Jane les habían dado una buena lección!

Capítulo XI

—Sencillamente, no le entiendo —afirmó Cedric Crackenthorpe. Se sentó en el murete casi en ruinas de una pocilga abandonada hacía ya mucho tiempo y miró a Lucy Eyelesbarrow.

—¿Qué es lo que no entiende?

—¿Qué está haciendo aquí?

—Estoy ganándome la vida.

—¿Como sirvienta? —preguntó él con tono desdeñoso.

—Está usted un poco anticuado —replicó Lucy—. ¡Una sirvienta! Soy una ayuda doméstica, una profesional, o una respuesta a sus oraciones. Más bien esto último.

—No es posible que le gusten todas las cosas que tiene que hacer: guisar, hacer camas, ir zumbando por ahí con una aspiradora, o como quiera que lo llamen, y meter los brazos hasta los codos en agua grasienta.

Lucy se echó a reír.

—Quizá no ciertas cosas, pero cocinar satisface mis instintos creativos, y hay en mí algo que realmente me hace disfrutar cuando limpio.

—Yo vivo en un desorden permanente —afirmó Cedric—, y me gusta —añadió con tono desafiante.

—Ya se nota.

—Mi casa en Ibiza está administrada con arreglo a una pauta sencilla. Tres platos, dos tazas, una cama, una mesa y un par de sillas. Por todas partes hay polvo, manchas de pintura y trocitos de piedra: soy escultor, además de pintor, y no permito que nadie toque nada. No quiero a ninguna mujer cerca.

—¿Bajo ningún concepto?

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Estaba dando por supuesto que un artista como usted debe tener sin duda algún tipo de vida sentimental.

—Mi vida sentimental, como usted la llama, es cosa mía —afirmó Cedric con dignidad—. Lo que no quiero es una mujer mandona que esté siempre detrás mío intentando organizarme la vida.

—¡Cómo me gustaría meterle mano a su casa! —comentó Lucy—. ¡Sería todo un desafio!

—No tendrá usted esa oportunidad.

—Me lo figuro.

Cayeron algunos ladrillos fuera de la pocilga. Cedric volvió la cabeza y miró a las profundidades llenas de espinos.

—¡Mi querida Magdel! La recuerdo muy bien. Era una cerda de natural afectuoso y una madre prolífica. Diecisiete crías en la última camada. Acostumbrábamos a venir aquí cuando hacía una buena tarde y le rascábamos el lomo con un palo. Le encantaba.

—¿Cómo han dejado que llegue a semejante estado de dejadez este lugar? No puede haber sido únicamente por causa de la guerra.

—Me figuro que también le gustaría a usted limpiarlo. Vaya una mujer entrometida. ¡Ahora comprendo por qué ha tenido que ser precisamente usted quien descubriera el cadáver! No podía dejar en paz ni siquiera un sarcófago grecorromano. No, no es únicamente culpa de la guerra. Es cosa de mi padre. A propósito, ¿qué piensa usted de él?

—No he tenido mucho tiempo para pensar.

—No eluda la respuesta. Es tacaño como un demonio y, en mi opinión, está un poco chiflado también. Por supuesto, nos odia a todos, excepto a Emma. Es a causa del testamento de mi abuelo.

Lucy le dirigió una mirada inquisitiva.

—Mi abuelo fue el que hizo el dinero con las galletas y los caramelos. Todo tipo de repostería para el té. Y luego, como tenía una gran visión comercial, fue de los primeros en dedicarse a la fabricación de aperitivos, y ahora tenemos una buena parte del mercado. Llegó un día en que mi padre decidió que su sensibilidad quedaba muy por encima de los aperitivos. Viajó por Italia, los Balcanes, Grecia, y se dedicó al arte. Mi abuelo se enfadó muchísimo y decidió que mi padre no servía para los negocios ni entendía una palabra de arte (acertó en ambas cosas), así que dejó todo su dinero en usufructo para que pasara luego a sus nietos. Mi padre tendría la renta mientras viviese, pero no podría tocar el

capital. ¿Y sabe usted lo que hizo? Dejó de gastar dinero. Vino aquí y empezó a ahorrar. Yo diría que a estas alturas ha acumulado una fortuna casi tan grande como la que dejó mi abuelo. Y entretanto, todos nosotros, Harold, yo mismo, Alfred y Emma, no hemos recibido un penique del capital del abuelo. Yo soy un pintor sin dinero. Harold se metió en los negocios y es ahora un importante financiero. Sabe hacer dinero. Aunque últimamente me ha llegado el rumor de que pasa algunos apuros. Alfred… bueno, a Alfred lo llamamos en la familia Alf el rápido.

—¿Por qué?

—¡Cuántas cosas quiere usted saber! Alfred ha resultado ser la oveja negra de la familia. No ha acabado en la cárcel, pero no le ha faltado mucho. Durante la guerra, estuvo en el ministerio de Abastecimientos, pero tuvo que dejar su puesto en circunstancias algo oscuras. Y después se metió en negocios turbios con las frutas envasadas y con huevos. Nada a lo grande. Sólo algunas operaciones dudosas.

—¿No es algo imprudente contar todas estas cosas a una persona extraña?

—¿Por qué? ¿Es usted una espía de la policía?

—Podría serlo.

—No lo creo. Estaba usted aquí trabajando como una negra antes de que la policía se interesase por nosotros. Yo diría…

Se interrumpió cuando su hermana Emma apareció por la puerta del huerto.

—Hola, Emma. Pareces preocupada.

—Lo estoy. Quiero hablar contigo, Cedric.

—Tengo que volver a la casa —dijo Lucy con tacto.

—No se vaya —protestó Cedric—. Este asesinato la ha convertido a usted prácticamente en una de la familia. Tiene derecho a enterarse.

—Tengo mucho quehacer —replicó Lucy—. Sólo vine a recoger un poco de perejil.

Se marchó del huerto. Cedric la siguió con la vista.

—Guapa muchacha. ¿Quién es en realidad?

—Oh, es muy conocida —contestó Emma—. Se ha especializado en esta clase de trabajo. Pero deja estar a Lucy Eyelesbarrow. Cedric, estoy muy inquieta. Al parecer, la policía cree que la mujer

muerta era una extranjera, quizás una francesa. Cedric, ¿crees que podría ser Martine?

Por un momento Cedric la miró como si no comprendiese.

—¿Martine? Pero ¿quién demonios…? Oh, ¿te refieres a Martine?

—Sí. ¿No crees que…?

—¿Por qué había de ser Martine?

—Si te paras a pensarlo, es extraño que enviase aquel telegrama. Y fue más o menos por las mismas fechas. ¿Crees que pudo venir y…?

—Tonterías. ¿Por qué había de venir hasta aquí y dirigirse al granero? ¿Con qué objeto? A mí me parece una idea descabellada.

—¿No crees que debería decírselo al inspector Bacon o al otro?

—¿Decirle qué?

—Hablarle de Martine y de su carta.

—Escucha, hermanita, no quieras complicar las cosas sacando a relucir historias que no tienen nada que ver con todo esto. En todo caso, yo no he estado nunca muy convencido de la autenticidad de esa carta de Martine.

—Yo sí.

—Tú siempre estás dispuesta a creer lo imposible, hermanita. Mi consejo es que mantengas la boca cerrada. A la policía le corresponde identificar el cadáver. Apuesto a que Harold te diría lo mismo.

—Ya sé que Harold lo diría. Y Alfred también. Pero estoy inquieta, Cedric, verdaderamente inquieta. No sé qué debo hacer.

—Nada. Continúa con la boca cerrada. No hay que llamar al mal tiempo, ése es mi lema.

Emma Crackenthorpe suspiró. Volvió lentamente a la casa con la conciencia inquieta.

Al llegar a la calzada de entrada, vio al doctor Quimper salir de la casa y abrir la puerta de su viejo Austin. El médico se detuvo al verla y se dirigió a su encuentro.

—Bien, Emma, su padre está perfectamente. Al parecer le van los asesinatos. Le ha despertado interés por la vida. Se lo recomendaré a otros pacientes míos.

Emma sonrió mecánicamente. El doctor Quimper era un hombre perspicaz, y no pasó por alto la reacción de Emma.

—¿Le ocurre algo?

Emma le miró. Confiaba mucho en la benevolencia y comprensión del doctor. Se había convertido en un amigo. Su calculada brusquedad no la engañaba. Conocía la bondad que había detrás.

—Sí, estoy inquieta.

—¿Le importa decirme por qué? No lo haga si tiene reparos.

—Me gustaría contárselo. Aunque en parte ya sabe usted cómo es. No sé qué hacer.

—Siempre he confiado plenamente en su buen juicio. Cuanto usted decida, estará bien. ¿De qué se trata?

—Recordará, o quizá lo haya olvidado, lo que una vez le dije a propósito de mi hermano, el que murió en la guerra.

—¿Aquello de que se había casado o pensaba casarse con una muchacha francesa?

—Sí. Lo mataron a poco de haber recibido yo aquella carta. Y de la muchacha no volvimos a saber nada. De hecho conocíamos únicamente su nombre de pila. Suponíamos que nos escribiría o que aparecería por aquí, pero nunca lo hizo. Nunca supimos nada hasta hace cosa de un mes, poco antes de Navidad.

—Lo recuerdo. Recibió usted una carta.

—Sí. Decía que estaba en Inglaterra y que vendría a vernos. Todo estaba dispuesto y, luego, en el último momento, envió un telegrama avisando que debía volver inmediatamente a Francia.

—¿Y bien?

—La policía cree que la mujer que fue asesinada era francesa.

—¿Eso creen? A mí me pareció que tenía más bien un tipo inglés, pero nunca se sabe. ¿Y lo que la inquieta a usted es, entonces, la posibilidad de que la muerta pudiera ser la novia de su hermano? Me parece muy improbable. Pero, de todos modos, comprendo sus sentimientos.

—Me preguntaba si no debería informar a la policía de todo esto. Cedric y los otros dicen que no hay ninguna necesidad. ¿Qué opina usted, doctor?

—¡Hum! —El doctor Quimper frunció los labios y guardó un breve silencio ocupado en sus reflexiones. Luego dijo casi como a su pesar—: Desde luego, es mucho más sencillo no decir nada. Comprendo que sus hermanos digan eso. Y sin embargo…

—¿Sí?

El doctor Quimper la miró, con un brillo afectuoso en la mirada.

—Yo seguiría adelante y les informaría. Continuará usted inquieta si no lo hace. La conozco.

Emma se sonrojó un poco.

—Quizá sea una tontería.

—Haga lo que le parezca mejor, querida, ¡y mande a paseo al resto de la familia! Yo la apoyaré en lo que haga falta.

Capítulo XII

—¡Muchacha! ¡Eh, muchacha! Venga aquí. —Lucy volvió la cabeza sorprendida. El viejo Mr. Crackenthorpe la llamaba con enérgicas señas.

—¿Me llamaba usted, Mr. Crackenthorpe?

—No hable tanto y entre.

Lucy obedeció al imperioso dedo. El anciano la cogió por el brazo, la hizo pasar y cerró la puerta.

—Quiero enseñarle algo.

Lucy miró a su alrededor. Se hallaban en una pequeña habitación, evidentemente destinada a despacho, pero con señales igualmente claras de no haber sido utilizada desde hacía mucho tiempo. Había montones de papeles polvorientos sobre el escritorio y telarañas en los rincones del techo. El aire olía a rancio.

—¿Desea usted que limpie esta habitación?

El viejo Crackenthorpe meneó la cabeza con violencia.

—¡Ni se le ocurra! La mantengo cerrada. A Emma le gustaría husmear por aquí, pero no se lo permito. Ésta es mi habitación. ¿Ve estas piedras? Son muestras geológicas.

Lucy vio una colección de unos doce o catorce trozos de roca, algunos de ellos pulidos y otros ásperos.

—Preciosos —dijo indulgentemente—. Muy interesantes.

—Tiene usted toda la razón. Son interesantes. Y no se los enseño a todo el mundo. A usted le enseñaré mis otras cosas.

—Es usted muy amable, pero tengo que continuar con mis quehaceres. Con seis personas en la casa…

—¡Que acabarán comiéndose también mi casa! ¡Eso es todo lo que hacen cuando vienen aquí! ¡Comer! Y ni siquiera se ofrecen a pagarme lo que comen. ¡Sanguijuelas! Sólo esperan todos a que me muera. Bueno, no voy a morirme todavía. No voy a morirme para darles gusto a ellos. Soy bastante más fuerte de lo que Emma cree.

—Estoy segura de que sí.

—Ni soy tampoco tan viejo. Ella me presenta como a un anciano, y me trata como si lo fuera. Pero usted no lo cree, ¿verdad?

—Naturalmente que no.

—Inteligente muchacha. Eche una ojeada a esto.

Le indicó un gran dibujo amarillento colgado de la pared. Se trataba de un árbol genealógico. Una parte del mismo estaba hecho con trazos tan finos que se hubiera necesitado una lupa para leer los nombres. No obstante, los antepasados remotos aparecían en grandes y majestuosas letras mayúsculas, con coronas sobre los nombres.

—Descendientes de reyes —dijo Crackenthorpe—. Es el árbol genealógico de mi madre, no el de mi padre. ¡Mi padre era un plebeyo! ¡Un hombre vulgar! No sentía simpatía por mí. Siempre estuve muy por encima de él. Yo salí a la familia de mi madre. Tengo una sensibilidad natural para el arte y la escultura clásica. A él, en cambio, no le interesaba nada de eso, viejo idiota. No recuerdo a mi madre, murió cuando yo tenía dos años. Era la última de su familia. Estaban arruinados y ella se casó con mi padre. Pero mire aquí: Edward el Confesor, Ethelred el Desprevenido, toda la lista. Y eso fue antes de que llegaran los normandos. Antes de los normandos, eso es muy importante.

—Lo es, ciertamente.

—Ahora voy a enseñarle otra cosa.

La guió a través de la habitación hasta un enorme mueble de roble oscuro. Con algo de inquietud, Lucy notaba la fuerza de los dedos que aferraban su brazo. Ciertamente, no parecía que Crackenthorpe fuese débil en ningún aspecto.

—¿Ve esto? Vino de Lushington, la residencia de la familia de mi madre. Es isabelino. Se necesitan cuatro hombres para moverlo. Usted no sabe lo que guardo en su interior. ¿Desea que se lo enseñe?

—Sí, enséñemelo.

—Curiosa, ¿verdad? Todas las mujeres son curiosas.

Sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta del armario inferior. De allí sacó una pequeña arca que parecía sorprendentemente nueva y la abrió.

—Eche una ojeada aquí, querida mía. ¿Sabe lo que es esto?

Levantó un paquete cilíndrico. Abrió un extremo y varias monedas de oro cayeron en su mano.

—Mírelas, jovencita. Mírelas y tóquelas. ¿Sabe lo que son? ¡Apuesto a que no! Es usted demasiado joven. Soberanos, eso es lo que son. Soberanos de oro. Lo que usábamos antes de que se pusieran de moda todos esos sucios trozos de papel. Valen mucho más que todos esos papeles estúpidos. Los reuní hace mucho tiempo. Y tengo también otras cosas en esta arca. Todo preparado para el porvenir. Emma no lo sabe. Nadie lo sabe. Es nuestro secreto, ¿comprende, muchacha? ¿Sabe por qué se lo digo y se lo enseño?

—¿Por qué?

—Porque no quiero que se figure usted que soy un anciano enfermo y acabado. Este perro viejo tiene aún mucha vida por delante. Mi esposa murió hace mucho tiempo. Siempre me llevaba la contraria. No le gustaban los nombres que les di a los hijos, buenos nombres sajones. No le interesaba el árbol de la familia. Pero yo no hacía ningún caso de lo que ella decía, y ella era una criatura pobre de espíritu: cedía siempre. En cambio, usted tiene espíritu, tiene mucho carácter. Voy a darle un consejo. No se entregue a un hombre joven. ¡Los jóvenes son tontos! Necesita usted preparar el porvenir. Espere. —Apretó con los dedos el brazo de Lucy y acercó la boca a su oído—. No le digo nada más que esto: espere. Esos estúpidos tontos se figuran que voy a morir pronto. No voy a morirme. No me sorprendería que los sobreviviese a todos ellos. ¡Y entonces, ya veremos! Oh, sí, entonces ya veremos. Harold no tiene hijos. Cedric y Alfred no se han casado. Emma… Emma ya no se casará. Le gusta Quimper, pero a Quimper nunca se le ocurriría casarse con Emma. Queda Alexander, por supuesto. Sí, queda Alexander. Y, sabe, siento simpatía por el chico, ése es el problema, le tengo cariño.

Se detuvo un momento con el entrecejo fruncido y luego dijo:

—Bueno, muchacha, ¿qué me dice? ¿Qué me dice, eh?

—Miss Eyelesbarrow…

A través de la puerta llegó débilmente la voz de Emma. Lucy aprovechó la oportunidad con gratitud.

—Miss Crackenthorpe me llama. Tengo que irme. Muchas

gracias por todo lo que me ha dejado ver.

—No olvide nuestro secreto.

—No lo olvidaré.

Se apresuró a salir al vestíbulo sin estar enteramente segura de si había o no había recibido una proposición de matrimonio.

Dermot Craddock se hallaba sentado ante su escritorio en su despacho de New Scotland Yard. Reclinado en una cómoda posición, sostenía el teléfono con un codo apoyado en la mesa. Hablaba en francés, idioma que conocía bastante bien.

—No es más que una idea, ya comprenderá —decía.

—Bueno, pero una idea es una idea —contestó la voz desde la prefectura de París—. Ya han comenzado las investigaciones en esos círculos. Mi agente me informa de que tiene dos o tres pistas que prometen. Si no tienen una familia o un amante, estas mujeres pueden desaparecer de la circulación sin ningún problema, porque no hay nadie que se inquiete por ellas. Se piensa que están de gira o que se han ido con su nuevo hombre, nadie pregunta. Es una lástima que en la fotografía que me envió sea tan difícil de reconocer. La estrangulación complica las cosas. ¿Qué le vamos a hacer? Miraré ahora los últimos informes que me han traído. Es posible que haya algo. Au revoir, mon cher.

Mientras Craddock reiteraba su cortés despedida, le dejaron un papel sobre su mesa. Decía así:

Miss Emma Crackenthorpe.
Desea ver al detective inspector Craddock.
Caso Rutherford Hall.

Colgó el teléfono y le dijo al agente:

—Haga entrar a miss Crackenthorpe.

Mientras la esperaba, se reclinó en su sillón.

Así que no se había equivocado. Emma Crackenthorpe sabía algo, no mucho quizá, pero algo. Y había decidido comunicárselo.

Se levantó cuando entró la visitante, le estrechó la mano, la invitó a sentarse y le ofreció un cigarrillo, que ella rehusó. Hubo una pausa momentánea. Pensó que Emma estaba buscando las palabras adecuadas. Se inclinó hacia delante.

—¿Ha venido usted a decirme algo, miss Crackenthorpe? ¿Puedo ayudarla? Ha estado inquieta por algún motivo, ¿verdad? Alguna

cosa, quizá, que le parece que no tiene relación con el caso, aunque pudiera ser que sí. Ha venido a hablarme de eso ¿verdad? Algo relativo quizás a la identidad de la mujer muerta. ¿Cree usted saber quién era?

—No, no es eso exactamente. En realidad, creo que es muy improbable. Pero…

—Pero hay una posibilidad que la atormenta. Vale más que me lo explique. Tal vez podamos ayudarla.

Emma se tomó unos segundos antes de hablar.

—Ya conoce usted a mis tres hermanos. Pero sabrá que tenía otro hermano, Edmund, que murió en la guerra. Poco antes de su muerte me escribió desde Francia.

Abrió el bolso y sacó una vieja carta que decía así:

Espero que esto no te espante, Emmie, pero voy a casarme con una joven francesa. Todo esto ha sido muy repentino pero yo sé que sentirás afecto por Martine y que velarás por ella si a mí me sucede algo. Te daré todos los detalles en mi próxima carta, que escribiré estando ya casado. Comunícaselo al viejo con precaución, ¿lo harás? Probablemente pondrá el grito en el cielo cuando se entere.

El inspector Craddock tendió una mano. Tras un momento de vacilación, Emma le entregó la carta y continuó hablando rápidamente:

—A los dos días de recibir esta carta llegó un telegrama en el que nos comunicaban que Edmund había desaparecido en combate y que se le daba por muerto. Más tarde nos confirmaron definitivamente su muerte. Eso fue muy poco antes de Dunquerque, en un momento de gran confusión. Hasta donde pude yo descubrir, no consta en ningún documento militar que se hubiera casado, pero, como le digo, era una época de gran confusión. Nunca supe nada de la muchacha. Después de la guerra intenté hacer averiguaciones, pero yo sólo conocía su nombre de pila y, debido a la ocupación alemana, era difícil descubrir nada sin conocer el apellido o algún otro detalle. Al final decidí que seguramente el matrimonio no había llegado a celebrarse y que, probablemente, la muchacha se había casado con otra persona antes de terminar la guerra, o que quizás había muerto también.

El inspector Craddock asintió. Emma continuó:

—Imagine mi sorpresa al recibir, hace cosa de un mes, una carta

firmada: Martine Crackenthorpe.

—¿La tiene usted?

Emma la sacó del bolso y se la entregó. Craddock la leyó con interés. Era la letra de una persona educada.

> *Querida mademoiselle:*
>
> *Espero que la presente carta no le cause ningún trastorno. No sé siquiera si su hermano Edmund le comunicó que estábamos casados. Dijo que iba a hacerlo. Murió a los pocos días de nuestra boda y, al mismo tiempo, los alemanes ocuparon nuestro pueblo. Cuando terminó la guerra decidí no escribirle ni ponerme en contacto con usted, aunque Edmund me había dicho que lo hiciera. Por aquel entonces había rehecho mi vida y no era necesario. Pero ahora han cambiado las cosas. Le escribo esta carta por el bien de mi hijo. Es el hijo de su hermano, ya lo ve usted, y yo no puedo darle las oportunidades que debería tener. Llegaré a Inglaterra a principios de la semana próxima. ¿Me hará usted saber si puedo ir a verla? Puede enviarme la correspondencia al 126 de Elvers Crescent. De nuevo espero que esto no sea motivo de dolor para usted.*
>
> *Reciba mis más afectuosos saludos,*
>
> *MARTINE CRACKENTHORPE.*

Craddock guardó silencio por un instante y releyó la carta cuidadosamente antes de devolverla.

—¿Qué hizo usted al recibir esta carta, miss Crackenthorpe?

—Mi cuñado, Bryan Eastley, estaba en casa y se la comenté. Luego llamé a mi hermano Harold, en Londres, para consultarle. Harold se mostró algo escéptico y aconsejó una extremada cautela. Dijo que debíamos comprobar cuidadosamente la identidad de esa mujer.

Emma hizo una pequeña pausa que Craddock procuró respetar:

—Esto era, por supuesto, lo que dictaba el sentido común, y estuve enteramente de acuerdo. Pero si esa muchacha… si esa mujer era realmente la Martine que me había mencionado Edmund en su carta, me pareció que debíamos darle un recibimiento amistoso. Escribí a la dirección que me había dado en la carta

invitándola a venir a vernos en Rutherford Hall. Pocos días después recibí un telegrama de Londres que decía: «Lo siento mucho. Me veo obligada a regresar a Francia inmediatamente. Martine». Y no he vuelto a saber de ella.

—Todo esto ocurrió ¿cuándo?

Emma frunció el entrecejo.

—Poco antes de Navidad. Lo sé porque había pensado proponerle que pasara aquellas fiestas con nosotros, aunque, como mi padre no quiso ni oír hablar de ello, le propuse que viniese el fin de semana después de Navidad, mientras la familia estaba aún allí. Creo que el telegrama en que decía que regresaba a Francia llegó pocos días antes de Navidad.

—¿Y usted cree que la mujer cuyo cadáver fue encontrado en el sarcófago pudiera ser Martine?

—No, por supuesto, no lo creo. Pero cuando usted dijo que era probablemente una extranjera… bueno, no pude por menos de preguntarme si quizá…

Su voz se apagó.

Craddock habló con voz pausada y tranquilizadora:

—Ha hecho usted muy bien en informarme de esto. Lo tendremos en cuenta. Probablemente la mujer que le escribió a usted regresó a Francia y continúa viva y con buena salud. Por otra parte, no se puede negar que hay una cierta coincidencia de fechas, como usted misma ha notado. Tal como se declaró en la encuesta judicial, el dictamen del médico forense sitúa la muerte de la mujer asesinada unas tres o cuatro semanas atrás. No se apure, miss Crackenthorpe, deje el asunto en nuestras manos. Usted consultó a Harold Crackenthorpe. ¿Qué dijeron su padre y sus otros hermanos?

—Naturalmente, tuve que decírselo a mi padre. Se exaltó mucho. —Y añadió con una ligera sonrisa—: Estaba convencido de que todo era una comedia para sacarnos dinero. Mi padre se excita mucho cuando se trata de dinero. Cree, o finge creer, que es un hombre muy pobre y que necesita ahorrar cuanto pueda. Me figuro que las personas de edad sufren a veces obsesiones de esta clase. Por supuesto, no es verdad: tiene una renta considerable y no gasta ni la cuarta parte de ella, o no la gastaba hasta las nuevas subidas del impuesto sobre la renta. Ciertamente, tiene ahorrada una cuantiosa suma. Se lo comuniqué también a mis otros dos

hermanos. Alfred la consideró más bien como una broma, aunque también él creyó que, casi con seguridad, se trataba de una impostora. Cedric, sencillamente, no se mostró interesado, es muy egocéntrico. La idea era que la familia recibiese a Martine, y que Mr. Wimborne, nuestro abogado, estuviese presente.

—¿Y qué pensó Mr. Wimborne de todo esto?

—No llegamos a discutir el asunto con él. Íbamos a hacerlo cuando llegó el telegrama de Martine.

—¿No han dado ustedes otros pasos?

—Sí. Escribí a la dirección de Londres con la nota «Sírvase dar curso» en el sobre, pero no he recibido ninguna respuesta.

—Un asunto bastante curioso. Hum. —La miró con atención y le preguntó—: ¿Y qué piensa usted de esto?

—No sé qué pensar.

—¿Cómo reaccionó en aquel momento? ¿Creyó que la carta era auténtica o pensaba como su padre y hermanos? A propósito, ¿qué pensó su cuñado?

—Bryan pensó que la carta era auténtica, sin duda alguna.

—¿Y usted?

—Yo no estaba segura.

—¿Y cómo la hacía sentir esta situación? En el supuesto de que esta muchacha fuera verdaderamente la viuda de su hermano Edmund.

El rostro de Emma se dulcificó.

—Yo quería mucho a Edmund. Era mi hermano favorito. La carta me pareció exactamente la que escribiría una muchacha como Martine en aquellas circunstancias. Los hechos tal y como los expuso me parecieron perfectamente plausibles. Di por supuesto que para el final de la guerra ya habría vuelto a casarse o viviría con algún hombre que la protegiera a ella y al niño. Luego, quizás el hombre murió o la dejó, y supongo que lo lógico era entonces apelar a la familia de su marido como él había querido. A mí me pareció que la carta era auténtica, pero Harold me hizo notar que también podía haberla escrito una impostora, una mujer que hubiera conocido a Martine y que estuviera al tanto de todos los hechos. Siendo así, no le resultaría difícil redactarla de un modo verosímil. Tuve que admitir que tenía razón, pero, aun así…

Se detuvo.

—¿Usted deseaba que fuese sincera?

Ella le dirigió una mirada de gratitud.

—Sí, deseaba que fuese auténtica. ¡Me hubiera gustado tanto que Edmund hubiese dejado un hijo!

Craddock asintió.

—Como usted dice, a juzgar por las apariencias, la carta parece auténtica. Lo que sí es sorprendente es lo que sigue, la repentina partida de Martine y el hecho de no haber tenido usted más noticias de ella. Usted le había enviado una contestación amable, estaba dispuesta a recibirla con afecto. ¿Por qué entonces, aun si había tenido que regresar a Francia, no volvió a escribirle? Esto, en el caso de que la carta fuese auténtica. Si era obra de una impostora, la explicación sería más fácil, naturalmente. He pensado que quizás hubiera usted consultado a Mr. Wimborne y que él hubiera empezado a hacer indagaciones que alarmaron a la mujer. Pero, según me dice, no fue ése el caso. Sin embargo, cabe la posibilidad de que alguno de sus hermanos haya investigado por su cuenta. Quizá Martine tuviese algo que ocultar en su pasado, y pensaba que sólo trataría con la cariñosa hermana de Edmund y no con hombres de negocios astutos y suspicaces. Tal vez esperaba sacarle a usted ciertas sumas de dinero para su niño, o ya no tan niño, sin que hiciera demasiadas preguntas. Pero descubrió que la situación con la que se encontraría sería muy otra, y que se vería envuelta en complicadas pesquisas legales. Porque, si Edmund Crackenthorpe dejó un hijo en legítimo matrimonio, ¿no sería este hijo lógicamente uno de los herederos de los bienes de su bisabuelo?

Emma asintió.

—Además, y según lo que me han dicho, heredaría a su debido tiempo Rutherford Hall y la tierra que lo rodea, que es ahora terreno edificable de gran valor.

Emma pareció ligeramente sobresaltada.

—Sí, no había pensado en eso.

—Bien, yo no me inquietaría. Ha hecho usted bien en venir a contármelo. Investigaré, pero me parece muy probable que no haya relación alguna entre la mujer que escribió la carta y que seguramente se proponía timarles, y la mujer cuyo cadáver fue encontrado en el sarcófago.

Emma se puso en pie con un suspiro de alivio.

—Me alegro mucho de habérselo dicho. Ha sido usted muy bueno.

Craddock la acompañó hasta la puerta.

Luego llamó al sargento Wetherall.

—Bob, tengo un trabajo para usted. Vaya al 126 de Elvers Crescent. Llévese fotografías de la mujer de Rutherford Hall. Vea qué puede averiguar sobre una mujer que se hace llamar Mrs. Crackenthorpe, Mrs. Martine Crackenthorpe, que vivió allí o iba a recoger sus cartas, aproximadamente entre el 15 y finales de diciembre.

—Muy bien, señor.

Craddock se ocupó en otros asuntos que esperaban su atención. Por la tarde fue a ver a un amigo suyo que era agente teatral. Sus pesquisas no dieron resultado.

Más tarde, al regresar a su despacho, se encontró con un telegrama de París.

Las señas podrían corresponder a Anna Stravinska, del Ballet Maritski. Sugiero que venga usted. Dessin, Prefecture.

Craddock dejó escapar un largo suspiro de alivio y su frente se aclaró.

¡Por fin! Se había acabado la confusión de Martine Crackenthorpe. Decidió salir con destino a Francia en el transbordador de la noche.

Capítulo XIII

—Ha sido muy amable por su parte invitarme a venir a tomar el té —le dijo Jane Marple a Emma Crackenthorpe.

Miss Marple era toda ella un mar de lana. El vivo retrato de una dulce ancianita. Miraba a su alrededor con expresión radiante: a Harold Crackenthorpe con su bien cortado traje oscuro; a Alfred, que le ofrecía unos sandwiches con una sonrisa encantadora; a Cedric que, con su chaqueta vieja a cuadros, junto a la chimenea, miraba malhumorado al resto de la familia.

—Nos ha complacido mucho que pudiera usted venir —respondió Emma cortésmente.

No hubo alusión alguna a la escena que tuvo lugar después del almuerzo, cuando Emma Crackenthorpe había exclamado:

—¡Pobre de mí! Lo había olvidado por completo. Le he dicho a miss Eyelesbarrow que podía invitar a su tía a tomar el té.

—Aplaza la visita —dijo Harold bruscamente—. Tenemos muchas cosas de que hablar. No queremos personas extrañas.

—Que tome el té en la cocina o en cualquier parte con la muchacha —señaló Alfred.

—¡Oh, no! No puedo hacer eso —replicó Emma con firmeza—. Sería una descortesía.

—¡Sí, hazla venir! —dijo Cedric—. Podremos sonsacarle algo sobre esa maravillosa Lucy. Debo decir que me gustaría saber algo más de esta muchacha. No estoy seguro de que pueda uno fiarse de ella. Es demasiado lista.

—Tiene muy buenas relaciones y es muy correcta —opinó Harold—. He hecho ciertas averiguaciones. Tenía que estar seguro. Porque, desde luego, no es muy normal eso de andar husmeando por ahí y encontrar un cadáver así como así.

—Si al menos supiéramos quién era esa condenada mujer —añadió Alfred.

—Creo, Emma —intervino Harold enojado—, que has debido perder el juicio al insinuar a la policía que la mujer muerta pudiera ser la amiga francesa de Edmund. Ahora seguro que pensarán que vino aquí y que uno de nosotros la mató.

—Oh, no, Harold. No exageres.

—Harold tiene mucha razón —afirmó Alfred—. ¿Qué te impulsó a hacer eso, Emma? Tengo la sensación de que por todas partes están siguiéndome agentes de paisano.

—Yo le aconsejé que no lo hiciera —señaló Cedric—. Pero Quimper la apoyó.

—A él esto no le importa —observó Harold, encolerizado—. Que se atenga a las píldoras, a los polvos y a la sanidad pública.

—Oh, basta de discusiones —dijo Emma un poco harta—. Estoy muy contenta de que venga esta miss-cómo-se-llame a tomar el té. Nos irá bien a todos tener aquí a una persona extraña que nos impida estar hablando siempre de lo mismo. Tengo que ir a arreglarme un poco.

Salió de la habitación.

—Lucy Eyelesbarrow —empezó Harold y se detuvo—. Estoy de acuerdo con Cedric, resulta muy extraño que estuviera husmeando por el granero y se le ocurriera abrir un sarcófago con una tapa que pesa una tonelada. Quizá deberíamos tomar medidas. Me pareció que su actitud, durante el almuerzo, fue un tanto antagónica.

—Déjamela a mí —señaló Alfred—. Pronto descubriré qué se propone.

—¿Por qué diablos tuvo que abrir precisamente el sarcófago?

—Quizá no sea en realidad la verdadera Lucy Eyelesbarrow —sugirió Cedric.

—¿Qué sentido tendría todo esto? —Harold parecía estar enteramente trastornado—. ¡Maldita sea!

Se miraron los unos a los otros con inquietud.

—Y encima tiene que venir esa condenada vieja a tomar el té. Precisamente cuando más necesitamos reflexionar.

—Hablaremos de todo esta noche —dijo Alfred—. Entretanto, intentaremos sonsacar algo sobre Lucy a su anciana tía.

Miss Marple, a quien Lucy había ido a buscar y se hallaba ya bien instalada junto al fuego, estaba ahora sonriendo a Alfred, que les servía los sandwiches, con la satisfacción que mostraba siempre

al ser atendida por un hombre bien parecido.

—Muchas gracias. ¿Puedo preguntar…? Ah, huevo y sardina, sí, esto parece muy apetitoso. Temo ser extremadamente golosa cuando tomo el té. A medida que pasan los años, ya comprenderá. Y, naturalmente, por la noche sólo una cena muy ligera. Tengo que andar con cuidado. —De nuevo se volvió hacia Emma—: ¡Qué hermosa casa tienen ustedes! Y con tantos objetos preciosos. Estos bronces me recuerdan algo que mi padre compró en la Exposición de París. ¿Éstos los compró su abuelo? De estilo clásico, ¿verdad? Muy hermosos. ¡Qué satisfacción para usted tener la compañía de sus hermanos! Hay tantas familias dispersas. La India, aunque creo que eso ha terminado ya, y África, la costa oeste, un clima tan malo.

—Dos de mis hermanos viven en Londres.

—Esto es muy agradable para usted.

—Pero mi hermano Cedric es pintor y vive en Ibiza, una de las islas Baleares.

—Los pintores son muy aficionados a las islas, ¿verdad? —comentó miss Marple—. Chopin se fue a Mallorca, ¿no es cierto? Pero él era músico. Es en Gauguin en quien estaba pensando. Una vida triste y, a mi juicio, malograda. Por mi parte nunca he sentido especial admiración por los artistas que se dedican a pintar nativas y, aunque sé que tiene mucho renombre, nunca me ha gustado ese tono mostaza. Lo cierto es que me pone de muy mal humor mirar sus pinturas.

Miró a Cedric con gesto de ligera desaprobación.

—Háblenos de la infancia de Lucy, miss Marple —dijo éste.

Ella sonrió encantada.

—Lucy ha sido siempre tan lista. Sí, lo eras, querida, y no me interrumpas. Verdaderamente notable en aritmética. Recuerdo muy bien que, cuando el carnicero me cargaba demasiado por un trozo de lomo…

Miss Marple se enfrascó en los recuerdos de la infancia de Lucy, y de éstos pasó a sus propias experiencias en el pueblo.

La narración de estos recuerdos fue interrumpida por la entrada de Bryan y los muchachos, empapados y sucios, a consecuencia de su entusiasta exploración en busca de pistas. Sirvieron el té y en aquel momento llegó el doctor Quimper, que frunció ligeramente el entrecejo al mirar a su alrededor después que le presentaron a la

anciana dama.

—Espero que su padre no se sentirá indispuesto.

—¡Oh, no! Únicamente se sentía un poco fatigado.

—Para evitar las visitas —señaló miss Marple con una sonrisa de complicidad—. ¡Cómo me recuerda a mi propio y querido padre!: «¿Qué dices? ¿Que va a venir una manada de gatas viejas?», le decía a mi madre. «Envíame el té al despacho». Era muy pícaro en estas ocasiones.

—Le ruego que no crea… —empezó a decir Emma, pero Cedric la interrumpió:

—Siempre toma el té en el despacho cuando vienen sus queridos hijos. En psicología eso se consideraría una reacción lógica, ¿no es cierto, doctor?

El doctor Quimper, que estaba devorando sandwiches y tarta con el placer de un hombre que por regla general dispone de muy poco tiempo para las comidas, contestó:

—La psicología está muy bien si se deja para los psicólogos. Lo malo es que, actualmente, todo el mundo es un psicólogo aficionado. Mis pacientes me dicen qué complejos y neurosis padecen sin siquiera darme la oportunidad de decírselo. Gracias, Emma, tomaré otra taza. Hoy no tuve tiempo de almorzar.

—Siempre pienso que la vida del médico es tan noble y abnegada —comentó miss Marple.

—¡No debe usted conocer a muchos médicos! —replicó el doctor Quimper—. Les llaman sanguijuelas ¡y, con frecuencia, lo son! En todo caso, ahora nos pagan, el Estado se cuida de que así sea. Nada de enviar facturas de honorarios que uno sabe que no se abonarán nunca. El inconveniente está en que cada paciente quiere ahora «sacar del Gobierno» todo lo que pueda y si la pequeña Jane tose dos veces durante la noche o el pequeño Tommy se comió un par de manzanas verdes, el pobre doctor se ha de levantar de la cama a medianoche. ¡Oh, qué rica está la tarta, Emma! ¡Qué espléndida y maravillosa cocinera es usted!

—No es mía. Es de miss Eyelesbarrow.

—Usted las hace tan buenas como ella —declaró Quimper con lealtad.

—¿Quiere ver a mi padre?

Se puso en pie y el doctor la siguió. Miss Marple los observó

cuando salían de la habitación.

—Veo que miss Crackenthorpe es una hija muy afectuosa.

—No puedo imaginar por qué siente tanto aprecio por el viejo —manifestó Cedric con su descaro habitual.

—Tiene aquí una casa muy confortable y el viejo le tiene mucho apego —replicó Harold.

—Emma es muy buena —añadió Cedric—. Ha nacido para solterona.

Apareció un brillo de picardía en los ojos de miss Marple.

—¿Eso cree usted?

—Mi hermano —explicó Harold— no ha usado la palabra «solterona» en sentido peyorativo, miss Marple.

—Oh, no, no me había ofendido. Pensaba únicamente en lo que ha dicho. Por mi parte no diría que miss Crackenthorpe vaya a quedarse soltera. Creo que es la clase de mujer que no se casa joven, pero, cuando lo hace, es una magnífica esposa.

—Dudo mucho de que lo consiga si sigue viviendo aquí —opinó Cedric—. Nunca ve a nadie con quien pueda casarse.

—Siempre habrá clérigos y doctores.

Su mirada amable y traviesa pasó de uno a otro.

Era obvio que acababa de sugerir algo que jamás se les hubiera ocurrido, y no pareció agradarles demasiado la idea.

Miss Marple se puso en pie y este movimiento dio lugar a que cayesen al suelo varias pañoletas y el bolso.

Los tres hermanos se aplicaron galantemente a recogerlo todo.

—Son ustedes muy amables. Ah, mi pequeño echarpe azul. Sí, muy amables al invitarme a venir aquí. Tenía muchas ganas de conocer la casa donde trabaja mi querida Lucy.

—Inmejorables condiciones de trabajo con asesinato incluido —señaló Cedric.

—¡Cedric! —protestó la voz irritada de Harold.

Miss Marple sonrió a Cedric.

—¿Sabe usted a quién me recuerda? Al joven Thomas Eade, el hijo del director de nuestro banco. Siempre dispuesto a escandalizar a la gente. Naturalmente, en los bancos esto no se considera apropiado, así que tuvo que marcharse a las Indias Occidentales. Volvió cuando murió su padre y heredó mucho dinero. Le vino de perillas. Siempre se le dio mejor gastarlo que ganarlo.

Lucy acompañó a miss Marple. A la vuelta, una figura salió de la oscuridad y se plantó en medio del camino cuando se disponía a entrar por el camino trasero. A la luz de los faros vio como la figura levantaba una mano, y Lucy reconoció a Alfred Crackenthorpe.

—Eso está mejor —afirmó Alfred al entrar en el coche—. ¡Brrr! ¡Qué frío! Me había propuesto dar un paseo estimulante, pero me desdigo. ¿Ha dejado en casa a la anciana dama?

—Sí, ha disfrutado mucho con la visita.

—Bien se veía. Es curiosa la afición que tienen las personas mayores por la vida social, por aburrida que sea. Y, realmente, no hay nada más aburrido que Rutherford Hall. Dos días aquí es todo lo que yo puedo soportar. ¿Cómo se las arregla usted para permanecer aquí, Lucy? No le importa que la llame Lucy, ¿verdad?

—En absoluto. Yo no lo encuentro aburrido. Por supuesto, para mí no es una colocación definitiva.

—He estado observándola. Es usted una joven de talento, Lucy. Tiene demasiado para malgastarlo en guisar y limpiar.

—Gracias. Pero prefiero guisar y limpiar a un trabajo de oficina.

—Lo mismo diría yo. Pero hay otras maneras de ganarse la vida. Podría usted trabajar por su cuenta.

—Ya lo hago.

—No de este modo. Quiero decir, haciendo uso de su ingenio contra…

—¿Contra qué?

—¡Contra lo que sea! Contra todas las estúpidas y rutinarias normas y reglamentaciones que nos limitan en estos tiempos. Lo interesante es que siempre hay un medio de esquivarlas, si es uno lo bastante listo. Y usted es lista. Dígame, ¿no le atrae la idea?

—Es posible.

Lucy maniobró para meter el coche en el establo.

—¿No quiere comprometerse?

—Tendría que saber algo más.

—Francamente, mi querida niña, yo podría utilizarla. Tiene una manera de ser que es valiosísima, inspira confianza.

—¿Quiere que le ayude a vender lingotes de oro?

—Tanto no. Sólo algo un poco al margen de la ley, nada más. —Su mano se deslizó por el brazo de ella—. Es usted una muchacha condenadamente atractiva, Lucy. Me gustaría tenerla como

asociada.

—Muy halagador.

—¿Eso significa que no quiere? Piénselo. Piense en lo divertido que será, en el placer de sentir que puede burlar todas las normas. Lo malo es que se necesita capital.

—Me temo que yo no lo tengo.

—¡Oh, ni yo se lo he pedido! Pronto estaré en posesión de mi propio dinero. Mi querido papá no puede vivir siempre, el viejo avaro. Y cuando desaparezca tendré en mis manos una suma importante. ¿Qué me dice a eso, Lucy?

—¿Cuáles son las condiciones?

—El matrimonio, si quiere. A las mujeres parece gustarles el matrimonio, por muy progresistas y avispadas que sean. Además, las mujeres casadas no pueden declarar contra sus maridos.

—¡No es tan halagador!

—Vamos, Lucy. ¿No ve que estoy enamorado de usted?

No sin cierta sorpresa, Lucy se dio cuenta de que sentía una extraña fascinación. Alfred poseía una especie de hechizo, tal vez un mero magnetismo animal. Se echó a reír y se escabulló del brazo que la rodeaba.

—Ésta no es hora de retozar. Hay que pensar en la comida.

—Cierto, Lucy, y usted es una cocinera adorable. ¿Qué tenemos para comer?

—¡Espere y lo verá! ¡Es usted peor que esos muchachos!

Entraron en la casa y Lucy se encaminó rápidamente a la cocina. Se sorprendió cuando en medio de los preparativos de la cena, se vio interrumpida por Harold Crackenthorpe.

—Miss Eyelesbarrow, ¿podría hablar con usted?

—¿Más tarde, quizá, Mr. Crackenthorpe? Voy algo atrasada en mi trabajo.

—Desde luego, desde luego. ¿Después de cenar?

—Sí, será buena hora.

La comida fue debidamente servida y alabada. Lucy terminó de lavar los platos y salió al vestíbulo, donde Harold Crackenthorpe la esperaba.

—Usted dirá, Mr. Crackenthorpe.

—Pase aquí, por favor.

Abrió la puerta de la sala de estar, entró con la joven y la cerró.

—Me voy mañana temprano, pero quería decirle que estoy admirado por la gran diligencia que ha demostrado tener en todo.

—Gracias —dijo Lucy algo sorprendida.

—Y debo decirle también que considero que está usted malgastando sus aptitudes en esta casa, malgastándolas completamente.

—¿Eso cree usted? Yo no.

Lucy pensó que al menos Harold no podía pedirle que se casara con él, puesto que tenía ya una esposa.

—Deseaba proponerle que, ya que también ha sabido cuidarnos a todos durante esta lamentable crisis, viniese a verme a Londres. Si quiere telefonear e indicarme una hora, dejaré instrucciones a mi secretaria. La verdad es que a nuestra firma nos vendría muy bien una persona de su talento. Podríamos discutir a fondo el campo en que este talento podría emplearse mejor. Puedo ofrecerle, miss Eyelesbarrow, un sueldo ventajoso con brillantes perspectivas. Creo que quedaría usted gratamente sorprendida.

Mostró una magnánima sonrisa.

—Gracias, Mr. Crackenthorpe. Lo pensaré.

—No espere demasiado tiempo. Una joven deseosa de abrirse un camino en el mundo no debe dejar que se pierdan estas oportunidades.

Volvió a mostrar su reluciente dentadura en una amplia sonrisa.

—Buenas noches, miss Eyelesbarrow, que descanse bien.

—«Bueno, bueno, se dijo a sí misma. Todo esto es muy interesante».

Cuando se retiraba a su habitación, Lucy encontró a Cedric en la escalera.

—Escuche, Lucy, deseo pedirle una cosa.

—¿Quiere que me case con usted y me vaya a Ibiza a cuidarlo?

Cedric pareció sorprendido y ligeramente alarmado.

—Nunca he pensado en tal cosa.

—Perdone. Era una broma.

—Sólo deseaba saber si hay en casa una guía de ferrocarriles.

—¿Nada más que eso? Hay una en la mesa del vestíbulo.

—No debería ir por ahí pensando que todo el mundo quiere casarse con usted —le reprochó Cedric—. Es usted una joven bien parecida, pero no hasta ese punto. Y hay un nombre para eso: la

persona se obsesiona más y más con esa idea y puede acabar bastante mal. Si quiere que le diga la verdad, usted es la última muchacha del mundo con quien yo me casaría. La última.

—¿De veras? No hacía falta que fuera tan rudo. ¿Me preferiría quizá como madrastra?

—¿Qué? —exclamó Cedric, mirándola estupefacto.

—Ya lo ha oído —dijo Lucy, y entró en su habitación dando un portazo.

Capítulo XIV

Dermot Craddock charlaba con Armand Dessin, de la Prefecture de París. Los dos se habían encontrado en una o dos ocasiones y se avenían bien.

—Esto no es más que una idea —le previno Dessin—. Tengo aquí una fotografía del cuerpo de ballet. Es ésta, la cuarta empezando por la izquierda, ¿la reconoce?

El inspector Craddock contestó que no. Una mujer estrangulada no es fácil de reconocer, y en la fotografía todas las muchachas iban muy maquilladas y llevaban en la cabeza un extravagante tocado de plumas.

—Podría ser. No puedo decir más. ¿Quién era? ¿Qué sabe de ella?

—Poco menos que nada —dijo el otro alegremente—. Ya lo ve, no era importante. Y el Ballet Maritski tampoco lo es. Actúan en los suburbios y viajan de un lado a otro. No tiene nombres importantes, no hay estrellas ni bailarinas famosas. Pero voy a llevarle a ver a madame Joilet, que es la que lo dirige.

Madame Joilet era una empresaria ante todo práctica, de mirada astuta, con un bigotillo y muy gorda.

—¡No me gusta la policía! —exclamó, frunciendo las cejas sin disimular el desagrado que le causaba la visita—. A la más mínima me ocasionan dificultades.

—No, no, madame, no debe decir eso —protestó Dessin, que era un hombre alto, delgado y de aspecto melancólico—. ¿Cuándo le he ocasionado dificultades?

—Cuando aquella tonta bebió ácido fénico —declaró madame Joilet con presteza—. Y todo porque se había enamorado del director de orquesta que no persigue a las mujeres y tiene otros gustos. ¡Menudo escándalo me armaron ustedes por todo aquello! Y eso no favoreció en nada a mi hermoso ballet.

—Al contrario, esto les animó mucho la taquilla —replicó Dessin —. Ya han pasado tres años. No debería guardarnos resentimiento. Hablemos de esta muchacha, Anna Stravinska.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó madame Joilet con cautela.

—¿Es rusa? —inquirió el inspector Craddock.

—No, nada de eso. ¿Lo dice por el nombre? Pero si todas esas chicas se dan nombres así. No era importante, no bailaba bien, no era especialmente guapa. Elle était assez bien, c'est tout. Bailaba lo suficiente para el cuerpo de baile, pero no los solos.

—¿Era francesa?

—Quizá. Tenía pasaporte francés. Pero una vez me dijo que tenía un marido inglés.

—¿Le dijo que tenía un marido inglés? ¿Vivo o muerto?

Madame Joilet se encogió de hombros.

—Se había muerto o la había dejado. ¿Cómo quiere que lo sepa yo? Esas muchacha siempre tienen algún disgusto con los hombres.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Estuvimos seis semanas con la compañía en Londres. Actuamos en Torquay, en Bournemouth, en Eastbourne, en alguna otra parte que he olvidado, y en Hammersmith. Luego regresamos a Francia, pero Anna no vino. Únicamente envió un recado diciendo que se iba con la familia de su marido, alguna tontería por el estilo. Por mi parte, no creo que fuera verdad. Me pareció más probable que hubiese encontrado a un hombre, ya se hará cargo de lo que quiero decir.

El inspector Craddock asintió. No podía esperarse que una mujer como madame Joilet pensara otra cosa.

—Y si quiere que le diga la verdad, no fue una gran pérdida. Puedo encontrar muchachas tan buenas y aún mejores que ella para mi ballet. De modo que me encogí de hombros y no pensé más en ello. ¿Por qué iba a preocuparme? Todas estas chicas son iguales, siempre pensando en los hombres.

—¿En qué fecha ocurrió esto?

—Al regresar a Francia. Fue… sí, el sábado anterior a Navidad. Y Anna nos dejó dos días antes. ¿O fueron tres? No lo recuerdo exactamente. Pero durante el fin de semana, en Hammersmith, tuvimos que bailar sin ella, y esto, aparte del contratiempo, significó nuevos arreglos, ensayos. Se portó muy mal, pero estas

chicas, en cuanto encuentran un hombre, todas son iguales. Es lo que yo digo a todo el mundo. A ésta no volveré a contratarla.

—Muy molesto para usted.

—¡Ah! A mí no me importa. Seguro que pasó las fiestas de Navidad con algún hombre que conoció casualmente. No es asunto mío. Puedo encontrar a otras muchachas, montones de muchachas que están deseando entrar en el Ballet Maritski, y que saben bailar tan bien o mejor que Anna.

Madame Joilet se detuvo y preguntó luego, con un repentino relámpago de interés:

—¿Por qué quiere encontrarla? ¿Va a recibir dinero?

—Al contrario —dijo el inspector Craddock con cortesía—. Creemos que puede haber sido asesinada.

Madame Joilet volvió a caer en la indiferencia.

—*Qa se peut*! Estas cosa pasan, claro. ¡Ah, bueno! Era una buena católica. Iba a misa los domingos y sin duda se confesaba.

—¿Le habló a usted alguna vez de un hijo?

—¿Un hijo? ¿Quiere usted decir que tenía un hijo? No lo creo muy probable. Estas muchachas, todas… todas saben a donde tienen que ir para arreglar eso. Mr. Dessin lo sabe tan bien como yo.

—Pudo haber tenido un hijo antes de entrar en el mundo del teatro. Durante la guerra, por ejemplo.

—¡Ah *Dans la guerre*! Es posible. Pero, si fue así, yo lo ignoro por completo.

—¿Tenía alguna amiga entre las otras muchachas?

—Puedo darle dos o tres nombres, pero no intimaba con nadie.

No obtuvieron de madame Joilet ningún otro dato que fuera útil.

Al enseñarle la polvera, dijo que Anna había tenido una como aquélla, pero también la tenían la mayoría de las otras muchachas. Si Anna se había comprado un abrigo de piel en Londres, ella lo ignoraba.

—Yo me ocupo de los ensayos, de la iluminación del escenario y de las mil dificultades de mi negocio. No tengo tiempo para fijarme en la vestimenta de mis chicas.

Después de madame Joilet, se entrevistaron con las muchachas cuyos nombres les había dado. Una o dos habían conocido a Anna bastante bien, pero todas dijeron que nunca hablaba mucho de sí

misma y que, cuando lo hacía, la mayor parte de lo que decía, afirmó una de las muchachas, eran mentiras.

—Le gustaba inventar cosas, historias de haber sido la querida de un Gran Duque, o de un gran financiero inglés, o cómo había trabajado para la Resistencia, en la guerra. Incluso que había sido una estrella de cine en Hollywood.

—Yo creo que había llevado una vida muy burguesa y muy pacífica —señaló otra muchacha—. Le gustaba trabajar en el ballet porque creía que esto era romántico, pero no bailaba bien. Usted comprenderá que si hubiese dicho: «Mi padre es comerciante de tejidos en Amiens», ¡eso no hubiera sido romántico! Y por eso se inventaba historias.

—Y cuando estábamos en Londres —dijo la primera muchacha —, habló de un hombre rico que la iba a llevar en una travesía alrededor del mundo porque le recordaba a una hija que había perdido en un accidente de automóvil. *Quelle blague*!.

—Y a mí me dijo que iba a pasar una temporada con un rico lord, en Escocia —añadió la segunda muchacha—. Decía que allí cazaría ciervos.

Nada de aquello les sirvió de gran ayuda. Lo único que estaba claro era que Anna Stravinska era una mentirosa. Con toda probabilidad no estaba cazando ciervos con un par en Escocia, y parecía igualmente inverosímil que se hallara tomando el sol en la cubierta de un trasatlántico. Pero tampoco había ninguna razón seria para creer que el cadáver del sarcófago de Rutherford Hall fuera el suyo. La identificación hecha por madame Joilet y sus bailarinas era muy poco fiable. Tenía algún parecido con Anna, en eso estaban todas conformes, ¡pero hinchada de aquel modo, podría ser cualquiera!

El único dato real que tenían era que el diecinueve de diciembre Anna Stravinska había decidido no regresar a Francia, y que el veinte de diciembre, una mujer que tenía algún parecido con ella había ido a Brackhampton en el tren de las 4.33 y había sido estrangulada.

Si la mujer encontrada en el sarcófago no era Anna Stravinska, ¿dónde estaba ahora Anna?

La opinión de madame Joilet era obvia:

—¡Con un hombre!

Y Craddock pensó con tristeza que aquella contestación era probablemente acertada.

Había que tener en cuenta otra posibilidad. La observación que hizo Anna sobre el hecho de haber tenido un marido inglés.

¿Era Edmund Crackenthorpe el marido?

Esto parecía improbable, considerando el retrato que habían hecho de Anna los que la conocieron. Era mucho más probable que en otro tiempo Anna hubiese conocido a la joven Martine lo suficiente para estar informada de los detalles necesarios. Pudo haber sido Anna quien escribiera la carta dirigida a Emma Crackenthorpe y, en este caso, era probable que se hubiese asustado ante la idea de una investigación. Y quizás había llegado a considerar prudente romper toda relación con el Ballet Maritski. Pero ¿dónde estaba ahora?

De nuevo, la opinión de madame Joilet resultaba a buen seguro la más acertada:

«¡Con un hombre!».

Antes de salir de París, Craddock discutió con Dessin el problema de la mujer llamada Martine. Como su colega inglés, Dessin se inclinaba a creer que lo más probable era que el asunto no tuviese nada que ver con la mujer encontrada en el sarcófago. En todo caso, creía también que era necesaria una investigación.

Le aseguró a Craddock que la Súreté haría cuanto le fuera posible por descubrir si en algún lugar había constancia del matrimonio entre el teniente Edmund Crackenthorpe del 4º Regimiento de Southshire y una muchacha francesa cuyo nombre de pila era Martine. Fecha: poco antes de la caída de Dunquerque.

Previno a Craddock, sin embargo, de lo dudoso de que pudiera obtenerse una confirmación definitiva. El territorio en cuestión no sólo había sido ocupado por los alemanes en aquellas fechas, sino que esa parte de Francia había sufrido tremendos daños durante la invasión. Y habían resultado destruidos muchos edificios, y muchos documentos y archivos enteros habían desaparecido.

—Pero tenga la seguridad, mi querido colega, de que haremos cuanto nos sea posible.

Con esto se despidieron.

A su regreso, Craddock encontró al sargento Wetherall esperándole con expresión lúgubre.

—Es un hostal, señor. 126 de Elvers Crescent. Perfectamente respetable y todo eso.

—¿Alguna identificación?

—No, nadie ha podido reconocer en la fotografía a la mujer que iba allí a recoger las cartas, pero considero que es lógico. Ha transcurrido casi un mes y son muchas las personas que pasan por allí. En realidad es una pensión de estudiantes.

—Tal vez se alojó allí bajo otro nombre.

—Si es así, nadie la reconoció como la mujer de la foto. Hemos recorrido los hoteles. En ninguno se registró ninguna Martine Crackenthorpe. Al recibir su llamada desde París hicimos la comprobación relativa a Anna Stravinska. Se alojó con los otros miembros de la compañía en un hotel barato, cerca de Brook Green. La mayor parte de los que van allí son gente de teatro. Se marchó en la noche del jueves, día diecinueve, después de la función. No hay hasta ahora más noticias.

Craddock asintió y propuso una nueva línea de investigación, aunque tenía pocas esperanzas de que diese resultado alguno.

Después de reflexionar un poco, telefoneó a Wimborne, Henderson y Carstairs, y solicitó una entrevista con el primero.

A la hora convenida, fue conducido a una habitación mal ventilada donde estaba Mr. Wimborne sentado detrás de un gran escritorio algo anticuado y cubierto de papeles polvorientos. Los archivadores junto a las paredes estaban rotulados: Sir John Houldes, deceso; Lady Derrin; Georges Rowbottom, Esq.; pero si eran reliquias de tiempos pasados o parte de asuntos legales actuales, era algo que el inspector no sabía.

Wimborne miró a su visitante con la cortés cautela característica del abogado ante la policía.

—¿En qué puedo servirle, inspector?

—Esta carta… —Craddock deslizó la carta de Martine a través de la mesa.

Con un gesto de repugnancia, Wimborne alargó un dedo para tocarla, pero no la recogió. El color de sus mejillas se acentuó ligeramente y se apretaron sus labios.

—Exactamente. ¡Exactamente! Ayer por la mañana recibí una carta de miss Emma Crackenthorpe en la que me informaba de su visita a Scotland Yard y de… ah… todas las circunstancias. ¡Puedo

decir que me es imposible, enteramente imposible, comprender por qué no fui consultado al recibirse esta carta! ¡Inaudito! Debería haber sido informado inmediatamente.

Como era su costumbre, el inspector Craddock hizo uso de toda su habilidad para tranquilizar a Mr. Wimborne.

—No tenía idea de que Edmund se hubiese casado —protestó Mr. Wimborme, en tono ofendido.

—En tiempos de guerra supongo que… —El inspector Craddock dejó que su frase quedase en el aire.

—¡En tiempos de guerra! —exclamó Mr. Wimborne con tono agrio—. Sí, verdaderamente, estábamos en *Lincoln's Inn Fields* cuando se inició la guerra, cayó una bomba en la casa vecina y fueron destruidos muchos de nuestros documentos. No lo fueron, por suerte, los más importantes, los que habían sido llevados al campo para mayor seguridad. Pero esto causó mucha confusión. Los asuntos de los Crackenthorpe estaban en aquella fecha en manos de mi padre. Murió hace seis años. Y me atrevo a decir que tal vez a él sí le fue comunicado el asunto de este supuesto matrimonio de Edmund, pero, según parece, esta unión, aunque fue proyectada, no llegó a realizarse y, por ello, sin duda, no consideró mi padre que la historia tuviese mayor importancia. Debo decir que a mí este asunto me parece todo él muy extraño. Esta reaparición después de tantos años, y la pretensión de un matrimonio y de un hijo legítimo. Muy dudoso. Sospechoso, para ser más exactos. ¿Qué pruebas tiene ella que ofrecer? Me gustaría saberlo.

—Ése es el caso. ¿En qué situación se encontraban ella y su hijo?

—Supongo que su idea era que los Crackenthorpe los mantuviesen a los dos.

—Sí, pero yo quiero decir, ¿qué derechos hubieran tenido ella y su hijo, desde el punto de vista legal, si podía demostrar que lo que decía era cierto?

—Oh, ya veo. —Wimborne recogió las gafas que se había quitado en su momentánea irritación y se las puso para mirar al inspector Craddock con astucia—. Bien, de momento, nada. Pero si podía demostrar que el muchacho era hijo de Edmund Crackenthorpe, nacido de matrimonio legítimo, este hijo tendría, como tal, el derecho a su parte de los bienes que Josiah Crackenthorpe dejó en usufructo hasta que muriese Luther

Crackenthorpe. Y más aún, heredaría Rutherford Hall puesto que su padre era el hijo mayor.

—¿Quiere alguno de los hijos heredar la casa?

—¿Para habitarla? No lo creo. Pero esa finca, mi querido inspector, representa una cuantiosa suma de dinero. Muy considerable. Terrenos para industrias y urbanizaciones. Terrenos que están ahora en el corazón de Brackhampton. Oh, sí, representa una herencia muy considerable.

—Si no recuerdo mal, me dijo usted que, si muere Luther Crackenthorpe, la casa pertenece a Cedric.

—Hereda el inmueble, sí, como el mayor de los hijos supervivientes.

—Según me han dado a entender, a Cedric Crackenthorpe no le interesa el dinero.

Wimborne miró a Craddock con una expresión fría.

—¿De veras? Por mi parte, me siento inclinado a escuchar estas declaraciones con cierto escepticismo. Habrá, sin duda, algunas personas poco mundanas a las que el dinero no les interese, pero yo no he encontrado ninguna.

Era evidente que Mr. Wimborne sentía cierta complacencia ante tal hecho.

El inspector Craddock se apresuró a aprovechar aquel rayo de sol.

—Harold y Alfred Crackenthorpe parecen haber quedado muy trastornados por la aparición de esta carta.

—Y no les falta razón. No, señor. No les falta razón.

—¿Reduciría esto su parte de la herencia?

—Ciertamente. El hijo de Edmund Crackenthorpe, siempre bajo la presunción de que haya un hijo, tendría derecho a la quinta parte del dinero.

—¿Y no le parece que eso supondría una importante pérdida para los otros beneficiarios de la herencia?

Wimborne le dirigió una mirada astuta.

—Es un motivo totalmente impropio para cometer un asesinato, si es eso lo que insinúa.

—Creo que los dos están bastante apurados —murmuró Craddock.

Sostuvo la aguda mirada de Wimborme con perfecta

impasibilidad.

—¡Oh, ya veo! Así que ha estado haciendo indagaciones. Pues sí. Alfred anda casi siempre mal de dinero. De vez en cuando nada en la abundancia, pero por poco tiempo. Harold, como parece usted saber, se encuentra ahora en una situación algo precaria.

—¿A pesar de su apariencia de prosperidad?

—Fachada. ¡Todo fachada! No se sabe si son o no solventes la mitad de esas firmas de la City. No es difícil hacer que parezca que los libros de contabilidad están en regla a los ojos inexpertos. Pero cuando las partidas de activo anotadas no son verdaderamente un activo, cuando el capital que representan está al borde de la quiebra, ¿dónde se encuentra uno?

—Donde es de presumir que se encuentre Harold Crackenthorpe: en una apremiante necesidad de dinero.

—De cualquier forma no podía conseguirlo estrangulando a la viuda de su difunto hermano —señaló Wimborne—. Y nadie ha asesinado a Luther Crackenthorpe, que sería el único asesinato provechoso para la familia. Es decir, inspector, no acierto a ver qué se propone.

Y lo peor del caso —pensó el inspector Craddock— es que tampoco yo lo veo muy claro.

Capítulo XV

El inspector Craddock había concertado una entrevista en la oficina de Harold Crackenthorpe, y allí llegó puntualmente con el sargento Wetherall. La firma se encontraba en el cuarto piso de un gran edificio de oficinas de la City. En el interior todo rezumaba prosperidad.

Una elegante joven tomó su nombre, habló por el interfono en un discreto murmullo, y luego los condujo al despacho de Harold Crackenthorpe.

Harold estaba sentado detrás de un amplio escritorio cubierto de cuero, y parecía tan impecable y seguro de sí mismo como siempre. Si, tal como era de suponer por las informaciones que le habían llegado, estaba al borde del desastre, el inspector no descubrió ninguna señal.

Levantó la vista con expresión de franca bienvenida.

—Buenos días, inspector Craddock. Me alegraría pensar que viene usted a comunicarme alguna buena noticia.

—Me temo que no es así, Mr. Crackenthorpe. Únicamente deseaba hacerle algunas preguntas más.

—¿Más preguntas? Seguramente, a estas horas hemos contestado ya todo lo imaginable.

—Es natural que lo vea usted así, Mr. Crackenthorpe, pero no es más que el procedimiento habitual.

—¿Qué quiere saber ahora?

—Me gustaría saber qué estuvo haciendo en la tarde y noche del veinte de diciembre pasado, pongamos entre las tres y la medianoche.

Harold Crackenthorpe se puso rojo como un tomate.

—Me hace usted una pregunta de lo más peregrina, señor. ¿Qué significa esto?

Craddock sonrió amablemente.

—Sólo significa que desearía saber dónde estuvo usted entre las tres de la tarde y la media noche del viernes veinte de diciembre.

—¿Por qué?

—Porque esto ayudaría a delimitar las cosas.

—¿A delimitar las cosas? Entonces tienen nuevas informaciones.

—Sí, creemos estar un poco más cerca, señor.

—No estoy muy seguro de que deba contestar a su pregunta. Es decir, no sin que se encuentre presente mi abogado.

—Es usted libre de obrar como mejor le parezca. No está obligado a contestar a ninguna pregunta y tiene perfecto derecho a solicitar la presencia de un abogado.

—¿No estará usted, y hablemos claro de una vez, advirtiéndome?

—Oh, no, señor mío. —El inspector Craddock pareció escandalizado—. Nada de eso. Las preguntas que le hago a usted son las mismas que les hago a otras varias personas. No hay nada personal en todo esto. Simplemente es un proceso de eliminación.

—Bien. Mi deseo, desde luego, es serles tan útil como me sea posible. Déjeme pensar. Una cosa así no es fácil contestarla de repente, pero aquí somos muy metódicos. Tal vez miss Ellis podrá ayudarnos.

Habló un momento por uno de los teléfonos de su mesa y, casi inmediatamente, entró una esbelta joven con un bien cortado traje negro y un cuaderno de notas.

—Mi secretaria, miss Ellis. El inspector Craddock. Veamos, miss Ellis, el inspector quiere saber qué hice la tarde y velada del… ¿qué fecha era?

—Viernes, veinte de diciembre.

—Viernes, veinte de diciembre. Supongo que debe usted de tener alguna nota.

—Oh, sí. —Miss Ellis salió de la habitación para volver con un dietario—. En la mañana del veinte de diciembre estuvo usted en el despacho. Tuvo una reunión con Mr. Goldie sobre la fusión comercial Cromartie, almorzó con lord Forthville en el Berkeley.

—Ah, fue ese día, sí.

—Volvió a la oficina hacia las tres y me dictó media docena de cartas. Luego salió para asistir a la subasta de Sotheby’s porque estaba interesado en unos raros manuscritos que se subastaban

aquel día. No volvió a la oficina, pero tengo una nota con el encargo de que le recordase que debía cenar en el Catering Club.

Y lo miró con expresión interrogante.

—Gracias, miss Ellis.

La joven abandonó el despacho.

—Sí, ahora lo recuerdo —dijo Harold—. Fui a la subasta de Sotheby's, pero los manuscritos que deseaba alcanzaron un precio excesivo. Tomé el té en un pequeño establecimiento de Jermyn Street. Russells, creo que se llamaba. Me pasé por el New Theatre, estuve allí una media hora y me fui luego a casa. Vivo en el número 43 de Cardigan Gardens. La cena en el Catering Club tuvo lugar a las siete y media en Caterer's Hall y después de eso, regresé a casa y me fui a la cama. Espero que con esto queden contestadas sus preguntas.

—Sí, está todo muy claro, Mr. Crackenthorpe. ¿Qué hora era cuando volvió usted a casa para cambiarse?

—No recuerdo exactamente. Supongo que serían poco después de las seis.

—¿Y después de la cena?

—Creo que eran las once y media cuando llegué a casa.

—¿Le abrió la puerta su criado? ¿O quizá lady Alice Crackenthorpe?

—Mi esposa, lady Alice, está en el sur de Francia desde principios de diciembre. Yo mismo me abrí la puerta con mi llave.

—¿No hay nadie entonces que pueda atestiguar que volvió usted a la hora que dice?

Harold le miró con frialdad.

—Imagino que los criados me oyeron entrar. Tengo un matrimonio. Pero, en serio, inspector…

—Por favor, Mr. Crackenthorpe, sé que estas preguntas son molestas, pero casi he terminado. ¿Tiene usted coche?

—Sí, un Humber Hawk.

—¿Lo conduce usted mismo?

—Sí. No lo uso mucho, salvo los fines de semana. En estos tiempos es prácticamente imposible conducir por Londres.

—Supongo que lo utiliza cuando va a ver a su padre y a su hermana a Brackhampton.

—No, a no ser que vaya a quedarme allí algunos días. Si sólo

voy a pasar una noche, como por ejemplo el día de la encuesta, voy siempre en tren. Hay un excelente servicio de trenes y es mucho más rápido que ir en coche. El que alquila mi hermana va a buscarme a la estación.

—¿Dónde guarda usted su coche?

—Tengo alquilada una plaza en el garaje que hay detrás de Cardigan Garden. ¿Alguna otra pregunta?

—Creo que esto basta por ahora —dijo el inspector Craddock sonriendo—. Siento mucho haber tenido que molestarlo.

Cuando estuvieron fuera, el sargento Wetherall, que encontraba siempre sospechosa la actitud de todo el mundo, observó significativamente:

—No le han gustado las preguntas, no le han gustado nada. Estaba desconcertado.

—Si una persona no ha cometido un asesinato y alguien piensa que sí lo ha hecho, es natural que se moleste, y más si se trata de alguien con la posición de Harold Crackenthorpe. Es natural. Lo que tenemos que averiguar ahora es si alguien le vio aquella tarde en la subasta o en el salón de té. Fácilmente hubiera podido viajar en el tren de las 4.33, arrojar a la mujer y volver en otro tren a Londres con tiempo suficiente para asistir a la cena. Asimismo, hubiera podido aquella noche volver en su automóvil, llevar el cadáver al sarcófago y regresar a Londres. Vaya al garaje a ver qué puede averiguar.

—Sí, señor. ¿Cree usted que es eso lo que pasó?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Es un hombre alto y moreno. Pudo haber estado en aquel tren y está relacionado con Rutherford Hall. Es un posible sospechoso. Vamos ahora a ver al hermano, Alfred Crackenthorpe.

Alfred Crackenthorpe tenía un piso en West Hampstead, en un gran edificio moderno con un gran patio delante, en el que los propietarios de los pisos aparcaban los coches con una cierta falta de consideración hacia los demás.

El piso se alquilaba amueblado y disponía de una cocina americana. Tenía una mesa abatible, un sofá cama y varias sillas de distintos modelos.

Alfred Crackenthorpe los recibió con gran amabilidad, pero al inspector Craddock le pareció que estaba muy nervioso.

—Estoy intrigado. ¿Puedo ofrecerle una copa, inspector?

Levantó una a una varias botellas con un gesto de invitación.

—No, gracias, Mr. Crackenthorpe.

—Huy, eso es que me trae muy malas noticias —y celebró su propia broma.

Luego preguntó de qué se trataba.

El inspector Craddock recitó su pregunta.

—¿Qué estuve haciendo yo en la tarde y noche del veinte de diciembre? ¿Cómo voy a saberlo? Pero si… si hace de esto más de tres semanas.

—Su hermano Harold ha podido decírnoslo con gran exactitud.

—Mi hermano Harold puede que sí. Pero no su hermano Alfred —declaró con un toque de envidiosa malicia—. Harold es el miembro próspero de la familia: ocupado, útil, trabajador. Un tiempo para cada cosa y cada cosa a su tiempo. Si hubiese de cometer un asesinato, lo calcularía todo al detalle.

—¿Ha escogido ese ejemplo por alguna razón en particular?

—¡Oh, no! Me ha pasado por la cabeza, sencillamente. Sería de lo más absurdo.

—Hablemos ahora de usted.

Alfred extendió las manos.

—Ya se lo he dicho. No recuerdo nunca las horas y los lugares. Si usted me hablara del día de Navidad, entonces sí podría contestarle, tendría un punto de referencia. Sé dónde estaba el día de Navidad. Lo pasé con mi padre en Brackhampton. Y no sé por qué, la verdad. El viejo no deja de refunfuñar cuando estamos allí, y refunfuñaría también si no fuéramos a verlo. En realidad, si vamos es para complacer a mi hermana.

—¿Y este año también ha ido?

—Sí.

—Pero, por desgracia, su padre se puso enfermo, ¿verdad?

Craddock seguía deliberadamente una trayectoria sosegada, guiado por el instinto que a veces tanto le ayudaba en el ejercicio de su profesión.

—Se puso enfermo. Teniendo en cuenta que vive como un gorrioncito por la gloriosa causa del ahorro, no es tan extraño que se pusiera malo con el atracón que se dio.

—¿Y eso es todo?

—Naturalmente. ¿Qué más quiere usted?

—Tuve la impresión de que su médico estaba inquieto.

—Oh, ¿ese viejo loco de Quimper? —exclamó Alfred con cierta desconfianza—. No hay que hacerle caso, inspector. Es un alarmista de la peor especie.

—¿De veras? A mí me pareció un hombre muy sensato.

—Es un tonto de remate. Mi padre no está inválido. No tiene nada en el corazón, pero engaña a Quimper cuando y como quiere. Como es natural, cuando mi padre se encontró mal de veras, armó tal escándalo que le obligó a ir de un lado a otro, haciendo preguntas y metiéndose en todo lo que había comido y bebido. ¡Fue ridículo! —exclamó Alfred con un acaloramiento desusado.

Craddock guardó silencio por unos segundos. Alfred, nervioso, le dirigió una mirada furtiva y dijo petulante:

—¿Qué significa esto? ¿Por qué quiere usted saber dónde estaba un determinado viernes, hace tres o cuatro semanas?

—Así que recuerda que era un viernes.

—Me ha parecido que lo decía usted.

—Quizá lo he dicho. En todo caso, el viernes veinte de diciembre es el día sobre el que le pregunto.

—¿Por qué?

—Es simplemente cuestión de rutina.

—Eso es una tontería. ¿Ha descubierto algo más acerca de esa mujer? ¿O sobre su procedencia?

—Nuestra información no está completa todavía.

Alfred le dirigió otra mirada furtiva.

—Espero que no esté usted dejándose llevar por esa descabellada idea de Emma de que podría tratarse de la viuda de mi hermano Edmund. Es una absoluta necedad.

—Esa Martine, ¿no acudió nunca a usted?

—¿A mí? ¡No, Dios mío! ¡Hubiera sido demencial!

—¿Cree usted que hubiera sido más probable que acudiese a su hermano Harold?

—Sí, es más probable. Su nombre aparece frecuentemente en los diarios. Y goza de una buena posición. No me sorprendería que hubiese intentado sacarle algo. Aunque lo hubiera tenido difícil. Harold es tan tacaño como el viejo. Emma, por supuesto, es demasiado buena, y era la hermana favorita de Edmund. Pero, aun

así, no es tan crédula como podría parecer. Era plenamente consciente de que esa mujer podía ser una impostora. Tomó sus disposiciones para que estuviese presente toda la familia, y un abogado desconfiado, por añadidura.

—Muy prudente. ¿Se había fijado una fecha para esta entrevista?

—Tenía que ser poco después de Navidad. El fin de semana siguiente, el día veintisiete… —Se detuvo.

—Ah —dijo Craddock, con un resabio de gusto—. Es decir, que algunas fechas sí las recuerda usted bien.

—Le he dicho que no se fijó una fecha concreta.

—Pero hablaron de ello, ¿cuándo?

—No lo recuerdo.

—¿Y no puede decirme qué es lo que hizo el viernes veinte de diciembre?

—Lo siento, mi memoria está completamente en blanco.

—¿No lleva usted una agenda para las citas?

—No, no las soporto.

—El viernes antes de Navidad, seguro que puede recordarlo.

—Un día jugué al golf con un posible cliente. —Alfred meneó la cabeza—. No, eso fue la semana antes. Probablemente, anduve vagando por ahí. Me paso buena parte de mi tiempo haciendo eso. He comprobado que muchos de los negocios se hacen mejor en los bares que en ninguna otra parte.

—Quizás el personal de estos establecimientos, o algunos de sus amigos, podrían ayudarnos.

—Es posible. Se lo preguntaré. Haré lo que pueda.

Alfred en estos momentos parecía más seguro de sí mismo.

—No puedo decirle a usted lo que hice aquel día. Pero puedo decirle lo que no hice: no asesiné a nadie en el granero.

—¿Por qué dice eso, Mr. Crackenthorpe?

—Vamos a ver, mi querido inspector. Usted está investigando un asesinato, ¿verdad? Y si va por ahí preguntando qué estaba haciendo en tal día y a tal hora, eso significa que está decidiendo a quién puede descartar y a quién no. Me gustaría mucho saber por qué pregunta específicamente por el viernes día veinte. Y ¿entre qué horas? ¿La del almuerzo y medianoche? No puede basarse en el dictamen facultativo, no después del tiempo que ha pasado. ¿Vio

alguien a la mujer colándose en el granero aquella tarde? ¿Advirtió alguien que entraba y no salía? ¿Es eso?

Los ojos penetrantes lo observaban fijamente, pero el inspector Craddock tenía demasiada experiencia para dejarse atrapar en aquel género de provocación.

—Me temo que tendrá que seguir usted haciendo conjeturas —dijo, siempre con afabilidad.

—La policía es tan reservada.

—No sólo la policía. Creo, Mr. Crackenthorpe, que podría usted recordar lo que hizo exactamente aquel viernes, si se lo propusiera. Por supuesto, puede tener razones para no desear recordarlo.

—No me cogerá de ese modo, inspector. Tal vez resulte sospechoso, muy sospechoso, que no pueda recordarlo, ¡pero es así! Espere un momento: estuve en Leeds aquella semana. Me alojé en un hotel cercano al Ayuntamiento, no puedo recordar su nombre, pero lo encontrará usted fácilmente. Sí, puede que fuera aquel viernes.

—Lo comprobaremos. Siento que no haya podido ser de más ayuda, Mr. Crackenthorpe.

—¡Más lo siento yo! Ahí tiene usted a Cedric con una coartada segura en Ibiza, y a Harold con todas las horas justificadas con sus citas y comidas. Y aquí me tiene a mí sin ninguna coartada. Muy triste, y todo tan estúpido. Ya le he dicho que yo no asesino a la gente. E, incluso en el caso de que el cuerpo fuera el de la viuda de Edmund, ¿por qué habría de querer matarla alguno de nosotros? Ahora bien, si se hubiese casado con Harold en la guerra y reapareciera ahora, de repente, la situación hubiera resultado embarazosa para el respetable Harold, bigamia y todo eso. ¡Pero Edmund! Si precisamente todos hubiéramos disfrutado obligando a nuestro padre a que le pasara una pensión y enviase al muchacho a un colegio decente. Nuestro padre se hubiera puesto furioso, pero no hubiera podido negarse a ayudarlo. ¿No quiere beber algo antes de marcharse, inspector? ¿De veras? Lástima que no haya podido serle más útil.

—¿Sabe una cosa, señor?

El inspector Craddock miró a su excitado sargento.

—¿Qué, Wetherall?

—Acabo de recordarlo, señor. A ese pájaro. Me ha venido a la

cabeza de repente. Estuvo complicado en aquel asunto de las frutas enlatadas con Dicky Rogers. Nunca pudimos presentar cargos contra él, es demasiado cauto para eso. Y ha estado relacionado con uno o varios del grupo del Soho. Relojes y ese asunto de las libras esterlinas con los italianos.

¡Pues claro! Craddock comprendió ahora por qué el rostro de Alfred le había resultado vagamente familiar desde el principio. Siempre eran cosas a pequeña escala, nada que pudiera demostrarse. Alfred había estado siempre en la frontera de la legalidad, y siempre encontraba una razón inocente y plausible para justificar su posición. Pero la policía tenía la certeza de que había obtenido de este modo modestos aunque continuos beneficios.

—Esto aclara un poco las cosas.

—¿Cree usted que lo hizo él?

—No, no creo que sea un asesino. Pero esto explica otras cosas, entre ellas, la razón de que no haya podido presentar una coartada.

—Sí, esto se pone feo para él.

—No necesariamente. Es muy fácil fingir que no recuerdas nada. Hay mucha gente que no puede recordar ni lo que hizo la semana anterior. Es un método especialmente útil cuando no quiere uno llamar la atención sobre el modo en que empleó el tiempo, por ejemplo, si fue en interesantes citas en las áreas de aparcamientos de camiones con la cuadrilla de Dicky Rogers.

—Entonces, ¿cree que es inocente?

—No estoy todavía en condiciones de considerar a nadie inocente. Siga investigando, Wetherall.

De regreso a su escritorio, Craddock se sentó con el entrecejo fruncido y tomó notas en un bloc que tenía delante.

Asesino: Un hombre alto y moreno.

¿Víctima? Pudo haber sido Martine, la novia o viuda de Edmund Crackenthorpe.

O Ana Stravinska. Desapareció de la circulación en el momento justo. Edad, vestimenta y aspecto apropiados. No relacionada con Rutherford Hall, dentro de lo que se sabe.

Podía ser la primera esposa de Harold. ¡Bigamia!

¿La querida de Harold? ¡Chantaje!

Si estaba relacionada con Alfred, podría ser chantaje. ¿Sabía algo que hubiera podido enviarlo a él a la cárcel?

Si lo estaba con Cedric, ¿podrían haber tenido tratos en el extranjero? ¿París? ¿Baleares?

O la víctima podría ser Ana S. haciendo el papel de Martine. O la víctima es una mujer desconocida, muerta por asesino desconocido.

—Probablemente sea esto último —afirmó Craddock en voz alta.

Reflexionó con cierto pesimismo sobre la situación. No se podía adelantar mucho en un caso hasta no conocer el móvil. Y hasta el momento, los posibles móviles que se habían establecido eran de lo más absurdo.

Si se hubiera tratado del asesinato del viejo Crackenthorpe. Ahí sí hubiera habido motivo sobrado.

Anotó después:

Preguntar al doctor Q. sobre la enfermedad de Navidad.
Cedric: coartada.
Consultar a miss M. sobre las últimas habladurías.

Capítulo XVI

Al llegar al número 4 de Madison Road, Craddock encontró a miss Marple acompañada de Lucy Eyelesbarrow.

Vaciló por un momento sobre su plan de campaña y acabó por decidir que Lucy Eyelesbarrow podría ser una valiosa aliada.

Después de los oportunos saludos, sacó con solemnidad su cartera, extrajo tres billetes de una libra, añadió tres chelines y se los acercó a miss Marple por encima de la mesa.

—¿Qué es esto, inspector?

—Honorarios por la consulta. Es usted mi asesora en asesinatos. Pulso, temperatura, reacciones locales, posible causa del asesinato en cuestión. Yo sólo soy el pobre médico de la localidad.

Miss Marple le guiñó un ojo. Él le sonrió. Lucy Eyelesbarrow emitió una leve exclamación y luego se echó a reír.

—Venga, inspector Craddock. ¿Es usted humano, después de todo?

—Oh, es que esta tarde no estoy de servicio.

—Ya le dije a usted que nos conocíamos —le indicó miss Marple a Lucy—. Sir Henry Clithering es su padrino, un viejo amigo mío.

—¿Le gustaría saber, miss Eyelesbarrow, lo que mi padrino me dijo de ella la primera vez que hablamos? Dijo que era la detective más hábil que Dios había creado nunca, un genio natural cultivado en suelo fértil. Me dijo que no despreciara nunca a las… —Dermot Craddock se detuvo un momento para hallar un sinónimo de la expresión «viejas gatas»—… a las damas ancianas. Afirmó que, por lo general, éstas pueden explicarle a uno lo que pudo haber ocurrido, lo que debía haber ocurrido ¡y lo que efectivamente ocurrió! Y que pueden decirle además por qué ocurrió. Y añadió que esta dama en particular era la primera de la clase.

—¡Vaya! —exclamó Lucy—. Eso es la mejor carta de recomendación que puedan darle a nadie.

Miss Marple, sonrojada y confundida, daba señales de una nerviosidad extrema.

—Mi querido sir Henry. Siempre tan bondadoso. Realmente, no tengo ninguna habilidad. Sólo, quizás, un ligero conocimiento de la naturaleza humana. Como comprenderá usted, al vivir en un pueblo…

Y añadió con más compostura:

—Por supuesto, me limita un poco no estar en el lugar de los hechos. Me resultaría muy útil porque las personas que veo me recuerdan a otras. Ya saben, la gente es la misma en todas partes, y eso es una guía de gran valor.

Lucy parecía un poco confundida pero Craddock asintió.

—Pero usted fue allí a tomar el té, ¿verdad?

—Sí. Fue muy agradable. Me contrarió un poco no ver al viejo Mr. Crackenthorpe, pero no se puede tener todo.

—¿Cree usted que si se encontrara con la persona que cometió el asesinato lo sabría? —preguntó Lucy.

—Oh, no, en absoluto, querida. Siempre tiende una a hacer conjeturas, y eso es una cosa muy peligrosa cuando se trata de algo tan serio como el asesinato. Lo más que puedo hacer es observar a las personas interesadas, o a las que puedan estar implicadas, y ver a quién me recuerdan.

—¿Como Cedric y el director del banco?

Miss Marple la corrigió:

—El hijo del director del banco, querida. Mr. Eade, por su parte, se parecía mucho más a Mr. Harold, un hombre muy conservador, aunque bastante aficionado al dinero. La clase de hombre, en todo caso, que haría lo que fuera para evitar un escándalo.

Craddock sonrió.

—¿Y Alfred?

—Jenkins, el del garaje —contestó miss Marple con prontitud—. No se puede decir que se apropiara de las herramientas, pero acostumbraba a dar un gato roto o inservible por otro bueno. Además, creo que no era muy honrado en lo referente a las baterías, aunque, claro, yo no entiendo mucho de estas cosas. Sé que Raymond dejó de acudir a su taller y se fue al taller de Milchester Road. En cuanto a Emma —continuó miss Marple con aire pensativo—, me recuerda mucho a Geraldine Webb, siempre tan

pasiva y dominada por su anciana madre. Todo el mundo quedó muy sorprendido cuando murió la madre inesperadamente y Geraldine heredó una considerable suma de dinero, se hizo la permanente, se fue a hacer un crucero y volvió casada con un simpático abogado. Tuvieron dos hijos.

El paralelo era bastante claro.

—¿Cree que fue prudente que aludiera a un hipotético matrimonio de Emma? —preguntó Lucy con cierta inquietud—. No pareció agradar a sus hermanos.

Miss Marple asintió.

—Sí. Muy típico de los hombres. Son incapaces de ver lo que pasa delante de sus ojos. Creo que ni usted misma lo advirtió, Lucy.

—No. No se me hubiera ocurrido pensarlo. Los dos me parecían tan…

—¿Tan viejos? —dijo miss Marple, sonriendo ligeramente—. Yo diría que el doctor Quimper no tiene mucho más de cuarenta años, aunque sus sienes empíecen a encanecer, y es evidente que desea formar un hogar, y Emma Crackenthorpe no llega a los cuarenta. No es aún tan vieja como para no poder casarse y tener familia. Me dijeron que la esposa del doctor murió muy joven, en el parto.

—Eso creo, sí. Emma lo comentó un día.

—Debe de sentirse muy solo —comentó miss Marple—. Un médico que trabaja tanto necesita una esposa, alguien capaz de compartir su soledad, y no demasiado joven.

—Oiga, querida: ¿Estamos investigando un crimen o estamos haciendo de casamenteras?

Miss Marple parpadeó.

—Me temo que soy algo romántica. Quizá porque soy una solterona. Ya sabe, mi querida Lucy, que, en lo que a mí se refiere, ha cumplido usted lo pactado. Si realmente desea unas vacaciones en el extranjero antes de estrenar su nueva colocación, aún le queda tiempo para un corto viaje.

—¿Dejar Rutherford Hall? ¡Nunca! A estas horas soy una detective consumada. Casi tan mala como los muchachos, que se pasan el día buscando pistas. Ayer registraron a fondo los cubos de la basura. Muy desagradable, y no tenían en realidad la menor idea de lo que esperaban encontrar. Si se le acercan a usted con aire de triunfo, inspector Craddock, llevando un trozo de papel roto, con las

palabras escritas: «Martine, si aprecia algo su vida ¡manténgase apartada del granero!», será porque me han dado lástima y lo he escondido yo en la pocilga para que lo encuentren.

—¿Por qué en la pocilga, querida? —preguntó miss Marple con interés—. ¿Tienen cerdos?

—Oh, no. Ahora no. Sencillamente, es que voy allí algunas veces.

Por alguna razón, Lucy se sonrojó. Miss Marple la miró con creciente interés.

—¿Quién hay ahora en la casa? —preguntó Craddock.

—Cedric está allí y Bryan ha venido a pasar el fin de semana. Mañana llegan Harold y Alfred. Han telefoneado esta mañana. En cierto modo, ha removido el avispero, inspector Craddock.

Craddock sonrió.

—Los he agitado un poco. Les pedí que diesen cuenta de sus movimientos el viernes veinte de diciembre.

—¿Y pudieron hacerlo todos?

—Harold pudo. Alfred no pudo o no quiso.

—Creo que las coartadas deben ser terriblemente difíciles —dijo Lucy—. Horas, lugares y fechas. Debe costar mucho trabajo comprobarlas.

—Se necesita tiempo y paciencia, pero ya nos las arreglaremos. —Echó una ojeada a su reloj—. Iré en seguida a Rutherford Hall para hablar con Cedric, pero antes quiero ver al doctor Quimper.

—Llegará usted a tiempo. Abre su consulta a las seis y suele terminar media hora más tarde. Yo tengo que volver para ocuparme de la cena.

—Me gustaría conocer su opinión sobre un punto, miss Eyelesbarrow. ¿Cuál es la impresión de la familia sobre el asunto de Martine?

—Todos están furiosos con Emma por haberle hablado a usted de eso. También con el doctor Quimper, quien la animó a hacerlo. Harold y Alfred creen que era una farsante y que no se trata de la auténtica Martine. Emma no está segura. Cedric cree también que era un fraude, pero no se lo toma en serio como los otros dos. En cambio, Bryan parece estar seguro de que era auténtica.

—Me pregunto por qué será.

—Bueno, Bryan es así. Acepta las cosas sencillamente por lo que

parecen ser. Cree que era la esposa, o mejor dicho, la viuda de Edmund y que tuvo que regresar de improviso a Francia, pero que algún día volverán a tener noticias de ella. El hecho de que no haya escrito hasta este momento le parece lógico, porque él tampoco escribe nunca cartas. Bryan es una persona más bien amable. Como un perro que espera que lo saquen a paseo.

—¿Y lo saca usted de paseo, querida? —preguntó miss Marple—. ¿A la pocilga, quizá?

Lucy le dirigió una viva mirada.

—Tantos caballeros en la casa que van de un lado a otro —murmuró miss Marple con aire pensativo.

Miss Marple pronunciaba la palabra caballeros dándole siempre un resabio Victoriano, eco de tiempos pasados. Y al instante acudía a la mente del que escuchaba la imagen de fogosos y apuestos caballeros (con patillas), a veces pícaros, pero siempre galantes.

—Es usted tan guapa —continuó miss Marple mirándola con aprecio—. Imagino que la cuidarán como oro en paño, ¿verdad?

Lucy se sonrojó ligeramente. Por su mente cruzaron algunas imágenes. Cedric, apoyado en la pared de la pocilga; Bryan, sentado desconsoladamente a la mesa de la cocina; los dedos de Alfred rozando los suyos cuando la ayudó a recoger las tazas del café.

—Los caballeros —opinó miss Marple como quien hablara de alguna especie rara y peligrosa— se parecen mucho en ciertos aspectos, aunque sean muy viejos.

—¡Querida! ¡Cien años atrás la hubieran quemado por bruja!

Les contó la velada proposición matrimonial del viejo Crackenthorpe.

—En realidad —añadió luego Lucy—, todos me han hecho lo que podría usted llamar insinuaciones. La de Harold fue muy correcta: una ventajosa posición financiera en la City. Pero no creo que sea porque me encuentren atractiva. Deben pensar que sé algo.

Se echó a reír.

Pero el inspector no rió.

—Vaya con cuidado. Podrían asesinarla en lugar de hacerle insinuaciones.

—Me imagino que les sería más fácil —convino Lucy. Luego se estremeció ligeramente—. Una se olvida de estas cosas. Esos muchachos se han divertido de tal modo que casi he llegado a verlo

como un juego. Pero no es un juego.

—No —intervino miss Marple—. El asesinato no es un juego. Guardó unos segundos de silencio antes de preguntar—: ¿Los dos muchachos no vuelven pronto al colegio?

—Sí, la semana próxima. Mañana se van a casa de los Stoddart-West a pasar juntos los últimos días de las vacaciones.

—Me alegro. No me gustaría que ocurriese nada mientras están aquí.

—¿Se refiere al anciano Crackenthorpe? ¿Cree usted que él será la próxima víctima?

—¡Oh, no! A él no le ocurrirá nada. Me refiero a los muchachos.

—¿A los muchachos?

—Bien, a Alexander.

—Pero seguramente…

—Eso de ir investigando por ahí, buscando pistas. A los chicos les gustan estas cosas, pero podría resultar muy peligroso.

Craddock la miró con expresión pensativa.

—Así, miss Marple, usted no cree que se trate del asesinato de una desconocida a manos de un hombre desconocido. ¿Cree que está definitivamente relacionado con Rutherford Hall?

—Sí, eso creo.

—Todo lo que sabemos del asesino es que se trata de un hombre alto y moreno. Esto es lo que su amiga dice, y es la única referencia que tenemos. En Rutherford Hall hay tres hombres altos y morenos. Debe usted saber que el día de la encuesta salí para ver a los tres hermanos que esperaban en la acera a que viniese el coche. Estaban de espaldas a mí y los tres con gruesos abrigos. Era sorprendente el parecido. Tres hombres altos y morenos. Y, sin embargo, tienen una constitución física muy diferente. —Suspiró—. Eso dificulta mucho el trabajo.

—Me he estado preguntando —murmuró miss Marple— si todo esto no será quizá mucho más sencillo de lo que suponemos. Los asesinatos son con frecuencia muy simples, y las motivaciones completamente sórdidas y evidentes.

—¿Cree usted en Martine, miss Marple?

—De lo que estoy convencida es de que Edmund Crackenthorpe se casó o se proponía casarse con una muchacha llamada Martine. Emma Crackenthorpe le mostró a usted la carta de su hermano y,

por la impresión que tengo de ella, como por lo que dice Lucy, me inclino a pensar que Emma es absolutamente incapaz de representar una comedia de este género. Es más, ¿por qué habría de hacerlo?

—Así pues, si admitimos la existencia de la tal Martine —dijo Craddock con expresión pensativa—, habría un móvil: la reaparición de Martine con un hijo disminuiría la herencia de los Crackenthorpe, aunque no hasta el extremo de impulsarlos a cometer un asesinato. Todos ellos andan apurados de dinero.

—¿Incluso Harold? —preguntó Lucy con incredulidad.

—Incluso Harold Crackenthorpe, de tan próspera apariencia, no es el financiero cauto y conservador que parece ser. Está con el agua hasta el cuello y complicado en algunos asuntos poco claros. Si pudiera disponer en breve de una considerable suma, podría evitar la bancarrota.

—Pues si es así… —Lucy se detuvo.

—Continúe, miss Eyelesbarrow.

—Lo sé, querida —dijo miss Marple—. Su idea es que sería un asesinato inútil.

—Sí. La muerte de Martine no beneficiaría en nada a Harold, ni a ninguno de los otros, a menos que…

—A menos que muriera Luther Crackenthorpe. Es verdad. También yo lo había pensado. Y Mr. Crackenthorpe padre está, según dice su médico, mucho más sano de lo que cualquier persona extraña imaginaría.

—Durará aún muchos años.

Luego frunció el entrecejo.

—Diga —insistió Craddock, en tono alentador.

—Estuvo algo enfermo por Navidad —continuó Lucy—. Dijo que el doctor se había alarmado mucho por este motivo. «Por su modo de alborotar, cualquiera hubiera creído que me habían envenenado». Éstas fueron sus palabras.

—Sí. Sobre esto precisamente quiero hablar con el doctor Quimper.

—Bien, tengo que retirarme —dijo Lucy—. Dios mío, qué tarde es.

Miss Marple dejó su labor de ganchillo y recogió *The Times* con un crucigrama a medio resolver.

—Me gustaría tener un diccionario. Tonkina y Tokay, siempre

confundo estas dos palabras. Una de ellas creo que es el nombre de un vino húngaro.

—Ése es el Tokay —dijo Lucy, volviendo la cabeza desde la puerta—. Pero una tiene cinco letras y la otra siete. ¿Cuál es la definición?

—Oh, eso no está en el crucigrama —contestó miss Marple con vaguedad—. Está en mi cabeza solamente.

El inspector Craddock la miró con curiosidad. Luego se despidió y salió.

Capítulo XVII

Craddock tuvo que esperar unos minutos mientras el doctor Quimper terminaba su consulta de la tarde. Cuando terminó, se veía cansado y deprimido.

Le ofreció a Craddock una bebida. El inspector aceptó y Quimper preparó dos copas.

—Pobres diablos —comentó dejándose caer en un viejo sillón—. Tan asustados y tan estúpidos. No tiene sentido. Esta tarde he tenido un caso muy triste. Una mujer que hubiera debido venir a verme hace un año. Quizás entonces la hubieran podido operar con éxito, pero ahora es demasiado tarde. Me saca de quicio. La verdad es que la gente es una extraordinaria mezcla de heroísmo y cobardía. La pobre mujer ha sufrido una agonía soportándola sin decir una palabra, sólo porque estaba demasiado asustada para venir y confirmar sus temores. Y en el extremo contrario, tenemos a las personas que vienen y me hacen perder el tiempo porque tienen una inflamación en el meñique y temen que sea un cáncer, cuando no es más que un inofensivo sabañón. Bueno, no me haga caso. Creo que ya me he desahogado bastante ¿Cuál es el motivo de su visita?

—Ante todo, debo darle las gracias por haber aconsejado a miss Crackenthorpe que fuera a verme con la carta de la presunta viuda de su hermano.

—Oh, ¿por eso? ¿Ha servido de algo? En realidad no le aconsejé exactamente que lo hiciera. Fue ella quien quiso ir. Estaba inquieta. Y sus hermanos no lo veían con buenos ojos.

—¿Por qué cree usted que será?

El doctor se encogió de hombros.

—Temían que la dama pudiera resultar legítima, supongo.

—¿Usted cree que la carta era auténtica?

—No tengo idea. No llegué a verla. Me figuro que debía ser de

alguien que estaba enterado de los hechos y se proponía, sencillamente, sacarle dinero. Alguien que esperaba aprovecharse de los buenos sentimientos de Emma. Y en esto se equivocaba radicalmente. Emma no es tonta. No aceptaría en su casa a una cuñada desconocida sin hacerle antes algunas preguntas.

—Pero ¿por qué me pide mi opinión? —añadió con curiosidad—. Yo no tengo nada que ver con esto.

—En realidad, he venido a preguntarle algo distinto, pero no sé cómo empezar.

El doctor Quimper pareció interesado.

—Tengo entendido que no hace mucho tiempo, creo que por Navidad, Mr. Crackenthorpe se sintió bastante enfermo.

Advirtió un cambio repentino en la expresión del médico. Se había endurecido.

—¿Algún trastorno gástrico, quizá?

—Sí.

—Esto es un poco delicado. Mr. Crackenthorpe se envanecía de su buena salud, y decía que se proponía sobrevivir a la mayor parte de la familia. Decía, y perdone usted, doctor…

—¡Oh, no se inquiete por mí! ¡No me hace mella lo que mis pacientes puedan decir de mí!

—Dijo que era usted un maniático. —Quimper sonrió—. Que le había hecho toda clase de preguntas, no sólo sobre lo que había comido, sino también sobre quién se lo había preparado y servido.

El doctor no sonreía ahora. Su expresión volvía a ser dura.

—Continúe.

—Usó alguna frase parecida a ésta: «Hablaba como si creyese que alguien me había envenenado».

Hubo una pausa.

—¿Sospechaba usted eso, doctor?

Quimper no contestó en seguida. Se levantó para pasear arriba y abajo por la habitación. Finalmente, se detuvo frente a Craddock.

—¿Qué demonios espera usted que diga? ¿Cree que un médico puede ir acusando a la gente de intento de envenenamiento sin ninguna prueba?

—Me gustaría únicamente saber, extraoficialmente, si esta idea pasó por su cabeza.

—El viejo Crackenthorpe lleva una vida muy frugal —manifestó

el doctor evasivamente—. Cuando la familia se reúne en Rutherford Hall, Emma organiza grandes banquetes. Resultado: un desagradable ataque de gastroenteritis. Los síntomas correspondían a este diagnóstico.

—Me hago cargo. Aun así, ¿no se sintió de algún modo… como si dijéramos… intrigado?

—Muy bien, muy bien. ¡Sí, me intrigó! ¡Suyo y Sinceramente Intrigado! ¿Ya está contento?

—Sí. ¿Qué es lo que en realidad sospechaba o temía?

—Los síntomas gástricos varían, desde luego, pero había ciertas manifestaciones que hubieran sido, digamos, más compatibles con el envenenamiento por arsénico que por una sencilla gastroenteritis. Pero tenga en cuenta que las dos cosas son muy parecidas. Hombres más sabios que yo no han acertado a reconocer el envenenamiento por arsénico y han extendido un certificado con la mejor buena fe.

—¿Y cuál fue el resultado de sus investigaciones?

—Mis sospechas resultaron infundadas. Mr. Crackenthorpe me aseguró que había sufrido ataques semejantes antes de que yo le asistiera y por la misma causa, según me dijo. Siempre los había tenido después de un atracón.

—Atracones que coincidían con la casa llena. ¿Con familiares o con invitados?

—Sí. Eso parece lógico. Pero, francamente, Craddock, no me quedé tranquilo. Llegué al extremo de escribir al viejo doctor Morris. Habíamos trabajado juntos y se retiró poco después de haberse iniciado nuestra relación. Crackenthorpe había sido paciente suyo. Le pregunté sobre los ataques que había sufrido el viejo.

—¿Y qué le dijo?

Quimper sonrió.

—Se enfadó conmigo y, en otras palabras, me dijo «que dejase de decir tonterías». Bueno —prosiguió, encogiéndose de hombros—, es de presumir que sí, que probablemente me comporté como un tonto redomado.

—No sé. —Craddock pensó por unos instantes y luego se decidió a hablar con franqueza—. Dejando a un lado la discreción, doctor, hay personas que pueden beneficiarse considerablemente cuando muera Luther Crackenthorpe. —El doctor asintió—. Es viejo, pero

está sano y robusto. ¿Podría llegar a los noventa años?

—Fácilmente. Se pasa la vida cuidándose y tiene una constitución fuerte.

—¿Y sus hijos? ¿Van todos escasos de fondos?

—Deje a Emma fuera de esto. Ella no es una envenenadora. Estos ataques siempre se presentan cuando están allí los otros, no cuando están solos padre e hija.

El inspector pensó que ésta sería una precaución elemental si fuese ella la culpable. Pero tuvo la cautela de no decirlo en voz alta.

—Seguramente, ya sé que soy lego en la materia, pero suponiendo, y sólo es una hipótesis, que el arsénico le hubiera sido administrado, ¿no habría sido mucha suerte para Crackenthorpe haberse librado de la muerte?

—Ahí está el problema. Es precisamente este hecho el que me induce a pensar que he sido, como dice Morris, un tonto redomado. Es obvio que en este caso no se da la circunstancia de que se administren regularmente pequeñas dosis de arsénico, que es el método más habitual. Pero por otro lado, Crackenthorpe no ha tenido nunca ninguna enfermedad gástrica crónica. Y eso es lo que hace que esos ataques violentos y repentinos resulten tan sospechosos. Por lo tanto, si admitimos que no son debidos a causas naturales, parecería como si el envenenador fallase cada vez que lo intenta, y eso no tiene sentido.

—¿Quiere decir que no acierta a administrar la dosis suficiente?

—Sí. Por otra parte, Crackenthorpe posee una constitución fuerte y lo que podría producir efecto en otro no lo produce en él. Hay que contar siempre con las características personales. Lo lógico sería que el envenenador, a no ser que padezca una timidez desusada, hubiera aumentado la dosis. ¿Por qué no lo ha hecho? Es decir, si es que hay un envenenador y probablemente no existe. Todo esto tiene que ser cosa de mi condenada imaginación, desde el principio hasta el fin.

—Es un extraño problema, sí —convino el inspector—. No parece tener lógica.

—¡Inspector Craddock!

La ansiosa llamada sobresaltó al inspector que se disponía a tocar el timbre de la puerta principal.

Alexander y su amigo Stoddart-West salieron con cautela de las

sombras.

—Hemos oído el coche y queríamos hablar con usted.

—Bueno, entremos. —La mano de Craddock volvió a acercarse al timbre, pero el joven Alexander le tiró de la manga con la ansiedad de un perro cariñoso.

—Hemos encontrado una pista.

—Sí, hemos encontrado una pista —repitió Stoddart-West.

«¡Maldita chica!», pensó Craddock.

—Espléndido —dijo con no demasiado entusiasmo—. Entremos y podremos examinarla.

—No —insistió Alexander—. Seguro que dentro alguien vendrá a interrumpirnos. Venga al cuarto de los arneses. Nosotros le guiaremos.

Craddock se dejó guiar, dando la vuelta a la esquina de la casa y siguiendo hasta el patio de los establos. Stoddart-West empujó una pesada puerta y encendió la luz. El cuarto de los arneses, que había sido la suprema expresión de la época victoriana, era ahora un triste almacén de trastos inútiles: sillas de jardín rotas, herramientas de jardinería oxidadas, una gran cortadora de césped, colchones de muelles enmohecidos, hamacas y redes de tenis deshilachadas.

—Venimos mucho —dijo Alexander—. Aquí puedes estar sólo sin que te molesten.

Había ciertos indicios que indicaban que aún se hacía uso del lugar. Los colchones estaban amontonados formando una especie de diván; en una vieja mesa había una gran lata de bizcochos de chocolate, una buena provisión de manzanas, una caja de caramelos y un rompecabezas.

—Es una pista muy buena, señor —afirmó Stoddart-West con los ojos brillantes tras los cristales de las gafas—. La hemos encontrado esta tarde.

—Hemos estado buscando durante días enteros. Entre la maleza.

—Y en los huecos de los árboles.

—Y hemos registrado los cubos de la basura.

—Había allí algunas cosas divertidas e interesantes.

—Y luego fuimos al cuarto de la caldera.

—El viejo Hillman guarda allí una bañera llena de papeles inútiles.

—Por si se apaga la caldera y quiere volver a encenderla.

—Recoge todos los papeles viejos que se lleva el viento y los almacena allí.

—Y allí es donde la hemos encontrado.

—¿Encontrado el qué? —exclamó Craddock, interrumpiendo aquel dúo.

—La pista. Cuidado, Stoddart, ponte los guantes.

Con aire importante y dentro de la mejor tradición de las historias de detectives, James Stoddart-West sacó un par de guantes algo sucios y un álbum de fotografías. Del álbum extrajo con la mayor meticulosidad un sobre manchado y arrugado que entregó al inspector solemnemente.

Dominados por la excitación, los dos muchachos contuvieron el aliento.

Craddock tomó el papel también con la solemnidad debida. Los muchachos le caían bien y estaba dispuesto a acomodarse al juego.

La carta había pasado por el correo, aunque aquello no era más que un sobre roto, sin contenido, dirigido a miss Martine Crackenthorpe, 136 Elvers Crescent.

—¿Lo ve usted? —dijo Alexander excitado—. Esto demuestra que ella estuvo aquí, quiero decir, la esposa francesa del tío Edmund, la que ha armado todo este revuelo. Debió venir aquí y se le cayó el sobre en alguna parte. Eso parece, ¿no es cierto?

—Yo diría que es ella la mujer asesinada —añadió James— quiero decir que… ¿no lo cree usted así, señor, que tiene que ser la que fue encontrada en el sarcófago?

Esperaron con gran interés la opinión de Craddock.

—Posible, muy posible.

—Es una pista importante, ¿verdad?

—Hará comprobar las huellas dactilares, ¿no es cierto, señor?

—Desde luego.

Stoddart-West lanzó un profundo suspiro.

—Hemos tenido mucha suerte, ¿no es verdad? Y en nuestro último día.

—¿En vuestro último día?

—Sí —contestó Alexander—. Mañana me voy a la casa de Stoddart a pasar los pocos días que quedan de las vacaciones. La familia de Stoddart tiene una casa estupenda estilo Reina Ana.

—William and Mary —dijo con tono de suficiencia Stoddart-

West.

—Tu madre dijo…

—Mamá es francesa y no entiende gran cosa de arquitectura inglesa.

Craddock estaba examinando el sobre.

—Pero tu padre dijo que fue edificada…

Lucy Eyelesbarrow había sido muy hábil. ¿Cómo se las había arreglado para falsificar el matasellos de correos? Lo miró de cerca, pero la luz era muy débil. Esto era muy divertido para los muchachos, naturalmente, pero algo embarazoso para él. La pícara de Lucy no había tenido eso en cuenta. Si aquel sobre fuese auténtico, le señalaría una línea de acción.

Junto a él proseguía una acalorada discusión sobre arquitectura, pero sus oídos estaban sordos.

—Venga, muchachos. Vamos a la casa. Me habéis ayudado mucho.

Capítulo XVIII

Craddock entró por la puerta posterior escoltado por los muchachos. Éste parecía ser el camino acostumbrado. La cocina estaba bien iluminada y alegre. Lucy, con un gran delantal blanco, estaba trabajando la masa de un pastel. Apoyado contra el aparador y observándola con una especie de atención perruna, estaba Bryan Eastley, atusándose el gran bigote rubio.

—¡Hola, papá! —dijo Alexander—. ¿Vuelves a estar aquí?

—Me gusta este lugar, si miss Eyelesbarrow no tiene inconveniente.

—Oh, ninguno. Buenas tardes, inspector Craddock.

—¿Viene a investigar en la cocina? —preguntó Bryan con interés.

—No exactamente. ¿Mr. Cedric Crackenthorpe está aquí?

—Sí. Cedric está aquí. ¿Desea verlo?

—Me gustaría hablar un momento con él, si me hace el favor.

—Iré a ver si está en la casa —dijo Bryan—. Tal vez haya salido a dar una vuelta.

Y salió.

—Muchas gracias —le dijo Lucy—. Tengo las manos llenas de harina, de lo contrario, hubiera ido yo.

—¿Qué está preparando? —preguntó Stoddart-West, muy interesado.

—Flan de melocotón.

—¡Bien!

—¿Cenaremos pronto? —preguntó Alexander.

—No.

—¡Dios mío! Tengo un hambre terrible.

—Hay un trozo de tarta de jengibre en la despensa.

Los dos muchachos echaron a correr al mismo tiempo y chocaron en la puerta.

—Son como una plaga de langostas —comentó Lucy.

—La felicito —le dijo Craddock.

—¿Por qué?

—Por su ingenio a propósito de esto.

—¿A propósito de qué?

Craddock le indicó el álbum con el sobre.

—Está muy bien hecho.

—¿De qué habla?

—De esto, mi querida muchacha, de esto. —Lo sacó a medias.

Ella le miró sin comprender.

De repente, Craddock se sintió mareado.

—¿No ha falsificado usted esta pista y la ha puesto en el cuarto de la caldera para que la encontrasen los muchachos? Rápido, dígamelo.

—No tengo la menor idea de lo que me está hablando. ¿Quiere usted decir que…?

Craddock se apresuró a guardarse en el bolsillo el álbum al ver que volvía Bryan.

—Cedric está en la biblioteca. Vaya allí.

Y volvió a su sitio junto al aparador. El inspector Craddock se encaminó a la biblioteca.

Cedric Crackenthorpe parecía encantado de ver al inspector.

—¿Todavía investigando? —preguntó—. ¿Ha adelantado algo?

—Creo que hemos avanzado algo, Mr. Crackenthorpe.

—¿Han descubierto de quién era el cadáver?

—No hemos llegado a una identificación definitiva, pero tenemos una idea bastante aproximada.

—¡Estupendo!

—A causa de las últimas informaciones, necesitamos algunas aclaraciones más. Empiezo por usted, Mr. Crackenthorpe, ya que está aquí.

—No me quedaré mucho más tiempo. Regreso a Ibiza dentro de uno o dos días.

—Entonces llego en el momento oportuno.

—Prosiga, por favor.

—Quiero una relación detallada de los lugares en que estuvo, y de lo que hizo el viernes veinte de diciembre.

Cedric le dirigió una viva mirada. Luego se recostó, bostezó,

adoptó una expresión de gran indiferencia y pareció esforzarse por recordar.

—Como ya le dije, me encontraba en Ibiza. El problema es que allí todos los días son iguales. Pintar por la mañana, siesta de tres a cinco. A veces tomo unos apuntes si la luz es buena. Luego tomo un aperitivo, en algunas ocasiones con el alcalde, en otras con el médico, en el café de la plaza mayor. Después de esto, alguna comida improvisada. La mayor parte de la velada en el Scotty's Bar con algunos de mis amigos de la clase baja. ¿Es suficiente?

—Preferiría que me dijera usted la verdad, Mr. Crackenthorpe.

Cedric se incorporó en su asiento.

—Ésa es una observación muy ofensiva, inspector.

—¿Eso cree usted? Mr. Crackenthorpe, usted dice que salió de Ibiza el 21 de diciembre y llegó a Inglaterra el mismo día.

—Y así fue. ¿No es así, Emma?

Miss Crackenthorpe acababa de entrar en la biblioteca. Su mirada inquisitiva pasó de Cedric al inspector.

—Escucha, Emma. Yo llegué aquí para pasar la Navidad, el sábado anterior. Vine directamente del aeropuerto. ¿No es cierto?

—Sí —contestó Emma con extrañeza—. Llegaste aquí hacia el mediodía.

—Ahí lo tiene.

—Debe usted creernos muy tontos, Mr. Crackenthorpe —señaló Craddock siempre amable—. Sabe que podemos comprobarlo. ¿Puede enseñarme su pasaporte?

Hizo una pausa expectante.

—No puedo encontrar ese maldito documento —replicó Cedric—. Llevo buscándolo toda la mañana. Quería enviarlo a la agencia de viajes Cook.

—Creo que lo encontrará, Mr. Crackenthorpe, pero no será necesario. Los registros demuestran que entró en este país en la noche del diecinueve de diciembre. Quizá querrá usted darme cuenta de sus movimientos desde aquella hora hasta la del almuerzo del día veintiuno, en que llegó aquí.

Cedric parecía molesto.

—Esto es el infierno de la vida de hoy —dijo irritado—. Tanta burocracia y tanto trámite. Eso es lo que pasa en un Estado de burócratas. ¡Ya no puede uno ir adonde quiera ni hacer lo que le

plazca! Siempre sale alguien haciendo preguntas. Y de todas formas, ¿a qué viene todo ese alboroto sobre el día veinte? ¿Qué tiene de particular ese día?

—Es el día en el que creemos que se cometió el asesinato. Naturalmente, usted puede negarse a contestar, pero…

—¿Quién dice que me niego a contestar? Déme tiempo hombre. En la encuesta judicial no parecían nada seguros sobre la fecha del asesinato. ¿Qué ha sucedido desde entonces?

Craddock no contestó.

Cedric miró a Emma de reojo:

—Creo que deberíamos ir a otra habitación.

—Les dejo a ustedes —se apresuró a decir Emma. Se detuvo en la puerta y añadió—: Ya comprenderás que esto es serio, Cedric. Si el veinte fue la fecha, debes decirle al inspector Craddock todo lo que hiciste paso a paso.

—La buena de Emma —dijo Cedric—. Bueno, ahí va mi historia. Sí. Salí de Ibiza el diecinueve. Mi plan era detenerme en París y pasar un par de días con algunos antiguos amigos de la Rive Gauche. Pero el caso es que venía en el avión una mujer muy atractiva. Algo delicioso. Hablando con franqueza, ella y yo estuvimos juntos. Ella iba a Estados Unidos y tenía que pasar un par de noches en Londres. Llegamos a Londres el día diecinueve. Nos alojamos en el Kingsway Palace (por si sus espías no lo han descubierto aún). Di el nombre de John Brown. Nunca conviene usar el nombre verdadero en estas ocasiones.

—¿Y el día veinte?

Cedric hizo una pausa.

—Una mañana muy ocupada con los efectos de una resaca terrible.

—¿Y la tarde, desde las tres en adelante?

—Déjeme pensar. Estuve vagando por ahí. Fui a la National Gallery, lo cual es una ocupación bastante respetable. Vi una película: Rowenna of the Range. Siempre me han apasionado las del oeste. Ésta era espléndida. Luego un par de copas en el bar, un sueñecito en mi habitación y, hacia las diez, a la calle otra vez con la amiguita y una visita a varios antros de moda. No puedo recordar siquiera sus nombres. Jumping Frog creo que era uno de ellos. Ella los conocía todos, me emborraché a conciencia y, para ser sincero,

no recuerdo apenas nada más hasta que me desperté a la mañana siguiente con una resaca de mil diablos. Me eché agua fría en la cabeza, le pedí al farmacéutico que me preparara algo bien fuerte y vine aquí como si acabase de aterrizar en Heathrow. Pensé que no había necesidad de preocupar a Emma. Ya sabe usted lo que son las mujeres, siempre se ofenden si no vienes a casa directamente. Tuve que pedirle prestado el dinero para pagar el taxi. Yo venía completamente limpio. Inútil pedírselo al viejo. No hubiera soltado nada. Es un bruto y, además, sumamente tacaño. Bien, inspector, ¿está usted satisfecho?

—¿Puede probar, Mr. Crackenthorpe, lo que estuvo haciendo entre las tres y las siete de la tarde?

—Yo diría que no —contestó Cedric con buen humor—. La National Gallery, donde el personal te miran sin ver, y un cine lleno. No, no puedo.

Emma entró de nuevo. Traía en la mano una pequeña agenda.

—Desea usted saber lo que hizo todo el mundo el veinte de diciembre, ¿no es así, inspector Craddock?

—Así es, miss Crackenthorpe.

—He estado mirando mi agenda. El veinte fui a Brackhampton para asistir a una sesión de la Church Restoration Fund. Terminó hacia la una menos cuarto y almorcé con lady Adington y miss Barlett, que pertenecen al comité, en la cafetería Cadena. Después del almuerzo, hice algunas compras para Navidad. Fui a Greenford's, Lyall y Swift's y a Boot's y, probablemente, a algunas otras tiendas. Tomé el té hacia las cinco menos cuarto en el Shamrock Tea Rooms y luego fui a la estación a recibir a Bryan. Volví a casa hacia las seis y encontré a mi padre de muy mal humor. Le había dejado preparada la comida, pero miss Hart, que tenía que venir por la tarde a servirle el té, aún no había llegado. Estaba tan enfadado que se encerró en su habitación y no quiso dejarme entrar ni hablar conmigo. No le gusta que salga por la tarde, pero yo salgo de vez en cuando.

—Y hace usted bien. Gracias, miss Crackenthorpe.

Craddock se calló la observación de que, siendo una mujer de un metro sesenta de altura, sus actividades durante aquella tarde no tenían mayor importancia. En cambio le dijo:

—Tengo entendido que sus otros dos hermanos vinieron más

tarde.

—Alfred llegó a última hora de la tarde del sábado. Dijo que había intentado hablar conmigo por teléfono, pero mi padre, cuando se enfada, no contesta el teléfono. Mi hermano Harold no vino hasta la víspera de Navidad.

—Gracias, miss Crackenthorpe.

—Supongo que no debería preguntarlo —dijo ella, y vaciló antes de continuar—: ¿Qué es lo que ha ocurrido que le obliga a hacer estas preguntas?

Craddock sacó del bolsillo la cartera y cogió el sobre con las puntas de los dedos.

—Hágame el favor de no tocarlo. ¿Reconoce usted esto?

—Pero… —y Emma le miró llena de asombro—. Es mi letra. Es la carta que escribí a Martine.

—Ya lo suponía.

—¿Cómo la tiene usted? ¿Acaso ella…? ¿La ha encontrado?

—Es muy probable, sí. Este sobre vacío fue hallado aquí.

—¿En la casa?

—En sus dependencias.

—Entonces ¡ella estuvo aquí! Ella… ¿Quiere decir que era Martine la que estaba en el sarcófago?

—Eso parece, miss Crackenthorpe —respondió Craddock amablemente.

Y pareció más probable aún cuando, al regresar a la ciudad, encontró un mensaje de Armand Dessin:

> *Una de sus amigas ha recibido una postal de Anna Stravinska. ¡Al parecer, era cierta la historia del crucero! Ha llegado a Jamaica y está pasando, como dicen ustedes, ¡una temporada maravillosa!*

Craddock hizo una pelota con el mensaje y lo echó a la papelera.

—Debo decir —exclamó Alexander, sentándose en la cama mientras comía un trozo de chocolate— que éste ha sido un día estupendo. ¡Mira que encontrar una pista verdadera! —Y en su voz vibraba un cierto deje de temor. Luego añadió sonriendo—: En realidad, estas vacaciones han sido estupendas. No creo que vuelva a vivir nunca una experiencia así.

—Espero que no vuelva a sucederme nunca a mí —dijo Lucy,

que estaba arrodillada guardando la ropa de Alexander en una maleta—. ¿Quieres llevarte todas estas novelas?

—No, las dos de encima ya las he leído. El balón, las botas de fútbol y las botas de goma pueden ir por separado.

—¡Cuántas cosas llevas en tus viajes!

—Eso no importa. Vienen a buscarnos en el Rolls. Tienen un Rolls estupendo. Y tienen también uno de esos nuevos Mercedes Benz.

—Deben de ser muy ricos.

—¡Enormemente! Y muy amables, además. De todos modos, preferiría que no nos marchásemos de aquí. Podría aparecer otro cadáver.

—Sinceramente, espero que no.

—En los libros pasa continuamente. Quiero decir que alguien que ha visto u oído algo es eliminado también. Hasta podría ser usted —añadió, desenvolviendo una segunda chocolatina.

—¡Qué simpático!

—No deseo que sea usted —le aseguró Alexander—. Me resulta muy simpática, y lo mismo a Stoddart. Y como cocinera es fantástica. Sus platos son absolutamente deliciosos. Y es muy inteligente además.

—Gracias de nuevo, pero no tengo la intención de ser asesinada sólo por complacerte.

—Bien, entonces vale más que tenga cuidado.

Hizo una pausa para tragar un poco más de chocolate y después añadió con un tono algo curioso.

—Si papá aparece por aquí de vez en cuando, ¿le cuidará usted?

—Sí, por supuesto —contestó Lucy, algo sorprendida.

—El problema con papá —le informó Alexander— es que la vida de Londres no le sienta bien. Se relaciona con mujeres muy poco apropiadas. —Meneó la cabeza con expresión preocupada—. Yo siento mucho afecto por él, pero necesita alguien que le cuide. Va por ahí a la deriva y se mezcla con gente que no le conviene. Es una lástima que muriese mamá. Bryan necesita tener un hogar.

Miró a Lucy solemnemente y alargó la mano para tomar otra chocolatina.

—Una cuarta, no, Alexander —suplicó Lucy—. Te sentará mal.

—Oh, no lo crea. Una vez me tomé seis seguidas y como si nada.

No soy de naturaleza débil. —Hizo una pausa y añadió después—: Usted le gusta a Bryan, ¿sabe?

—Es muy halagador de su parte.

—Para algunas cosas es un tonto redomado —afirmó el hijo de Bryan—. Pero era un gran piloto de caza. Es muy valiente y muy buena persona.

Se detuvo. Luego, dirigiendo la mirada al techo, continuó como hablando para sí mismo:

—Creo verdaderamente que sería bueno que volviese a casarse. Con alguien agradable. A mí por mi parte, no me importaría en absoluto tener madrastra. Quiero decir que no me importaría si fuese una mujer como Dios manda.

Lucy empezó a comprender con cierta sorpresa que había cierta intención bien clara en la conversación de Alexander.

—Todas esas tonterías sobre las madrastras —continuó el muchacho, siempre dirigiéndose al techo— están realmente pasadas de moda. Muchos muchachos que Stoddart y yo conocemos tienen madrastra, por los divorcios y todo eso, y se llevan muy bien. Depende de cómo sea ella, por supuesto. Y, por supuesto, es un poco pesado que le saquen a uno a pasear en los días de fiesta. Quiero decir, si hay dos parejas de padres. ¡Aunque, por otra parte, esto va bien si uno va mal de dinero! —Y se detuvo enfrentado a los problemas de la vida moderna—. Es más bonito tener tu propia casa y tus propios padres, pero si a uno se le ha muerto la madre… bueno, ¿comprende lo que quiero decir? Si es una mujer agradable —repitió por tercera vez.

Lucy se sintió conmovida.

—Creo que eres muy inteligente, Alexander. Hemos de intentar encontrar una buena esposa para tu querido padre.

—Sí —afirmó Alexander—, creo que se lo he dicho hace un momento. A Bryan le cae usted muy bien. Así me lo dijo.

Lucy pensó que realmente había por allí muchos casamenteros. ¡Primero miss Marple y ahora Alexander!

Por algún motivo, recordó la pocilga.

Se puso en pie.

—Buenas noches, Alexander. Sólo faltarán por meter en la maleta por la mañana las toallas y el pijama. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Alexander.

Se acostó en la cama, posó su cabeza en la almohada, cerró los ojos, la viva imagen de un ángel dormido, y se durmió en seguida.

Capítulo XIX

—No es muy concluyente —afirmó el sargento Wetherall, con el mismo aire sombrío de siempre.

Craddock leía el informe sobre la coartada de Harold Crackenthorpe para el veinte de diciembre.

Le habían visto en Sotheby's hacia las tres y media, pero se creía que se había retirado poco después. No habían reconocido su foto en el salón de té Russell, pero como era la hora punta y él no era un cliente habitual, esto no podía causar mucha extrañeza. Su criado confirmó que había regresado a Cardigan Gardens para cambiarse a las siete menos cuarto, algo tarde quizá, porque la cena estaba prevista para las siete y media y, en consecuencia, Crackenthorpe se había mostrado un poco irritable. No recordaba haberle oído entrar aquella noche, pero como había pasado algún tiempo desde entonces, le era imposible precisar y, en todo caso, no siempre oía entrar a Crackenthorpe. A él y a su esposa les gustaba retirarse temprano siempre que podían. El garaje en el que Harold guardaba su coche era un local particular en arriendo, y no había allí nadie para advertir quién entraba o salía.

—Nada de nada —dijo Craddock con un suspiro.

—Asistió, efectivamente, al Caterer's, pero se marchó algo temprano, antes de que terminasen los discursos.

—¿Qué hay de las estaciones de ferrocarril?

Tampoco habían podido averiguar nada en Brackhampton ni en Paddington. Hacía de aquello cerca de cuatro semanas y hubiera sido un milagro encontrar a alguien que recordase algo.

Craddock suspiró y alargó la mano para recoger el informe sobre Cedric. También era negativo, aunque un taxista recordaba vagamente haber llevado a la estación de Paddington aquel día a alguna hora de la tarde a alguien «que se parecía a ese tipo». Pantalones sucios y melena. Protestó y juró un poco porque las

tarifas habían subido desde su última visita a Inglaterra. Recordaba el día porque ganó un caballo llamado Crawler y le habían pagado la apuesta quince por uno. En el momento en que se apeaba aquel tipo, escuchó la noticia por la radio y se fue a su casa a celebrarlo.

—¡Alabado sea el Señor por las carreras de caballos! —exclamó Craddock, y apartó el informe.

—Y aquí tiene el de Alfred —dijo el sargento Wetherall.

Un matiz en su voz hizo que Craddock lo mirara intrigado. Wetherall tenía la expresión satisfecha de quien ha guardado lo mejor para el final.

En conjunto, el informe resultaba poco satisfactorio. Alfred vivía solo en su piso y no entraba ni salía a horas fijas. Sus vecinos no eran gente curiosa y, en todo caso, eran en su mayoría oficinistas que estaban ausentes todo el día. Pero el grueso dedo de Wetherall le indicó el último párrafo del informe.

El sargento Leakie, encargado de un caso de asaltos a camiones, había estado en el Load of Bricks, un parador en la carretera Waddington-Brackhampton, siguiendo la pista de ciertos camioneros. Había visto a Chick Evans, uno de los de la cuadrilla de Dicky Rogers, en compañía de Alfred Crackenthorpe, al que conocía por haberle visto declarar en el caso de Dicky Rogers. Y se preguntó qué podían estar tramando aquellos dos. Hora, las 9.30 de la noche del viernes veinte de diciembre. Pocos minutos más tarde, Alfred Crackenthorpe tomó un autobús en dirección a Brackhampton. William Baker, uno de los revisores de la estación de Brackhampton, recordaba haber taladrado el billete de un caballero al que reconoció como uno de los hermanos de miss Crackenthorpe, un momento antes de salir el tren de las 11.55 a Paddington. Recordaba el día porque había circulado la historia de que una vieja maniática juraba haber visto estrangular a una mujer en un tren aquella tarde.

—¿Alfred? —dijo Craddock al dejar el informe—. ¿Alfred? No sé.

—Esto lo sitúa en el lugar —señaló Wetherall.

Craddock asintió. Sí, Alfred podía haber tomado el tren de las 4.33 a Brackhampton, cometer el asesinato durante el trayecto, y luego ir en autobús hasta el Load of Bricks. Salir de allí a las 9.30 y tener tiempo sobrado para ir a Rutherford Hall, trasladar el cadáver

del terraplén al sarcófago y llegar a Brackhampton a tiempo para regresar a Londres en el tren de las 11.55. Incluso era posible que alguno de la cuadrilla de Dicky Rogers le hubiera ayudado a llevar el cadáver, aunque Craddock no lo creía probable. Eran una cuadrilla poco recomendable, pero no asesinos.

—¿Alfred? —repitió con aire pensativo.

En Rutherford Hall tenían una reunión familiar. Harold y Alfred habían llegado de Londres y muy pronto las voces subieron de tono y se inflamaron los temperamentos.

Lucy preparó, por propia iniciativa, una jarra de cócteles con hielo, y los llevó a la biblioteca. Las voces sonaban claramente en el vestíbulo y en casi todas se reproducían las críticas a Emma.

—Es culpa tuya, Emma —decía Harold con voz iracunda—. Cómo has podido ser tan ciega, no puedo comprenderlo. Si no hubieras llevado esa carta a Scotland Yard y dado lugar a todo esto…

—¡Sin duda has perdido el juicio! —exclamó la voz aguda de Alfred.

—Basta de reproches —intervino Cedric—. Lo hecho, hecho está. Mucho más sospechoso hubiera sido si identificaran a la mujer como Martine y nosotros no hubiésemos dicho una palabra.

—Todo eso está muy bien para ti, Cedric —opinó Harold enojado—. Tú estabas fuera del país el veinte, que parece ser el día que investigan. Pero es muy embarazoso para Alfred y para mí. Afortunadamente recuerdo dónde estaba aquella tarde y en qué me ocupaba.

—Ya lo creo —intervino Alfred—. Si pensabas cometer un asesinato, Harold, estoy seguro de que prepararías cuidadosamente tu coartada.

—De lo que deduzco que tú no has sido tan afortunado —contestó Harold fríamente.

—Eso depende —replicó Alfred—. Nada peor que presentar a la policía una coartada indiscutible si no es realmente indiscutible. Acaban siempre descubriendo el engaño.

—Si lo que estás insinuando es que yo maté a la mujer.

—Oh, callad todos —exclamó Emma—. Naturalmente que ninguno de vosotros mató a la mujer.

—Y para tu información, te diré que no estaba fuera de

Inglaterra el día veinte —dijo Cedric—. ¡Y la policía lo sabe! De modo que todos somos sospechosos.

—Si no hubiera sido por Emma.

—Oh, no empieces otra vez, Harold —protestó Emma.

El doctor Quimper salió del despacho donde había estado con el anciano Mr. Crackenthorpe. Su mirada se posó en la jarra que Lucy tenía en la mano.

—¿Qué es esto? ¿Una celebración?

—Es más bien como un bálsamo para apaciguar los ánimos. No dejan de discutir.

—¿Reproches?

—Están regañando a Emma.

El doctor Quimper enarcó las cejas.

—¿De veras? —Tomó la jarra de manos de Lucy, abrió la puerta de la biblioteca y entró.

—Buenas noches.

—Ah, doctor Quimper, me gustaría hablar un momento con usted —dijo Harold con voz alta e irritada—. Desearía saber qué se proponía usted hacer interfiriendo en un asunto privado de la familia y diciéndole a mi hermana que fuese a Scotland Yard.

El doctor Quimper contestó con calma:

—Miss Crackenthorpe me pidió mi opinión. Yo se la di. Creo que obró perfectamente.

—¿Se atreve a decir…?

—¡Muchacha!

Era la salutación familiar del viejo Crackenthorpe. Asomaba la cabeza por la puerta del despacho, justo detrás de Lucy.

Lucy se volvió casi de mala gana.

—Diga, Mr. Crackenthorpe.

—¿Qué nos da esta noche para cenar? Quiero curry. Usted lo prepara muy bien. Hace mucho tiempo que no tomamos curry.

—A los muchachos no les gusta.

—Los muchachos, los muchachos. ¿Qué importan los muchachos? Yo soy el que importa. Y de todos modos los muchachos se han marchado. Buen viaje. Quiero un buen curry picante, ¿me oye?

—Muy bien, Mr. Crackenthorpe. Lo tendrá usted.

—Estupendo. Es usted una buena muchacha, Lucy. Usted me

cuida a mí y yo cuidaré de usted.

Lucy volvió a la cocina. Prescindió del fricassée de pollo que había proyectado y empezó los preparativos para hacer el curry. Oyó que la puerta principal se cerraba con violencia y, desde la ventana, vio al doctor Quimper caminar furioso hasta su coche y marcharse.

Lucy suspiró. Encontraba a faltar a los muchachos. Y también a Bryan.

Comenzó a preparar los champiñones.

En todo caso, iba a dar a la familia una espléndida comida. ¡Alimentar a las fieras!

Eran las tres de la madrugada cuando el doctor Quimper dejó su coche en el garaje, cerró las puertas y entró en su casa con aire fatigado. Bueno, Mrs. Josh Simpkins tenía un par de hermosos y sanos gemelos que añadir a su actual familia de ocho. Mr. Simpkins no había manifestado gran alborozo ante la noticia.

—Gemelos —protestó malhumorado—, ¿para qué sirven? Si fueran cuatrillizos, servirían para algo. Recibes toda clase de regalos, vienen los de la prensa, sales en el periódico y dicen que hasta la Reina te manda un telegrama. Pero ¿qué son unos gemelos sino dos bocas que alimentar en lugar de una? Nunca hubo gemelos en nuestra familia, ni tampoco en la de mi mujer. Esto no está bien.

El doctor Quimper subió a su dormitorio y empezó a desnudarse. Echó una ojeada a su reloj. Las tres y cinco minutos. Había resultado más difícil de lo esperado traer al mundo a aquellos gemelos, pero todo había ido bien. Bostezó. Estaba fatigado, muy fatigado. Dirigió a su cama una mirada afectuosa.

Entonces sonó el teléfono.

Con un juramento, el doctor Quimper atendió la llamada.

—¿Doctor Quimper?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Lucy Eyelesbarrow, de Rutherford Hall. Creo que será mejor que venga. Todo el mundo parece haberse puesto enfermo.

—¿Enfermo? ¿Cómo? ¿Qué síntomas tienen?

Lucy los detalló.

—Voy inmediatamente. Entretanto… —le dio algunas instrucciones precisas.

Volvió a vestirse con presteza, echó algunas cosas más en su

maletín y bajó apresuradamente para coger el coche.

Unas tres horas más tarde, el doctor y Lucy, los dos agotados, se sentaban a la mesa de la cocina para tomar grandes tazas de café.

—¡Ah! —El doctor Quimper se bebió el café en un par de tragos y la dejó en su platillo—. Lo necesitaba. Y ahora, miss Eyelesbarrow, vamos a ocuparnos de los detalles.

Lucy lo miró. Las evidentes muestras de fatiga que se reflejaban en su rostro le hacían parecer mayor de los cuarenta y cuatro años que tenía. Las patillas oscuras mostraban algunas canas y eran bien visibles las ojeras.

—Creo —manifestó el doctor— que todos se restablecerán. Pero ¿qué es lo que ha sucedido? Es lo que quisiera saber. ¿Quién guisó la comida?

—Yo —contestó Lucy.

—¿Qué platos cocinó?

—Sopa de setas. Pollo al curry y arroz. Crema cuajada con vino. Un pastel con higadillos de pollo con tocino.

—Canapés Diane —dijo el doctor Quimper inesperadamente.

Lucy esbozó una ligera sonrisa.

—Sí, canapés Diane.

—Muy bien. Vamos a repasarlo. Sopa de setas. ¿De lata, supongo?

—No, al contrario. Yo la hice.

—Usted la hizo. ¿De qué la hizo?

—Media libra de setas, caldo de pollo, leche, mantequilla, harina y zumo de limón.

—Ah. Y ahora viene cuando alguien dice: «Han sido las setas».

—No han sido las setas. Yo también tomé sopa y estoy perfectamente.

—Sí. Usted está perfectamente. No se me había pasado por alto.

Lucy se sonrojó.

—Si insinúa…

—No insinúo nada. Usted es una muchacha de una inteligencia fuera de lo común. Y estaría también gimiendo arriba, si fuera verdad lo que le ha parecido que yo insinuaba. De todos modos, estoy bien informado de quién es usted. Me he tomado la libertad de hacer ciertas averiguaciones.

—¿Y por qué ha hecho usted eso?

En el rostro del doctor Quimper apareció una expresión grave.

—Porque me he propuesto descubrir todo lo referente a las personas que vienen a esta casa y se instalan. Usted es una joven de buena fe que hace este trabajo para ganarse la vida, y que parece no haber tenido nunca ninguna relación con la familia Crackenthorpe antes de venir a esta casa. Por lo tanto, no es usted una amiguita de Cedric, ni de Harold, ni de Alfred que esté ayudándoles a hacer un trabajo sucio.

—¿De veras lo cree usted?

—Yo creo muchas cosas —afirmó Quimper—. Pero tengo que andar con cuidado. Ése es lo peor de ser médico. Pero sigamos. Pollo al curry. ¿Comió usted pollo?

—No. Cuando preparas el curry, comes sólo con el olor. Lo probé, naturalmente. Tomé sopa y un poco de crema cuajada.

—¿Cómo la sirvió usted?

—En boles individuales.

—¿Ha sobrado algo de comida?

—Si quiere decir si han quedado restos de comida, no. Todo ha sido lavado y guardado.

El doctor Quimper dejó escapar un gemido.

—¿Por qué tendrá que ser usted tan eficiente?

—Sí, dado el curso que han seguido los acontecimientos, no he sido muy oportuna, pero me temo que ya no tiene remedio.

—¿Qué le queda aún?

—Queda algo de curry: un bol en la despensa. Me proponía utilizarlo como base para una sopa fuerte esta noche. Queda aún algo de sopa de setas. Nada de la crema ni del postre.

—Me llevaré el curry y la sopa. ¿Y qué hay del chutney? ¿Tomaron chutney con la sopa?

—Sí. Está en una de esas jarras.

—Me llevaré también un poco. —Y, después de levantarse, añadió—: Subiré un momento a ver cómo siguen. Luego tendré que irme. ¿Cree que podrá aguantar usted sola hasta mañana? ¿Puede velar por todos? Le prometo que a las ocho en punto tendrá aquí a una enfermera.

—Quisiera que me lo dijera usted claramente. ¿Cree que ha sido una intoxicación o un envenenamiento?

—Ya le he dicho que los médicos no podemos sencillamente

creer una cosa, tenemos que estar seguros. Si el análisis de estas muestras da un resultado positivo, tendré una base en que apoyarme. En caso contrario… —Se interrumpió.

—¿En caso contrario? —repitió Lucy.

El doctor Quimper puso una mano sobre el hombro de Lucy.

—Vele por dos personas en particular. Vele por Emma. No permitiré que le ocurra nada a Emma.

Había en su voz una emoción que no podía disimular.

—Aún no ha empezado a vivir —continuó— personas como Emma Crackenthorpe son la sal de la tierra. Emma… bueno, Emma significa mucho para mí. Nunca se lo he dicho, pero se lo diré. Vele por Emma.

—Puede contar que lo haré.

—Y vele por el viejo. No puedo decir que sea mi paciente favorito, pero es mi paciente, y que me condene si permito que se muera porque alguno de sus desagradables hijos, o quizá los tres, quiera cargárselo para poder echar mano a su dinero.

Dirigió a Lucy una sonrisa burlona.

—Vamos. Ya he hablado demasiado. Tenga los ojos bien abiertos, como una buena muchacha y, sobre todo, mantenga la boca cerrada.

El inspector Bacon estaba desconcertado.

—¿Arsénico? ¿Arsénico?

—Sí. Estaba en el curry. Aquí está lo que queda, para que lo analice el forense. Yo sólo he hecho una prueba rudimentaria, pero el resultado ha sido concluyente.

—¿Así que hay un envenenador?

—Eso parece.

—¿Y dice usted que están todos afectados excepto miss Eyelesbarrow?

—Excepto miss Eyelesbarrow.

—Eso parece un poco sospechoso.

—¿Qué motivo podría tener ella?

—Podría estar loca —sugirió Bacon—. Parece normal, pero siempre lo parecen, y, luego resulta que no lo son.

—Miss Eyelesbarrow no está loca. Se lo digo como médico. Está tan cuerda como usted o como yo. Y si se le hubiera ocurrido ponerles arsénico en el curry, lo hubiera hecho por alguna razón

justificada. Además, siendo una joven tan inteligente, no habría tenido la torpeza de ser la única que se librase de los efectos del veneno. Lo que haría… lo que cualquier envenenador inteligente haría, es tomar una cantidad muy pequeña de curry envenenado y exagerar luego los síntomas.

—¿Y podría usted darse cuenta?

—¿De que había tomado menos que los otros? Probablemente no. Las personas no reaccionan siempre de la misma forma ante los venenos: la misma cantidad puede trastornar a unas personas más que a otras. Por supuesto —añadió el doctor Quimper animadamente—, una vez muerto el paciente, se puede decir de un modo bastante aproximado cuánto tomó.

—Entonces, podría ser —El inspector Bacon hizo una pausa para organizar sus ideas—. Podría ser que hubiese uno de la familia que armase más escándalo del necesario, alguien que está fingiendo con el fin de evitar las sospechas. ¿Qué piensa usted?

—Esa idea ya se me había ocurrido. Y es la razón de que esté aquí. El asunto está ahora en sus manos. He puesto allí a una enfermera en la que puedo confiar, pero no puede estar en todas partes a la vez. En mi opinión, nadie ha tomado bastante para morirse.

—¿Es decir, que el envenenador se equivocó?

—No. Me parece más probable que la idea fuese la de poner en el curry bastante cantidad para que pareciera que el envenenamiento era debido a las setas. La gente está obsesionada con la idea de las setas venenosas. Luego uno de ellos se pondría peor y moriría.

—¿Porque se le habría administrado una segunda dosis?

El doctor asintió.

—Por eso he venido a informarle en seguida y he mandado llamar a una enfermera especializada.

—¿Sabe lo del arsénico?

—Desde luego, lo sabe y lo sabe también miss Eyelesbarrow. Por supuesto, usted conoce su oficio mejor que yo, pero en su lugar, yo me iría allí y les haría saber a todos con perfecta claridad que están sufriendo envenenamiento por arsénico. Seguramente infundiría cierto temor a nuestro envenenador y no se atrevería a seguir adelante con su plan. Es obvio que contaba con que se achacarían

los síntomas a la ingestión de setas venenosas.

Sonó el teléfono que había sobre la mesa. El inspector atendió la llamada.

—Muy bien. Pásemela. —Y dirigiéndose a Quimper—: Su enfermera al teléfono. Sí, diga. ¿Qué? Una grave recaída… sí… el doctor Quimper está aquí conmigo. ¿Quiere hablar con él?

Le pasó el teléfono al doctor.

—Habla Quimper… Ya veo… Sí… Perfectamente. Mientras, vaya haciendo. Vengo en seguida.

Se volvió hacia Bacon.

—¿De quién se trata?

—De Alfred. Ha muerto.

Capítulo XX

A través del teléfono llegó la voz de Craddock con un tono de incredulidad.

—¿Alfred? ¿Alfred?

—No se lo esperaba, ¿verdad? —replicó Bacon.

—No. En realidad, casi estaba convencido de que era él el asesino.

—Me comentaron que le había identificado el guarda del andén. El caso parecía ponerse feo para él. Sí, parecía que habíamos encontrado a nuestro hombre.

—Ya ve. Estábamos equivocados.

Hubo un momento de silencio. Luego Craddock preguntó:

—Había una enfermera en la casa. ¿Cómo ha podido tener este descuido?

—No puede usted culparla. Miss Eyelesbarrow estaba agotada y se había retirado a dormir un poco. La enfermera tenía a su cargo cinco pacientes: el viejo, Emma, Cedric, Harold y Alfred. No podía estar en todas partes a la vez. Parece ser que el anciano Mr. Crackenthorpe se alborotó mucho. Dijo que estaba muriéndose. La enfermera entró, se quedó con él hasta que se calmó, salió de nuevo y le llevó a Alfred un poco de té con azúcar. Él lo bebió y se murió.

—¿Otra vez arsénico?

—Así parece. Por supuesto, pudo haber una recaída, pero Quimper no lo cree, y Johnstone tampoco.

—¿Hay que suponer entonces —dijo Craddock con aire de duda — que Alfred era la víctima escogida?

Bacon contestó con evidente interés:

—¿Se refiere usted a que la muerte de Alfred no beneficiaba a nadie, y que en cambio la del viejo favorecería a todo el mundo? Supongo que es posible que haya habido un error. Tal vez el asesino pensaba que esa taza de té estaba destinada al viejo.

—¿Están seguros de que así es como fue administrada el veneno?

—No, en absoluto. La mujer, como buena enfermera que es, lavó todos los utensilios. Tazas, cucharas, tetera, todo. Pero, en todo caso, no veo de qué otra manera hubiera podido hacerse.

—Y eso significaría —opinó Craddock pensativo— que uno de los pacientes no estaba tan mal como los otros. Que vio su oportunidad y echó el veneno en la taza.

—Bien, no se repetirá la broma —afirmó el inspector Bacon con voz áspera—. Hemos puesto ahora dos enfermeras, aparte de miss Eyelesbarrow, y un par de hombres, además. ¿Viene usted?

—¡Ahora mismo!

Lucy Eyelesbarrow cruzó el vestíbulo para salir al encuentro del inspector Craddock. Estaba pálida y desmejorada.

—Veo que lo está pasando mal —dijo Craddock.

—Ha sido como una pesadilla horrible. Anoche pensé realmente que todos estaban muriéndose.

—A causa del curry.

—¿Fue el curry?

—Sí. Muy bien sazonado con arsénico, con el toque de los Borgia.

—Si lo que me dice es verdad, debe ser… tiene que ser uno de la familia.

—¿No hay otra posibilidad?

—No. Ya lo ve usted, yo no empecé a hacer el maldito curry hasta algo tarde, después de las seis, porque Mr. Crackenthorpe me pidió especialmente que lo hiciese. Y tuve que abrir una lata nueva de curry, así que al menos ahí es seguro que no estaba el veneno. ¿Cree que el curry podría disimular el sabor?

—El arsénico no sabe a nada —señaló Craddock distraído—. En cuanto a la oportunidad, ¿quién de ellos tuvo la oportunidad de echar algo en el curry mientras se estaba guisando?

Lucy reflexionó.

—En realidad, cualquiera pudo deslizarse en la cocina mientras yo estaba poniendo la mesa en el comedor.

—Ya veo. Y ¿quién estaba en la casa? El viejo Crackenthorpe, Emma, Cedric…

—Harold y Alfred, que vinieron de Londres por la tarde. Ah, y

Bryan, Bryan Eastley. Pero él se marchó antes de la comida. Tenía que entrevistarse con un hombre en Brackhampton.

—Esto encaja con la indisposición que sintió el anciano en Navidad —comentó Craddock—. Quimper ya sospechaba entonces que era arsénico. ¿Parecían todos igualmente enfermos la noche pasada?

—Creo —contestó Lucy, tras un momento de reflexión— que el anciano Crackenthorpe parecía el peor. El doctor Quimper tuvo que dedicarle mucha atención. Debo decir que es un médico estupendo. Cedric metía mucho más ruido que los otros. Por supuesto, las personas robustas y sanas lo hacen siempre.

—¿Qué me dice de Emma?

—Se sintió bastante mal.

—Pero me pregunto ¿por qué Alfred?

—Sí. ¿Hay que suponer que era Alfred la víctima escogida?

—Es curioso. ¡Yo también me he estado haciendo esa pregunta!

—Esto parece tan falto de sentido.

—Si yo pudiera solamente dar con el motivo de todo este embrollo. No tiene ninguna lógica. La mujer estrangulada del sarcófago era la viuda de Edmund Crackenthorpe, Martine. Supongámoslo así. Creo que ha quedado bastante claro a estas alturas. Tiene que haber una relación entre eso y el envenenamiento deliberado de Alfred. Todo queda en la familia. Pero aun diciendo que uno de ellos está loco, no adelantamos nada.

—No, es cierto.

—Bien. Vele por usted misma —le recomendó Craddock—. Recuerde que hay un envenenador en esta casa, y que uno de sus pacientes del piso de arriba no está, probablemente, tan enfermo como pretende.

Después de la partida de Craddock, Lucy volvió lentamente al piso de arriba. Una voz imperiosa, algo debilitada por la enfermedad, la llamó cuando pasaba por delante de la puerta de Crackenthorpe.

—Muchacha… muchacha… ¿es usted? Venga aquí.

Lucy entró en la habitación. Crackenthorpe yacía en el lecho, bien acomodado en sus almohadas. Lucy pensó que, para estar enfermo, parecía notablemente animado.

—La casa está llena de condenadas enfermeras —protestó el

viejo—, pavoneándose por ahí, dándose importancia, tomándome la temperatura, y no me sirven lo que yo quiero comer. ¡No costará todo esto poco dinero! Dígale a Emma que las despache. Usted podría cuidarme muy bien.

—Todo el mundo se ha puesto enfermo, Mr. Crackenthorpe. Y comprenderá que yo no puedo cuidarlos a todos.

—Las setas —replicó él—. Las malditas setas son peligrosas. Fue esa sopa que comimos la noche pasada. Usted la hizo —añadió en tono acusador.

—No fueron las setas, Mr. Crackenthorpe.

—No la acuso a usted, muchacha, no la acuso a usted. Esto ha pasado otras veces. Una condenada seta venenosa se cuela entre las otras y hace su efecto. Cómo iba usted a saberlo. Yo sé que es usted una buena muchacha, y que no lo haría adrede. ¿Cómo está Emma?

—Se encuentra un poco mejor esta tarde.

—Ah, ¿y Harold?

—También está mejor.

—¿Qué es eso de que Alfred ha estirado la pata?

—No me explico que alguien le haya contado esto, Mr. Crackenthorpe.

El viejo soltó una carcajada como un relincho, muy divertido.

—Yo oigo cosas. No pueden ocultarme ningún secreto, por mucho que quieran. Así que Alfred ha muerto, ¿eh? Ése ya no podrá seguir aprovechándose de mí, ni verá nunca un penique de mi dinero. Todos están esperando a que me muera, ya se lo dije. Alfred en particular. Y es él quien se ha muerto. A esto lo llamo yo una broma del destino.

—Eso no es muy amable de su parte, Mr. Crackenthorpe —dijo Lucy severamente.

Crackenthorpe volvió a reírse.

—Les sobreviviré a todos ellos —cacareó—. Ya verá si lo hago, muchacha. Ya verá si lo hago.

Lucy se fue a su habitación, cogió su diccionario y buscó la palabra «tontina». Cerró luego el libro con expresión pensativa y se quedó mirando al vacío.

—No comprendo por qué desea usted verme —protestó el doctor Morris con gesto irritado.

—Usted conoce a la familia Crackenthorpe desde hace mucho

tiempo —contestó el inspector Craddock.

—Sí, sí, he conocido a todos los Crackenthorpe. Recuerdo al viejo Josiah Crackenthorpe. Era un hombre duro de pelar, pero astuto. Hizo mucho dinero. —Acomodó mejor su cuerpo decrépito en el sillón y miró al inspector por debajo de sus pobladas cejas—. De modo que ha estado escuchando a ese tonto redomado de Quimper. ¡Estos médicos jóvenes! Siempre con ideas raras en la cabeza. Y a él se le metió que alguien intenta envenenar a Luther Crackenthorpe. ¡Qué tontería! Desde luego, tenía ataques gástricos. Y le administré el tratamiento adecuado. No eran muy frecuentes, nada grave.

—El doctor Quimper —señaló Craddock— parecía pensar que sí lo eran.

—No es propio de un médico ponerse a imaginar cosas. Después de todo, es de suponer que yo sabría reconocer los síntomas del envenenamiento por arsénico si lo viese.

—Son muchos los médicos famosos que no han sabido reconocerlo —le hizo notar Craddock. Y continuó, citando de memoria—: Hubo el caso Greenbarrow, Mrs. Teney, Charles Leeds, tres personas de la familia Westbury enterradas del modo más pacífico y normal sin que los doctores que les asistieron tuviesen la menor sospecha. Y estos médicos eran hombres ilustrados y de gran reputación.

—Muy bien, muy bien. Quiere usted decir que pude haberme equivocado. Bueno, yo creo que no. —Se detuvo un momento y luego preguntó—: ¿Quién creía Quimper que lo había hecho, si es que de verdad ha ocurrido?

—No lo sabe —contestó Craddock—. Estaba inquieto. Después de todo, allí hay mucho dinero.

—Sí, sí. Sé que lo heredarán cuando muera Luther Crackenthorpe. Y que lo necesitan desesperadamente. Eso es bien cierto, pero eso no significa que, para heredarlo antes, vayan a matar al viejo.

—No, no necesariamente —convino Craddock.

—En todo caso —manifestó el doctor Morris—, tengo por principio el no ponerme a sospechar cosas sin un fundamento serio. Un fundamento serio —repitió—. Admito que lo que acaba usted de decirme me ha impresionado un poco. Arsénico, y a gran escala.

Pero sigo sin ver por qué ha venido a verme. Todo lo que puedo decirle es que yo no sospeché nada. Quizá debiera haberlo hecho. Quizás hubiera debido tomarme esos ataques gástricos de Luther Crackenthorpe como algo mucho más grave. Pero usted tiene ahora mucho más de que preocuparse.

Craddock se mostró conforme con ello.

—Lo que realmente necesito saber es un poco más sobre la familia Crackenthorpe. ¿Hay algún antecedente de desequilibrio mental?

Los ojos del doctor le dirigieron una viva mirada.

—Sí, ya sabía que pensaría usted eso. El viejo Josiah era bastante cuerdo. Duro como un clavo y sin ninguna deficiencia mental. Su mujer era una neurótica, tenía tendencia a la melancolía. Venía de una familia donde la endogamia había sido muy frecuente. Murió poco después de haber nacido su segundo hijo. Yo diría que Luther heredó de ella una cierta… una cierta inestabilidad. En su juventud era bastante normal, pero siempre anduvo a la greña con su padre. Josiah se sintió desilusionado con él y eso despertó en el muchacho un resentimiento que acabó por convertirse en una obsesión, aun después de casado. Por poco que hable con él, advertirá su profunda antipatía hacia todos sus hijos varones. En cambio, está muy encariñado con sus hijas, Emma y Edith, la que murió.

—¿Y por qué esa profunda antipatía hacia los hijos? —preguntó Craddock.

—Para descubrir eso, tendría usted que ir a ver a uno de esos psiquiatras que se han puesto tan de moda. Yo diría que Luther no se ha sentido nunca satisfecho consigo mismo y que está muy amargado por su situación financiera. Recibe una renta, pero no puede disponer del capital. Si tuviese el poder de desheredar a sus hijos, es probable que no los odiase tanto. La falta de poder le produce un sentimiento de humillación.

—¿Y por eso le complace tanto la idea de sobrevivirlos a todos?

—Es posible. Y creo que también ahí está la causa de su mezquindad. Estoy seguro de que a estas alturas habrá conseguido ahorrar una parte considerable de su cuantiosa renta, aunque, claro está, dado el increíble aumento de los impuestos no creo que ahora pueda ahorrar mucho.

Al inspector Craddock se le ocurrió una nueva idea.

—Habrá legado sus ahorros en su testamento en favor de alguien, ¿no? Eso sí puede hacerlo.

—Oh, sí, aunque sabe Dios a quién. Quizás a Emma, aunque me inclino a dudarlo. Emma tendrá ya su parte del dinero del abuelo. O tal vez a su nieto, Alexander.

—Está encariñado de él, ¿verdad?

—Sí. Por supuesto, es el hijo de una de sus hijas, no de un hijo. Tal vez ahí radique la diferencia. Y siente afecto por Bryan Eastley, el marido de Edith. Desde luego, no conozco muy bien a Bryan. Hace años que no he visto a ninguno de la familia. Pero me dio la impresión de que se sentiría muy desorientado después de la guerra. Tiene las cualidades que entonces se necesitaban: valor, osadía y una total falta de inquietud por el porvenir. Pero creo que no es muy estable. Es de esos hombres que siempre van a la deriva.

—Y, que usted sepa, ¿hay algún tipo de tara entre los miembros de la generación más joven?

—Cedric es un tipo excéntrico, rebelde por naturaleza. Yo no diría que sea del todo normal, pero ¿quién lo es en estos días? Harold no es un personaje agradable, es frío, siempre aguardando su oportunidad. Alfred está algo tocado por la vena de la delincuencia, siempre ha sido así. Presencié cómo sustraía el dinero destinado a las misiones que echaban en una alcancía que acostumbraban a tener en el vestíbulo. Ese tipo de cosas. Pero ya está bien. El pobre muchacho ha muerto. Supongo que no debería hablar mal de Alfred.

—¿Y qué me dice… —Craddock vaciló— de Emma?

—Buena muchacha, muy sosegada. Nunca sabe uno lo que piensa. Tiene sus propios planes y sus propias ideas, pero se los calla. Con más carácter de lo que podría creerse, a juzgar por su aspecto.

—Supongo que usted conocía a Edmund, el hijo que murió en Francia.

—Sí, y diría que era el mejor de la cuadrilla. Bueno, alegre, un chico simpático.

—¿Oyó usted mencionar alguna vez que iba a casarse, o se había casado, con una joven francesa poco antes de su muerte?

El doctor Morris frunció el entrecejo.

—Me parece recordar algo de eso. Pero hace ya mucho tiempo.

—Poco después de haber comenzado la guerra, ¿no?

—Sí. Ah, bien, me atrevo a decir que algún día se hubiera arrepentido de haberse casado con una extranjera.

—Tenemos motivos para pensar que sí lo hizo.

Y en pocas palabras le puso al corriente de los recientes sucesos.

—Recuerdo haber leído algo en los diarios sobre una mujer encontrada en un sarcófago. ¿Así que fue en Rutherford Hall?

—Y hay razones para creer que esa mujer era la viuda de Edmund Crackenthorpe.

—Bien, bien. Es extraordinario. Más propio de una novela que de la vida real. Pero ¿quién había de querer matar a esa pobrecilla? Quiero decir ¿qué relación puede tener esto con lo del arsénico?

—Existen dos posibilidades, pero están las dos muy traídas por los pelos. Quizás alguien es muy avaricioso y quiere toda la fortuna de Josiah Crackenthorpe.

—Será un condenado tonto si la quiere —declaró el doctor Morris—. Tendrá que pagar unos impuestos muy elevados sobre la renta.

Capítulo XXI

—Cosas repugnantes, las setas —afirmó Mrs. Kidder. Había hecho esta misma observación unas diez veces en los últimos días. Lucy no contestó.

—Por mi parte, nunca las pruebo —añadió Mrs. Kidder—. Son demasiado peligrosas. Es pura Providencia que no haya habido más que un muerto. Todos podrían haber fallecido, y usted también, señorita. De buena se ha librado.

—No han sido las setas —replicó Lucy—. Las setas no eran venenosas.

—No lo crea —insistió Mrs. Kidder—. Las setas son peligrosas. Basta que haya una venenosa, y ya está. —Y continuó hablando entre el repiqueteo de los platos en el fregadero—: Es curioso cómo las desgracias parecen no venir nunca solas. La hija mayor de mi hermana cogió las paperas, mi Ernie se cayó y se rompió un brazo, y mi marido se llenó de diviesos. ¡Todo en la misma semana! Parece imposible, ¿verdad? Y aquí ha pasado lo mismo: primero ese horrible crimen y luego se muere Mr. Alfred envenenado por las setas. Me gustaría saber a quién le tocará el turno ahora.

Lucy sintió, con cierta desazón, que también a ella le gustaría saberlo.

—A mi marido le desagrada que venga ahora aquí —comentó Mrs. Kidder—. Cree que trae mala suerte. Pero lo que yo le digo es que hace mucho tiempo que conozco a miss Crackenthorpe, que es una dama muy cumplida y que cuenta conmigo. Y le he dicho que no podría permitir que la pobre miss Eyelesbarrow tuviese que hacer sola todo el trabajo de la casa. Y no es poco duro para usted, señorita, con todas estas bandejas.

Lucy tuvo que admitir que, en aquel momento, la vida parecía componerse únicamente de bandejas. Justo en ese instante estaba preparándolas para llevarlas a los diversos enfermos.

—En cuanto a las enfermeras —continuó Mrs. Kidder—, nunca hacen nada útil. Todo lo que quieren son tazas de té bien fuerte y las comidas preparadas. La verdad es que estoy agotada —afirmó con gran satisfacción aunque, en realidad, había hecho poco más que su trabajo normal de las mañanas.

—Usted nunca escatima su trabajo —dijo Lucy solemnemente.

Mrs. Kidder parecía complacida. Lucy recogió la primera bandeja y empezó a subir la escalera.

—¿Qué es eso? —preguntó Crackenthorpe.

—Caldo concentrado de carne y natillas.

—Pues ya se lo puede llevar. No lo quiero. Le dije a esa enfermera que quería un bistec.

—El doctor Quimper piensa que no debe comer bistec todavía.

Crackenthorpe dio un resoplido.

—Prácticamente estoy restablecido. Me levantaré mañana. ¿Cómo están los otros?

—Mr. Harold mucho mejor. Mañana regresa a Londres.

—Que se largue. ¿Qué hay de Cedric? ¿Alguna esperanza de que vuelva mañana a su isla?

—No, no se irá todavía.

—Lástima. ¿Qué está haciendo Emma? ¿Porqué no viene a verme?

—Está aún en cama, Mr. Crackenthorpe.

—Las mujeres siempre se miman a sí mismas. Pero usted es una muchacha sana y fuerte —declaró el viejo con aire de aprobación—. Todo el día corriendo, ¿verdad?

—Hago mucho ejercicio.

Crackenthorpe asintió.

—Usted es una muchacha sana y fuerte, y no crea que he olvidado lo que hablé con usted en otra ocasión. Uno de estos días, ya verá usted, Emma no va a continuar siempre disponiendo las cosas a su gusto. Y no escuche a los otros cuando le digan que soy un viejo avaro. Tengo cuidado con mi dinero. Tengo unos ahorrillos y sé en quién voy a gastarlo cuando llegue el momento.

Le dirigió una mirada afectuosa.

Lucy salió de la habitación rápidamente, evitando la mano que intentaba cogerla.

La bandeja siguiente fue para Emma.

—Oh, gracias, Lucy. Ya me siento mucho mejor. Tengo hambre y eso es buena señal, ¿verdad? Querida —continuó mientras Lucy colocaba la bandeja sobre sus rodillas—, estoy muy preocupada por su tía. Me figuro que no ha tenido usted ningún momento para ir a verla.

—No, la verdad es que no.

—Temo que ella debe de encontrarla a faltar.

—Oh, no se preocupe, miss Crackenthorpe. Mi tía se hará cargo de que hemos pasado unos días terribles.

—¿La ha telefoneado usted?

—No, últimamente no.

—Hágalo. Telefonéela cada día. Les gusta tanto a las personas ancianas que las llamen y les cuenten cosas.

—Es usted muy buena.

Su conciencia le atormentaba un poco cuando bajó a buscar la siguiente bandeja. Las complicaciones que habían surgido en la casa a causa de la indisposición que sufrían todos habían absorbido su atención por completo y no había tenido tiempo para pensar en nada más.

Decidió que telefonearía a miss Marple tan pronto como hubiese llevado a Cedric su comida.

Sólo había ahora en la casa una enfermera que se cruzó con ella en el descansillo. Se saludaron.

Cedric, con un aspecto increíblemente limpio y aseado, estaba sentado en la cama, muy ocupado en escribir en unas grandes hojas de papel.

—Hola, Lucy. ¿Qué caldo infernal me trae hoy? Quisiera que se deshiciese usted de esa terrible enfermera. Por alguna extraña razón no deja de decir: «¿Cómo estamos esta mañana?». «¿Hemos dormido bien?». «¡Oh, querido, somos muy traviesos desarmando la cama de esta manera!». —Lo dijo imitando la refinada pronunciación de la enfermera con un agudo falsete en la voz.

—Parece usted muy alegre. ¿Qué está haciendo?

—Hago planos. Planos de lo que hay que hacer con esta finca cuando el viejo la palme. Son unas tierras muy extensas, ya lo ve usted. Y no acabo de decidir si quiero quedarme yo con una parte y explotarla por mi cuenta o si es mejor que lo venda todo en parcelas. Es un terreno de gran valor industrial. Y la casa podría

quedar como un sanatorio o una escuela. Sí, tal vez debiera vender la mitad del terreno y utilizar el dinero para hacer con la otra mitad algo más atrevido. ¿Qué le parece a usted?

—Aún no lo ha heredado usted —contestó Lucy secamente.

—Pero lo heredaré. No se dividirá como el resto de los bienes. Será todo para mí. Si lo vendo por un buen precio, tendré un capital, no una renta, y no tendré que pagar impuestos. Será dinero para quemar. Figúrese.

—Tenía entendido que usted despreciaba el dinero.

—Por supuesto que desprecio el dinero cuando no lo tengo. Es la única actitud digna que se puede adoptar. ¡Qué muchacha más adorable es usted, Lucy! ¿O es que me lo figuro sólo porque hace mucho tiempo que no he visto una mujer bonita?

—Yo diría que es más bien lo último.

—¿Sigue tan ocupada aseando a todo el mundo y todas las demás cosas?

—Alguien parece haberle aseado a usted.

—Ha sido esa condenada enfermera —contestó Cedric con resentimiento—. ¿Han celebrado la encuesta judicial por la muerte de Alfred? ¿Qué ha sucedido?

—Ha sido aplazada.

—La policía es precavida. Este envenenamiento en masa desconcierta un poco, ¿verdad? Mentalmente, quiero decir. No me refiero a otros aspectos más evidentes. Será mejor que vaya con ojo, muchacha.

—Ya lo hago.

—¿Ha vuelto al colegio el joven Alexander?

—Creo que está todavía con los Stoddart-West. De todas formas, el colegio no empieza hasta pasado mañana.

Antes de almorzar, Lucy llamó a miss Marple.

—Siento mucho no haber podido ir a verla, pero es que he estado muy ocupada.

—Por supuesto, querida, por supuesto. Además no hay nada que se pueda hacer en este momento. Sólo tenemos que esperar.

—Sí, pero ¿qué es lo que esperamos?

—Elspeth McGillicuddy volverá muy pronto. Le escribí para decirle que regresara por vía aérea en seguida. Le dije que era su deber. Por lo tanto, no se inquiete, querida.

Su voz era bondadosa y muy tranquilizadora.

—¿No creerá usted…? —empezó a decir Lucy, pero se detuvo.

—¿Que vayamos a tener más muertes? Oh, espero que no, querida. Pero nunca se sabe. Quiero decir, cuando hay alguna persona verdaderamente malvada. Y creo que hay mucha maldad aquí.

—O locura.

—Oh, sé que así es cómo se justifican las cosas en el mundo moderno. Pero yo, por mi parte, no estoy conforme.

Lucy colgó el teléfono, entró en la cocina y recogió la bandeja con su almuerzo. Mrs. Kidder se había quitado el delantal y estaba a punto de marcharse.

—¿Cree que podrá arreglárselas sola? —preguntó Mrs. Kidder solícita.

—Por supuesto, todo irá bien.

Se llevó la bandeja, no a la habitación grande y sombría que era el comedor, sino al pequeño gabinete. Estaba acabando de comer cuando se abrió la puerta y entró Bryan Eastley.

—Hola. ¡Qué sorpresa!

—Ya lo supongo —contestó Bryan—. ¿Cómo están todos?

—Oh, mucho mejor. Harold vuelve mañana a Londres.

—¿Qué piensa usted de todo esto? ¿Ha sido arsénico?

—Arsénico sin la menor duda.

—No ha aparecido todavía en los periódicos.

—No, creo que la policía lo mantendrá en secreto de momento.

—Alguien debe de odiar mucho a esta familia —comentó Bryan —. ¿Quién cree usted que tuvo más oportunidades de meterse en la cocina y manipular los alimentos?

—Supongo que yo.

Bryan la miró con inquietud.

—Pero usted no lo ha hecho, ¿verdad?

—No, no lo he hecho.

Nadie había tocado el curry. Lo había hecho ella sola, en la cocina, y lo había llevado a la mesa. El veneno lo había puesto alguna de las cinco personas que se sentaron a la mesa a comer.

—Quiero decir que… ¿Por qué habría usted de hacerlo? Esta familia no significa nada para usted, ¿verdad? Supongo que no le importa que haya vuelto aquí en este momento.

—No, no, naturalmente que no. ¿Ha venido para quedarse?

—Me gustaría mucho, si no considera usted que voy a ser un engorro.

—No se preocupe, ya nos arreglaremos.

—¿Sabe?, no tengo empleo en este momento y… bueno, estoy harto. ¿Está usted segura de que no le molesto?

—No, por mí no tiene que inquietarse. Es Emma quien manda aquí.

—Oh, por Emma no hay problema. Emma ha sido siempre muy buena conmigo a su manera. Porque se lo guarda todo para dentro. Es imprevisible nuestra querida Emma. Vivir como vive ella aquí, cuidando del viejo, es algo que acabaría con cualquiera. Lástima que no se haya casado. Me figuro que ahora será ya demasiado tarde.

—Yo no creo que sea demasiado tarde.

—Bueno. Un clérigo, quizá —exclamó animándose—. Sería útil en la parroquia y tendría tacto para tratar con los miembros de la Asociación de Madres. Se dice la Asociación de Madres, ¿verdad? No es que sepa muy bien lo que es, pero a veces sale en los libros. Y los domingos iría a la iglesia con sombrero.

—No parece un futuro muy halagüeño —dijo Lucy, levantándose y recogiendo la bandeja.

—Yo lo haré —se ofreció Bryan, quitándole la bandeja. Entraron juntos en la cocina—. ¿Quiere que la ayude a lavar todo eso? Me gusta esta cocina. Sé que ésta no es la clase de ocupación que le gusta a la gente en estos tiempos, pero a mí me gusta esta casa. Supongo que tengo unos gustos raros, pero así es. Y en ese parque podría aterrizar un avión fácilmente —añadió con entusiasmo.

Cogió un paño y empezó a secar las cucharas y los tenedores.

—Es una lástima que todo esto vaya a heredarlo Cedric —comentó—. Lo primero que hará será venderlo y marcharse al extranjero. Yo por mi parte, no acabo de entender que le encuentra la gente de malo a Inglaterra. Harold no querría tampoco esta casa y, desde luego, es demasiado grande para Emma. En cambio si le correspondiese a Alexander, él y yo estaríamos aquí tan alegres como unas Pascuas. Por supuesto, sería bonito tener una mujer aquí. —Miró a Lucy con gesto reflexivo—. En fin, ¿qué se saca de hablar? Para que Alexander tuviese esta casa sería preciso que antes

muriesen todos ellos, y eso no es muy probable, ¿verdad? Además, por lo que he visto, el viejo podría muy bien llegar a centenario sólo para fastidiarlos a todos. Me figuro que no le afectó mucho la muerte de Alfred, ¿me equivoco?

—No. No mucho —contestó Lucy lacónica.

—¡Demonio de viejo! —exclamó Bryan animado.

Capítulo XXII

—Son horribles las cosas que la gente va diciendo por ahí —exclamó Mrs. Kidder—. Yo procuro no hacer caso. Pero se asombraría usted si las oyera.

—Sí. Ya me lo figuro —contestó Lucy.

—A propósito de la muerta encontrada en el granero —continuó Mrs. Kidder, retrocediendo a gatas como un cangrejo mientras fregaba el suelo de la cocina—, dicen que había sido la amiguita de Mr. Edmund durante la guerra. Que vino aquí y que un marido celoso la siguió y la mató. Ya sé que los extranjeros hacen estas cosas, pero ¿después de tantos años?

—A mí me parece muy improbable.

—Pero aún hay más. La gente es capaz de decir cualquier cosa. Se quedaría usted asombrada. Hay quien dice que Mr. Harold se casó por alguna parte del extranjero, y que la mujer vino aquí y descubrió que había cometido bigamia con lady Alice y que iba a demandarlo ante los tribunales, y que él se encontró aquí con ella y la mató, y después escondió su cuerpo en el sarcófago. ¿Ha oído usted cosa semejante?

—Repugnante —respondió Lucy vagamente con el pensamiento en otra parte.

—Por supuesto, yo no las escucho —afirmó Mrs. Kidder—. No doy ningún crédito a esas historias. No entiendo cómo la gente puede pensar esas cosas y, menos aún, decirlas. Espero que nada de esto llegue a oídos de Miss Emma. Podría trastornarla y yo lo sentiría tanto por ella. Es una señora tan buena, y nadie ha dicho una sola palabra de ella. Y, por supuesto, como Mr. Alfred ha muerto, tampoco estaría bien que hablasen mal de él. No dicen ni siquiera que ha sido un castigo de Dios, como bien podrían decir. Pero es horrible, señorita, ¿verdad? La gente es tan perversa y desconsiderada.

Mrs. Kidder hablaba sobre el particular con inmensa satisfacción.

—Debe de ser muy penoso para usted tener que escuchar esas cosas.

—Oh sí, lo es. Verdaderamente lo es. No dejo de decirle a mi marido que cómo se atreven a decir esas infamias.

En aquel momento se oyó el timbre.

—Es el médico, señorita. ¿Quiere usted abrirle la puerta o debo ir yo?

—Yo iré.

Pero no era el médico. En el umbral vio a una mujer alta y elegante, con un abrigo de visón. Frente a la entrada había aparcado un Rolls con el chófer al volante.

—Desearía ver a miss Emma Crackenthorpe, por favor.

Tenía una bonita voz y arrastraba un poco las erres. Una mujer muy guapa, de unos treinta y cinco años, pelo oscuro y rostro muy bien maquillado.

—Lo siento. Miss Crackenthorpe está enferma en cama y no puede recibir a nadie.

—Ya sé que ha estado enferma, sí. Pero es un asunto muy importante y debo verla.

—Me temo… —empezó a decir Lucy.

La visitante la interrumpió.

—Creo que es usted miss Eyelesbarrow, ¿no es cierto? —preguntó con una atractiva sonrisa—. Mi hijo me ha hablado de usted y por eso estoy tan informada. Soy lady Stoddart-West, y Alexander está ahora en mi casa.

—Ah, comprendo.

—Además, es importante que vea a miss Crackenthorpe —continuó—. Estoy al tanto de su enfermedad y le aseguro a usted que no se trata de una simple visita de cortesía. Es a causa de algo que me han contado los muchachos, algo que me ha dicho mi hijo. Creo que es un asunto de gran importancia y quisiera hablarlo con miss Crackenthorpe. ¿Me haría usted el favor de preguntarle si quiere recibirme?

—Entre, por favor. —Lucy condujo a la visitante a la sala de estar—. Aguarde un momento. Voy a decírselo a miss Crackenthorpe.

Subió la escalera, llamó a la puerta de Emma y entró.

—Está aquí lady Stoddart-West. Tiene gran interés en verla a usted.

—¿Lady Stoddart-West? —Emma pareció sorprendida y luego alarmada—. ¿No les habrá ocurrido nada a los muchachos, a Alexander?

—No, no —la tranquilizó Lucy—. Estoy segura de que los muchachos están bien. Creo que desea hablarle sobre algo que ellos le han contado.

—¡Oh, bien! Quizá debería recibirla. ¿Estoy presentable, Lucy?

—Tiene usted un aspecto estupendo.

Emma estaba sentada en su lecho, con un chal de color rosa sobre los hombros y un ligero matiz rosado en las mejillas. La enfermera le había cepillado y peinado cuidadosamente. El día anterior Lucy había dejado sobre el tocador un búcaro de hojas de otoño. La habitación resultaba agradable, no parecía el cuarto de un enfermo.

—Creo que ya estoy lo bastante bien para levantarme. El doctor Quimper dijo que podría hacerlo mañana.

—Sí, ya tiene usted mucho mejor aspecto. ¿Hago subir a lady Stoddart-West?

—Sí, hágala pasar.

Lucy bajó de nuevo la escalera.

—¿Quiere usted acompañarme, por favor?

Lucy guió a la visitante y, al llegar a la habitación de Emma, la hizo pasar y se retiró. Lady Stoddart-West se acercó al lecho con la mano tendida.

—¿Miss Crackenthorpe? Realmente, debo excusarme por presentarme aquí de este modo. Creo que ya nos habíamos visto alguna vez con motivo de las competiciones deportivas que se celebran en el colegio.

—Sí, la recuerdo a usted perfectamente. Siéntese, por favor.

Lady Stoddart-West ocupó la silla colocada junto a la cama y dijo con voz grave y tranquila:

—Le parecerá muy extraño que venga a verla, pero créame, tengo una razón muy importante. Los muchachos han estado contándome cosas. Como usted comprenderá se han sentido muy excitados con motivo del asesinato cometido aquí. Y a mí, lo

confieso, me inquietó bastante. Quería traer a James a casa inmediatamente, pero mi esposo se rió. Dijo que era evidente que el asesinato no tenía nada que ver con la casa ni con la familia y que, por lo que recordaba de su propia juventud y lo que leía en las cartas de James, nuestro hijo y Alexander estaban disfrutando tanto que hubiera sido una crueldad sacarlos de aquí. Por lo tanto, me conformé y acepté que se quedasen hasta la fecha fijada para que James volviese con Alexander.

—¿Cree usted que debiera haber devuelto a su hijo a casa antes?

—No, no. No he querido decir eso. ¡Es tan difícil para mí! Pero tengo que decírselo. Como ya imaginará usted, los muchachos han oído muchas cosas. Me dijeron que la policía tenía la idea de que esa mujer, la mujer asesinada, podía ser francesa. Que podía tratarse de la mujer que su hermano conoció en Francia, su hermano mayor, el que murió en la guerra. ¿Es cierto?

—Bien. Es una posibilidad —replicó Emma con voz quebrada—, una posibilidad que estamos obligados a tomar en consideración. Puede haber sido así.

—¿Hay alguna razón para creer que el cadáver era el de esa muchacha Martine?

—Ya le he dicho que es una posibilidad.

—¿Por qué… por qué han de pensar que era esa Martine? ¿Llevaba encima cartas, algún documento?

—No. Pero es que yo había recibido una carta de ella.

—¿Usted había recibido una carta de Martine?

—Sí. Una carta en la que me decía que estaba en Inglaterra y que le gustaría venir a verme. Yo la invité a que viniese aquí, pero recibí un telegrama diciendo que volvía a Francia. Quizá regresó a Francia. Nosotros no lo sabemos. Pero, más tarde, se encontró aquí un sobre dirigido a ella. Supongo que eso indica que había estado en la casa. Pero, realmente, no veo…

Se detuvo.

Lady Stoddart-West tomó la palabra en el acto.

—Me imagino que no alcanza usted a ver qué relación pueda tener yo con todo esto. Y tiene toda la razón. Tampoco yo lo comprendería si estuviera en su lugar. Pero cuando oí lo que pasaba, o, mejor dicho, esa confusa narración de los hechos, pensé que no me quedaba otro recurso que venir aquí para asegurarme de

que era cierto, porque, de ser así…

—¿Sí?

—Si lo es, tengo que decirle algo que no pensaba revelar. Yo soy Martine Dubois.

Emma miró a su visitante con los ojos muy abiertos como si apenas pudiera entender el sentido de sus palabras.

—¡Usted! ¿Usted es Martine?

La otra asintió.

—Sí, soy yo. Estoy segura de que le sorprenderá, pero es la verdad. Conocí a su hermano Edmund en los primeros días de la guerra. Estaba alojado en nuestra casa. Bien, el resto ya lo conoce usted. Nos enamoramos. Pensábamos casarnos y entonces tuvo lugar la retirada de Dunquerque. A Edmund se le dio por desaparecido y más tarde se comunicó su muerte. No le hablaré a usted de aquella época. Fue hace mucho tiempo y ya pasó. Pero sí le diré que yo quería mucho a su hermano.

Vinieron luego las tristes realidades de la guerra. Los alemanes ocuparon Francia. Yo me convertí en un miembro de la Resistencia, y ayudábamos a hacer pasar a los ingleses por Francia camino de Inglaterra. De este modo conocí a mi actual marido, un oficial de las fuerzas aéreas que fue lanzado sobre Francia en paracaídas para una misión especial. Cuando terminó la guerra nos casamos. Una o dos veces dudé si debía escribirle a usted o venir a verla, pero decidí abstenerme. Pensé que no nos serviría de nada revivir antiguos recuerdos. Yo tenía una nueva vida y no deseaba recordar la anterior. Pero le diré que me causó una extraña satisfacción el descubrir que el mejor amigo de mi hijo James, en el colegio, era un muchacho que resultó ser sobrino de Edmund. Puedo decir que Alexander se parece mucho a Edmund, como creo que usted misma podrá apreciar. Y me pareció una circunstancia muy afortunada el hecho de que James y Alexander fuesen tan excelentes amigos.

Puso una mano sobre el brazo de Emma.

—Comprenderá, querida Emma, que después de oír la historia sobre el asesinato y sobre la sospecha de que esa mujer era la Martine que Edmund había conocido, no tenía más remedio que venir a comunicarle a usted la verdad. O usted o yo debemos informar a la policía del caso. Quienquiera que sea la mujer muerta, lo cierto es que no es Martine.

—Apenas puedo creer que usted… que usted sea la Martine a quien se refería mi querido Edmund en su carta. —Emma suspiró. Luego frunció el entrecejo—. Pero entonces no comprendo. ¿Fue usted quien me escribió?

Lady Stoddart-West meneó la cabeza con decisión.

—No, no. Por supuesto, yo no le he escrito a usted.

—Entonces… —comenzó Emma, y se detuvo.

—¿Entonces fue alguien que, fingiendo ser Martine, quería, quizá, sacarle dinero? Es lo más probable. Pero ¿quién puede haberlo hecho?

—Supongo —señaló Emma lentamente— que había gente, en aquellas fechas, que sabía…

La otra se encogió de hombros.

—Sí, probablemente. Pero nadie de mi círculo más íntimo, nadie que estuviese cerca de mí. Nunca he hablado de esto desde que vine a Inglaterra. Y, de todas formas, ¿por qué esperar tanto tiempo? Es curioso, muy curioso.

—No lo comprendo. Tendremos que ver lo que dice el inspector Craddock. —De pronto dirigió a su visitante una mirada enternecida—. ¡Estoy tan contenta de conocerla por fin, querida!

—Y yo a usted. Edmund me hablaba de usted con mucha frecuencia. La quería. Yo soy feliz en mi nueva vida, pero como quiera que sea, no le he olvidado.

Emma se recostó en la almohada y dejó escapar un profundo suspiro.

—Es un inmenso alivio. Estábamos todos muy asustados ante la posibilidad de que la muerta fuese Martine, porque entonces el crimen tenía que estar relacionado de una manera u otra con la familia. Pero ahora siento que me he quitado un gran peso de encima. No sé quién sería esa pobre infeliz, ¡pero no podía tener nada que ver con nosotros!

Capítulo XXIII

La esbelta secretaria le trajo a Harold Crackenthorpe la acostumbrada taza de té de la tarde.

—Gracias, miss Ellis. Hoy me iré a casa temprano.

—Creo que no debería usted haber venido. Aún tiene usted un aspecto muy decaído.

—Estoy perfectamente —contestó Harold, pero, en realidad, se sentía débil.

De eso no había duda: había pasado unos días horribles. Pero, bueno, al menos ya había pasado.

Extraordinario, se dijo a sí mismo, que Alfred estuviera muerto y que el viejo siguiera vivo. Después de todo, ¿cuántos años tenía? ¿Setenta y tres, setenta y cuatro? Hacía años que era un inválido. Si alguien había de morir, parecía más lógico que hubiese sido el viejo. Pero no. Tuvo que ser Alfred. Alfred, que, por lo que Harold sabía, era un tipo sano y fuerte. Ninguna dolencia le aquejaba.

Se reclinó en su sillón suspirando. Aquella muchacha tenía razón. No se encontraba aún en forma, pero había querido ir a la oficina. Quería ver cómo marchaba todo. Su situación era inestable, ¡sí, inestable! Todo aquello (y miró a su alrededor), el despacho lujosamente decorado, las maderas pulidas y brillantes, los sillones modernos y caros, ¡todo respiraba prosperidad y eso era bueno! Ahí es donde Alfred se había equivocado siempre. Si uno parecía próspero, la gente le creía próspero. Todavía no circulaban rumores sobre su inestabilidad financiera. Pero aun así, la quiebra no podía tardar mucho. Si al menos hubiese sido su padre quien muriera en vez de Alfred, que era como hubiera tenido que ser. Y en vez de eso, casi parecía como si el arsénico le diera más energías. Sí, si su padre hubiese fallecido… bien, ahora no tendría de qué preocuparse.

No obstante, lo más importante era conservar la calma. Conservar el aspecto de hombre próspero y despreocupado. No

como el pobre Alfred, que siempre iba hecho un harapiento con aspecto desamparado, que era exactamente lo que era: uno de esos pequeños especuladores que no se atreven nunca a salir en busca de las grandes ganancias. Cuando no tenía tratos con alguna pandilla de maleantes, se metía en alguna operación algo turbia, sin llegar nunca al delito, pero siempre rozando el borde de la ilegalidad. ¿Y adónde le había llevado esto? A unos cortos períodos de abundancia para volver luego al desaliño y a la miseria. Alfred no había sido hombre de grandes perspectivas. En resumen, no podía decirse que se hubiese perdido gran cosa con su muerte. Nunca había sentido estima por Alfred y, con su desaparición, el dinero que le tocaría de aquel viejo tacaño, su abuelo, se vería aumentado considerablemente, dividido no en cinco sino en cuatro partes. Mucho mejor.

El rostro de Harold se animó un poco. Se levantó, cogió el sombrero y el abrigo y salió del despacho. Sería mejor tomárselo con calma por uno o dos días. No se sentía muy fuerte aún. Su coche lo esperaba abajo y pronto le llevaría a casa atravesando las calles de Londres.

Darwin le abrió la puerta.

—La señora acaba de llegar, señor.

Por un momento, Harold se quedó mirándolo. ¡Alice! ¡Dios del cielo! ¿Era hoy el día en que debía regresar Alice? Lo había olvidado por completo. Suerte que Darwin le había avisado. No hubiera causado muy buena impresión si, al llegar al piso de arriba, le hubiera pillado por sorpresa. No es que tuviera ninguna importancia, claro. Al fin y al cabo, ni Alice ni él tenían grandes ilusiones acerca de lo que sentían el uno por el otro. Quizás Alice le tenía algún afecto, no lo sabía.

La verdad, Alice había sido una gran desilusión. No había estado nunca enamorado de ella, por supuesto, pero, aunque poco agraciada, era una mujer agradable. Y no había duda de que su familia y relaciones le habían resultado muy útiles.

No tan útiles, quizá, como hubieran podido serlo, porque si se casó con Alice, fue en parte pensando en sus futuros hijos, en la buena posición de que gozarían en una familia tan importante. Pero no habían tenido descendencia, y todo lo que quedaba ahora eran él mismo y Alice, envejeciendo juntos, sin gran cosa que decirse el uno

al otro, ni particular satisfacción en su mutua compañía.

Ella pasaba mucho tiempo ausente con algunos parientes y, por lo general, en invierno iba a la Riviera. A ella le gustaba y a él no le contrariaba.

Harold se dirigió a la sala de arriba y le dio una ceremoniosa bienvenida.

—Así que ya estás de regreso, querida. Siento no haber podido ir a recibirte pero me han retenido en la City. He vuelto tan pronto como he podido. ¿Cómo estaba San Raphael?

Alice le contó cómo estaba San Raphael. Era una mujer delgada, de cabello rojizo, nariz aguileña, ojos castaños y mirada vaga. Su dicción era cuidada, monótona y algo deprimente. El viaje de regreso había sido bueno, el Canal un poco agitado. Los trámites aduaneros, molestos como de costumbre.

—Debías haber vuelto en avión. Es mucho más sencillo.

—Supongo que sí. Pero no me gusta viajar en avión. Nunca lo hago. Me pone muy nerviosa.

—Ahorra mucho tiempo.

Lady Alice Crackenthorpe no contestó, quizá porque en su vida el problema no estaba en la necesidad de ahorrar tiempo para llegar a todo, sino en encontrar cosas que la ayudaran a llenarlo. Cortésmente, preguntó por el estado de salud de su esposo.

—El telegrama de Emma me alarmó bastante. Creo que has estado enfermo.

—Sí, sí.

—El periódico hablaba el otro día de cuarenta personas que se pusieron enfermas en un hotel por algo que habían comido. Creo que los alimentos congelados son peligrosos. Se mantienen en los frigoríficos demasiado tiempo.

—Es posible.

¿Debía o no debía mencionarle a Alice lo del arsénico? Al mirarla, se sintió incapaz de hacerlo. Le parecía que, en el universo de Alice, no había lugar para el envenenamiento por arsénico. Para ella era sólo algo que se leía en los periódicos, pero no una realidad que pudiera sucederle a uno o a la propia familia. Y sin embargo, había ocurrido en la familia Crackenthorpe.

Pasó a su habitación y permaneció echado por espacio de una o dos horas antes de vestirse para ir a comer. Durante la comida, solo

con su esposa, la conversación siguió un curso parecido, inconexa y cortés. Se hizo mención a amigos y conocidos que se encontraban en San Raphael.

—Hay un paquete para ti sobre la mesa del vestíbulo, un paquete pequeño —dijo Alice.

—¿Un paquete? No me había dado cuenta.

—Es una cosa extraordinaria, pero alguien ha estado hablándome de una mujer asesinada y encontrada en un granero o algo parecido. Decía que había sido en Rutherford Hall. Supongo que debe tratarse de otro lugar con el mismo nombre.

—No, no es otro. La verdad es que ha sido en nuestro granero.

—¡Harold! ¿Es posible? Una mujer asesinada en el granero de Rutherford Hall ¡y no me lo habías dicho!

—Lo cierto es que no tuve mucho tiempo, y era un asunto bastante desagradable. No tiene nada que ver con nosotros, por supuesto. La prensa no ha dejado de fisgonear, naturalmente. Y hemos tenido que tratar con la policía y toda esa historia.

—Muy desagradable. ¿Han descubierto quién lo hizo? —preguntó con fingido interés.

—Todavía no.

—¿Qué clase de mujer era?

—Nadie lo sabe. Francesa al parecer.

—¡Oh, francesa! —exclamó Alice y, salvando la diferencia de clase, su acento no era muy distinto al del inspector Bacon—. Muy molesto para vosotros.

Salieron del comedor para ir al pequeño gabinete en el que solían sentarse cuando estaban solos. Harold se sentía completamente agotado. Y pensó: «Me iré temprano a la cama».

Recogió el paquete que había sobre la mesa del vestíbulo. Estaba envuelto en papel celofán con meticulosa pulcritud. Harold se sentó junto al fuego y rompió el envoltorio.

Contenía una cajita de comprimidos, con el rótulo «Tómense dos por la noche». Le acompañaba una pequeña tira de papel con el membrete de un farmacéutico de Brackhampton, en el que se veía escrito: «Enviado expresamente por encargo del doctor Quimper».

Harold Crackenthorpe frunció el entrecejo. Abrió la cajita y miró los comprimidos. Sí, parecían ser los mismos que había estado tomando. Pero ¿no le había dicho Quimper que no debía tomarlos

más? «Ya no los necesita», era lo que Quimper le había dicho.

—¿Qué pasa, querido? Pareces contrariado.

—¡Oh, son los comprimidos! He estado tomándolos por la noche. Pero me parecía que el médico me había dicho que los dejara.

—Seguramente te dijo —replicó ella con placidez— que no te olvidaras de tomarlos.

—Sí, será eso —dijo Harold con gesto de duda.

La miró desde el otro lado de la mesa. Ella estaba observándolo. Por unos instantes, se preguntó (como hiciera tantas otras veces) qué estaría pensando su esposa. Aquella suave mirada de ella no le decía nada. Sus ojos eran como ventanas en una casa vacía. ¿Qué pensaba? ¿Qué sentía Alice por él? ¿Le había querido alguna vez? Él suponía que sí. ¿O se habría casado con él porque creía que era un hombre prospero de la City y ella estaba cansada de su vida de escasez? Bueno, en ese aspecto al menos no se podía quejar. Tenía un coche y una casa en Londres, viajaba por el extranjero, se compraba ropas caras, aunque Dios sabía que, cuando ella se las ponía, no lo parecían. Sí, en conjunto, había salido ganando. Y se preguntaba si ella lo vería también así. En realidad ella no sentía verdadera simpatía por él, pero tampoco él la sentía por ella. No congeniaban, no tenían nada de qué hablar ni recuerdos que compartir. Si hubiesen tenido hijos, pero no los habían tenido. Era extraño que no hubiera hijos en la familia, salvo el muchacho de Edith. La joven Edith. Había sido tonta casándose de aquella manera tan inconsciente durante la guerra. Pero él le había aconsejado bien. Él le había dicho: «Muy simpáticos esos jóvenes y atrevidos pilotos. Tienen encanto, temeridad y todas esas cualidades, pero no sirven para los tiempos de normalidad y paz. Apenas si podrá mantenerse».

Y Edith le había contestado: «¿Qué importa eso?». Ella quería a Bryan y él la quería a ella y, probablemente, lo matarían pronto. ¿Por qué no habían de tener un poco de felicidad? ¿De qué servía pensar en el porvenir cuando todos podían morir bajo las bombas en cualquier momento? Y, de todos modos, había dicho Edith, el porvenir no debía inquietarlos porque algún día se repartiría el legado del abuelo.

Harold se agitó incómodo en su silla. ¡Realmente, ese testamento

del abuelo había sido inicuo! Tenerlos a todos pendientes de un hilo. El testamento no había complacido a nadie. No complacía a los nietos y ponía lívido a su padre. El viejo estaba absolutamente decidido a no morirse. Por eso se cuidaba tanto. Pero no tardaría en morir. Seguramente, moriría pronto. De no ser así… Todos los problemas de Harold cayeron sobre él una vez más, y se sintió cansado y enfermo.

Advirtió que Alice continuaba observándolo. Por alguna razón, aquellos ojos pálidos y pensativos le causaban desasosiego.

—Creo que me iré a la cama. Ha sido mi primer día de trabajo.

—Sí —contestó Alice—. Creo que es una buena idea. Estoy segura de que el médico te dijo que tomases las cosas con calma.

—Los médicos siempre dicen eso.

—Y no te olvides de tomar los comprimidos, querido.

Tomó la cajita y se la entregó.

Él le dio las buenas noches y subió la escalera. Sí, necesitaba los comprimidos. Hubiera sido una equivocación dejarlos tan pronto. Tomó dos de ellos y los tragó con un vaso de agua.

Capítulo XXIV

—Nadie hubiera podido hacerse con todo esto un lío mayor que el que he armado yo —manifestó Dermot Craddock sombríamente.

Estaba sentado con las largas piernas estiradas y su aspecto resultaba un tanto chocante en la recargada salita de Florence. Se sentía completamente agotado, trastornado y deprimido.

Miss Marple expresó con dulzura su disconformidad.

—No, no, mi querido muchacho, ha hecho usted un buen trabajo. Muy bueno, de verdad.

—¿Un buen trabajo, dice, y he dejado envenenar a toda la familia? ¿Qué demonios ocurre? Me gustaría saberlo.

—Comprimidos envenenados —dijo miss Marple con aire pensativo.

—Sí. Diabólicamente hábil, en realidad. Parecían los mismos que los que había estado tomando. Con ellos había una tira de papel impreso en el que se había escrito: «Enviado por encargo del doctor Quimper». Quimper no los encargó. Utilizaron el membrete del farmacéutico, que tampoco sabía nada. No. Esta caja de comprimidos venía de Rutherford Hall.

—¿Sabe con certeza que venían de Rutherford Hall?

—Sí. Hemos hecho una investigación exhaustiva. En realidad se trata de la caja que contenía los comprimidos sedantes para Emma.

—Oh, ya veo. Para Emma.

—Sí, encontramos sus huellas digitales, las de las dos enfermeras y las del farmacéutico que lo preparó. Naturalmente, ninguna otra. La persona que envió los comprimidos tuvo cuidado de no dejar impresas las suyas.

—¿Y los comprimidos sedantes fueron retirados y sustituidos por otra cosa?

—Sí. Y, claro, eso es lo que tienen de malo los comprimidos. Todos parecen iguales.

—Tiene usted mucha razón. Recuerdo muy bien cómo en mi juventud había la medicina negra, la medicina marrón (ésta para la tos), la medicina blanca y la medicina rosa del doctor Fulano de Tal. De hecho, todavía en St. Mary Mead tenemos esta clase de medicinas. Lo que todos quieren es un jarabe, no comprimidos. ¿Qué había en ellos?

—Acónito. Es la clase de comprimidos que suelen guardarse en una botella para venenos y que se disuelven al uno por ciento, para uso externo.

—Y así, Harold lo tomó y murió.

Dermot Craddock emitió algo que se parecía a un gemido.

—¿No le importa que me desahogue en su presencia? —confesó luego de una pausa—. ¡Tengo que contárselo todo a tía Jane! Eso es lo que sentí.

—Es usted un buen muchacho y se lo agradezco. Y al ser el ahijado de sir Henry, siento por usted un aprecio que no podría sentir por ningún otro inspector.

Dermot Craddock le dirigió una sonrisa fugaz y contestó desasosegado:

—Sí, pero el caso es que he armado el lío más espantoso de mi vida. Mi jefe llama a Scotland Yard, ¿y qué es lo que tiene que comunicar? ¡Qué no tengo ni la más remota idea de lo que está pasando!

—No, no.

—Sí, sí. ¡No sé quién envenenó a Alfred, no sé quién ha envenenado a Harold y, para acabar de arreglarlo, tampoco tengo la menor idea de quién era la mujer que asesinaron! Todo parecía indicar que era la dichosa Martine, todos los indicios parecían apuntar en esa dirección. ¿Y qué pasa ahora? Que resulta que Martine es la esposa de sir Robert Stoddart-West. ¿Quién es entonces la mujer del granero? ¡Sabe Dios! Y antes que si era Anna Stravinska, pero tampoco…

Le detuvo una de las significativas tosecillas de miss Marple.

—¿Está seguro?

Craddock la miró con los ojos muy abiertos.

—Bien, esa postal desde Jamaica…

—Sí. Pero eso no es una verdadera prueba, ¿verdad? Quiero decir que cualquiera puede hacerse enviar una postal desde

cualquier parte del mundo. Recuerdo a Mrs. Brierly, que sufrió una crisis nerviosa tan grave que acabaron por enviarla a una clínica para tenerla en observación. No podía soportar la idea de que sus hijos lo supieran, y dejó escritas unas catorce postales, disponiendo que se enviasen oportunamente desde diversos lugares en el extranjero. —Y añadió, volviéndose hacia Dermot Craddock—: ¿Ve usted lo que quiero decir?

—Sí, desde luego. Naturalmente, hubiéramos comprobado lo de esa postal, de no ser porque ese asunto de Martine parecía responder mejor al caso en cuestión.

—De un modo muy conveniente.

—Todo concordaba —señaló Craddock—. Y después de todo, está también la carta firmada por Martine Crackenthorpe, la que recibió Emma. Lady Stoddart-West no la remitió, pero alguien tuvo que hacerlo. Alguien que pensaba hacerse pasar por Martine para obtener, si podía, algún dinero. ¿No me negará que es así?

—No, no.

—Y tenemos además, el sobre de la carta que Emma le escribió con la dirección de Londres. Y fue encontrado en Rutherford Hall, lo que demuestra que ella había estado allí.

—¡Pero la mujer asesinada no había estado allí! —le indicó miss Marple—. No había estado en el sentido que usted dice. Ella fue a Rutherford Hall cuando ya estaba muerta. La arrojaron desde el tren por el terraplén de la vía.

—Bueno, sí.

—Lo que el sobre demuestra es que el asesino estuvo allí. Es de suponer que le quitó a su víctima este sobre con la documentación y los otros objetos que llevaba y que después se le cayó sin darse cuenta. ¿O lo hizo premeditadamente? Seguro que sus hombres y el inspector Bacon lo inspeccionaron todo a conciencia, y no lo encontraron. Y luego aparece de repente en el cuarto de la caldera.

—Eso tiene una explicación. Ese viejo jardinero acostumbraba a recoger todos los papelotes que encuentra y los almacena allí para quemarlos.

—Donde era muy natural que los muchachos lo encontrasen —señaló miss Marple con expresión pensativa.

—¿Quiere usted decir que lo que se pretendía era que lo encontráramos?

—Sólo es una idea. Después de todo, era fácil deducir dónde iban los muchachos a continuar sus investigaciones, o si no, proponérselo. Sí, es posible. Fue eso lo que le hizo abandonar la idea de que pudiera ser Anna Stravinska, ¿verdad?

—¿Y cree usted que la mujer asesinada es ella?

—Creo que alguien pudo alarmarse cuando usted empezó a investigar, ni más ni menos. Creo que esa persona no quería que la siguiera investigando.

—Atengámonos al hecho básico de que alguien iba a representar el papel de Martine y que luego, por alguna razón, desistió de hacerlo. ¿Con qué motivo?

—Es una pregunta interesante.

—Alguien envió un telegrama diciendo que Martine regresaba a Francia. Después se las arregló para venir en el mismo tren con la muchacha y la mató por el camino. ¿Está usted conforme hasta aquí?

—No del todo. La verdad, no creo que lo simplifique usted lo bastante.

—¡Que lo simplifique! —exclamó Craddock—. Me confunde usted —añadió en tono de queja.

Miss Marple señaló con voz acongojada que jamás pensaría en hacer tal cosa.

—A ver, dígame: ¿Cree o no cree usted saber quién era la mujer asesinada?

Miss Marple suspiró antes de contestar:

—Es tan difícil expresarlo bien. Quiero decir: no sé quién era, pero, al mismo tiempo, estoy bastante segura de quién era. ¿Sabe usted lo que quiero decir?

Craddock levantó la cabeza.

—¿Si sé lo que quiere decir? No tengo la más remota idea. —Miró por la ventana—: Aquí llega su Lucy Eyelesbarrow. Bueno, me marcho. Mi amor propio está por los suelos esta tarde y la presencia de una joven rebosante de energía y buena suerte es más de lo que puedo soportar.

Capítulo XXV

—Busqué la palabra tontina en el diccionario —exclamó Lucy. Después de haberse saludado mutuamente, Lucy se paseaba por la habitación tocando un perro de porcelana por aquí, un macasar por allá, un costurero de plástico en la ventana.

—Ya pensé que lo haría —dijo miss Marple reposadamente.

Lucy habló despacio, marcando las palabras: «Lorenzo Tonti. Banquero italiano. Inventó en 1653 una forma de renta anual vitalicia en la que las partes de los beneficiarios que mueren se suman a las ganancias de los que sobreviven».

—Es eso, ¿verdad? Encaja perfectamente, y usted ya lo sospechaba incluso antes de las dos últimas muertes.

Reanudó su inquieto paseo por la habitación. Miss Marple la observaba desde su asiento. Ésta era una Lucy Eyelesbarrow muy distinta de la que ella conocía.

—Supongo que esto era lo que buscaba. Un testamento de este género que termina de modo que, si queda un solo sobreviviente, éste lo recibe todo. Y, no obstante, había mucho dinero, ¿verdad? Yo creo que incluso repartido entre los hermanos representaría una fortuna considerable.

Se detuvo, pensativa.

—Lo malo es que las personas son insaciables —señaló miss Marple—. Algunas personas. Muchas veces, así es como empieza todo. No se empieza con el asesinato, con el deseo de cometerlo, ni siquiera pensándolo. Se empieza siendo, sencillamente, avaricioso, queriendo tener más de lo que se ha de recibir. —Dejó su ganchillo sobre la rodilla y su mirada se perdió en el vacío—. Así es como conocí al inspector Craddock. Un caso en el campo, cerca de Medenham Spa. Empezó del mismo modo: una persona de carácter débil y afable que quería tener mucho dinero. Era un dinero al que no tenía derecho, pero parecía fácil conseguirlo. No hubo asesinatos

al principio, sólo algo tan fácil y sencillo que apenas parecía que estuviera mal. Así fue cómo empezaron las cosas. Pero aquello acabó con tres asesinatos.

—Como aquí. Hemos tenido tres asesinatos hasta ahora: la mujer que desempeñaba el papel de Martine y que hubiera podido reclamar una parte para su hijo, después Alfred y después Harold. Y con esto, sólo quedan dos, ¿verdad?

—¿Quiere decir que sólo quedan Cedric y Emma?

—Emma, no. Emma no es un hombre alto y moreno. No, me refiero a Cedric y a Bryan Eastley. No había pensado en Bryan antes porque es rubio. Tiene el bigote rubio y los ojos azules, pero, ya lo ve usted, el otro día…

—Sí, continúe —la alentó miss Marple—. Ha ocurrido algo que le preocupa, ¿verdad?

—Fue cuando lady Stoddart-West se retiraba. Se había despedido y, de pronto, se volvió hacia mí en el momento en que iba a subir al coche, y me preguntó: «¿Quién era ese hombre alto y moreno que estaba en la terraza cuando he llegado?». Al principio, no pude imaginar a quién se refería, porque Cedric estaba aún en la cama. Le pregunté intrigada: «¿Se refiere usted a Bryan Eastley?», y ella respondió: «¡Claro, era él!, el jefe de escuadrilla Eastley. Estuvo una vez escondido en nuestro desván, en Francia, durante la guerra. Cuando lo vi de espaldas, me resultó familiar la postura y la forma de sus hombros», y entonces mencionó que le gustaría saludarlo, pero no dimos con él.

Miss Marple no dijo nada, se limitaba a esperar.

—Y después —añadió Lucy—, más tarde, me fijé en él. Estaba en pie, de espaldas a mí, y vi lo que hubiera debido ver antes. Que el pelo rubio parece oscuro si se lo peina con brillantina. El pelo de Bryan tira a castaño y puede parecer oscuro. Así que después de todo, pudo ser Bryan el hombre que su amiga vio en el tren. Podría…

—Sí. Ya había pensado en eso.

—¿Es que siempre piensa usted en todo? —exclamó Lucy con cierta acritud.

—Bueno, querida, tengo que hacerlo.

—Sin embargo, no puedo ver qué es lo que Bryan podría sacar de esto. Quiero decir que el dinero iría a Alexander, no a él.

Comprendo que les haría la vida más fácil, un poco más suntuosa, pero no podría valerse del capital para sus proyectos ni nada parecido.

—Pero si le ocurriese algo a Alexander antes de que cumpliese los veintiún años, el dinero iría a las manos de su padre como pariente más próximo.

Lucy le dirigió una mirada de horror.

—Él nunca haría eso. Ningún padre lo haría sólo para conseguir el dinero.

Miss Marple suspiró.

—Hay gente que hace esas cosas, querida. Es muy triste y terrible, pero pasa. La gente hace cosas terribles. Sé de una mujer que envenenó a tres hijos suyos sólo para cobrar un pequeño seguro. Recuerdo a una anciana, en apariencia una dama amable y honrada, que envenenó a su hijo cuando volvió a casa con permiso. Y también esa vieja Mrs. Stanwich. Este caso se publicó en los periódicos y me figuro que debió usted leerlo. Murieron su hija y su hijo, y dijo luego que ella se había envenenado. Había veneno en un poco de salsa, pero se descubrió que lo había puesto ella misma. Y estaba proyectando el envenenamiento de su última hija. Pero en este caso no fue por dinero. Ella estaba celosa porque eran más jóvenes que ella, y rebosaban de vitalidad. Temía (es terrible decirlo, pero es la verdad) que se divirtieran cuando ella hubiese desaparecido. Siempre había sido muy severa. Sí, por supuesto, era un poco rara, pero yo, por mi parte, no veo que eso sea una excusa legítima. Quiero decir que se puede ser raro de muchas maneras. A veces, va una persona por ahí regalando todo lo que posee y firmando cheques a cargo de cuentas corrientes que no existen, sólo para favorecer a la gente. Esto demuestra que, detrás de su rareza, tiene una disposición generosa. Pero si detrás de la rareza hay una mala disposición… ahí lo tiene usted. Y bien, ¿se ha aclarado un poco ya, mi querida Lucy?

—¿Que si me he aclarado?

—Con lo que he estado contándole. No debe inquietarse. Verdaderamente, no debe inquietarse. Elspeth McGillicuddy va a llegar un día de estos.

—No veo qué tiene que ver con esto.

—No, querida, quizá no lo ve usted, pero yo creo que es

importante.

—No puedo evitar sentir cierta ansiedad, ¿sabe? Siento que en cierta manera esa familia es algo mío.

—Lo sé, querida. Sé que es difícil para usted, porque se siente atraída por los dos de un modo diferente, ¿verdad?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Lucy con un tono huraño.

—Me refería a los dos hijos de la casa. O, mejor, al hijo y al yerno. Es de lamentar que los dos miembros más desagradables de la familia hayan muerto, pero quedan los dos más atractivos. Sé que Cedric es muy apuesto, aunque es propenso a presentarse como peor de lo que es, y es algo provocativo.

—Me inspira a veces deseos de pegarle —dijo Lucy.

—Sí. Y a usted le gusta eso, ¿verdad? Es usted una muchacha llena de energía y disfruta con la batalla. Sí, puedo entender por qué le atrae. Y por otra parte, Mr. Eastley es más como un ser desvalido, como un niño desdichado. Lo que, desde luego, le hace atractivo también.

—¡Y uno de ellos es un asesino! —afirmó Lucy con amargura—. ¡Cualquiera de los dos! ¿Cómo saber cuál? Ahí está Cedric, al que no le importa un comino la muerte de su hermano Alfred, o la de Harold. Se pasa el tiempo recostado en su silla, tan contento, forjando planes sobre lo que hará con Rutherford Hall, y no cesa de decir que se necesitará mucho dinero. Ya sé que es de esa clase de personas que exageran su indiferencia. Pero eso podría ser también una fachada. Quiero decir que todo el mundo pretende ser más indiferente de lo que en realidad es, pero también podría ser al revés, y que sea más insensible de lo que aparenta ser.

—Querida, querida Lucy. ¡Siento tanto todo esto!

—Y luego Bryan —continuó Lucy—. Es extraordinario, pero Bryan parece que quiera vivir aquí. Cree que él y Alexander vivirían muy felices, y está lleno de proyectos.

—Bryan está siempre lleno de proyectos de alguna clase, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. Y todos ellos parecen admirables. Pero tengo la impresión de que no son factibles. Quiero decir que no son prácticos. La idea parece perfecta, pero no creo que tenga nunca en cuenta las dificultades que surgirían en la práctica.

—Siempre cosas demasiado etéreas, ¿no?

—Sí, en realidad es eso. No deja de hacer castillos en el aire. Quizás es que los buenos pilotos no bajan nunca del todo de las nubes. Y Rutherford Hall le gusta tanto porque le recuerda la gran residencia victoriana por la que vagaba cuando era niño.

—Comprendo —dijo miss Marple con aire pensativo—. Sí, comprendo. —Luego, dirigiéndole una rápida mirada de reojo, dijo, como con una especie de zarpada verbal—: Pero eso no es todo, ¿verdad, querida? Hay algo más.

—Oh, sí, hay algo más. Algo de lo que no me he dado cuenta hasta hace un par de días. Bryan pudo haber estado en aquel tren.

—¿En el que salió de la estación de Paddington a las 4.33?

—Sí. Ya ve usted. Emma creyó que se le pedía que diese cuenta de sus movimientos del día veinte de diciembre y los repasó muy cuidadosamente: reunión de un comité por la mañana, compras en las tiendas por la tarde y el té en el Green Shamrock y, luego, dijo que había ido a recibir a Bryan a la estación. El tren que llegaba era el de las 4:50 de Paddington, pero pudo haber llegado en el tren anterior y decir que había tomado ese tren. A mí me comentó que su coche había recibido un golpe y que lo tenía en el taller, y que por eso había tomado el tren. Lo dijo con toda naturalidad. Y tal vez no sea él, pero como quiera que sea, yo preferiría que no hubiese venido en el tren.

—En el tren —musitó miss Marple, siempre pensativa.

—En realidad, esto no demuestra nada. Y es terrible vivir con esta sospecha. No saberlo con certeza. ¡Quizá no lo sabremos nunca!

—Desde luego que lo sabremos, querida —exclamó miss Marple animadamente—. Todo esto no quedará así. Lo que tengo muy claro sobre los asesinos es que nunca dejan las cosas tal como están. En todo caso, no pueden cuando han cometido un segundo asesinato. No deje que eso la afecte demasiado, Lucy. La policía hace todo lo que puede y vela por todo el mundo. ¡Lo importante es que Elspeth McGillicuddy estará ya muy pronto aquí!

Capítulo XXVI

—A ver, Elspeth, ¿has entendido bien lo que quiero que hagas?

—Perfectamente —dijo Mrs. McGillicuddy—, pero lo que yo digo, Jane, es que todo parece muy extraño.

—No tiene nada de extraño.

—A mí me parece que sí. Llegar a la casa y preguntar de inmediato si puedo… ejem… ir arriba.

—El tiempo está muy frío y puedes haber comido algo que te haya sentado mal, y… en fin… puedes necesitar ir arriba. Quiero decir que estas cosas suceden. Recuerdo a la pobre Louise Felby que vino a verme un día y tuvo que ir arriba cinco veces en menos de media hora. Aquella vez fue un pastel de carne en mal estado.

—Si al menos me dijeras qué es lo que te propones, Jane.

—Eso es precisamente lo que no voy a hacer.

—¡Eres imposible, Jane! Primero me obligas a hacer todo este viaje de vuelta a Inglaterra antes de lo que…

—Lo siento. ¡Pero no podía hacer otra cosa! Ya lo ves, alguien podría ser asesinado en cualquier momento. Oh, ya sé que están todos prevenidos y que la policía toma todas las precauciones posibles, pero siempre queda la probabilidad de que el asesino sea más listo. Por eso, Elspeth, tu deber era regresar. Después de todo, tú y yo fuimos educadas en el cumplimiento de nuestro deber.

—Claro que sí. No valían excusas cuando nosotras éramos jóvenes.

—Así, todo está bien. Aquí tenemos ya el taxi. —Fuera de la casa sonó un claxon.

Mrs. McGillicuddy se puso un grueso abrigo y miss Marple se envolvió en muchos chales y bufandas. Luego, las dos damas subieron al taxi, que partió en dirección a Rutherford Hall.

—¿Quién puede venir a estas horas? —preguntó Emma, mirando por la ventana, al ver llegar un taxi—. Creo que es la anciana tía de

Lucy.

—Vaya una lata —observó Cedric.

Estaba tumbado en una tumbona, hojeando el Country Life con los pies apoyados en un lado de la repisa de la chimenea.

—Dile que no estás en casa.

—Cuando dices que le diga que no estoy en casa, ¿te refieres a que vaya en persona y se lo diga yo misma o que le ordene a Lucy que le diga a su tía que estoy fuera?

—No había pensado en eso. Supongo que recordaba los tiempos en que teníamos mayordomo y criado, si es que alguna vez hemos tenido. Me parece recordar a un criado antes de la guerra. Tuvo un enredo con la chica de la cocina y se armó un revuelo de mil demonios. ¿No está por aquí una de esas brujas que vienen a limpiar?

En aquel momento Mrs. Hart, que estaba allí aquella tarde para limpiar la plata, abrió la puerta y entró miss Marple en medio de un remolino de chales y bufandas, muy agitada y seguida de otra figura de rígido aspecto.

—Espero —dijo miss Marple, cogiendo la mano de Emma— que no lleguemos en mal momento. Pero, como comprenderá, me vuelvo a casa pasado mañana, y no podía dejar de venir a despedirme y agradecerle nuevamente su amabilidad para con Lucy. ¡Oh, que torpe soy! Permítame presentarle a mi amiga, Mrs. McGillicuddy, que pasa unos días conmigo.

—¿Cómo está usted? —dijo Mrs. McGillicuddy, mirando a Emma con gran atención y en seguida a Cedric que se había puesto en pie.

Lucy entró en la habitación en aquel momento.

—Tía Jane, no tenía idea.

—Tenía que venir a despedirme de miss Crackenthorpe —dijo miss Marple—, que ha sido tan y tan buena contigo, Lucy.

—Es Lucy la que ha sido muy buena con nosotros —replicó Emma.

—Sí, es cierto —añadió Cedric—. La hemos hecho trabajar como una esclava, atendiendo a los enfermos, subiendo y bajando la escalera, guisando comidas para inválidos.

—Me han entristecido mucho las noticias de su enfermedad. Espero que se encuentre usted completamente restablecida, miss

Crackenthorpe.

—Oh, ya estamos todos bien —contestó Emma sonriendo.

—Lucy me dijo que habían estado muy enfermos. ¡Es tan peligroso tomar alimentos venenosos! Unas setas, tengo entendido.

—La causa sigue siendo algo misteriosa —dijo Emma.

—No lo crea —declaró Cedric—. Apuesto a que ha oído los rumores que circulan por ahí, miss… ejem…

—Marple. Jane Marple.

—Bueno, como le digo, apuesto a que ha oído los rumores que circulan por ahí. Nada como el arsénico para alborotar un poquito el vecindario.

—Cedric —dijo Emma—, quisiera que no hablaras así. Ya sabes qué dijo el inspector Craddock.

—Bah, todo el mundo lo sabe. Ustedes mismas lo han oído, ¿verdad? —Se volvió hacia miss Marple y Mrs. McGillicuddy.

—Yo, por mi parte —dijo la segunda—, acabo de regresar del extranjero, hace tan solo dos días.

—Ah, bien. Entonces no está usted al corriente de nuestro escándalo local —explicó Cedric—. Se trata de arsénico en el curry. Apuesto a que la tía de Lucy conoce todos los detalles.

—El caso es que he oído alguna cosa —comentó miss Marple—, es decir, sólo una pequeña insinuación, pero, por supuesto, no quería molestarla a usted, miss Crackenthorpe.

—No debe usted hacer caso de mi hermano —señaló Emma—. A él le gusta atormentar a las personas.

Mientras hablaba, dirigió a Cedric una sonrisa afectuosa.

Se abrió la puerta y entró el viejo Mr. Crackenthorpe, haciendo sonar, malhumorado, su inseparable bastón contra el suelo.

—¿Dónde está el té? ¿Por qué no está servido el té? ¡Usted! ¡Muchacha! —Se dirigió a Lucy—. ¿Por qué no ha traído el té?

—Acabo de prepararlo, Mr. Crackenthorpe. Voy a traerlo ahora. Estaba poniendo la mesa.

Lucy volvió a salir de la habitación, y Crackenthorpe fue presentado a miss Marple y a Mrs. McGillicuddy.

—Me gustan las comidas a su hora —afirmó el viejo—. Puntualidad y economía. Ésas son mis divisas.

—Muy necesarias, ciertamente —asintió miss Marple—, sobre todo en estos tiempos de impuestos y otras cosas.

Crackenthorpe soltó un resoplido.

—¡Impuestos! No me hable de esos ladrones. Un pobre miserable, eso es lo que soy. Y esto va a peor, ya se ve. Tú, muchacho —continuó, dirigiéndose a Cedric—, espera a que tengas esta residencia. Te apuesto diez contra uno a que los socialistas te la quitan para convertirla en un centro de beneficencia o algo así. ¡Y que te quitarán toda tu renta para mantenerla!

Lucy apareció de nuevo con la bandeja del té. Bryan Eastley la seguía cargado con otra de bocadillos, pan con mantequilla y tostadas.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —exclamó Mr. Crackenthorpe, examinando la bandeja—. ¿Pastel garrapiñado? ¿Tenemos acaso una fiesta? Nadie me lo había dicho.

El rostro de Emma se coloreó ligeramente.

—Viene el doctor Quimper a tomar el té, padre. Hoy es su cumpleaños, y…

—¿Cumpleaños? —protestó el viejo—. ¿Qué tiene él que hacer con su cumpleaños? Los cumpleaños son sólo para los niños. Yo nunca celebro mi cumpleaños ni pienso permitir que lo celebre nadie.

—Es un buen ahorro —convino Cedric—. ¡Con lo caras que saldrían las velitas de tu tarta!

—¡Ya está bien, muchacho! —dijo Crackenthorpe.

Miss Marple estaba estrechando la mano de Bryan Eastley.

—Desde luego, tenía noticias de usted por Lucy. ¡Válgame Dios! ¡Me recuerda tanto a alguien a quien había tratado en St. Mary Mead! Es un pueblo donde he vivido muchos años. Ronnie Wells, el hijo del abogado. Parecía incapaz de hacer nada de provecho cuando su padre intentó meterlo en su negocio. Se fue a África Oriental y montó allí un servicio de buques de carga en el lago Victoria ¿o era en el Albert? De todos modos, siento decir que la empresa fracasó, y él perdió todo su capital. ¡Una desgracia! ¿Espero que no estaría emparentado con usted? El parecido es muy grande.

—No —contestó Bryan—. Creo que no tengo ningún pariente llamado Wells.

—Estaba prometido a una muchacha muy bonita —explicó miss Marple—. Y muy inteligente. Ella intentó disuadirlo, pero él no

quiso escucharla. Y estaba equivocado, por supuesto. Las mujeres tienen mucho sentido común cuando se trata de asuntos de dinero. No de los grandes problemas financieros. No se puede esperar que una mujer entienda de eso, decía mi querido padre. Pero entienden bien los asuntos cotidianos de libras, chelines y peniques. ¡Qué vista más deliciosa tienen ustedes desde esta ventana! —añadió, cruzando la habitación para ir a mirar al exterior.

Emma fue junto a ella.

—¡Un parque tan grande! ¡Qué pintoresco queda el ganado sobre un fondo de árboles! Parece imposible que se encuentre en el centro de una ciudad.

—Creo que somos casi un anacronismo —opinó Emma—. Si las ventanas estuviesen abiertas oiría usted a lo lejos los rumores del tráfico.

—Oh, desde luego. Hay ruido por todas partes. Incluso en St. Mary Mead. Ahora tenemos cerca un aeropuerto ¡y los aparatos a reacción vuelan por encima! Es algo que me hace estremecer. El otro día se rompieron dos cristales del invernadero. Vuelan más aprisa que el sonido, o así lo creo, aunque ignoro por completo lo que eso pueda significar.

—Es en realidad una cosa muy sencilla —dijo Bryan, acercándose amablemente—. Verá, es como…

Miss Marple dejó caer su bolso y Bryan, cortésmente, lo recogió. En el mismo instante, Mrs. McGillicuddy se acercó a Emma y murmuró con voz angustiada (siendo la angustia un sentimiento auténtico, ya que le desagradaba la maniobra que estaba realizando):

—No sé si… ¿Podría ir arriba un momento?

—Naturalmente.

—Yo la acompañaré —dijo Lucy.

Lucy y Mrs. McGillicuddy salieron juntas de la habitación.

—Hoy hace mucho frío —observó miss Marple.

—En cuanto a la barrera del sonido —continuó Bryan—, ya lo ve usted, es como… Ah, hola, aquí está Quimper.

El doctor había llegado en su coche. Entró frotándose las manos y con muestras evidentes de tener mucho frío.

—Creo que va a nevar. Hola, Emma, ¿cómo se encuentra? ¡Dios mío! ¿Qué es todo esto?

—Le hemos hecho a usted una tarta de cumpleaños. Usted me dijo que era hoy.

—No esperaba todo esto —dijo Quimper—. Ya comprenderá… desde hace años… deben ser… sí, dieciséis años, nadie se acuerda de la fecha en que los cumplo.

Parecía conmovido y casi avergonzado.

—¿Conoce a miss Marple? —Emma se la presentó.

—Oh, sí —dijo aquélla—. Ya había conocido aquí al doctor Quimper, y vino a visitarme el otro día, con motivo del molesto enfriamiento que padecí. Fue muy atento.

—Confío en que esté ya totalmente restablecida —dijo el doctor.

Miss Marple le aseguró que se encontraba perfectamente.

—A mí no me ha venido a ver últimamente, Quimper —dijo Crackenthorpe—. ¡Si fuera por la atención que me presta, ya me habría muerto!

—No me parece que se esté usted muriendo —replicó el doctor Quimper.

—Ni lo haré —afirmó Crackenthorpe—. Vamos a tomar el té. ¿Qué estamos esperando?

—Oh, se lo ruego —intervino miss Marple—. ¡No esperen a causa de mi amiga! Se molestaría mucho si lo hicieran.

Empezaron a tomar el té. Miss Marple aceptó primero una rebanada de pan con mantequilla y continuó luego con un sandwich.

—¿Son de…? —Y vaciló.

—De pescado —señaló Bryan—. Yo he ayudado a hacerlos.

Crackenthorpe cacareó una risa.

—Pasta de pescado envenenada. Esto es lo que son. Cómalo por su cuenta y riesgo.

—¡Padre, haga el favor!

—Tiene uno que andar con cuidado con lo que come en esta casa —dijo Crackenthorpe a miss Marple—. Dos de mis hijos han sido asesinados como moscas. Me gustaría saber quién fue.

—No permita usted que la asuste —comentó Cedric, pasando el plato una vez más a miss Marple—. Un poquito de arsénico mejora el cutis, según dicen, si no toma demasiado, claro.

—Toma uno tú también, muchacho —dijo el viejo Crackenthorpe.

—¿Quieres que sea el catador oficial? —replicó Cedric—. Pues ahí va.

Cogió un sandwich y se lo metió entero en la boca.

Miss Marple dejó escapar una suave risita femenina y tomó un sandwich. Después de probarlo, comentó:

—Creo que demuestran ustedes ser muy valientes al bromear sobre esto. Sí, de verdad, se necesita valor, y admiro tanto a la gente que sabe…

Y con un ligero grito se le cortó la respiración.

—Una espina —exclamó con voz ahogada— en la garganta.

Quimper se levantó raudo, fue hacia ella, la hizo retroceder hasta la ventana y le dijo que abriese la boca. Sacó una cartera del bolsillo y cogió unas pinzas. Con destreza profesional, examinó la garganta de la anciana dama. En aquel momento se abrió la puerta y entró Mrs. McGillicuddy, seguida de Lucy. La primera dejó escapar un grito ante el cuadro que tenía delante: miss Marple echada hacía atrás y el doctor cogiéndola por el cuello para levantarle la cabeza con ambas manos.

—¡Pero si es él! —exclamó Mrs. McGillicuddy—. ¡Es el hombre del tren!

Con increíble rapidez, miss Marple se deslizó fuera de las manos del doctor y se acercó a su amiga.

—¡Ya pensé que lo reconocerías, Elspeth! No, no digas una palabra más. —Se volvió con expresión triunfal hacia Quimper—: Usted no sabía, doctor, que cuando estranguló a aquella mujer en el tren alguien lo estaba presenciando. Era mi amiga aquí presente. Mrs. McGillicuddy. Ella lo vio. ¿Comprende? Lo vio con sus propios ojos. Se encontraba en otro tren que circulaba paralelo al suyo. ¿Comprende usted?

—¿Qué demonios…? —El doctor Quimper se adelantó rápidamente hacia Mrs. McGillicuddy, pero, con la misma presteza, miss Marple se interpuso en su camino.

—Sí —añadió miss Marple—, ella lo vio y le ha reconocido, y así lo declarará ante el tribunal. Creo que no es frecuente —continuó miss Marple con su voz suave y quejumbrosa— que alguien vea cómo se comete un crimen. Suele haber pruebas circunstanciales, por supuesto. Pero en este caso las condiciones fueron muy excepcionales: Hubo un testigo ocular del asesinato.

—¡Bruja endiablada! —chilló el doctor Quimper, que quiso lanzarse sobre miss Marple.

Pero esta vez fue Cedric quien lo cogió del hombro.

—¿De modo que es usted ese demonio asesino? —exclamó haciéndole girar sobre sí mismo—. Nunca me había caído bien. Por alguna extraña razón me parecía que era una mala persona, pero por Dios que no se me hubiera ocurrido sospechar de usted.

Bryan Eastley se apresuró a venir en apoyo de Cedric. Los inspectores Craddock y Bacon entraron en el comedor por una puerta más lejana.

—Doctor Quimper —dijo Bacon—, debo advertirle que todo…

—Puede enviar al diablo su advertencia —replicó el doctor—. ¿Cree que alguien va a hacer caso de lo que cuentan un par de viejas maniáticas? ¿Quién ha oído nunca hablar de ese galimatías del tren?

—Elspeth McGillicuddy —contestó miss Marple— informó a la policía inmediatamente, el mismo veinte de diciembre y dio una descripción del hombre.

El doctor Quimper sacudió los hombros repentinamente.

—Si alguna vez ha habido un hombre perseguido por una endiablada mala suerte…

—Pero… —empezó a decir Mrs. McGillicuddy.

—Tranquila, Elspeth.

—¿Por qué habría yo de asesinar a una mujer desconocida? —protestó el doctor Quimper.

—No era una mujer desconocida —replicó el inspector Craddock—. Era su esposa.

Capítulo XXVII

—Así, ya lo ven ustedes —comentó miss Marple—, esto ha resultado ser, como yo había sospechado, algo muy sencillo. El crimen más simple que se pueda imaginar. Hay tantos hombres que asesinan a sus esposas.

Mrs. McGillicuddy miró a miss Marple y al inspector Craddock.

—Te agradecería que me pusieras un poco al corriente.

—El hombre vio la oportunidad de casarse con una mujer rica, Emma Crackenthorpe. Sólo que no podía hacerlo porque tenía ya otra esposa. Hacía años que estaban separados, pero ella no quería divorciarse. Esto encajaba bien con lo que el inspector Craddock me dijo de esa muchacha que respondía al nombre de Anna Stravinska. Ésta, según le había dicho a una de sus amigas, tenía un marido inglés y era, además, una católica muy devota. El doctor Quimper no podía arriesgarse a convertirse en el esposo bigamo de Emma, por lo que, siendo un hombre muy cruel y de sangre fría, decidió deshacerse de su esposa. La idea de asesinarla en el tren y poner luego el cadáver en el sarcófago del granero fue muy hábil. Él se proponía que el asesinato quedase relacionado con la familia Crackenthorpe. Antes de esto había escrito a Emma una carta que debía suponerse procedente de Martine, con quien Edmund Crackenthorpe había dicho que iba a casarse. Emma le había contado al doctor Quimper todo esto sobre su hermano. Luego, llegado el momento, él la animó a que fuese a la policía con la historia. Quería que la muerta fuese identificada como Martine. Creo que se había informado de que la policía de París hacía investigaciones relativas a Anna Stravinska y así se ocupó de que le enviaran una postal desde Jamaica que pudiera ser atribuida a ella.

Le resultó fácil preparar una entrevista con su esposa en Londres, decirle que esperaba reconciliarse con ella y que le gustaría que viniese a reunirse con su familia. No hablaremos de lo

que sigue, porque es un capítulo desagradable. Por supuesto, era un hombre codicioso. Cuando pensó en los impuestos y en la merma de la renta que suponían, pensó también en lo mucho que le convenía aumentar el capital. Quizás había pensado ya en ello antes de decidirse a asesinar a su esposa. Como quiera que sea, hizo circular el rumor de que alguien estaba intentando envenenar al anciano Crackenthorpe, a fin de preparar el terreno, y luego acabó por administrar arsénico a la familia. No demasiado, por supuesto, porque no quería que Mr. Crackenthorpe muriese todavía.

—Pero sigo sin ver cómo pudo hacerlo —intervino Craddock—. Porque no estaba en la casa cuando se preparó el curry.

—No había arsénico en el curry entonces —señaló miss Marple —. Lo añadió después, al llevárselo para que lo analizaran. Es probable que hubiera puesto el arsénico antes, en la jarra del cóctel. Luego, naturalmente, le fue muy fácil, como médico de la familia, envenenar a Alfred y también enviar los comprimidos. En todo lo que hacía mostraba su descaro, su audacia, su crueldad y su codicia. La verdad, siento mucho, mucho —terminó miss Marple con una expresión tan fiera como pueda tenerla una amable anciana— que hayan abolido la pena capital, porque creo que si alguna persona merece ser colgada es el doctor Quimper.

—¡Bravo, bravo! —exclamó el inspector Craddock.

—Se me ocurrió que incluso si sólo ves a una persona de espaldas, retienes esa imagen como algo característico de esa persona. Pensé que si Elspeth veía al doctor Quimper exactamente en la misma posición en que había visto al hombre del tren, es decir, de espaldas a ella e inclinado sobre una mujer a quien sujetara por el cuello, era seguro que lo reconocería o emitiría alguna exclamación de sobresalto. Por esta razón hube de trazar mi pequeño plan, con la bondadosa ayuda de Lucy.

—Debo reconocer —reconoció Mrs. McGillicuddy— que me trastorné por completo y grité sin poder contenerme. Y, sin embargo, yo no había visto la cara de aquel hombre, y…

—Yo tenía un miedo horrible de que fueras a decir eso, Elspeth —señaló miss Marple.

—Iba a decirlo. Iba a decir que, por supuesto, yo no había visto su cara.

—Eso —afirmó miss Marple— hubiera sido realmente fatal. Ya

ves, querida, él pensó que lo habías reconocido. Quiero decir que él no podía saber que tú no habías visto su cara.

—Entonces, menos mal que me tragué la lengua —dijo Mrs. McGillicuddy.

—Yo no pensaba dejarte decir una palabra más.

Craddock se echó a reír de repente.

—¡Ustedes dos forman una pareja maravillosa! ¿Qué viene ahora, miss Marple? ¿Qué le pasará a la pobre Emma Crackenthorpe, por ejemplo?

—Que sabrá olvidar al doctor, por supuesto. Y me atrevo a decir que, si su padre muriese, y no me parece tan robusto como él cree, se iría a hacer un viaje por mar, o quizá se quedaría en el extranjero, como Geraldine Webb, y hasta diré que algo bueno podría salir de ahí. Un hombre más decente que el doctor Quimper, espero.

—¿Y qué me dice de Lucy Eyelesbarrow? ¿Boda también en este caso?

—Quizá. No me extrañaría.

—¿A cuál de ellos va a elegir? —preguntó Dermot Craddock.

—¿No lo sabe usted? —dijo miss Marple.

—No lo sé. ¿Y usted?

—Oh, sí, me parece que sí.

Y le guiñó un ojo.



AGATHA CHRISTIE (Torquay, Reino Unido, 1891 - Wallingford, id., 1976). Fue una autora inglesa del género policíaco, sin duda una de las más prolíficas y leídas del siglo XX. Hija de un próspero rentista de Nueva York que murió cuando ella tenía once años de edad, recibió educación privada hasta la adolescencia y después estudió canto en París. Se dio a conocer en 1920 con *El misterioso caso de Styles*. En este primer relato, escrito mientras trabajaba como enfermera durante la Primera Guerra Mundial, aparece el famoso investigador Hércules Poirot, al que pronto combinó en otras obras con Miss Marple, una perspicaz señora de edad avanzada.

En 1914 se había casado con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Sumida en una larga depresión, protagonizó una desaparición enigmática: una noche de diciembre de 1937 su coche apareció abandonado cerca de la carretera, sin rastros de la escritora. Once días más tarde se registró en un hotel con el nombre de una amante de su marido. Fue encontrada por su familia y se recuperó tras un tratamiento psiquiátrico. Dos años después se casó con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañó en todos sus viajes a Irak y Siria. Llegó a pasar largas temporadas en estos países; esas estancias inspiraron varios de sus centenares de novelas posteriores, como *Asesinato en la Mesopotamia* (1930), *Muerte en*

el Nilo (1936) y *Cita con la muerte* (1938).

La estructura de la trama de sus narraciones, basada en la tradición del enigma por descubrir, es siempre similar, y su desarrollo está en función de la observación psicológica. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro por la propia autora, y diversas de ellas han sido llevadas al cine. Entre sus títulos más populares se encuentran *Asesinato en el Orient-Express* (1934), *Muerte en el Nilo* (1937) y *Diez negritos* (1939). En su última novela, *Telón* (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años.

Agatha Christie ha tenido admiradores y detractores entre escritores y críticos. Se le acusa de conservadurismo y de exaltación patriótica de la superioridad británica. Pero se reconoce también su habilidad para la recreación de ambientes rurales y urbanos de la primera mitad del siglo XX de la isla inglesa, su oído para el diálogo, la verosimilitud de las motivaciones psicológicas de sus asesinos, e incluso su radical escepticismo respecto de la naturaleza humana: cualquiera puede ser un asesino, hasta la más apacible dama de un cuidado jardín de rosas de Kent.

Agatha Christie fue también autora teatral de éxito, con obras como *La ratonera* (1952) o *Testigo de cargo* (1953). Utilizó un seudónimo, Mary Westmacott, cuando escribió algunas novelas de corte sentimental, sin demasiado éxito. En 1971 fue nombrada Dama del Imperio Británico.

Notas

[1] *Test Match.* Campeonato de cricket que se juega entre los mejores equipos de Inglaterra y Australia. (N. del T.) < <